



SILVIA GARCÍA RUIZ

*Sonríe,  
mi amor,  
en Nueva  
York*

Broadway

D.J.57 

# ÍNDICE

PORTADA  
SINOPSIS  
CAPÍTULO 1  
CAPÍTULO 2  
CAPÍTULO 3  
CAPÍTULO 4  
CAPÍTULO 5  
CAPÍTULO 6  
CAPÍTULO 7  
CAPÍTULO 8  
CAPÍTULO 9  
CAPÍTULO 10  
CAPÍTULO 11  
CAPÍTULO 12  
CAPÍTULO 13  
CAPÍTULO 14  
CAPÍTULO 15  
CAPÍTULO 16  
CAPÍTULO 17  
CAPÍTULO 18  
EPÍLOGO  
BIOGRAFÍA  
CRÉDITOS

## Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

---

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Comparte**

# SINOPSIS

Amanda Black es una arrogante modelo publicitaria que sólo se deja retratar por el mejor fotógrafo, su tío, el único capaz de captar la alegría que ella perdió tras la muerte de sus padres. Y desde que un impertinente fotógrafo se cruza en su camino y se atreve a insultar el trabajo de su adorado tío, Amanda jura hacerle la vida imposible, y para ello, nada mejor que convertirse en su modelo en exclusiva durante un tiempo.

Chris Jones conoció a Amanda cuando ambos eran unos niños y, nada más verla, se enamoró de su hermosa sonrisa. Decidido a conseguir de ella esa imagen que nunca ha podido olvidar, se convierte en el mejor fotógrafo de Nueva York. Cuando Amanda acepta trabajar a su lado, no tarda mucho en percatarse de que ella sólo lo hace por venganza, aunque está dispuesto a robarle una sonrisa que sólo vaya dirigida a él. Chris le devolverá a su modelo todas las malas jugadas por las que pretende hacerle pasar y pondrá todo su empeño en demostrarle que no sólo es el mejor fotógrafo, sino que también es el hombre más adecuado al que entregarle su corazón.

# CAPÍTULO 1

La primera vez que volví a sonreír fue delante de una cámara... Para mí se trató de un momento muy especial, pues verdaderamente creía que tras la muerte de mis padres nunca sería feliz de nuevo.

Apenas tenía nueve años cuando ellos se fueron a un viaje de negocios del que nunca regresaron. El avión en el que viajaban tuvo problemas, dos de los motores fallaron y acabó cayendo al mar. La policía informó a los familiares de que no hubo ningún superviviente, y yo, que me encontraba al cuidado del hermano de mi padre tan sólo por una temporada, pasé a formar parte de su familia indefinidamente.

Desde ese día, por mucho que insistieran mi amorosa tía Iris, mi cariñoso tío Dominic o mi alegre prima Evie en intentar introducirme en sus juegos para sacar de mi rostro un gesto alegre, ninguno de ellos lo conseguía. Tal vez porque en esos instantes no me sentía parte de esa familia feliz y estaba furiosa con el mundo que me había arrebatado la mía. No podía evitar preguntarme a diario cómo habría sido mi vida si mis padres hubieran decidido no volar aquel día.

A lo largo de las semanas siguientes, mi tío Dominic, un alocado hombre de rubios cabellos y bonitos ojos azules que con su risueño semblante me recordaba demasiado a mi padre, insistía en que posara para él, intentando lograr que mostrara esa sonrisa que mis padres siempre habían adorado. Pero esa sonrisa era algo especial, algo que ellos se habían llevado consigo.

Me divertían los disparatados intentos que mi tío, un empecinado fotógrafo profesional, hacía para obtener de mí el retrato perfecto. Pero, por más que lo intentara, yo siempre le fastidiaba la adorable imagen que él quería captar de mí para enseñársela a todo el mundo. En realidad, tal y como decía mi padre, yo

nunca había sido adorable, sino más bien un auténtico diablillo, aunque mi angelical rostro, mis rizados cabellos rubios y mis hermosos ojos azules podían engañar a todos.

Mi prima Evie, por el contrario, con sus revoltosos rizos negros y sus llamativos ojos azules, mostraba a todo el mundo desde el principio lo rebelde que podía llegar a ser. Aunque he de admitir que, de las dos, yo siempre he sido la más maliciosa.

El día en el que me sentí al fin parte de ellos fue el de mi décimo cumpleaños...

Aún recuerdo aquel instante y las palabras que mi tío me dijo para que volviera a mostrar al mundo ese gesto que ocultaba a causa de mi tristeza. Desde ese momento, él pasó a ser la persona más importante de mi vida, y el único al que permití fotografiarme. Porque mi tío era el único capaz de encontrar la belleza que todos ocultamos detrás de una falsa sonrisa, ya que solamente quería mostrar al mundo la de verdad.

\* \* \*

Dominic Norton, un fotógrafo de Brooklyn que a la edad de treinta y un años comenzaba a crearse una reputación en Nueva York, era un asombroso artista que mostraba la belleza de todas las cosas a través sus imágenes. Ya fuera la tardía apertura de una flor o la sonrisa de un anciano, en todas sus fotografías conseguía hallar esa ternura y esa hermosura que, por unos instantes, conmovían al mundo haciendo que se percatase de la belleza que existe a nuestro alrededor. Posiblemente ese día fuera el más difícil de su carrera, ya que se había propuesto una meta imposible, pero estaba decidido a alcanzarla.

—Amanda, ¡sonríe! —animó Dominic, más que decidido a conseguir una sonrisa del reacio rostro de esa niña de diez años, tan insolente como sólo podía llegar a serlo en ocasiones su sobrina.

Y, una vez más, mientras la chiquilla posaba junto a su querida esposa Iris, una bella mujer de negros cabellos y atrayentes ojos verdes que siempre lo conquistaría, y junto a su hija Evie, que tenía la misma edad que su revoltosa sobrina, Amanda lo obsequió con una de sus más encantadoras sonrisas. Una sonrisa que, indudablemente, algún día podría llegar a cautivar al mundo. No

obstante, luego la niña cambió su maravillosa pose por una insultante burla y sacó la lengua en el preciso momento en que él accionaba el disparador.

—Bueno... ¡Probemos una vez más! —declaró pacientemente Dominic, decidido a tener, costara lo que costase, una bonita fotografía familiar en el cumpleaños de su sobrina.

Y, de nuevo, la cría lo hizo. E, incluso cuando Dominic programó una ráfaga de veinte fotos en secuencia, solamente consiguió diferentes muecas de la mocosa. Lo intentó otra vez, programando su cámara para que tomara fotografías en determinados intervalos de tiempo. Probó con cinco segundos, luego con veinte, luego con un minuto..., y el resultado fue siempre el mismo: esa impertinente niña tenía algo especial, un talento innato para... ¡para fastidiarle cada una de sus fotos!

Eso pensaba Dominic mientras observaba cómo tenía guardadas en la memoria de su cámara decenas de imágenes en las que aparecía Amanda. Y, ya estuviera sola o acompañada, el desenlace siempre era el mismo: ninguna de ellas servía... Ojos cerrados, mirada desviada hacia un lado, fotos de su nuca, manos tapando la cara, muecas, muecas y más muecas, fotos movidas... Esa mocosa parecía intuir el momento exacto en el que su tío pulsaba el disparador para poner su peor cara.

Finalmente, como el fotógrafo profesional que era, Dominic tomó aire, calmó sus ánimos y decidió que, en esa ocasión, esa fotografía sería la definitiva. Programó la cámara para que le diera tiempo a sentarse junto a su familia en el mullido césped del hermoso parque donde la gente iba a disfrutar de su almuerzo y no tardó mucho en reunirse con los suyos para salir en la imagen. Por supuesto, no dejó de vigilar la hermosa sonrisa de su sobrina en el proceso para que ésta no cambiara de gesto una vez más en el último momento. Y, sin dejar de reprenderla con una de sus miradas, Dominic al fin pudo hacer la maravillosa fotografía familiar que tanto deseaba. O eso creyó, hasta que observó la imagen que la cámara había captado, en la que vio, una vez más, la impertinente lengua de Amanda.

—Pero... ¿cómo? ¿Cuándo? ¡Si no he dejado de observarte en ningún momento! —exclamó, bastante molesto, mirando alternativamente la espantosa imagen de su cámara y a su sobrina.

Y la respuesta de la desvergonzada mocosa fue bromear una vez más

mientras mostraba su insolente lengua al fotógrafo, por lo que la paciencia de Dominic finalmente se esfumó, y, sacando la cámara de su trípode, comenzó a gritar:

—¡Amanda, sonríe! ¡Amanda, sonríe! ¡Amanda, sonríe!

Mostrándose tan tozudo en su insistencia como la niña persistente en sus burlas, Dominic persiguió a su esquivia sobrina cámara en mano haciéndole decenas de fotos inútiles mientras ésta corría burlándose de él a lo largo del extenso Bridge Park de Brooklyn.

—Mamá, no entiendo por qué papá se empeña tanto en sacar fotos de Amanda —declaró Evie, bastante molesta al ver cómo su padre iba detrás de su prima sin hacerle ningún caso a ella.

—Cariño, ¿te acuerdas de cuando Amanda vino a vivir con nosotros?

—Sí, fue hace unos meses. Cuando sus padres se marcharon de viaje en ese avión y ya no volvieron más. Desde ese día me dijisteis que Amanda formaría parte de nuestra familia.

—Y, desde ese día, ¿recuerdas cuándo fue la última vez que viste sonreír a tu prima de un modo espontáneo, sin que tuviéramos que pedirselo?

—No... —respondió Evie, dándose cuenta finalmente de por qué su padre quería tener una imagen sonriente de su prima: él siempre buscaba hacer felices a las personas con cada una de sus fotos, y no podía soportar que los que lo rodeaban no disfrutaran de la alegría que él tenía en su vida.

—Tu padre tan sólo quiere conseguir que tu prima sea feliz y sonría de nuevo.

—Si papá no lo consigue, ¡yo lo haré! —manifestó Evie con decisión.

Y, sacando impulsivamente la pequeña cámara digital, que su padre le había regalado hacía poco, corrió tras su prima uniéndose al juego que había comenzado Dominic.

Al final de la tarde ambos fotógrafos se derrumbaron exhaustos sobre el mullido césped que se extendía por el muelle del parque, situado frente al East River. Como era su costumbre cada vez que iban a ese precioso lugar lleno de espacios verdes, parques infantiles, canchas deportivas y hermosos jardines, alzaron sus cámaras al unísono y fotografiaron las hermosas vistas de ese emplazamiento único cercano al puente de Brooklyn. Su ubicación privilegiada ofrecía la mejor perspectiva de Manhattan, sobre todo al atardecer, cuando las

luces de Nueva York comenzaban a encenderse.

Después, desde su relajada posición, revisaron las imágenes que habían obtenido ese día, y tanto Evie como Dominic llegaron a una conclusión: si Amanda no quería que alguien le sacara una fotografía, sin duda no lo lograría jamás.

Cuando Amanda vio a su prima y a su insistente tío rendirse, se dirigió hacia ellos y, una vez más, se entretuvo en mostrarles su impertinente lengua.

—Es una pena, Amanda, porque cada vez que me enseñas una de tus sonrisas me recuerda a la de tus padres. Y eso es algo que deseaba mostrar a todos para que ellos nunca desaparezcan del todo —declaró Dominic, nostálgico, mirando una vez más a su sobrina a través de la cámara.

Ante sus tiernas palabras, finalmente Amanda se detuvo delante de él, posó y le sonrió de verdad. Sin embargo, en su gesto había una muestra de dolor, ya que una pequeña lágrima rodaba por su mejilla ante el recuerdo de lo que había perdido y que sólo podría rememorar al ver en su propia imagen la de sus padres.

Orgulloso, Dominic sacó decenas de fotografías de la primera vez que su sobrina volvía a sonreír. Y, sin saberlo, alentó a Amanda a exhibir su belleza ante todos cuando la imagen de la triste pero bonita sonrisa de la niña terminó por convertirlo a él en un reputado fotógrafo, y a ella, en una famosa modelo.

\* \* \*

—¡Niña, sonríe! —gritó una vez más la histérica fotógrafa.

Evie sintió ganas de decirle que, definitivamente, ése no era el mejor modo de tratar a su prima para que ésta posara como ella deseaba.

El estudio fotográfico en el que se encontraban en esos momentos era pequeño, no tan elaborado como el de su padre y, a pesar de ser una profesional, esa mujer carecía de gusto alguno, ya que el fondo primaveral que había preparado para su prima Amanda y las intensas luces que dirigía hacia ella hacían que la imagen resultara demasiado artificial.

Cuando los adultos salieron en busca de unos cafés, como si el trabajo de contemplar cómo se desarrollaba la sesión fotográfica fuera el más arduo, complicado y fatigoso del mundo y tuvieran que recobrar energías, Evie, que en esa ocasión había acompañado a su prima, no pudo evitar escabullirse para

observar lo que en verdad le interesaba: las cámaras, las luces y todo el equipamiento de ese estudio con el que, sin duda, hasta ella misma podría obtener de su prima una instantánea mucho mejor de las que intentaba sacar esa mediocre fotógrafa.

La hermosa Amanda, ataviada con un primoroso vestido blanco lleno de volantes del que ella se burlaría más tarde, unos impolutos zapatos y unas elaboradas flores prendidas en su llamativo pelo rubio, habría resultado una imagen tan armoniosa y angelical como pretendía mostrar en sus páginas la revista de moda infantil que la promocionaba, si no hubiera sido porque sus labios estaban perpetuamente sellados en un feo mohín de desagrado y sus intensos ojos azules acribillaban a la mujer que quería sacar lo mejor de ella sin conseguirlo en absoluto.

—¡Llevamos horas intentando obtener una maldita foto! ¿Puedes decirme por qué narices no quieres sonreír? —preguntó la crispada empleada bajando nuevamente su cámara.

Y, una vez más, la empecinada Amanda contestó mientras se cruzaba de brazos:

—¡Quiero que venga mi fotógrafo!

—¡Mira, mocosa, si crees que la revista va a contratar a ese caro fotógrafo tan sólo para sacar unas imágenes de una simple niña estás muy, pero que muy equivocada! Confórmate con lo que tienes, ¡y sonríe de una puñetera vez!

Tal vez Evie debería haberle advertido a la arisca mujer que no se metiera nunca con su padre delante de Amanda, porque su prima no permitía que nadie hablara mal de su tío sin darle su debido escarmiento. Pero la verdad era que la mujer no le caía nada bien, así que prefirió seguir guardando silencio y, escondida entre los aparejos, esperó a ver cómo reaccionaba la fotógrafa cuando su prima se enfadara de verdad, circunstancia que había comenzado a suceder, porque ésta golpeaba un pie contra el suelo con bastante nerviosismo, señal inequívoca de que sus palabras la habían molestado y de que su impertinente genio estaba a punto de salir a relucir.

—¡Quiero que venga mi fotógrafo, y lo quiero ya! —exigió Amanda con impaciencia, sin dejarse avasallar.

—¡Mira, niña, no me jodas! ¡Sonríe de una maldita vez y entonces podremos terminar ya con la sesión de fotos, que para mí se ha convertido en un infierno!

Harta de que no la escucharan, Amanda finalmente se alejó del primoroso fondo que representaba un florido día primaveral y, tras dirigirse hacia el lugar donde se encontraban sus ropas en una apartada silla, comenzó a recogerlas.

—¿Se puede saber qué haces? —preguntó la irritada mujer.

—Irme... Si no está mi fotógrafo, no sé qué hago aquí.

—¡Vuelve a tu sitio ahora mismo! —gritó indignada la fotógrafa mientras le arrebatava sus pertenencias a la pequeña modelo.

—¡No! ¡Y voy a hablar con mi agente sobre los trabajos que acepta! ¡Sin duda, éste deja mucho que desear!

—¡Escúchame, niña! Tienes un contrato firmado y, si no lo cumples, la revista demandará a tus tíos hasta sacarles el último centavo.

—Que lo intenten: yo simplemente diré que he hecho mi trabajo. En realidad, he pasado horas encerrada con usted en este estudio. Si usted no ha conseguido ninguna buena fotografía no es culpa mía, sino únicamente suya por ser una mala profesional. Yo tan sólo quiero un fotógrafo que sepa revelar la belleza de las personas, y usted, definitivamente, no sabe.

La reacción de la mujer no se hizo esperar, como tampoco la de Amanda, que sonrió con malicia hacia el lugar donde se encontraba escondida Evie, siempre acompañada de su inseparable cámara fotográfica, indicándole con ese gesto lo que debía hacer mientras la mujer le cruzaba la cara con una sonora bofetada.

El agente de Amanda y los organizadores de la campaña irrumpieron poco después en el estudio que habían abandonado hacía tan sólo unos minutos.

La orgullosa Amanda no lloró desconsoladamente como habría hecho cualquier otra niña de diez años. De hecho, eso siempre lo hacía a solas, en la habitación de su prima, mientras le contaba sus problemas o sus preocupaciones. No, Amanda simplemente recogió sus cosas con tranquilidad e informó a los boquiabiertos presentes de que la sesión fotográfica había concluido.

Ante las insistentes preguntas de los organizadores, la fotógrafa se defendió con innumerables mentiras sobre un falso ataque de histeria por parte de Amanda que ella había tenido que sosegar con una simple y delicada cachetada.

Como todos sabían lo difícil que era la chiquilla y lo caro que podía resultar contratar al fotógrafo que ella quería, no dudaron mucho a la hora de creer a la fotógrafa profesional que tenían en plantilla. Aunque, claro está, eso fue hasta que Amanda habló y el color abandonó el rostro de la mujer a causa de la

veracidad de cada una de sus palabras.

—Si quieren saber la verdad, ¿por qué no le preguntan a mi prima Evie? Ella siempre se esconde por el estudio y toma fotografías de todo lo que ocurre, por si en algún momento alguien pretende estafarme. Y si sus imágenes no les parecen lo suficientemente explícitas, siempre podemos sacarlas a la luz para que el público opine sobre la forma en que tratan a sus modelos...

Ante los atónitos organizadores, la incrédula fotógrafa y el indignado agente, que no cesaba de amenazar a todos con una demanda, la niña no tardó mucho en marcharse del estudio acompañada de su prima Evie, a quien nada de lo que Amanda hiciera podía llegar a sorprender a esas alturas.

—Y no vuelvan a llamarme hasta que tengan al mejor de los fotógrafos en su plantilla. Es decir, a *mi* fotógrafo.

\* \* \*

Esa misma noche, mientras todos estaban reunidos en torno a la mesa y contaban lo que les había sucedido en su día, Dominic recibió una llamada que interrumpió la armoniosa cena familiar.

—Bueno, y ¿cómo te ha ido en la sesión fotográfica, Amanda? Ya sabes que, si alguien hace o dice algo que no te gusta, puedes contármelo. De hecho, pienso acompañarte a la próxima sesión —anunció Iris, decidida a saber más de la peligrosa carrera que su sobrina había elegido seguir a la tierna edad de diez años y en la que, indudablemente, una niña tan dulce como ella no sabría defenderse—. Aún sigo pensando que eres demasiado joven y delicada como para introducirte en un mundo tan complicado como el de modelaje.

Al oír eso, Evie estuvo a punto de atragantarse con la comida, y Amanda tuvo que darle algún que otro golpecito de advertencia en la espalda.

—No te preocupes, tía Iris: siempre tengo en cuenta cada uno de tus consejos.

—¿Te comportas educadamente con los mayores que te rodean?

—Sin duda trato a todos los mayores de la misma manera —declaró sonriente Amanda, lo que hizo que Evie volviera a atragantarse con la comida mientras se admiraba de que su prima fuese capaz de mentir aun diciendo la verdad, ya que, efectivamente, trataba a todos los mayores de la misma manera:

con impertinencia.

—¿Escuchas siempre lo que te dicen?

—Por supuesto —contestó Amanda, muy orgullosa de ello. Aunque no añadió que luego hacía lo que le daba la gana.

—Y, lo más importante, Amanda: debes dejar claras tus opiniones. Aunque seas pequeña, también deberías ser escuchada.

—Sin duda ése es un consejo que sigo a rajatabla, y siempre hago que los mayores escuchen lo que tengo que decirles —repuso ella.

Cuando Evie quiso aclarar que los métodos que usaba su prima para ser oída no siempre eran muy limpios, su padre entró en la estancia tremendamente emocionado.

—¡Iris! ¡No me lo puedo creer! ¡La revista *Chic* me ha llamado para pedirme que sea su fotógrafo! ¡Y están dispuestos a pagar mi minuta! Y eso que en un principio me rechazaron argumentando que para unas simples fotografías infantiles no necesitaban a un fotógrafo tan cualificado como yo...

—Tal vez yo dejé caer que prefería a mi tío en alguna que otra ocasión —declaró Amanda impasible cuando las miradas de su familia se dirigieron hacia ella.

—Amanda, no habrás hecho alguna de las tuyas, ¿verdad? —preguntó Dominic, conociendo el insolente carácter de su sobrina.

—Solamente le sugerí en más de una ocasión a la fotógrafa que tú sacabas mejores imágenes, pero creo que acabaron de convencerse de que tú eras el adecuado cuando vieron las fotos tan buenas que Evie hace con su cámara.

Y, esta vez, Evie finalmente escupió sobre la mesa el agua que estaba tomando mientras recordaba las amenazantes imágenes con las que Amanda había chantajeado a la revista.

—Bueno —dijo Dominic—, entonces creo que tendré que posponer mi viaje y aceptar este nuevo empleo, que me concede la oportunidad de trabajar al fin con mi sobrina.

Fue entonces cuando Evie vio nuevamente esa hermosa sonrisa en el rostro de su prima, y en ese momento comprendió por qué Amanda había hecho todo lo posible para que su tío se quedara a su lado y renunciara a su viaje. Sin duda, la chiquilla tenía miedo de perder de nuevo a su familia, una familia a la que había comenzado a querer..., tanto como para sentirse libre de mostrarle al mundo su

felicidad a través de su sonrisa.

\* \* \*

La primera vez que la vi fue amor a primera vista. No supe su nombre hasta más tarde, y no conocía nada de ella salvo que, desde el momento en que capté su sonrisa a través de la lente de mi cámara, ésta me cautivó y desde entonces tan sólo quise ser el mejor para poder hacer miles de fotografías de esa hermosa imagen que me llegaba al corazón.

Con apenas trece años, y tras ser ensalzado por mis familiares y animado por muchos de mis profesores, me presenté a un concurso de fotografía. Quizá ésa fue mi más humillante derrota, pero nunca me permití olvidarla, porque fue en ese evento donde la conocí a ella.

La famosa galería Emelton, situada en la que fue la residencia de un magnate del acero, cubría toda una manzana de la Quinta Avenida de Nueva York. En ella se mostraban diferentes exposiciones de escultores, pintores y, por supuesto, fotógrafos. La galería abría todos los años sus puertas a *amateurs* y profesionales de la fotografía con un concurso mundialmente reconocido donde cualquiera podía participar. Colmado de alabanzas, creyéndome el mejor y tentado por un jugoso premio en metálico que me ayudaría a perseguir mi sueño de convertirme en el mejor fotógrafo, me presenté en la categoría infantil.

En ese tipo de concursos siempre elegían un tema para los trabajos que se presentaban y que los fotógrafos teníamos que seguir a rajatabla, coartando así nuestra inspiración y nuestra creatividad. En la categoría infantil, el tema era «mascotas».

Para mi desgracia, mi madre no me permitía tener mascota alguna en nuestro pequeño piso, así que me pasé semanas esperando a que la gata de mi vecino tuviera a sus gatitos para presentar una conmovedora imagen que hiciera que los jueces se enternecieran y se percataran de mi gran talento.

Tras presenciar el parto de la minina, algo que en verdad me traumatizó, tuve que asegurarme de cuidar a cada uno de los gatitos para que mi reticente vecino me permitiera fotografiar a sus mascotas. Después de un par de semanas de intensos cuidados, de biberones después de las clases, de limpiar sus cacas y de jugar con los seis gatitos y dejarles que me mordieran y me arañaran a su antojo,

mi vecino accedió a dejarme hacer esa fotografía con la que estaba seguro de que obtendría la victoria.

Una vez llegado el día que había buscado con tanta insistencia, me pasé horas esperando la luz correcta y colocando a los gatitos en la posición adecuada, hasta que, por fin, cuando el atardecer asomaba por la ventana y los mininos se acurrucaban bajo ella buscando el calor de su madre, tuve la oportunidad perfecta. Y en el preciso momento en que apretaba el disparador para que la extraordinaria escena quedara grabada en mi cámara, el fofo culo de mi vecino apareció en medio porque quería cerrar la ventana para que los gatitos no cogieran frío...

Después de fulminarlo con una mirada, volví a esperar ese maravilloso momento de inspiración que sin duda no tardaría en llegar. Y lo hizo. Pero entonces... las horrendas sábanas que la vecina de arriba había puesto a secar aparecieron como fondo de mi estupenda foto. Luego, todos los gatitos se movieron de su posición, mostrando solamente su culo ante mi objetivo, seguramente tomando ejemplo de su molesto dueño.

Cuando mis reticentes modelos se durmieron y yo disponía ya de la oportunidad definitiva para captar la tierna imagen, el vecino intentó echarme de su casa porque ya era tarde. Pero yo le dirigí una mirada asesina, tanto a él como a su gordo e impertinente trasero, que siempre se metía en medio de la línea de visión de mi cámara en el momento más inoportuno, y me tomé mi tiempo para hacer la fotografía ganadora.

Finalmente, mi madre irrumpió en casa del vecino bastante molesta por lo tardío de la hora y me arrastró consigo mientras yo no dejaba de apretar el disparador de mi cámara apuntando a los gatitos, a ver si tenía suerte y lograba sacar la imagen que me convertiría en el ganador.

Por fortuna, entre las pésimas instantáneas que obtuve encontré una que me agradó lo suficiente como para presentarla al concurso: en ella, la mamá gata lavaba cariñosamente a una de sus crías. De hecho, cuando mostré mi imagen al jurado, fue una de las que más gustaron, y logró mucha aprobación, lo que me hizo pensar que la victoria sería mía... Hasta que una cría de tan sólo diez años presentó un jodido pájaro tropical en pleno vuelo que, con sus majestuosas plumas, dejó al jurado extasiado hasta tal punto de que no dudaron mucho en descartar rápidamente a mis mimosos gatitos en favor de la colorida urraca.

Por supuesto, como el mundo es muy injusto, mi victoria me la arrebató esa mocosa. Cuando le señalé a la niña, desde mi indebido segundo puesto, que el ave difícilmente podía llegar a ser la mascota de nadie, ella replicó que era la mascota de un reputado biólogo que conocía su padre, y, para más inri, por lo visto, esa especie estaba casi extinta, lo que daba más mérito a su fotografía.

Cabreado con el resultado del concurso, en el que sin duda la molesta cría debía de haber hecho trampas, le arrebaté de las manos el trofeo del primer premio y salí corriendo. Mis padres, el jurado y la niña comenzaron a perseguirme por todos lados, pero yo era más rápido que ellos y mucho más ágil, así que logré darles esquinazo en una de las enrevesadas salas del museo. Cuando encontré el patio interior de la vieja mansión, decidí esconderme allí hasta que las cosas se calmaran y la mocosa se olvidara de su premio.

Furioso con todos, me dirigí hacia la fuente que destacaba en el centro del sobrecargado lugar, plagado de pedestales con estatuas y grandes columnas, y alcé el premio entre las manos para arrojarlo airadamente en su interior. Pero entonces mis ojos se toparon con la imagen más hermosa que había visto en mi vida hasta ese instante: la angelical sonrisa de una niña que jugaba distraídamente con el agua de la fuente mientras los rayos del sol hacían brillar sus rubios cabellos como si fueran de oro.

Sin poder evitarlo, mis instintos de fotógrafo se despertaron y, tras dejar despreocupadamente el trofeo en el suelo, cogí mi cámara y me dispuse a hacerle una fotografía. Pero, como si se hubiera percatado de mi presencia en el último momento, la niña se movió y sólo conseguí una imagen borrosa de ella.

—Solamente permito que me retraten los mejores fotógrafos —declaró con impertinencia mientras me fulminaba con la mirada.

—Yo soy el mejor —me vanaglorié, mostrándole un trofeo que en verdad no me pertenecía.

—¿De verdad? —preguntó ella alzando burlonamente una ceja.

—Sí, aunque este premio en realidad no es mío... —confesé con un suspiro, volviendo a dejar el trofeo en el suelo.

—Entonces tal vez deberías devolverlo antes de que se enfaden contigo —repuso señalando el escándalo que se oía de fondo y que, indudablemente, estaban causando las personas que me buscaban, que todavía no habían deducido que me escondía allí.

—Ya están enfadados. ¡Pero yo también! ¡Es injusto que ganara esa niña solamente porque...!

—A mí me gustaron más tus gatitos —me interrumpió la angelical niña, dándome la razón.

—¿Lo ves? ¡Yo debería haber ganado!

—Sin embargo, si no devuelves ese trofeo, no podrás participar otro año. Y entonces no llegarás a ser el mejor y no podrás hacerme una fotografía... — argumentó ella tentándome con su hermosa imagen, un premio mucho mejor que un estúpido trofeo.

—Pero puedo tardar años en ser el mejor y... ¿cómo te encontraré entonces para hacerte la foto? —apunté, un tanto impaciente por tener entre mis manos la captura de esa hermosa sonrisa que tanto me había cautivado.

—Haremos una cosa: dejaré que me saques una foto ahora, y otra solamente cuando seas el mejor fotógrafo.

Ilusionado con la idea, vi cómo ella se levantaba y se dirigía hacia una de las puertas que daba al patio. Justo antes de marcharse, me dedicó una preciosa sonrisa, yo apreté el disparador emocionado y, cuando bajé la cámara, observé que tanto la niña como el trofeo habían desaparecido. Me consolé pensando que en mi cámara siempre guardaría esa hermosa sonrisa, una imagen por la que no dudaría en buscarla de nuevo para que cumpliera su promesa.

Con un gesto de satisfacción, busqué su imagen en la memoria de mi cámara digital y, cuando la hallé, me sentí estafado: mientras a través del visor yo había visto una linda sonrisa, la captura que me ofrecía el aparato era la de una cara que se burlaba de mí, sacándome la lengua.

Cuando al fin salí de mi escondite un tanto deprimido sobre mi potencial como fotógrafo y dudando de todo mi futuro, vi a la taimada chiquilla entregándole el trofeo a mi rival. Después, las dos se volvieron hacia mí y me sacaron la lengua a la vez.

—¡Voy a hacerte una foto! —grité furioso, señalando a la mocosa que me había estafado mientras ignoraba a mis padres, que me reprendían por mi comportamiento.

A lo que ella, altivamente, replicó:

—Sólo cuando seas el mejor.

Luego agitó coquetamente su melena y se alejó de mí. A partir de ese

momento, todo mi mundo pasó a centrarse en la fotografía, porque estaba resuelto a hacer que ella cumpliera su promesa y a captar la imagen de esa sonrisa de la que, sin duda, me había enamorado.

## CAPÍTULO 2

*Once años después*

—Creo que te has pasado —opinó Davis.

Además de su agente, Davis Miles era el mejor amigo del joven y arrogante fotógrafo de veinticuatro años cuyo nombre, después de ganar el último premio de la galería Emelton, había comenzado a sonar por todo Nueva York.

—¿Por qué? Si todo lo que he dicho es cierto —declaró despreocupadamente Chris Jones mientras buscaba entre sus pertenencias una vieja fotografía que nunca había podido olvidar.

—¿Tal vez porque Dominic Norton es un reputado fotógrafo de fama mundial y tú, con tus críticas, lo has degradado al nivel de un simple aficionado?

—Es la pura realidad: después de la muerte de su esposa, sus fotografías carecen de sentimiento, y las imágenes son pésimas. Lo mejor para todos sería que dejara la fotografía para los que aún tienen algo que mostrar.

—Aunque tengas razón, hay formas y formas de decir las cosas. Y la tuya no ha sido la más adecuada.

—¡Deja de reprenderme, Davis! No creo que fuera para tanto. Además, dudo mucho que Dominic sea de los que se alteran por las críticas, e imagino que estará demasiado ocupado con su trabajo como para tomar represalia alguna por mis palabras.

—¿Y qué hay de su familia?

—¡Bah! Eso me trae sin cuidado. Una hija novata en el mundo de la fotografía y...

—¿Y Amanda Black, esa modelo con la que estás obsesionado? Estoy

seguro de que has ofendido a ese hombre tan sólo por los rumores de esas revistas que dicen que ella no es tan sólo su sobrina, sino algo más...

—Davis, soy un profesional consumado y nunca llevaría a cabo esas acciones infantiles de las que me acusas.

—¿A quién pretendes engañar? Soy tu amigo desde la infancia y conozco cada una de tus rabietas, desde robarle el premio a una mocosa que era mejor que tú hasta descartar a una modelo solamente porque se te había insinuado. ¡¿Y qué decir de cuando acabaste con toda una magnífica sesión fotográfica porque te hicieron madrugar?!

—El negocio y el placer nunca deben mezclarse —declaró Chris con indiferencia mientras encontraba dentro de su vieja carpeta la fotografía que con tanto empeño había estado buscando—. ¡Al fin! —exclamó triunfante, mostrándole la desgastada imagen a su agente.

—¡Qué foto más mala! ¿Se puede saber qué narices quieres que haga con ella? ¿Arruinar tu reputación, tal vez?

—No, quiero que consigas convertirme en el nuevo fotógrafo de Amanda Black.

—Y a mí me gustaría tener un cliente más racional, pero tengo que conformarme contigo.

—Hablo en serio, Davis.

—¡Y yo también! Veamos... ¿A quién tengo que entregarle esto para que, según tú, ocurra ese milagro?

—Al agente de Amanda Black. En cuanto ella vea su fotografía, no podrá negarse. Aunque, espera un momento..., tal vez ya no se acuerde de mí... ¡Dame un segundo! —indicó alegremente Chris mientras escribía una nota detrás de la fotografía.

»¡Ya está, seguro que así me recuerda! —exclamó a continuación, dándole la fotografía a su amigo para que cumpliera con sus deseos y entregara su mensaje.

—¿Se supone que esta impertinente mocosa es Amanda Black?

—Sí, en carne, hueso y lengua.

—¿Se puede saber cuándo la conociste?

—Fue hace once años, en el concurso de fotografía de la galería Emelton, donde ella me hizo una promesa que nunca he podido olvidar —reveló Chris, mostrando en sus labios una ladina sonrisa.

—¿Y crees que ella se acordará de ti después de todo este tiempo?

—Ahora seguro que sí —repuso Chris con impertinencia señalando su mensaje con un gesto de la cabeza.

—Júrame que no has hecho esa estúpida declaración metiéndote con su fotógrafo para librarte de él y así tener el camino libre hacia Amanda...

—No he hecho esa estúpida declaración para librarme de Dominic Norton —repitió Chris sin poder evitar que una maliciosa sonrisa asomara a su rostro, confirmando así que cada una de sus palabras eran una flagrante mentira.

—¡No te lo crees ni tú! —replicó Davis, que lo conocía demasiado bien para su gusto—. Y, dime una cosa, ¿qué ocurrirá con tu regla de no mezclar los negocios con el placer si logro que trabajes con esa modelo?

—Que la seguiré a rajatabla, porque, sin duda, con Amanda todo será placer.

—Como agente tuyo que soy, te advierto que lo último que debes hacer en este momento es mezclarte con una modelo que posiblemente te la tenga jurada después de ver tu estúpido comentario en televisión dirigido a la persona que más adora. Y, como amigo, te recomiendo que vayas al psicólogo. Definitivamente, estás obsesionado con esa mujer.

—No, tan sólo estoy enamorado de su sonrisa —bromeó Chris mientras se dejaba caer de forma teatral sobre su mullido y cómodo sofá con la mano en el corazón.

—¡Como un millón de hombres más! Así que desde ya te advierto que no te hagas ilusiones con el encargo que me has hecho.

—No te preocupes, Davis, confío plenamente en tus habilidades. Y créeme si te digo que ella no podrá rechazar mi propuesta.

—¿Y eso por qué, si puede saberse?

—Porque ahora yo soy el mejor —declaró Chris con orgullo, señalando el nuevo trofeo que adornaba sus estantes—, y ella sólo se deja fotografiar por el mejor.

\* \* \*

—No creo que sea para tanto. Solamente son unos simples comentarios que... —intentó excusar Dominic al joven insensato que había osado criticarlo ante las cámaras y al cual ni su hija ni su sobrina estaban dispuestas a perdonar.

De hecho, a juzgar por lo que decían, estaban más que decididas a exigir su cabeza, algo que Dominic no dudaba que podían llegar a conseguir si se lo proponían.

—¿Que no es para tanto?! —gritó Amanda indignada mientras le arrebató a su tío el mando de la televisión y ponía fin al partido que éste intentaba seguir desde el cómodo sofá de su apartamento.

Luego, simplemente buscó el malicioso canal que se había dedicado a tocarle las narices, ofreciendo una vez más esa lamentable entrevista en la que la joven y nueva promesa de la fotografía injuriaba a Dominic con sus palabras.

Para recalcar aún más lo atrevidos que habían sido los insultos de aquel hombre, Evie no dudó en arrebatarse el mando a su prima y subir el volumen del televisor para que ninguno de los presentes pudiera perderse sus despreciables palabras.

«—¿Y qué opina usted de su predecesor, Dominic Norton? —preguntaba en ese momento con gran tranquilidad el presentador del vergonzoso programa.

»—Creo que ese hombre debería abandonar la fotografía profesional. Sin duda, el peso de los años ha hecho mella en su trabajo, que en estos momentos es bastante lamentable. Creo que sus fotografías carecen del sentimiento y la emotividad que transmitían cuando empezó, y que cualquier niño de parvulario con una cámara igualaría sus últimas obras —respondió sin inmutarse el invitado, como si sus palabras no supusieran un gran agravio para alguien.»

—¡Yo sí que te voy a dar en los morros con una foto de parvularios! ¡Concretamente, con esa de tamaño gigante que tengo colgada en el salón hasta que veas el talento de mi padre, maldito idiota! —gritó encolerizada Evie.

Antes de que ésta comenzara a despotricar de nuevo contra el estúpido fotógrafo, Amanda le arrebató el mando a distancia y apagó el televisor.

—Creo que deberías darle una contestación a ese...

—¡Capullo! —apuntó Evie al ver que su prima buscaba una palabra que describiera con precisión a ese insultante hombre.

—... Ególatra —continuó Amanda— que cree que el mundo gira a su alrededor.

—Tan sólo son las palabras de un crío que apenas acaba de comenzar en este mundo. Lo mejor es dejarlo pasar. Además, en algunas cosas tiene razón: desde que murió Iris, mis fotografías ya no son lo mismo —declaró Dominic mientras

se levantaba un tanto cabizbajo del sofá.

—¡No te permito que digas eso! —exclamó Amanda mientras ejecutaba ese molesto golpeteo con el pie en el suelo que indicaba que estaba realmente enfadada—. ¡Tú siempre serás el mejor de los fotógrafos, por más alabanzas que se autodedique ese niño bonito o por más premios que le concedan!

—Además, ¡es el único idiota que tiene esa opinión de tu trabajo! ¡Todos los demás te adoran! —añadió su irascible hija, quien, indudablemente, después de que Dominic le mostrara las críticas de más de una revista y le comunicara su decisión de retirarse por un tiempo, volvería a saltar llena de indignación.

Dominic sonrió ante el apoyo que siempre le ofrecían las dos temperamentales chicas que constantemente habían sido su perdición y, aunque tal vez no fuera el momento más oportuno, decidió hacerles partícipes de la noticia por la que las había reunido en su apartamento.

—Lamentablemente, queridas mías, Chris Jones no es el único que piensa así de mi trabajo —comenzó Dominic, dejando sobre la pequeña mesa del salón una revista de cotilleos donde un joven modelo criticaba su forma de sacar el mejor partido a su rostro.

—¡¿Qué?! ¡Trae aquí! —gritó Evie indignada mientras cogía la publicación.

Su prima Amanda no tardó en hacerle compañía leyendo junto a ella el insultante artículo en el que el modelo no mostraba escrúpulo alguno a la hora de denigrar el trabajo del fotógrafo, a pesar de que no tuviera ni la menor idea de en qué consistía éste.

—¿Se puede saber por qué narices aceptaste fotografiar a este gilipollas? —le recriminó Evie, tremendamente ofendida porque el amable gesto de su padre de trabajar gratis con esa nueva promesa únicamente le hubiera granjeado una mancha en su incuestionable carrera.

—Evie, definitivamente tienes que controlar tu lenguaje si quieres trabajar con modelos importantes —la reprendió su prima.

—¿Sí? ¿Y qué palabras utilizarías tú para calificar a esos dos personajes?

—Hummm... Vale, me rindo. Sin duda tus palabras son las más adecuadas para describir a esos dos, pero...

—Pero ¿qué?

Antes de que sus queridas niñas comenzaran a pelearse, ya que el carácter de ambas era bastante impulsivo, o empezaran a planear alguna estúpida venganza

contra los incautos que habían osado meterse con él, Dominic les dio la noticia de su marcha.

—Mañana me voy de viaje. Durante un tiempo estaré ilocalizable para el mundo, hasta que estos rumores desaparezcan y mis fotos vuelvan a ser lo que eran. No pienso decirlos adónde voy porque seguramente vendrías detrás de mí para tratar de convencerme de que regresara..., y lo cierto es que en estos momentos necesito estar solo.

—¡Pero no puedes irte! ¿Cómo va a sobrevivir nuestro estudio sin ti? —inquirió Evie, pensando que si le recordaba una de sus mayores responsabilidades podría hacerle cambiar de opinión.

—Cariño, tú eres lo suficientemente buena como para llevar el negocio sola. Además, después de estos comentarios dudo mucho que alguien requiera de mis servicios y si me quedara a tu lado tan sólo sería un lastre —declaró Dominic, besando cariñosamente la frente de su hija y despidiéndose de ella por un tiempo para embarcarse en un viaje que estaba más que dispuesto a realizar.

—¡No puedes hacer eso, tío! ¡La semana que viene tenemos una sesión fotográfica! —se quejó impulsivamente Amanda, haciéndole saber con sus palabras que aún no estaba preparada para mostrar su sonrisa a otro que no fuera él.

—Cariño, de un tiempo a esta parte las fotos que piden de ti para las campañas de publicidad son cada vez más sugerentes y sensuales, y a mí se me hace muy difícil captar con mi cámara esas escenas de una mujer que, por mucho que crezca, para mí siempre será mi niña. Creo que deberías elegir a otro fotógrafo. Además, siempre le has dicho a todo el mundo que a ti solamente puede fotografiarte el mejor y, para mi desgracia, en estos momentos ése no soy yo... —manifestó Dominic.

A continuación, tras besar la frente de Amanda tan cariñosamente como la de su hija, depositó en manos de su sobrina una vieja foto que su agente le había entregado para que se la hiciera llegar.

Después de eso, Dominic no esperó a oír más quejas. Simplemente se alejó de las dos chicas y se encerró en su habitación para terminar de hacer su equipaje, porque, si se quedaba junto a la taimada Amanda y la impulsiva Evie, seguramente lo convencerían para que hiciera alguna estupidez, y eso era lo que menos necesitaba en esos instantes. Así pues, prefirió apartarse de todo, ya que,

si él no estaba allí, las aguas se calmarían y sus alocadas niñas no incurrirían en alguna vengativa locura.

\* \* \*

—¿Con cuál te quedas: con el principito gilipollas o con el ególatra capullo?  
—me preguntó Evie con su delicado vocabulario habitual.

—No lo sé. Los dos me han ofendido bastante y, la verdad, ¡no sé por cuál empezar! —respondí, decidida a darle una lección a los dos idiotas que habían osado denigrar a mi querido tío.

—Tienes que elegir uno, porque el otro me lo pido yo..., ¡y te juro que le voy a joder la vida como no ha hecho nadie hasta ahora!

—Bueno, veamos... —reflexioné pensativa, calculando a cuál de ellos podía fastidiar con más facilidad.

Al modelo que comenzaba su carrera podía hacerle bastante daño si dejaba caer algún que otro rumor sobre sus nefastos trabajos o vicios, reales o inventados..., y con respecto al fotógrafo...

—Por cierto, ¿qué es lo que te ha dado mi padre? —quiso saber Evie, interrumpiendo mi línea de pensamiento cuando me vio jugar con la vieja fotografía que apenas me había parado a contemplar.

—No lo sé, será la foto de un fan o algo así —comenté despreocupadamente, hasta que mis ojos contemplaron la imagen.

Miré mi infantil rostro de diez años que sacaba la lengua en gesto de burla y, con una sonrisa, pensé cínicamente que, si algún incauto intentaba chantajearme con esa lamentable imagen, lo informaría de que en el estudio de mi tío había cientos de ellas.

—Creo que tiene un mensaje escrito por detrás —señaló mi prima, más interesada que yo por la lamentable instantánea.

Cuando le di la vuelta y leí el estúpido mensaje que había escrito, mi elección acerca de a qué sujeto debía aleccionar se resolvió por sí sola.

—¡Me quedo con el fotógrafo ególatra, que, definitivamente, es un capullo!  
—decidí, utilizando por primera vez ese lenguaje malsonante que tanto le gustaba usar a mi incivilizada prima.

Evie sonrió y me arrebató la fotografía para leer el mensaje que me había

hecho enfurecer tanto como para no llegar a medir mis palabras.

—«Voy a hacerte esa fotografía que me prometiste en una ocasión, y no podrás negarte porque Amanda Black sólo se deja fotografiar por el mejor..., y en estos momentos ése soy yo. Chris Jones.»

—¿Conoces al capullo? —preguntó mi prima, bastante interesada en saber más de la historia y de esa promesa que en realidad yo no recordaba en esos instantes.

—No me acuerdo, pero con toda seguridad él me conocerá a mí muy pronto... —manifesté, decidiendo quién sería mi próximo fotógrafo, uno sobre el que haría recaer todo mi mal humor.

—Bueno, ¡pues yo me quedo con el principito gilipollas! —confirmó burlonamente Evie, mostrándome al sensual modelo de portada de la nefasta revista.

Y, decidiendo nuestro plan de acción mucho más calmadas, Evie y yo nos sentamos en el gran sofá del salón de mi tío a la espera de que él saliera de la habitación en la que planeaba esconderse de nosotras. La cosa no podía durar mucho, o eso pensábamos nosotras, hasta que nos quedamos dormidas y mi querido tío huyó, dejándonos a modo de despedida unas breves notas en las que a cada una nos reprendía de antemano para que no lleváramos a cabo ninguna alocada acción sobre esos sujetos.

Sin embargo, para desgracia de esos dos individuos a los que teníamos en el punto de mira, ninguna de nosotras había sido muy obediente de niña, y cuando crecimos las cosas no cambiaron mucho. Y ante las palabras que mi tío Dominic nos dejó escritas en mayúsculas: «¡HACED CASO DE LO QUE DICE LA NOTA!», las dos tuvimos la misma reacción: hicimos sendas bolas de papel con las hojas que sosteníamos en las manos y las arrojamos a la papelera mientras, más que decididas a comenzar con nuestra venganza, exclamábamos:

—¿Qué nota?

\* \* \*

Pocos días después de recibir la impertinente fotografía, Amanda se adentró en uno de los caros restaurantes a los que ya estaba acostumbrada para reunirse con el único hombre que podía ayudarla a llevar a cabo su planificada venganza,

quisiera él o no.

—¡Cuánto me alegro de haber tenido tiempo de reunirme contigo, Jeff! — declaró alegremente mientras tomaba asiento a la mesa para disfrutar de un tardío almuerzo con su agente.

Tal vez cualquiera que los viera podía llegar a pensar que se trataba de un agradable encuentro, pero Jeff Jenkins, un hombre de unos cuarenta y dos años que había tratado con la irascible chica desde su infancia y cuyo hermoso pelo castaño había comenzado a caerse por culpa del estrés al que lo sometía la modelo, al igual que su barriga empezaba a crecer desmesuradamente por el mismo motivo, se temió lo peor. Más aún cuando Amanda lo obsequió con una de sus falsas sonrisas.

—Gracias por dedicarme parte de tu tiempo, Amanda. Veo que los cincuenta mensajes que dejé en el buzón de voz y las incesantes notas que le pasé a tu tío finalmente llegaron a su destino.

—¡Oh! Los mensajes los borré todos, y las notas siguen en la papelera de mi tío —repuso ella.

Lo más inquietante de esa hermosa mujer, pensaba Jeff, era que, mientras mandaba a paseo a su interlocutor con sus palabras, no dejaba de lucir en su rostro una hermosa sonrisa que podía llegar a hacerle comportarse a uno como un idiota.

Sin saber por qué, su irritante modelo lo había llamado para quedar con él a almorzar, cuando normalmente se comunicaban a través de un simple mensaje de texto. Jeff comenzó a temerse lo peor, y, mientras intentaba disfrutar del caro almuerzo, que seguramente pagaría él, Amanda dejó caer la terrible noticia que lo hizo temer por su futuro.

—Si te he llamado ha sido para comunicarte que mi tío Dominic ha decidido dejar de ser mi fotógrafo.

—¡Mierda! —exclamó Jeff sin tacto alguno, mirando cuán próxima se hallaba la salida y calculando si con su lamentable condición física podría llegar a ella antes de que Amanda lo atrapara en una de sus maquinaciones.

—Ni lo intentes, Jeff. Soy mucho más rápida que tú —amenazó Amanda, adivinando lo que pensaba su agente en esos momentos.

—Bueno, ya sabíamos que este día llegaría tarde o temprano, y me he estado preparando durante años para esto —repuso Jeff, sacando la carpeta roja que

siempre lo acompañaba en su maletín y que durante tanto tiempo había guardado temiendo que llegara ese terrible momento—. Elige a uno de ellos: éstos son los mejores fotógrafos que hay actualmente. Yo te conseguiré al que quieras — declaró Jeff mientras ponía sobre la mesa tres subcarpetas con elaborados informes sobre sus trabajos.

Y, mientras él rezaba para que ocurriera un milagro y la irascible modelo aceptara que otro que no fuera su tío tomara sus fotografías, Amanda, sin apenas dedicarles una mirada a los informes que había sobre la mesa y que tanto tiempo y esfuerzo le habían llevado realizar a Jeff, los apartó despreocupadamente de su lado con una de sus finas manos.

—Ya he elegido a mi próximo fotógrafo —dijo.

—Amanda, tienes que comprender que tu tío no podrá estar siempre a tu lado y... ¿Qué? —preguntó Jeff asombrado con el hecho de que la chica finalmente hubiera optado por hacer lo más razonable.

Definitivamente, a sus veintiún años, había madurado y, como todo adulto, había dejado sus berrinches y sus manías atrás y...

—¡Quiero a Chris Jones! —declaró Amanda

—¡Mierda! ¡Ya sabía yo que no podías ser tan razonable! —exclamó Jeff sin poder olvidar el único nombre que había tachado de su lista, un fotógrafo que él había decidido que no se acercaría ni de lejos a la modelo, ya que había hecho lo único que su representada nunca podría perdonar: meterse con su adorado tío.

—No te preocupes, no te va a resultar difícil conseguir que él acepte este trabajo —anunció Amanda mientras sacaba despreocupadamente una vieja foto de su bolso—. Esto, para que luego no digas que no te ayudo en tu trabajo... —murmuró mientras cogía el bolígrafo que siempre colgaba del bolsillo de la camisa de su agente para garabatear a continuación un mensaje detrás de la desgastada imagen—. ¡Hala! ¡Ya está! Entrégale esto a Chris Jones y verás cómo no puede negarse a ninguna de tus peticiones.

Jeff cogió la fotografía temeroso y, tras leer el petulante mensaje que había detrás de ella escrito por el propio Jones, compadeció al insensato. A continuación, leyó la retadora respuesta que había redactado su modelo y dejó de compadecerse del individuo para pasar a preocuparse de su propia persona.

—¿En serio crees que, después de leer esto, aceptará trabajar contigo?

—Sí, no te preocupes: tú sólo entrega la nota. ¡Ah! Y quiero un contrato

blindado en el que él no pueda deshacerse de mí hasta que yo no lo desee...

—Claro... ¿y quieres algo más, algo sencillito, como que llueva dinero o la paz en el mundo? Creo que podría conseguir eso con más facilidad que lo que me pides.

—No, nada más. ¡Gracias! —respondió la impertinente modelo, mostrándole una vez más su hermosa sonrisa a su agente.

Suspirando frustrado por su infantil comportamiento, Jeff intentó guiar de nuevo a su representada por el camino correcto, algo que su esposa siempre le aconsejaba que hiciera con esa mocosa que conocía desde que era pequeña, ya que en ocasiones podía llegar a quererla como la irritante hija que nunca había tenido.

—Amanda, con veintiún años ya deberías saber cómo es el mundo del modelaje. En ocasiones está lleno de maliciosos rumores que la mayoría de las veces resultan no ser ciertos. Muy pronto surgirá otro escándalo y todos olvidarán las estúpidas palabras que ese insensato dijo sobre tu tío. Lo mejor es dejarlo pasar y contratar a otro fotógrafo más cualificado.

—Tienes razón, Jeff. Dejémoslo que insulte a mi tío con libertad, que lo denigre, que desprecie el trabajo del que es tu mejor amigo, ese que siempre te ha apoyado como agente, que te presentó a su sobrina y que hizo que tu pequeña empresa tuviera un nombre y... —declaró Amanda indignada mientras con cada una de sus palabras asesinaba un poco más su ensalada.

Antes de que acabara con la matanza de su plato, Jeff se rindió finalmente a lo inevitable.

—Vale, me has convencido. ¿Y por cuánto tiempo pretendes fastidiar a ese tipo?

—No lo sé, solamente pretendo darle a Chris Jones lo que él ha pedido... ¿No me quiere como modelo? ¡Pues va a conocer a Amanda Black como modelo!

—Tiempo indefinido... —musitó él mientras apuntaba en su agenda hasta cuándo duraría la tortura de permanecer en mitad de la guerra que había comenzado entre esos dos.

Mientras seguían comentando los pormenores del contrato, fueron interrumpidos en varias ocasiones por personas que se acercaban a la mesa para pedir un autógrafa de Amanda o unas simples fotografías, algo a lo que ella

nunca accedía, pero que declinaba con tanta amabilidad que sus seguidores nunca llegaban a sentirse ofendidos.

Por unos segundos, Jeff miró con orgullo a la modelo de la que había cuidado desde niña y que se había convertido en una espléndida mujer. Tan amable, tan refinada, tan educada, tan...

—¿Que quién es mi acompañante? ¿No es obvio? Mi amante, por supuesto...

«¡Tan fastidiosa e irracional como siempre!», concluyó finalmente Jeff mientras veía cómo Amanda daba esa despreocupada respuesta a uno de sus curiosos seguidores. El hombre miró a Jeff un tanto sorprendido, ya que, con su pronunciada barriga, sus cabellos que comenzaban a encanecer y a escasear, su edad y su simple traje de segunda categoría, era evidente que no podría conseguir a una mujer como Amanda ni en un millón de años.

—Mi esposa y yo te agradeceríamos que dejaras de decir eso cada vez que nos reunimos en algún sitio público para hablar de negocios —susurró Jeff, molesto tras la marcha del inoportuno cotilla.

—Margareth sabe que solamente es una broma. Además, siempre les digo lo mismo a los curiosos que se me acercan buscando algún jugoso cotilleo. Únicamente les doy lo que quieren —respondió Amanda con atrevimiento mientras seguía jugando con su ensalada.

—Por cierto, en lo referente a lo de darle a la gente lo que quiere, no recuerdo haberte pedido un entrenador personal por mi aniversario, y, aunque agradezco tu gesto, lo mío no es moverme mucho.

—Lo sé, Jeff, pero ese regalo no era para ti: era para tu esposa. Ya que ha estado contigo durante tantos años, lo menos que puedes hacer es cuidarte para estar presentable para ella —manifestó Amanda con impertinencia y una malévola sonrisa.

—En serio, no creo que tardes mucho en hacer que ese fotógrafo quiera renunciar...

—Ahí está el quid de la cuestión: que, aunque quiera irse, tendrá que tratar conmigo hasta que yo me canse de él.

—No sé en lo que estaría pensando ese hombre cuando te envió esta nota, pero, definitivamente, si acepta tu propuesta es que le falta un tornillo.

\* \* \*

—¿Pero en qué narices estabas pensando?! ¡¿Cómo se te ha ocurrido firmar ese contrato?! —exclamó Davis muy indignado mientras perseguía a su representado con la copia del acuerdo que éste ni siquiera se había parado a leer.

—En que ella me contestó y accedió a mi petición —respondió estúpidamente Chris mientras le mostraba la fotografía que la modelo le había devuelto—. Incluso me ha dejado un cariñoso mensaje.

—¿Esto es un cariñoso mensaje? —inquirió Davis irritado y decidido a leer el mensaje en voz alta para ver si así entraba algo de lucidez en la cabeza de ese insensato—: «Acepto tu propuesta, pero ¿hasta cuándo podrás ser el mejor?».

—Sí, sin duda ella se acuerda de mí o no habría aceptado. Ahora tan sólo tengo que impresionarla para lograr que se enamore de mí.

—Chris, esto más bien parece una advertencia. Si esta fotografía hubiera venido acompañada de una bandeja de plata, no dudaría que esta mujer reclamaba tu cabeza en ella. Haznos un favor a los dos y llama a su agente para declinar esta insultante propuesta que ni siquiera te has molestado en leer.

—¿Por qué? Estoy muy contento por cómo han salido las cosas. Al fin he conseguido que Amanda sea mi modelo.

—¿Que por qué? ¿De verdad me estás preguntando por qué quiero que rechaces esta oferta? —gritó Davis exasperado mientras se llevaba las manos a la cabeza—. ¡Con este puñetero contrato quedas atado a Amanda Black hasta que ella quiera y no puedes acceder a ningún otro encargo!

—Pero ella estará obligada a estar conmigo por lo menos hasta que finalice el trabajo.

—¡O hasta que decida deshacerse de ti! Algo que creo que está muy dispuesta a hacer.

—La dulce niña que recuerdo no puede haber cambiado tanto; era un poquito impertinente, pero alabó mi trabajo, seguramente intuyendo que en el futuro me convertiría en un gran artista.

—Sí, ya lo sé... Me has contado esa historia miles de veces. Pero, Chris, ¿no sería que te alabó para distraerte mientras te robaba el trofeo que más tarde le devolvió a su legítima dueña?

—No, una niña tan guapa como ella no podía ser tan maliciosa —descartó

despreocupadamente el fotógrafo sin abrir los ojos a la realidad que su amigo quería mostrarle.

—¿En serio, Chris! ¿Qué voy a hacer contigo? ¿Por qué no puedes hacerme caso por una maldita vez?

—No te preocupes tanto, Davis, todo saldrá bien. Me disculparé con ella cuando la vea por alguna que otra palabra de más que dije sobre su tío y me concentraré en el trabajo.

—¿Sabes? Te dejo por imposible. Lo lamentable de esta situación es que, cuando te des cuenta de cómo es esa modelo, será demasiado tarde para librarte de ella. Y te lo advierto desde ya: ¡no me vengas con lloros cuando las cosas no salgan como tú has planeado!

—Créeme, Davis, conozco muy bien a la niña de mis recuerdos...

## CAPÍTULO 3

No la conocía en absoluto. La arisca, impertinente y mandona mujer con la que iba a trabajar no podía ser la dulce niña de la que un día me enamoré.

Amanda Black me había hecho levantarme a las cuatro de la mañana para tomar unas fotografías en el exterior. Después de que ella convenciera a los responsables del proyecto de publicidad para ese nuevo perfume de que lo mejor para sus imágenes sería la luz natural, fui enviado a un frío, gélido y solitario páramo donde, como un idiota, esperé durante un par de horas a que apareciera mi equipo.

Cuando por fin llegaron, todos apelotonados en una pequeña furgoneta junto con el material para llevar a cabo la sesión fotográfica, ya estaba preparado y dispuesto para empezar en cuanto Amanda apareciera, pero entonces recibí una llamada del agente de la mimada modelo, que me comunicó que se había quedado dormida y que lo mejor sería que regresara a mi estudio para explicarles a los encargados del proyecto que las fotografías, al contrario de lo que habían acordado, se harían en el interior.

Tras obtener una fulminante mirada de cada uno de mis colaboradores, me precipité hacia mi estudio, donde tuve que preparar el decorado a toda prisa. Por suerte, mi equipo se decidió a ayudarme a hacerlo todo con la mayor celeridad posible, aunque no lo hicieron en silencio.

Nelson, un robusto hombre unos cinco años mayor que yo, sacó apresuradamente las luces y la máquina de viento de la furgoneta con la ayuda de Leonard, que ya estaba habituado a trabajar con otros fotógrafos y al que llamaba en ocasiones para que se encargara de la iluminación. Mientras tanto, Marian, la mujer de mediana edad que ejercía de maquilladora, me ayudó a

buscar las lonas adecuadas en el trastero y a colocarlas sobre las blancas paredes de mi estudio, construyendo en unos pocos minutos un hermoso decorado representando un paisaje boscoso lo bastante creíble como para que Amanda posara ante él.

De modo que el estudio estuvo completamente preparado para la modelo en un tiempo récord, una modelo que, una vez más, decidida a fastidiarme, me hizo esperar durante horas con el estómago vacío a que ella hiciera su aparición.

Intenté contactar con ella cientos de veces, pero en cada ocasión obtenía como respuesta un simple mensaje del contestador automático, así que los representantes del proyecto y los demás trabajadores decidieron salir a almorzar mientras yo seguía esperando a que Amanda se dignara aparecer. No pude moverme ni para comprar un simple bocadillo, por temor a que, cuando me fuese, mi modelo hiciera su aparición.

Cuando regresaron de comer, tanto los integrantes de mi equipo como los organizadores de la campaña publicitaria comenzaron a impacientarse por el comportamiento de la modelo, que no parecía tener ganas de hacer su trabajo. Y en ese preciso instante Amanda hizo por fin acto de presencia, entrando despreocupadamente en el estudio, como si su retraso no tuviera importancia. Dejó su bolso y su abrigo sobre mi cámara y me anunció insultantemente con una maliciosa sonrisa:

—¡Aquí me tienes!

—¡Maquillaje! —grité bastante molesto cuando ella se desprendió de sus caras gafas de sol y me mostró sus ojeras, seguramente fruto de una noche de fiesta, que ninguna modelo debía lucir en una de sus sesiones.

No sé qué me irritó más: si descubrir que mi agente tenía razón o ver que la hermosa mujer que tenía ante mí había pasado toda la noche divirtiéndose, posiblemente en brazos de otro hombre. Cada vez que dirigía una mirada a su escueto vestido de fiesta no podía evitar hervir de furia y unos irracionales celos se adueñaban de mí.

La bella princesa de delicados rizos rubios y hermosos ojos azules que conocí se había convertido en una exuberante mujer que, con sus pecaminosas curvas, su pícara mirada y sus atrayentes ojos, podía llegar a ser la perdición de cualquier hombre. Pero eso era algo que yo ya sabía después de haber seguido cada uno de los pasos que ella daba en su carrera.

Sonreí con nostalgia, resignado con la idea de que la hermosa sonrisa que vi en una ocasión había sido tan falsa como la mujer que se presentaba hoy frente a mí. Y, decidido a no echarme atrás ante el reto que podía llegar a suponer fotografiar a Amanda Black, aparté las cosas que ella había colocado sobre mi cámara y me dispuse a hacer las mejores fotografías de mi carrera.

Cuando la vi salir del pequeño vestuario en donde Marian la había ayudado a prepararse, ataviada con un vaporoso vestido bastante sugerente que cubría estratégicamente su cuerpo y acicalada con el imaginativo maquillaje de mi colaboradora, que la convertía en un hada, traté de imaginar en qué narices habían estado pensando los creadores de esa campaña publicitaria, que pretendían dar el enfoque de una inocente brisa primaveral a su perfume, si lo que menos venía a mi mente en esos instantes eran pensamientos de inocencia. Sugerentes, sí, y alguno que otro bastante pecaminoso, también, pero inocentes, tras ver ese tentador cuerpo, definitivamente ninguno.

Mientras trataba de controlar mi deseo, que en esos momentos estaba fuera de lugar, me acerqué a ella, me presenté y le tendí la mano para mostrarle mi respeto como el profesional que era.

—Soy Chris Jones —dije mientras mi mano permanecía en el aire.

Y allí se quedó, porque ella simplemente se cruzó de brazos y, con arrogancia, me hizo saber cuánto le habían molestado algunos de mis comentarios.

—Sí, lo sé... —repuso—. Yo soy Amanda Black..., y eso de que tú eres el mejor fotógrafo está por ver —anunció, declarándome la guerra mientras movía impertinentemente su melena hacia un lado y se alejaba de mí en dirección al decorado que habíamos preparado.

Su altiva marcha habría sido perfecta de no ser porque no me importó que se diera la vuelta, ya que con ese exiguo traje me mostraba una hermosa espalda y un impresionante trasero cada vez que las vaporosas telas del vestido se movían de su lugar.

Estuve horas intentando sacar la imagen que esos idiotas querían dar de ella, cuando a mí se me habrían ocurrido decenas más sugerentes y adecuadas para la campaña. Sin embargo, al parecer, ni mi cámara ni la modelo, que hacía todo lo posible para fastidiarme, estaban por la labor.

Finalmente decidí salir y tomarme un descanso. Y, mientras bebía un refresco

escondido en uno de los rincones del extenso pasillo que daba a mi estudio, pude escuchar las diferentes opiniones de cada uno de los idiotas que se creían profesionales de la fotografía.

—Creo que el fotógrafo no es tan bueno como pensábamos, no he visto ni una sola imagen que me convenza para esta campaña..., ¡y eso que la modelo es Amanda Black! —declaró impertinentemente uno de los trajeados.

—No sé si hicimos bien en contratar a Chris Jones para este trabajo, pero como ella nos lo exigió, no pudimos negarnos —se excusó otro de los molestos ejecutivos.

—¡Eso! ¡Échale toda la culpa al fotógrafo, porque, claro, esa modelo es todo inocencia! —murmuré con ironía desde mi apartado rincón.

—Tampoco he visto que Amanda diera lo mejor de sí en esta sesión...

—Bueno, por lo menos uno de ellos tiene cabeza —susurré sin dejar de escuchar con atención cada una de las palabras de esos hombres, que, por lo visto, ahora también sabían de mi profesión.

—Sí, pero ya sabes que Amanda solamente lo da todo cuando trabaja con el mejor, y ése, por muchos premios y alabanzas que se publiquen en las revistas, no creo que sea Chris Jones.

—¡Eso sí que no! —declaré en voz alta mientras pensaba que nadie me iba a arrebatarme lo que con tanto esfuerzo había conseguido y, menos aún, una niña mimada como Amanda Black.

Así pues, tras tirar la lata del refresco a la papelera más cercana con enfado, me dirigí hacia esos hombres muy dispuesto a enseñarles lo que era la fotografía profesional.

Mientras me encaminaba a la puerta del estudio, decidí opinar de su trabajo tan libremente como ellos habían hecho con el mío, por lo que, cuando pasé junto a los trajeados sujetos, que comenzaban a criticar nuevamente mis fotografías, dejé muy clara mi postura:

—Su enfoque sobre la campaña es una mierda: lo último que puede llegar a transmitir Amanda Black es inocencia. Pero no se preocupen, yo lo arreglaré..., y la próxima vez que critiquen mi trabajo, háganlo después de verlo acabado.

Tras dejar a mis clientes bastante molestos por mis impertinentes palabras, acabé de cabrearlos cuando eché a todo el mundo del estudio y me quedé a solas con mi cámara y con la modelo, para descubrir finalmente la verdadera imagen

de Amanda Black.

\* \* \*

Por unos instantes contemplé con asombro el estudio que me rodeaba.

A pesar de que creí que ese fotógrafo ególatra tendría un lugar de trabajo aceptable, ya que presumía de ser el mejor, nunca pensé que podría llegar a competir con el de mi tío. Disponía de un espacio diáfano de unos ciento ochenta metros cuadrados divididos en tres sets, donde había diferentes decorados. Las paredes eran de un blanco impoluto, con textura de hormigón, y los suelos, de madera. Los techos tenían por lo menos cinco metros de altura, y los extensos ventanales dejaban entrar la luz natural, convirtiéndolo en un lugar bastante luminoso.

Como cualquier estudio profesional, no carecía de una habitación de maquillaje para las modelos, que en esta ocasión también hacía las veces de vestuario. Al fondo de la estancia, una puerta daba a una pequeña oficina en la que se localizaba un estrecho cuarto de baño. Y, sin duda alguna, la última puerta debía de ser un estudio de revelado, ya que una llamativa luz roja descansaba sobre ella.

Parte del atrezzo estaba agrupado en una zona abierta un poco apartada. El fotógrafo no había prescindido de un caro ciclorama de obra, un fondo de escenario diseñado para crear sentido de profundidad. También tenía fondos de cartulina y de vinilo desplegados en distintas zonas del estudio, y diferentes flashes, luces, trípodes..., incluso un modificador de luz y un gran ventilador para crear algún que otro efecto en sus fotografías.

Desde el decorado donde yo me encontraba rodeada de luces, flashes y piezas de atrezzo, podía observar una incómoda silla plegable de tela, como la de los directores de cine, en cuyo respaldo Chris Jones había osado poner su nombre, un trípode donde se apoyaba su cámara y una enorme mesa de madera donde se veían decenas de fotografías de otros trabajos y algunos accesorios para su cámara, tales como diferentes tipos de lentes y *zooms*.

El estudio, idílico para cualquier fotógrafo, estaba situado en Broadway, una de las avenidas más caras y famosas de Manhattan, llena de teatros y de luminosos carteles de publicidad, lo que me llevaba a pensar que, si Chris Jones

podía fotografiar a cualquiera, ¿por qué se empeñaba en que su modelo tenía que ser yo?

Mientras me acomodaba en mi lugar esperando su regreso para ver si al fin se había dado por vencido, recordé cómo esa mañana había seguido al pie de la letra todas las recomendaciones que mi prima Evie me había dado acerca de qué cosas podían llegar a molestar a un fotógrafo, como que le cambiaran la hora y el lugar de la sesión o que la modelo llegara tarde y con ojeras. Para añadir más leña al fuego, había posado como me había dado la gana con ese estrecho vestido que en realidad aborrecía.

No había seguido ni una sola de las indicaciones de ese sujeto: si me pedía que mirara para un lado, yo miraba para el otro; si me pedía que sonriera, nada de sonrisas; si quería que me mostrase dulce e inocente, le insinuaba de todo menos la inocencia que él me pedía... De hecho, en más de una ocasión había sonreído maliciosamente por lo incómodo que se hallaba Chris ante cada una de las poses que había aprendido de algunas películas algo subidas de tono que mi prima Evie me había hecho ver.

En realidad, a pesar de mi profesión, yo aún era bastante inocente a la edad de veintiún años, aunque eso nadie lo habría creído. Continuamente veía a mi alrededor lo que les había pasado a otras compañeras que caían en manos de modelos embaucadores, representantes aprovechados o altivos hombres de negocios que únicamente jugaban con ellas.

Por mi parte, yo había intentado ser tan precavida como siempre me había aconsejado mi tía Iris, hasta el punto de no tener ninguna relación. Tal vez había dependido en exceso de la imagen de mi protector tío y me había escudado demasiado detrás de él. Y, ahora que se había ido, tenía miedo de enfrentarme al mundo. Por eso, estaba más que decidida a que volviera, porque sin él a mi lado yo ya no podría mostrar mi sonrisa y Amanda Black sería tan sólo una atemorizada niña que aún se sentía sola.

Cuando el insufrible fotógrafo volvió a entrar en el estudio, observé en él una decisión y una confianza que antes no tenía. Sin mediar palabra, echó a todo el mundo de la sala excepto a mí. Acto seguido, me coloqué en mi lugar sobre ese falso lecho de flores y me tumbé algo aburrada, muy dispuesta a mostrar en esta ocasión la somnolencia como única pose.

Desde la distancia vi cómo el hombre se desprendía de su chaqueta de cuero,

quedándose tan sólo con una camiseta negra que se pegaba a su torneado cuerpo. En verdad, si no hubiera sido el hombre al que más odiaba en ese momento, habría sido un espécimen digno de admirar. Con sus intensos ojos azules, sus negros y revueltos cabellos, su metro ochenta y cinco de estatura y su despreocupada sonrisa era bastante atractivo, y su altivo gesto tenía algo que atraería a cualquier mujer hacia el pecado. A cualquiera excepto a mí, ya que yo solamente quería una cosa de él: su renuncia y que finalmente admitiera ante todos que él no era el mejor fotógrafo.

Tras coger la cámara de su trípode, se dirigió hacia mí y, sin dejar de mirar por el visor, comenzó a apretar el disparador. Yo, por supuesto, simulé estar dormida, e incluso fingí algún bostezo a ver si así conseguía hacerle desistir.

—¿Te molestaron las palabras que dije de tu tío, Amanda? —me preguntó sin parar de hacerme fotografías mientras yo le dirigía una furiosa mirada en respuesta—. ¿Por qué, si eran totalmente ciertas? El trabajo de tu tío ha decaído mucho en estos años, y el de esa exposición no fue el mejor.

Sin moverme de mi posición, alcé airadamente el rostro y, sin tapujo alguno, le dije cuanto pensaba de él, de su trabajo y de aquella estúpida y vieja foto que me había enviado.

—No creo que tú pudieras llegar a ser mejor que él ni en un millón de años...

—Ya lo soy, querida. Concretamente, este año soy el mejor —declaró Chris mientras apartaba por unos instantes la cámara de su rostro para dirigirme una orgullosa e irritante sonrisa, cosa que sólo me hizo enfurecer un poco más.

—El tema de este año en el concurso era «alegría»; ya me gustaría ver a mí la alegría que podrías mostrar tú con tu cámara cuando la persona que te hacía feliz ha desaparecido de tu vida para siempre.

—Entonces admites que las fotografías de tu tío no eran las mejores... —insistió de nuevo el insensible sujeto.

Como parecía que todavía no imaginaba la que se le avecinaba por haberme provocado de esa manera, me encontré muy dispuesta a mostrarle cada uno de los errores que había cometido para que desde ese momento yo pudiera hacer de su vida un infierno. Mientras apoyaba mi rostro con elegancia en una mano, le sonreí con malicia y le relaté detalladamente cómo arruinaría su carrera, deleitándome con cada uno de los puntos de la venganza que mi prima y yo

habíamos planeado.

—A partir de ahora serás mi fotógrafo en exclusiva, de acuerdo con el contrato que firmaste conmigo. E, indudablemente, como no podrás capturar ni una buena imagen de una modelo reticente, tu carrera se arruinará poco a poco y no podrás rebatir las críticas de la gente con otras buenas fotografías, porque sólo podrás fotografiarme a mí...

—Entonces ¿aceptaste ser mi modelo únicamente para vengarte de mí? ¡Qué idiota he sido! Y yo que pensaba que te acordabas de mí... —apuntó Chris, sonriendo cínicamente mientras dejaba de lado su cámara por unos instantes.

—¿De qué te quejas? Finalmente tienes lo que me pediste: ahora puedes fotografiarme cuanto quieras, aunque no creo que ninguna de tus instantáneas llegue a valer la pena —dije señalando las imágenes que él ojeaba en su cámara, muy segura de que no había conseguido nada que le sirviera para ese trabajo.

—Sí, en eso tienes razón: finalmente puedo sacarte todas las fotografías que quiera —declaró ladinamente después de ver algo en la cámara que le hizo sonreír.

—¿Ya has terminado tu trabajo? —pregunté mientras me levantaba del incómodo lecho de flores, harta de las impertinencias de ese sujeto y molesta con todo ese maquillaje, que comenzaba a irritarme la piel.

—Sí, por ahora tengo de ti todo lo que necesito —me susurró al oído mientras me entregaba mis pertenencias. Luego, para mi desconcierto, me retuvo a su lado durante unos instantes y añadió—: Pero no te vayas muy lejos, porque después de esto sin duda volveremos a trabajar juntos.

Tras dejarme marchar mientras mostraba una artera sonrisa, Chris me hizo dudar acerca de si no habría caído en el error de darle alguna imagen que realmente valiera la pena mientras estábamos hablando y él me apuntaba con la cámara. No obstante, luego recordé que no había dado en ningún momento la apariencia de inocencia que pedían los responsables de la campaña, y me marché decidida a hacer todo cuanto estuviera en mi mano para arruinar la vida de ese sujeto, como él había hecho con la de mi tío con sus despreocupadas palabras.

\* \* \*

Mientras disfrutaba de su desayuno en su cafetería habitual, Amanda

contestaba al impertinente interrogatorio al que la sometía su prima Evie por teléfono acerca del irritante fotógrafo. Y, sin poder evitarlo, lucía en su rostro una maliciosa sonrisa sabiendo que el trabajo de Chris Jones durante la primera sesión que habían llevado a cabo juntos había sido un auténtico fracaso. Y todo gracias a ella.

—No te preocupes, Evie, ya han pasado varias semanas desde esa lamentable sesión fotográfica y estoy totalmente segura de que ese tipo no obtuvo ninguna imagen de provecho..., de lo contrario, ¿por qué iba a retrasarse el lanzamiento de la campaña publicitaria de ese nuevo perfume? —manifestó alegremente Amanda ante las insistentes preguntas que le dirigía su prima para saber cómo le iba en su malicioso plan de arruinarle la vida a Chris Jones, al que Evie se refería como «Plan A: jodamos al fotógrafo».

También tenían el «Plan B: jodamos al principito gilipollas», mote con el que Evie había bautizado al inconsciente modelo que, después de haber injuriado a Dominic Norton, había aceptado temerariamente trabajar con su hija sin imaginarse aún la que se le venía encima.

—¿Estás segura de que ese hombre no consiguió de ti ninguna imagen que valiera la pena, que no hubo ningún momento en que te descuidaras y bajaras la guardia frente a su cámara? —preguntó Evie. Y, ante el silencio de su prima, insistió—: Amanda...

—Sí, Evie. Estoy totalmente segura de que no le di a ese individuo ni una sola buena imagen al posar para él —declaró finalmente ella, sintiéndose hostigada por las obstinadas preguntas de su prima.

No sabía por qué motivo la llamaba, si ella ya había cumplido con su parte de la venganza.

—Amanda, no te sentirás atraída hacia ese sujeto, ¿verdad?

Al oír la pregunta, Amanda estuvo a punto de atragantarse con el pecaminoso bocado de un dulce que se había permitido tomar. Mientras tanto, Evie proseguía:

—Porque, si es así, aunque ese hombre pueda llegar a ser bastante atractivo, te diré que no es el más adecuado para ti. Además, la venganza es lo primero y no tiene cabida junto al amor. Aunque si lo que pretendes es acostarte con él y hacer que se enamore de ti para luego pisotear su corazón, cuentas con todo mi apoyo.

—¡Así que es eso! ¡Confiésalo, Evie: has estado esnifando algún nuevo producto de tu laboratorio de revelado! Porque, de lo contrario, no me explico el porqué de tus preguntas.

—¡Eso solamente fue una vez, y por error! —se defendió Evie recordando las locuras de su adolescencia—. Además, si le has fastidiado la campaña a ese fotógrafo, ¿puedes explicarme por qué ciertos carteles con tu imagen están causando furor por todas partes? De verdad, Amanda, si ésa es tu forma de vengarte de ese hombre, pienso importunarte hasta que te enfades también conmigo: ahora mismo, ese petimetre es más famoso incluso que antes.

—¿Qué carteles? —preguntó Amanda airadamente mientras salía ya de la cafetería.

Justo cuando doblaba la esquina de la Séptima Avenida y llegaba a Times Square, la zona más concurrida de Manhattan, donde se agrupaban teatros, bares, restaurantes, museos y reinaba un bullicioso ambiente repleto de personas que hacían su día a día acompañadas por un sinfín de turistas, apareció frente a ella la imagen que tanto había perturbado a su prima en uno de los luminosos carteles publicitarios que exhibían los llamativos edificios. En ella, la modelo no posaba con el gesto angelical de un hada buena que le habían asegurado que buscaban los creadores de la campaña, sino que, como una pecaminosa ninfa, mostraba una maliciosa y sensual sonrisa que auguraba una perversa brisa de primavera como aroma del perfume.

—¡¿Cuándo ha sucedido esto?! ¡¿Cómo se ha atrevido a hacerme esa fotografía?! —exclamó Amanda furiosa, recordando que esa pose no era otra sino la que le había ofrecido a Chris mientras le relataba, con perverso placer, los pasos que seguiría en su pequeña venganza contra él.

»¡Voy a terminar con esto de inmediato, porque en estos momentos me dirijo al estudio de ese fotógrafo para acabar con él! ¡Y estoy muy dispuesta a asesinarlo con mis propias manos! —anunció, cada vez más enfurecida a medida que, a cada paso que daba, veía cómo un póster con su imagen adornaba la pared de algún edificio.

—¿Sí? Pues como lleses ese asesinato de la misma forma que tu venganza, seguro que lo matas a polvos... —le recriminó Evie con el poco tacto que la caracterizaba.

—¡Tú, con tu principito, que del fotógrafo ya me encargo yo! —chilló la

modelo irritada.

—Sí, ya..., pero ¿cómo lo harás?

Antes de que su prima siguiera insistiendo en fastidiarla con sus infantiles planes y sus múltiples recriminaciones por no llevarlos a cabo, Amanda colgó el teléfono y susurró a uno de esos carteles la respuesta que no le había dado a Evie mientras lo arrancaba de su lugar:

—Con una hermosa sonrisa...

\* \* \*

—¿Qué has venido a hacer aquí, Davis? —interpeló Chris a su agente sin prestarle mucha atención mientras revisaba satisfecho las fotografías de su último trabajo, que en esos momentos se amontonaban en la mesa de su estudio.

—He venido a escuchar esas palabras que tanto te cuesta decir, pero que a mí siempre me llenan de satisfacción —declaró Davis mientras se cruzaba de brazos mirando con prepotencia a su amigo, que cuando se cegaba con sus deseos podía llegar a convertirse en un necio. Sobre todo, en lo referente a esa guapa modelo.

—Creí que habías venido a felicitar me por el éxito rotundo de mi último trabajo —contestó Chris, intentando evitar decir las palabras que su amigo le exigía y que a él siempre le molestaba pronunciar.

—Eso también. Pero, venga, vamos: ya estás tardando en decirme esas palabras que siempre me endulzan el día —apremió Davis, regocijándose en su victoria.

—No sé qué palabras son las que reclamas de un modo tan infantil, pero, si me perdonas, estoy trabajando —manifestó Chris, evitando nuevamente a su agente mientras fingía que estaba tremendamente ocupado, cuando en verdad en esos instantes tan sólo estaba perdiendo el tiempo.

—Entonces me dirás que esa modelo fue todo dulzura, que llegó a su hora, que se comportó como una gran profesional, que no te hizo sudar ni un poquito y que, por supuesto, nada más verte se acordó de ti... —comentó Davis burlonamente, sabiendo por los rumores que corrían cómo había transcurrido todo en la breve sesión fotográfica en la que el fotógrafo y su modelo se habían declarado la guerra.

—Tú tenías razón... —se apresuró a murmurar Chris a la vez que se tapaba

la boca para simular que esas palabras no habían salido de sus labios.

—Repítelo, vamos: ambos sabemos que lo has dicho —insistió su agente, haciendo un molesto gesto con la mano con el que lo urgía a decirlo solamente para deleite de sus oídos.

—Vale, lo admito: tú tenías razón, Davis. No me conocía, no sabía quién narices era, y tampoco se molestó en intentar recordarlo. Llegó a mi estudio actuando como una princesa fría y altanera y me rompió el corazón. Ya está..., ¿contento? —finalizó Chris airadamente, dejando de observar sus fotografías.

—Sí, pero lo estaré más cuando me digas cómo piensas deshacerte del contrato con esa modelo.

—No puedo. Y, aunque pudiera, tampoco querría —anunció Chris, sonriendo al haber hallado una fotografía en la que la sensual imagen de la mujer lo acompañaría en sus más pecaminosos sueños—. Ésta, para mí... —susurró desoyendo una vez más los gritos de su agente mientras la hacía a un lado.

—¿Cómo que no quieres deshacerte de ese contrato? ¡Tú estás como una cabra! ¡Te has librado de arruinar tu carrera por los pelos! ¡Sólo fue gracias a que los representantes de esa campaña cambiaron de idea en el último momento que pudiste presentar tus fotografías!

—¿Y quién crees que fue el que los convenció, Davis? Pretendían que esa sensual sirena hiciera de hadita buena.

—¿Y qué vas a hacer si en el próximo encargo te piden algo tan inocente como el hada de los dientes o... o qué sé yo?

—Pues haré una fotografía tan sensual que todos los niños y los adultos desearán que se les caigan los dientes para poder recibir la visita de esa hada.

—¡No me jodas, Chris! ¿Es que tú no aprendes? ¿Me puedes aclarar por qué narices vas a seguir fotografiando a esa modelo?

—No me voy a rendir hasta que ella admita que soy el mejor.

—El orgullo será tu perdición un día de éstos —opinó Davis, negando con la cabeza ante el empecinamiento de su amigo en hacer siempre lo que menos le convenía.

—Además, yo saco una faceta de ella que nunca había visto..., y eso me gusta —confesó ladinamente Chris, apartando otra de las fotografías para su colección privada—. La próxima vez que la vea solamente tendré que disculparme adecuadamente y utilizar mis encantos para convencerla de poner

fin a esta estúpida guerra que hemos comenzado. Tranquilízate, Davis, llevaré este asunto con todo el tacto, toda la delicadeza y, sobre todo, con toda la profesionalidad de la que soy capaz.

—¿Y crees que eso me tranquiliza? —preguntó el agente, recordando lo irascible que podía llegar a ser su amigo y lo poco racional que se mostraba cuando tenía uno de sus berrinches—. Sé razonable por una sola vez en tu vida, Chris, y déjame que te libre de esa modelo.

—No —contestó él, empecinado.

Y, tras dirigir una sola mirada a su amigo, que nuevamente exhibía esa cara de tonto al ver unas simples fotografías, Davis lo supo: seguía comportándose como un completo idiota ante los encantos de esa mujer.

—No me digas que aún estás enamorado de ella... —musitó con preocupación, apuntando con un dedo acusador al fotógrafo.

—No, ¿cómo podría fijarme en esa modelo? Amanda es taimada, maliciosa, impertinente, molesta, bastante cargante con sus arrebatos, muy poco profesional, tiene muy mal genio y, además, en persona no es tan hermosa como recordaba y...

—¡Gracias por tus halagos! —exclamó ofendida Amanda, que irrumpía súbitamente en el estudio en ese preciso momento. Y, colocando sobre la mesa donde Chris tenía su trabajo un sucio póster de su última fotografía que había sido arrancado de alguna pared de la calle con violencia, añadió—: ¡Tenemos que hablar!

Luego, simplemente se alejó hacia el pequeño despacho de Chris con sus sensuales y tentadores andares.

Y, mientras Chris observaba encandilado sus pasos, no pudo evitar confesar a su amigo:

—Bueno, tal vez un poquito.

Después, simplemente se alejó de Davis dispuesto a entablar una nueva lucha con Amanda, y, mientras se dirigía a su despacho, pensó que quizá, si en alguna ocasión tenía suerte, su lucha podría convertirse en un cuerpo a cuerpo con esa seductora mujer.

Davis vio a su necio amigo alejarse tras Amanda como un inocente corderito y se golpeó la frente con una mano mientras se preguntaba cuál sería el futuro de ese prometedor fotógrafo si las cosas seguían así. No obstante, luego recordó que

Chris Jones nunca había sido demasiado inocente y que, más bien al contrario, podía llegar a ser un voraz lobo disfrazado de cordero. Alguien indudablemente adecuado para enfrentarse a la irascible modelo, que aún no sabía a quién le había declarado la guerra.

Esperando que su amigo cumpliera con su palabra e hiciera uso de sus encantos con esa mujer, y ¿para qué negarlo?, porque también era un poco cotilla, Davis pegó su curioso oído a la puerta del despacho, a ver si por una vez ese hombre se comportaba y no acababa todo como siempre: incurriendo en el maldito caos que caracterizaba a Chris en su trabajo. Algo que, para su desgracia, Davis había visto muy de cerca en más de una ocasión.

\* \* \*

Estaba muy, pero que muy enfadada. De hecho, estaba tan furiosa que mi pie había comenzado a golpear rítmicamente el suelo del despacho de ese individuo. Se trataba de un molesto tic mío que solamente aparecía de forma casi inconsciente cuando mi genio estaba a punto de explotar.

Me paseé por la minúscula habitación con la idea de calmarme hasta que vi sobre la mesa una decena de mis fotografías, cada una más sensual que la anterior, y todas ellas habían sido tomadas sin que yo me percatara de que verdaderamente estaba posando para él. Las recogí, decidida a llevármelas conmigo, porque a saber lo que debía de estar haciendo ese pervertido con ellas.

Evidentemente, en ese momento el contrato entre nosotros se rescindiría: no iba a permitir que ese sujeto se acercara a mí en la vida y, mucho menos, que fuera mi fotógrafo.

Mientras advertía cómo esas imágenes mostraban una parte de mí que yo nunca había visto, me distraje pensando acerca de qué manera podía haber cometido el error de posar de esa forma para un hombre al que quería arruinar.

Me asombré con algunas de mis imágenes más sensuales, y las metí rápidamente en mi bolso para que nunca volvieran a ver la luz.

—No te preocupes. Tengo muchas más, a cuál más atrayente —comentó en mi oído el malicioso sujeto, que se había acercado a mí con sigilo.

—¡Nuestro contrato se termina desde ya! —anuncié con decisión, alejándome de Chris e interponiendo una distancia prudencial entre nosotros.

—Entonces ¿admites que soy el mejor fotógrafo? —preguntó con arrogancia el muy idiota, señalándome ese maldito trofeo que adornaba uno de sus estantes y que parecía llevar a todos lados consigo.

—¡Ni de broma!

—Si cancelas el contrato, lo tomaré como la silenciosa aceptación de que yo soy el mejor y no dudaré en comunicárselo a todo el mundo.

—Esas palabras nunca saldrán de mis labios.

—Entonces tenemos un largo camino por delante, preciosa, porque yo no pienso renunciar a este trabajo por muy difícil que me lo pongas.

—Todavía no sabes lo arpía que puedo llegar a ser —lo avisé acercándome amenazadoramente.

—Ni tú lo cabrón que soy yo cuando alguien pretende joderme —anunció él, aproximándose demasiado a mí, seguramente tratando de intimidarme y que fuera yo quien retrocediera en ese enfrentamiento, algo que no estaba dispuesta a hacer.

—Pues habrá que ver quién puede joder más al otro —dije acercando mis labios a los suyos sin llegar a tocarlos, dispuesta a morderlo si intentaba besarme.

—Cariño, después de ver tus fotografías y de oír tu sensual propuesta, definitivamente no voy a renunciar.

Y, tras esa declaración, Chris me acorraló entre sus brazos y, sin darme tiempo a negarme, se apoderó de mis labios, me aprisionó los brazos a la espalda y, cogiendo mis muñecas con una de sus fuertes manos, no permitió que me alejara mientras devoraba mi boca con pasión.

Sus labios secuestraron los míos y, sin saber cómo reaccionar ante su atrevimiento, me encontré confusamente cautivada por ese beso y por la persona por la que menos debería haberme sentido atraída. Cuando su lengua se introdujo bruscamente en mi boca buscando una respuesta que yo no sabía darle, me dejé guiar por las exigencias de ese beso y un gemido de placer abandonó mis labios. Sólo volví en mí cuando la audaz mano que Chris tenía libre intentó aventurarse bajo mi camiseta.

En ese momento desperté del embrujo que ese hombre ejercía sobre mí y me di cuenta de que lo que pretendía era algo que seguramente estaba acostumbrado a hacer con todas sus modelos. No obstante, si creía que yo iba a ser como ellas

estaba muy, pero que muy equivocado.

—¡Ay, me has mordido! —exclamó apartándose de mí sorprendido cuando hincé mis dientes en sus labios como respuesta a sus apasionados avances.

Sin embargo, en vez de mirarme con furia por mi respuesta o con remordimiento por algo que un fotógrafo profesional nunca debería hacer con su modelo, Chris tan sólo me sonrió ladinamente. Y, mientras limpiaba con el dedo pulgar la sangre de su labio herido, me pidió disculpas de una manera que yo nunca podría llegar a aceptar, ya que en sus palabras no había arrepentimiento alguno:

—Perdóname, cariño, pero ha valido la pena...

Furiosa, y más que decidida a marcharme de ese lugar y poner alguna que otra milla de distancia entre ese sujeto y yo, abrí la puerta del despacho, provocando que, por muy poco, el entrometido compinche de ese tipejo no cayera sobre mí. Airada, no pude evitar pronunciar una última opinión sobre esas imágenes que él tanto se enorgullecía de haber sacado de mí.

—¡Ésa no soy yo! —grité señalando el enorme póster de la campaña que hasta ese instante no me había percatado que adornaba su despacho.

—Sí, cielo, ésa es una parte de ti que, por lo visto, solamente yo soy capaz de sacar a relucir. Y créeme si te digo que me encanta —manifestó Chris con impertinencia, acariciando su labio herido como si con ello pudiera recordar nuestro beso.

Resuelta a no quedarme por más tiempo en ese lugar para no matar al fotógrafo golpeándolo más de una decena de veces con ese premio del que tanto le gustaba alardear, tomé aire y me marché decidida hacia la salida. Mientras me alejaba, no pude evitar oír con una sonrisa de satisfacción cómo su amigo lo reprendía por su comportamiento:

—¡Sí, señor! Tacto, delicadeza y, sobre todo, profesionalidad...

Y, ¡cómo no!, la irritante respuesta de ese sujeto no se hizo esperar:

—¡Eh! ¡Que le he pedido disculpas!

Indignada con sus palabras, me prometí a mí misma que le daría un buen escarmiento a ese hombre aunque me llevara toda una vida. Y, ya que no sabía pedir disculpas adecuadamente, le enseñaría a pedir clemencia con cada una de mis jugarretas.

## CAPÍTULO 4

—Bueno, ¿qué es lo que has conseguido? ¿Su sangre? —le preguntó Evie a su prima en una nueva llamada telefónica.

Amanda pensó entonces de dónde debía de estar sacando tiempo para vengarse del arrogante modelo que había injuriado a su padre, si no hacía otra cosa más que meterse en su vida. Y, sin saber qué contestarle a su insistente prima, finalmente decidió decir algo que se acercara a la verdad de lo que había ocurrido en el enfrentamiento con ese sujeto.

—Sí, realmente hice que sangrara —declaró, recordando la herida que le había hecho a Chris con su mordisco. Algo que, después de ver al fotógrafo mostrándole esa satisfecha sonrisa, dudaba mucho que le hubiera llegado a molestar.

—¿Y cómo fue? ¿Cómo lo hiciste?

—Le mordí —declaró impulsivamente Amanda para ver si con eso Evie dejaba de molestarla.

¡Craso error!, porque su prima era la persona que mejor la conocía y, por ello, preguntó con un tono cínico:

—¿Dónde, exactamente, mordiste a ese despreciable sujeto?

—Hummm...

—Amanda... —insistió Evie con reprobación.

—En el labio... —confesó finalmente ella a la espera de una nueva reprimenda.

—¿Y se puede saber cómo conseguiste que ese hombre se acercara tanto a ti como para que eso ocurriera?

—Bueno, cuando él me besó, yo...

—¡Joder, Amanda, que queremos vengarnos de Chris Jones, no premiarlo!

—Me pilló desprevenida.

—No, si al final va a ser verdad eso de que lo vas a matar a polvos...

—¡Joder, Evie! Él sería el último hombre del mundo en el que me fijaría, y más después de injuriar a tu padre.

—Pues más te vale, o si no pienso ir yo a por él. La próxima vez que intente algo contigo, pégale una patada en su sobrevalorado ego. Puedo asegurarte que eso les duele más que un simple mordisco —concluyó Evie demasiado satisfecha de sí misma, lo que hizo sospechar a Amanda que su prima había hecho una de las suyas.

—Evie, ¿qué has hecho?

—Nada que ese modelo no se mereciera... Si acaso, he contribuido a mejorar un poco su tono de voz: ahora le será más fácil cantar en falsete.

—Recuerda que no debes hacerle nada por lo que ese tipo pueda demandarte.

—Vale, lo haré. Y, de paso, recuerda tú no hacer nada con lo que ese fotógrafo pueda dejarte embarazada.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que no voy a dejar que ese individuo vuelva a sorprenderme? Definitivamente, ese hombre no va a conseguir nada más de mí...

\* \* \*

A pesar de asegurarle a mi prima el día anterior que ese taimado fotógrafo no volvería a pillarme con la guardia baja, no pude evitar sorprenderme ante su siguiente movimiento. ¡¿Quién coño no se extrañaría cuando una pantera rosa gigante te persigue a todos lados con la única misión de acosarte hasta que vuelvas a trabajar?!

Todo había empezado esa mañana bien temprano. De hecho, a las cuatro de la mañana, mientras me acurrucaba entre las blancas sábanas de seda de mi cama y sus innumerables almohadones del mismo color. En pleno sueño reparador, recibí una llamada totalmente intempestiva. Temiéndome lo peor, ya que ni mi prima ni yo habíamos conseguido dar aún con el paradero de mi tío, me apresuré a contestar al teléfono de mi apartamento. Descolgué con el corazón golpeando nerviosamente contra mi pecho y a continuación oí la voz burlona de ese

tiparraco que no hacía otra cosa más que amargarme la vida.

—Cielo, tenemos un trabajo. Así que te espero temprano en mi estudio y...

Por supuesto, para que le quedara claro que no pensaba volver a cooperar con él, colgué el teléfono y, por si se le ocurría tratar de comunicarse de nuevo conmigo, descolgué el auricular para que la única respuesta ante sus insistentes llamadas fuera ese molesto sonido intermitente que informaba de que en esos momentos alguien no quería contestar.

Una vez solucionado el problema, volví a meterme en mi mullida cama y a ponerme mi antifaz, creyendo que podría volver a dormirme y que ese fotógrafo sería lo suficientemente inteligente como para deducir que yo no quería tener nada más que ver con él. No obstante, de inmediato, comenzó a acribillar mi móvil con sus llamadas, por lo que decidí ponerlo en modo vibración. Pero, para mi desgracia, después de esto comenzaron a llegar innumerables mensajes que insistían una vez más en reclamar mi presencia en un lugar donde, definitivamente, no volvería a poner ni uno solo de mis distinguidos pies. Mensajes tan impertinentes como «El mejor fotógrafo está esperando a su modelo», «Ven y no te olvides de traerme el desayuno», «Aún sigo aguardando a mi modelo», y uno bastante insultante que me hizo desear poner en práctica los violentos consejos de mi prima Evie: «Estoy impaciente por verte y recibir uno más de tus amorosos mordiscos». Finalmente, furiosa, confiné mi teléfono móvil en el cajón de la mesilla de noche e intenté proseguir con mi placentero sueño, pero ese maldito trasto no dejaba de vibrar, por lo que lo apagué del todo e intenté volver a conciliar el sueño.

A las siete de la mañana, cuando solamente había conseguido dormir un par de horas, me levanté ante el insistente acoso que estaba recibiendo mi timbre, segura de que Ned, el eficiente portero del lujoso edificio de apartamentos en el que vivía, no dejaría pasar a ningún alocado fan. Me puse la bata y salí de mi calentito lecho, muy dispuesta a deshacerme de cualquier visita molesta.

Cuando abrí la puerta, sin embargo, me sentí bastante confusa ante el trío de hombres disfrazados de plátanos que me hizo pensar que todavía estaba soñando o que tal vez Ned comenzaba a descuidar mucho su trabajo para que esa gente hubiera podido colarse en el edificio. Ellos me miraron muy serios y, tras sacar unas armónicas, comenzaron a cantar un telegrama que indudablemente iba dirigido a mí:

—«Tienes un trabajo que atender, pero si tú no puedes despertarte, no te preocupes, porque yo lo haré»...

No esperé a oír más pésimas rimas antes de cerrarles la puerta en las narices a esas tres bananas. Y, decidida a abandonar mi apartamento antes de que ese molesto sujeto hiciera alguna jugarreta más de las suyas, me duché, me vestí y salí lo más rápidamente posible para huir del acoso de Chris, algo que no podría continuar haciendo si ignoraba mi paradero.

Mientras caminaba por el vestíbulo del edificio, bastante molesta por lo atrevido que podía llegar a ser ese fotógrafo para conseguir lo que quería de mí, vi al portero, que regaba las plantas. Enfilé hacia él con la intención de reprenderlo por haber permitido que llegaran hasta mí esos molestos sujetos con sus cancioncillas, pero cambié de opinión cuando un grupo de mariachis hizo su aparición en el hall preguntando por mí, y simplemente me alejé disimulada y rápidamente hacia la salida.

Paseé un rato por el barrio de Chelsea, admirando el maravilloso lugar que mi tío me había encontrado para vivir hacía unos años. En las calles podía observar una rara mezcla arquitectónica de monumentos industriales y nuevas estructuras de lujo. La zona oeste del barrio albergaba muchas de las mejores galerías de arte de Nueva York, junto con el famoso parque de High Line. En Chelsea había también fantásticos teatros, mercados de comida donde podías hallar cualquier extravagancia y maravillosos restaurantes de lujo entre los que se encontraban algunos de mis preferidos para vaciar los bolsillos de mi agente.

Tras tomar un taxi, no tardé en llegar a mi cafetería habitual, situada en la Séptima Avenida, cerca de Times Square, un lugar algo alejado de mi casa pero al que me encantaba ir para degustar su maravillosa variedad de cafés con granos siempre frescos que molían al instante, un sitio tranquilo y sin demasiada ostentación.

Intenté disfrutar de un delicioso desayuno y un reparador café, ya que inocentemente pensaba que el acoso de Chris Jones no podía alcanzarme allí. Hasta que recordé que, por desgracia, los famosos no podíamos soñar siquiera con tener intimidad y seguramente en esos instantes todo el mundo sabría dónde me encontraba y, cómo no, mi querido fotógrafo también. Lo deduje de inmediato cuando un hombre disfrazado de Pantera Rosa se sentó frente a mí para amargarme el desayuno.

—A ver si lo adivino: tienes un mensaje que entregarme —comenté hastiada mientras masajeara mi frente algo irritada ante el alegre rostro.

—No, señorita: he sido contratado para ser su escolta hasta que llegue a su puesto de trabajo —declaró el rosado sujeto, haciendo que me derrumbara sobre la mesa del desayuno sin ninguna esperanza de poder esquivar a Chris y al reto que su cámara representaba para mí.

—¡Señorita Black! ¿Quién es su acompañante? —preguntó un curioso que se acercó a mí.

Y, sin molestarme en alzar el rostro, contesté tan despreocupadamente como siempre hacía en esas situaciones, dejando a mi fan bastante escandalizado con mi respuesta:

—¿No es obvio? Mi amante...

»¡Mierda! —añadí, dándome cuenta de lo que había hecho mientras mi admirador se marchaba espantado.

Frustrada, golpeé mi cabeza contra la mesa mientras pensaba en la decena de llamativos titulares que podrían escribir sobre mí esas injuriosas revistas y cómo despedazarían mi nombre por mi precipitado comentario, que simplemente era una burla que yo dirigía hacia esos cotillas que siempre se inmiscuían en mi vida privada.

Sin duda, después de eso nadie me querría como modelo, mi carrera profesional finalizaría y ya nadie desearía a Amanda Black y...

—Éste es mi teléfono... Si quiere, puedo hablar con mi empresa para que me preste el disfraz cada vez que usted lo desee... —declaró entonces la Pantera Rosa con voz seductora, pasándome su número telefónico y demostrándome así que no todos dejarían de desearme. Siempre me quedarían los perversos...

—Será mejor que me vaya a hacer mi trabajo —dije a mi llamativo escolta mientras me levantaba de la silla, no sin antes dejarle claro que entre él y yo nunca podría haber nada—. Y, lo siento: eres demasiado rosa para mí. Lo nuestro nunca funcionaría —apunté socarronamente mientras le devolvía el teléfono.

Por desgracia, algunos hombres nunca pillan las indirectas, y a lo largo de mi camino hacia el estudio de Chris tuve que escuchar la interminable lista de disfraces que ese tipo podía conseguir, por si alguno era de mi agrado.

—También tengo el de Pikachu, el de Pitufo y...

—¡Oh, en serio, Chris Jones..., te voy a joder la vida como no lo ha hecho

nadie! —murmuré caminando lo más rápidamente posible hacia el lugar donde se encontraba ese malicioso hombre que me había declarado la guerra.

\* \* \*

—¿Estás seguro de que vendrá? —preguntó Davis, incrédulo ante la afirmación de su amigo de que en esa ocasión Amanda trabajaría con él.

—No te preocupes, le he mandado una invitación que no podrá rechazar —declaró Chris con una maliciosa sonrisa que llevó a Davis a pensar que su representado seguramente habría utilizado métodos poco adecuados para lograr la cooperación de la modelo.

—Chris, no habrás vuelto a hacer una de tus trastadas, ¿verdad? ¿Sabes lo que nos jugamos en este trabajo? Un solo paso en falso frente a esa modelo que te la tiene jurada puede suponer tu ruina.

—Vamos, Davis, tranquilízate: he sido de lo más comedido con ella. Le he enviado innumerables mensajes cariñosos, le he obsequiado con agasajadores regalos que le recordarán melodiosamente nuestro trabajo, e incluso le he enviado a un escolta para que nadie la acose mientras llega al estudio... —enumeró Chris, defendiéndose de las acusaciones de su agente mientras continuaba preparando su estudio para la sesión fotográfica que, sin duda, no tardaría mucho en comenzar. Ya sólo faltaba la modelo.

—Bueno, por una vez en la vida, voy a permitirme confiar en ti —declaró ingenuamente Davis a su amigo, quien, al parecer, a sus veinticuatro años al fin había madurado.

«¿Madurado? ¡Y una mierda!», pensó Davis a continuación mientras veía entrar en el estudio a la furiosa modelo seguida de cerca por una enorme Pantera Rosa que la acosaba.

—¿Puedes decirle a tu lacayo que, ya que estoy aquí, no requieres más de sus servicios? Y, de paso, intenta dejarle claro que no es mi tipo...

—Gracias por tu trabajo —dijo Chris mientras entregaba una jugosa propina al hombre que había conseguido llevar hasta él a la esquivada modelo—. Lo siento mucho, pero ya ha dejado atrás la fase de los peluches. Ahora le van los fotógrafos perversos. Además, es toda mía... —anunció mientras lo acompañaba a la salida.

Cuando volvió al estudio, encontró frente a sí a una furiosa modelo, que, con los brazos cruzados y una airada expresión en el rostro, no dejaba de repiquetear nerviosamente en el suelo con un pie.

—¿Qué? Me he deshecho de él, ¿no? —se defendió ante la reprobadora mirada que le dirigía Amanda por haberse deshecho del molesto individuo de esa forma, sin haber evitado señalar delante de otros que ella le pertenecía en esos momentos, si bien no para siempre, sí al menos hasta que durara ese tortuoso contrato y esa infinita guerra que ambos se habían declarado.

—¡Yo no soy tuya! —exclamó la modelo muy enfadada, intentando dejarle claro que entre ellos nunca habría ninguna relación. Ni siquiera la profesional que los atañía en esos instantes y que ella estaba más que dispuesta a destruir.

—En eso te equivocas, cielo: eres mi modelo hasta que termine nuestro contrato. Así que, por un corto período de tiempo, me perteneces sólo a mí.

—Ni en tus sueños, Chris.

—¡Oh! No puedes llegar a imaginar cuánto me perteneces en mis sueños... —manifestó él burlonamente, haciendo que la irascible Amanda se alejara furiosamente de él hacia el fondo del estudio para calmar los ánimos.

—No sé si besarte por haber conseguido que Amanda Black se presentara para este encargo o si patearte el trasero por la forma en la que lo has logrado —opinó Davis, resignado al malicioso carácter de su amigo.

—¡Oh, espera a ver mi trabajo para esta campaña! ¡Será excepcional! Entonces solamente querrás colmarme de halagos... —anunció tan engreídamente como siempre Chris, un hombre que tenía una gran confianza en sí mismo pese a los obstáculos que se interpusieran en su camino.

—Eso aún está por ver —replicó Davis intentando devolverlo a la realidad mientras señalaba el ceño fruncido de la reticente modelo.

—No te preocupes: en el fondo, ella me adora.

—¡Ni en tus sueños! —gritó Amanda tras oír la declaración que ese sujeto no se había molestado en hacer en voz baja a su amigo y agente.

—Vale: muy en el fondo —matizó Chris mientras se alejaba, cámara en mano, de su escéptico amigo, que lo miraba con resignación y armándose de paciencia para ver de cerca una más de sus locuras.

\* \* \*

Las fotos eran una mierda. Ni una sola valía nada. En ninguna de ellas salía bien definido el rostro de la modelo, y Amanda parecía más decidida que nunca a mostrar cualquier parte de su cuerpo antes que su cara. Algo que me fastidió bastante, porque el nuevo trabajo publicitario para el que había sido contratado era para una marca de pintalabios donde el tema era «tentación», algo que tenía que hacer con su rostro, y no con su trasero, pensaba mientras ella mostraba su espalda a la cámara. Aunque, la verdad, para mí, cualquier parte de su cuerpo me resultaba pecaminosamente tentadora.

Sin duda, Amanda estaba furiosa porque había aceptado ese trabajo sin consultarlo con ella. Pero, como estaba seguro de que lo rechazaría, había decidido hacer lo mismo que hacía con mi agente: ignorar sus deseos y seguir mi instinto, que me decía que ése sería un trabajo excepcional para ella. No obstante, hasta ese momento todas las fotografías me indicaban que había sido una pésima idea.

—Bueno, creo que será mejor que continuemos mañana —anuncié despidiendo a mi equipo y a mi molesto agente, que no hacía otra cosa que reprenderme con la mirada mientras yo masajeara mi dolorido cuello sin saber qué más hacer para que Amanda me ofreciera esa tentadora imagen que necesitaba.

En el momento en que ella se cambiaba de ropa, yo me sacaba mis cabellos con nerviosismo mientras me paseaba de un lado al otro del estudio con la idea de hablar con esa mujer y preguntarle por qué su rostro no podía tentarme ese día. Ni a mí ni a mi cámara.

En esa sesión había visto falsas miradas de seducción y alguna que otra exagerada pose más propias de una mala película porno que de un sutil intento de seducción, que es lo que yo quería expresar en mi trabajo. Parecía como si Amanda no tuviera experiencia en ese tipo de juegos, pero eso era completamente absurdo: sabiendo la edad que tenía y cómo era el mundo del modelaje, seguro que no había hecho más que saltar de una cama a otra desde la adolescencia. Un pensamiento que me sacaba de quicio porque, irracionalmente y desde que la conocí, siempre había querido que tanto ella como su sonrisa me pertenecieran en exclusiva a mí.

Cuando Amanda salió al fin del vestuario, todo el mundo había abandonado

ya el estudio y solamente quedábamos ella, mi cámara y yo.

Decidido a averiguar si esas poses tan malas eran sólo para fastidiarme o si en el fondo ocultaban algo más, me acerqué a ella y, sin darle tiempo a protestar, la cogí de la mano y la arrastré nuevamente hasta el decorado.

—Quiero que me seduzcas —le ordené, dejándola caer sobre el hermoso lecho de almohadas que nos había acompañado durante todo el día.

—¡Tú estás loco! —gritó ella nerviosamente, intentando levantarse mientras sus puños cerrados no dejaban de temblar, como si me tuvieran miedo.

—Si no es a mí, por lo menos, a mi cámara... —repuse, alzando mi instrumento de trabajo a la vez que bromeaba para que dejara de temer estar a solas conmigo.

—La sesión ha terminado y yo estoy demasiado cansada como para seguirte el juego, así que será mejor que me marche —declaró ella, alzándose de los almohadones dispuesta a alejarse de mí.

—Me pregunto por qué no puedes llegar a tentarme ni a mí ni a la cámara... —apunté en tono burlón, tratando de hacerla enfadar para que se delatara y ofreciera una contestación a las preguntas que se amontonaban en mi mente, buscando una respuesta clara sobre cómo era ella en realidad—. Seguramente, Amanda Black es tan fría como dice la prensa, y estará tan acostumbrada a ir de un hombre a otro que mostrar una simple y tentadora sonrisa no debería suponer un problema para ella... —ironicé, haciendo que sus pasos se detuvieran y que la rabia fuera la que hiciera temblar su cuerpo en esa ocasión—. Si quieres, puedo desnudarme para servirte de inspiración y...

La respuesta de Amanda no se hizo esperar y, cruzando mi sonriente rostro de una bofetada, me informó airadamente de por qué le era imposible mostrarme ese tentador rostro con el que yo tanto la presionaba:

—¡Yo no soy esa clase de chica! ¡Ni siquiera me he acostado con ningún hombre!

Mientras acariciaba la marca que su brusca caricia había dejado en mi mejilla, no pude evitar mostrar una sonrisa llena de satisfacción ante su sorprendente confesión.

—Pero ¿nunca has querido seducir a ningún hombre? —insistí para asegurarme de que nadie que no fuera yo rondaba por su cabeza.

—No, ¡y ten por seguro que ese hombre no vas a ser tú! —declaró ella con

demasiada rapidez, además de un delicioso sonrojo que me permitió imaginar que yo sí formaba parte de algunos de sus pensamientos.

—Hagamos una apuesta: voy a indicarte cómo posar, y si no logro sacarte una fotografía que sea una tentación, no sólo para mí, sino para cualquier hombre, diré ante la prensa que soy el peor fotógrafo del mundo y, por supuesto, dejaré de ser el tuyo. Pero, si lo consigo, tendrás que dejar que acepte más trabajos para ti sin poner impedimento alguno.

—¡Promételo! —exigió Amanda con una victoriosa sonrisa.

—Te lo prometo, preciosa, como también te prometo que, una vez más, voy a mostrar a todos esa parte tuya que únicamente yo puedo ver a través de mi cámara.

Sin perder ni un minuto y sin importarme que llevara puesto un simple vestido blanco en vez del pecaminoso vestido negro que los creadores de la campaña me habían indicado que era el idóneo para esas fotografías, le pedí que volviera a su posición. No obstante, una vez más, después de unas cuantas indicaciones, no quedé satisfecho con el resultado. Amanda estaba decidida a fastidiar mi trabajo, y era indudable que no quería que su rostro volviera a adornar sensualmente las paredes de toda una avenida como había hecho su anterior fotografía.

—No quieres que tu cara salga en estas fotografías, ¿verdad? —pregunté exasperado con el infantil comportamiento de mi modelo.

En respuesta, ella me dirigió una maliciosa sonrisa.

—Bien..., ¡pues cumplamos con los caprichos de la modelo! —exclamé mientras sacaba la cámara del trípode y me dirigía hacia ella.

Amanda se extrañó cuando me senté detrás de ella y la acogí entre mis brazos, teniéndola al fin tan cerca como había deseado.

—¿Qué demonios estás haciendo? —gritó exaltada, intentando huir de la cercanía de nuestros cuerpos.

—Tomarte una fotografía —contesté mientras le mostraba la cámara que llevaba en la mano.

—¡Eres un pervertido! —declaró intentando alejarme de ella, algo que tal vez habría conseguido si no hubiera estado tan nerviosa con la cercanía de un simple abrazo.

—No, cielo, sólo soy un hombre que te desea y que no duda en demostrártelo

—susurré a su oído.

Luego, simplemente dejé a un lado al hombre enamorado y volví a concentrarme en el trabajo. Desde esa posición, conseguí hacer varias fotos bastante sensuales de ella, subiendo sutilmente el borde de su vestido sin llegar a mostrar nada más que la mera insinuación de unas bonitas piernas. La imagen era excitante y tan atractiva como buscaba el cliente, pero en ella no se mostraba el producto, por lo que faltaba algo que la hiciera aún más pecaminosa.

—¿Te rindes ya? —preguntó burlonamente mi modelo, viendo que finalmente mi cámara no captaba lo que yo pretendía.

—No —negué sin dejar de observar su pícaro sonrisa y sus tentadores labios de un rojo intenso.

Y fue entonces cuando a mi mente acudió esa imagen que tanto había perseguido y al fin supe lo que faltaba en ella: en esa inocente seducción faltaba alguien que la animara a caer en el pecado.

Levantándome con rapidez antes de que la idea desapareciera de mi cabeza, fui en busca de los productos que habíamos estado usando en esa sesión. Y, eligiendo un pintalabios igual de rojo y llamativo que el que llevaba Amanda, me dirigí hacia ella.

Me miró con extrañeza cuando, agachándome junto a ella, alcé su rostro y apliqué el carmín en sus labios. Luego, todavía metido en mi papel y sin apenas haberle explicado nada de mi impulsiva idea, le ordené:

—¡Bésame!

Y, al ver su rostro asombrado y cómo se preparaba para dedicarle una nueva y violenta caricia a mi mejilla, aclaré señalando el dorso de mi mano:

—Aquí.

Tan páfida como siempre, ella cogió mi mano y la besó escandalosamente, dejando una clara marca de sus labios sobre ella.

Sin esperar a que supiera cuál sería mi siguiente paso, me senté de nuevo a su espalda, esta vez un poco más alejado para que mi cámara captara lo que yo deseaba de Amanda. No tardé mucho en enlazar la mano que ella había marcado con sus labios con una de las suyas, mostrando a mi cámara su atrevida acción. Y, sin tocar la dulce piel que tanto me tentaba, dirigí hacia su muslo su delicada mano, haciendo que ella subiera lentamente un poco el provocador vestido.

Disparé en el momento justo en el que su rostro avergonzado se escondía

entre sus largos cabellos y Amanda observaba mi mano, sin saber cuánto podían llegar a tentarla mis caricias.

Al fin conseguí la sugerente imagen que tanto había buscado para ese encargo, sin dejar de pensar que ella sería siempre la mayor tentación para mí. Cuando terminé de disparar una ráfaga de fotografías de ese momento, no pude evitar retener su mano junto a la mía un poco más. Luego, simplemente la apreté, deseando mantenerla a mi lado.

Pero Amanda recordó pronto que me había declarado la guerra por mis necias palabras en contra de su tío y se zafó de mí, con excesiva brusquedad para mi gusto, asegurándome una vez más algo que yo nunca había podido olvidar desde que la conocí: que, mientras no fuera el mejor, ella nunca sería mía.

## CAPÍTULO 5

—Me encanta ver cómo te vengas..., pero la próxima vez podrías intentar dejar de matar a besos a ese fotógrafo —acusó Evie, furiosa, mientras despertaba bruscamente a Amanda lanzando sobre su cama una famosa revista donde salía la fotografía que publicitaba el nuevo y erótico pintalabios que tanto llamaba la atención de las jóvenes para probarlo con su pareja.

—Fue su idea para la campaña, no la mía. Además, no se me ve la cara.

—¡Ah, eso lo arregla todo! —manifestó irónicamente Evie mientras alzaba las manos en el aire—. Especialmente cuando en el reportaje de la página anterior han escrito en letras bien grandes el nombre de la modelo.

—Bueno... ¿Se puede saber qué haces tú en mi apartamento, Evie? Se supone que deberías estar vengándote de tu modelo. Por cierto, las llaves de mi casa que te dejé son únicamente para casos de emergencia, no para que vengas a sermonearme cuando se te antoje.

—¿Acaso esto no es una emergencia? Como sigas así, en la próxima foto vas a mostrar una escena de cama con ese fotógrafo.

—Evie, déjame en paz. No es fácil hacerle la vida imposible a ese hombre... —indicó Amanda, levantándose al ver en su despertador la hora que era, resignada a acudir al trabajo si no quería volver a verse acosada por alguna de las ingeniosas estrategias de Chris para que cumpliera con su obligación.

—¿Adónde vas? —preguntó Evie, siguiendo a su prima hasta el cuarto de baño, donde Amanda le impidió entrar con un firme portazo.

—Al trabajo: es algo que todas las personas solemos hacer para ganar el dinero que cubre nuestras necesidades, incluida tú, aunque no lo pongas en práctica muy a menudo.

—Creí que íbamos a hablar sobre el plan que debíamos seguir en nuestra venganza y que, por una vez en tu vida, me ibas a hacer caso.

—Sí, tú sigue contándome tu plan, que yo soy toda oídos —anunció Amanda irónicamente, tras lo que abrió el grifo de la ducha cuando su prima comenzaba a relatarle sus absurdas maquinaciones.

—... Y por eso opino que debes negarte a realizar otro trabajo con ese fotógrafo —finalizó Evie cuando Amanda salió del baño envuelta en su comfortable albornoz.

—Ajá —respondió despreocupadamente ella mientras se secaba el pelo y se disponía a vestirse.

—Pero ¿has escuchado algo de lo que te he dicho?

—No, pero seguramente ya he hecho todo lo que le has comentado a la puerta de mi cuarto de baño... ¡Si hasta el muy cafre llegó a enviarme un escolta para que me acompañara al trabajo!

—No creo que no haya un hombre al que tú no puedas convencer con tu sonrisa, ¿por qué no te lo quitaste de encima con tus encantos?

—Porque, sinceramente, habría sido algo ridículo que coqueteara delante de todos con un hombre disfrazado de Pantera Rosa —suspiró Amanda, recordando lo que había ocurrido en la cafetería donde habitualmente desayunaba, un lugar que no volvería a pisar después de haber sido vista junto a ese inusual acompañante.

—¡No jodas! ¿Cómo fue?

—Ese hombre tiene mucha imaginación, y como no sé lo que puede intentar en esta ocasión, prefiero ir a trabajar. Además, hice una apuesta con él en nuestra última sesión fotográfica con el fin de librarme de él para siempre y, al parecer, he perdido... —declaró Amanda mientras observaba irritada su fotografía al recordar el momento en que Chris la llamó para notificarle, vanagloriándose por ello, que él había ganado.

Demasiado molesta con todo lo que le recordaba esa imagen —básicamente, que por un instante se había sentido tentada de caer en los pecaminosos brazos de Chris—, arrancó la página de la revista e hizo una bola de papel con ella.

—¡Eh, que es mi revista! —se quejó Evie, recordándole que ella aún estaba allí—. ¿Se puede saber qué apuesta hiciste con ese tipo para acabar tan cabreada? —añadió mientras arrebatava la publicación de manos de Amanda.

—Que él podría aceptar nuevos trabajos por mí —murmuró ella mientras simulaba una tos para distorsionar sus palabras y que finalmente Evie no se enterara de la locura a la que había accedido.

Pero, para su desgracia, su prima siempre había estado dotada de un gran oído.

—¿Qué?! ¡Tú estás loca! ¿Sabes lo que te puede pasar al ponerte en manos de ese fotógrafo? Espero que al menos puedas decidir qué clase de trabajos realizar y así vetárselos todos... —apuntó Evie, bastante molesta, mientras dirigía a su prima una de sus fulminantes miradas. Y, ante el silencio que Amanda mantuvo tras su observación, añadió en tono de reprimenda—: ¿Amanda?...

—No puedo negarme a ninguno de ellos —confesó ella en voz baja.

—¡Joder! ¡¿Qué voy a hacer contigo?! ¡Así no hay manera de darle una lección a ese ególatra de las narices, y yo estoy muy ocupada con el modelo para darle de hostias a ese fotógrafo! Tú procura mantenerte alejada de la cama de ese tío, por lo menos hasta que yo vuelva de mi viaje con el principito, y, cuando regrese, idearemos algo para librarnos de él.

—Te repito que no pienso acostarme con ese hombre, y...

—Sí, claro —replicó irónicamente Evie mientras se cruzaba de brazos y alzaba sarcásticamente una ceja ante el comentario de su prima.

—Además, tengo un plan para fastidiar a ese fotógrafo... ¿No quiere que pose para él? Pues a partir de ahora pienso mostrarle la sonrisa más falsa que tenga, tan superficial que nadie osará creer que la modelo es Amanda Black. Así todos verán la diferencia entre la belleza que mi tío es capaz de captar con su cámara y lo que hace ese estúpido novato con su objetivo.

—¿Y si en esta ocasión no quiere tu sonrisa?

—¿Y qué más podría requerir de mí?

—¡Ay, prima!... En ocasiones olvido lo inocente que puedes llegar a ser a veces.

\* \* \*

—No quiero que sonrías, tan sólo desnúdate —comentó despreocupadamente Chris mientras preparaba el material para la sesión

fotográfica.

—¿Qué?! —exclamé escandalizada, ya que había llegado pensando que nada de lo que ese hombre pudiera pedirme me afectaría.

—Mira, Amanda, he ordenado a todos que se marchen para que no pases vergüenza. Y, en las fotografías, procuraré insinuar más que mostrar... —dijo Chris mientras mesaba nerviosamente su cabello, intentando convencerme de aceptar un trabajo que yo nunca consentiría en realizar.

—¡Pero estás tú! —repliqué mientras lo señalaba con un tembloroso dedo.

—Amanda, yo soy el fotógrafo... Sólo te miraré con profesionalidad —declaró, sin convencerme en absoluto de que no era un perverso. Y menos aún al recordar cómo había llegado a conseguir las fotografías de mi último trabajo.

—¿De verdad? —pregunté, cruzándome de brazos mientras alzaba una ceja con escepticismo.

—Amanda, he aceptado este trabajo porque es una gran oportunidad para ti, para progresar en tu carrera apareciendo en la portada de una afamada revista femenina. Por desgracia, el tema principal es «la belleza natural de la mujer».

—¡Pues saca una foto de mi cara, porque por nada del mundo voy a salir desnuda en esas fotos!

—Si me ofrecieras esa hermosa sonrisa tuya que cautiva a todo el mundo serviría, pero con la falsedad y la frialdad que demuestras últimamente serían un fracaso, así que, sinceramente, prefiero mostrar tu belleza natural.

—No —contesté con firmeza, negándome en redondo mientras mantenía los brazos fuertemente cruzados.

—Amanda, no seas infantil... —me reprendió Chris fingiendo seriedad—. Además, no puedes negarte: yo gané nuestra pequeña apuesta y, por tanto, no puedes rechazar ninguno de los trabajos que yo elija para ti. Así que..., por favor... —insistió mientras me tendía diligentemente un albornoz para que me dirigiera al pequeño vestuario del estudio.

Me sentí tentada de tirárselo a la cara, pero después pensé que ése no sería un gesto muy profesional, así que, tras arrebátárselo bruscamente de las manos, me encerré en el vestuario sin saber qué hacer. Mi cuerpo entero temblaba ante la idea de mostrarme desnuda al mundo. Aunque en algunas ocasiones la ropa que llevaba en las sesiones podía ser bastante escasa, nunca había enseñado esa parte de mí a nadie, y no quería que ese fotógrafo fuera el primero. Seguido, claro

estaba, de miles de personas...

En ese momento eché de menos como nunca los sabios consejos de mi tío y su protectora presencia, que siempre me había librado de incómodos trabajos como éste. Para mi desgracia, como no sabía cómo localizarlo para pedirle asesoramiento, acudí a la otra persona que siempre me apoyaba en todo, alguien que a veces no era muy racional y cuyas ideas podían llegar a ser una locura, pero, al fin y al cabo, ella siempre pensaba antes en mí que en mi carrera.

Marqué el número de Evie sin poder imaginar siquiera qué descabellado plan pasaría por su mente cuando le contase mi problema actual, y esperé a escuchar sus sabias palabras.

—¿Qué quieres? ¿A que me llamas para decirme que ya has dejado embarazado a ese fotógrafo? —inquirió ella sin ningún tacto.

—No, peor: quiere que me desnude para hacerme unas fotografías, y yo... yo no sé qué hacer... —murmuré nerviosa mientras paseaba sin parar de un lado a otro de la pequeña habitación en la que me encontraba.

—¡Oh, no te preocupes! ¡Tú déjalo todo en mis manos! Te voy a decir lo que tienes que hacer, paso por paso, para librarte de ese trabajo. Tú solamente sigue mi consejo al pie de la letra y verás como todo sale bien.

—Evie, eso no me tranquiliza mucho —repuse, conociendo las locas ideas que mi prima podía llegar a concebir.

Luego simplemente la escuché y me dejé guiar por su locura para librarme de un trabajo que no quería realizar porque, aunque fuera un pensamiento tonto e infantil, ésa era una parte de mí que sólo quería mostrarle a la persona de la que me enamorara.

\* \* \*

Mientras terminaba de preparar la cámara para esa sesión, ignorando la nueva jugarreta que Amanda me tenía preparada para estropear mi trabajo, el persistente timbre de mi teléfono comenzó a sonar. En cuanto vi el nombre de ese perseverante tipo que siempre me importunaba me sentí tentado de colgarle. Luego recordé que era mi amigo, y mi agente, así que me resigné a atender su llamada.

—¿Qué tal, Chris? ¿Amanda ha accedido a hacer el trabajo? —preguntó

Davis, yendo directamente al grano.

—No te preocupes, lo tengo todo bajo control —contesté con bastantes dudas de que eso llegara a ser cierto en alguna ocasión, porque todo lo que concernía a mi querida modelo siempre escapaba a mi control.

—Tranquilo, como agente y amigo tuyo que soy, siempre pienso en todo y he mandado a tu estudio a una suplente por si Amanda rechaza el encargo. Ya se sabe lo irascibles que pueden llegar a ser algunas mujeres.

—Pero en estos momentos yo solamente quiero fotografiar a Amanda, Davis.

—Es una modelo con la que ya has trabajado antes, su nombre empieza a conocerse bastante y... —continuó mi amigo, ignorando mis deseos.

—¡Espera, espera! No será esa pegajosa modelo que no para de seguirme a todas partes para que sea su fotógrafo en exclusiva, ¿no? —pregunté, bastante molesto con la posibilidad. Aunque mi amigo no podía ser tan idiota como para contratar a esa modelo..., ¿o sí?

—Únicamente tú serías capaz de describir a una mujer tan hermosa y sensual como Cynthia Allen de esa manera.

—¡No me jodas, Davis! ¿Quieres que esto se convierta en un infierno? —exclamé a mi necio amigo, que, sin saberlo, había complicado aún más el trabajo que, ya de por sí, se me hacía bastante cuesta arriba, porque ¿cómo narices iba a mostrarles a otros la belleza desnuda de mi modelo si esa imagen era algo que sólo quería guardar para mí?

—Solamente tendrás que fotografiar a Cynthia si Amanda se niega a realizar el trabajo. La competencia siempre ha sido un aliciente para las modelos.

—Cynthia nunca sería competencia para Amanda, porque Amanda es la mejor —declaré mientras recordaba la hermosa sonrisa con la que ella podía llegar a deslumbrar a todos.

—¡¿Quieres dejar de embobarte con esa modelo y ser un poco profesional, para variar?! —me gritó Davis, sin comprender por qué, aun después de tantos años, seguía pensando en ella como la única mujer apta para ser mi modelo—. No sé ni para qué me molesto en reprenderte... Seguramente ahora estarás sonriendo como un idiota mientras piensas en Amanda.

«¡Cómo me conoce!», me dije mientras la sonrisa desaparecía de mi rostro al recordar a la arpía que me había enviado y que muy pronto aparecería en mi estudio convirtiéndolo todo en un caos.

—Sí, lo que tú digas —repliqué—. Pero ya te he dicho mil veces que no me gusta esa modelo, Davis. Cynthia puede tratar de aparentar ser la más hermosa tras la cámara, pero yo sólo veo falsedad en ella.

Lo que no le confesé a mi amigo fue que esa mujer había llegado a insinuárseme en más de una ocasión en nuestro último trabajo juntos. Una tentación en la que tal vez no me habría importado caer, si no hubiera sido por dos pequeños detalles: uno, no me gustaba mezclar el trabajo con el placer, regla que únicamente Amanda me tentaba a romper, y, dos, esa modelo había tenido el atrevimiento de rozarme insinuantemente la pierna con su pie por debajo de la mesa cuando su actual pareja compartía el desayuno con nosotros. Y la traición, tanto en las relaciones como en el trabajo, era algo que yo detestaba.

—Bueno, tú procura no hacer enfadar también a Cynthia.

—¿Qué te hace pensar que he hecho enfadar a Amanda?

—Chris, te conozco demasiado bien como para no saber cuánto puedes llegar a tocarle las narices a alguien mientras buscas salirte con la tuya. Y no creo que Amanda sea la excepción, por muy enamorado que estés de ella. Por otra parte, y cambiando de tema, por nada del mundo debes dejar la gran oportunidad que representa este trabajo y...

Antes de que Davis comenzara con sus interminables sermones acerca de cómo conseguir la fama, algo que en realidad yo no habría perseguido si no fuera por Amanda, colgué el teléfono móvil y me dispuse a silenciarlo para no ser molestado una vez más por mi tenaz agente.

Mientras esperaba impacientemente a Amanda, admiraba el elegante y antiguo diván rojo y las sábanas blancas que había preparado para mostrar parte de su desnudez como si de una musa se tratase. Por unos segundos pensé que tal vez con una simple llamada podría evitar que Cynthia, esa irritante modelo, irrumpiera en mi estudio. Pero, tras marcar su número, lo único que oí fue una irritante y repetitiva melodía, y supe que ya era demasiado tarde y que el desastre que mi amigo me había preparado, sin pretenderlo, ya se acercaba a mí.

—¡Oh, querido! ¿Tanto me has echado de menos? No te preocupes, ya estoy aquí... —ronroneó falsamente la hermosa mujer de hermosos ojos verdes y larga melena negra mientras efectuaba una aparición teatral en mi estudio y se dirigía hacia mí segundos después.

—Hola, Cynthia. Siento que Davis no haya contactado antes contigo, pero

debes saber que ya tengo modelo para esta sesión —dije apartando de mí el insinuante cuerpo de esa mujer que se había acercado demasiado a mí a la vez que retiraba su atrevida mano, que había comenzado a acariciar mi torso.

—¿Ah, sí? Pero ¿estás seguro de que quiere hacer este trabajo? Porque, por lo que he podido entender de tu agente, ella no quiere trabajar contigo... —repuso Cynthia con malicia mientras señalaba el decorado, vacío por la ausencia de mi modelo.

—Amanda es una mujer adulta y totalmente profesional con la que he llegado a un acuerdo. En estos momentos se está preparando para hacer el mejor trabajo de su vida y...

Mis palabras quedaron silenciadas cuando vi aparecer en mi estudio al muñeco de Michelin... Amanda se había puesto encima todos los abrigos de muestra del guardarropa que había en el vestuario y, caminando como un pato, se dirigió hacia el decorado y se sentó tan sensualmente como solamente podía hacerlo un orondo muñeco de nieve.

Suspirando frustrado por su infantil comportamiento, me dirigí hacia ella sin poder evitar irritarme al oír las sarcásticas palabras de Cynthia, que no podía refutar de ninguna manera:

—Sí, ya veo lo adulta y profesional que es...

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —mascullé entre dientes, intentando no alzar la voz para evitar ser oído por la víbora que nos espiaba.

—Estoy posando para ti —declaró Amanda alegremente mientras intentaba levantarse del diván sin llegar a rodar por él, algo que definitivamente no consiguió cuando cayó a mis pies.

—¿Puedes dejar de actuar como una cría y hacerlo como la profesional que se supone que eres? —exigí, enfadado por el pueril comportamiento que había mostrado conmigo desde el principio a la vez que le tendía mi mano para ayudarla.

—Ya lo hago: permito que me hagas todas las fotografías que quieras. Pero te advierto desde ya que no me voy a quitar ni una prenda. Y tú, definitivamente, como fotógrafo profesional que eres, tienes prohibido tocar a tu modelo —dijo ella apartando mi mano despectivamente.

A continuación, intentó ponerse en pie con la elegancia que siempre la caracterizaba, algo que con esa indumentaria sólo logró después de varios

intentos, y únicamente cuando terminó de rodar por el suelo.

Yo no sabía si reír o llorar ante la nueva y estúpida idea con la que Amanda pretendía fastidiarme para arruinar una vez más mi carrera. Finalmente, las estruendosas carcajadas de Cynthia me sacaron de dudas y me enfurecí cuando esa altiva mujer se dirigió hacia nosotros y comenzó a burlarse de mi modelo.

—¿Y ésta es tu modelo profesional? ¡Por Dios, si solamente es una chiquilla! —exclamó a viva voz, acercándose y haciendo que la orgullosa Amanda se percatara al fin de su presencia.

En el instante en que los hermosos ojos azules de Amanda comenzaron a brillar con furia supe cómo podría hacer que, una vez más, me revelara esa parte de sí misma que ocultaba a otros y que solamente era capaz de mostrar ante mi cámara.

—Aparta, niña, y aprende de una profesional —se mofó Cynthia mientras me indicaba que cogiera mi cámara, algo que tal vez habría rechazado con bastante rapidez si no hubiera sido porque en esos instantes me convenía seguir las indicaciones de esa arpía para hacer saltar la llama que se escondía en Amanda y que salía a relucir en el momento más inesperado.

»Apúntame con tu aparato, querido: ambos sabemos que lo haces muy bien... —señaló provocativamente Cynthia, insinuando que entre ella y yo había habido algo más que un simple trabajo mientras comenzaba a desnudarse, aunque mi objetivo no podía evitar desviarse una y otra vez hacia el ceño fruncido de Amanda.

Al oír sus retadoras palabras, Amanda se desprendió de uno de sus abrigos arrojándolo al suelo, algo que me hizo sonreír.

—Quiero que mi hermoso cuerpo desnudo quede grabado para siempre en tu mente —declaró Cynthia en ropa interior, tan provocadora como siempre.

En esta ocasión, el pie de Amanda comenzó a repiquetear nerviosamente contra el suelo, y se deshizo de otros dos gruesos abrigos.

—Cuando me miras a través de tu cámara, mi cuerpo desnudo arde como si me acariciaras —continuó Cynthia, adoptando ante mí una sensual pose mientras sostenía el sujetador desabrochado con las manos, tapando levemente la desnudez de sus senos.

En el preciso instante en que Amanda se levantó del diván, esperé que me exhibiera algo de su piel. Pero, como siempre, me sorprendió mostrándome más

de lo que yo podía llegar a imaginar.

Con la elegancia que la caracterizaba, se cubrió con la sábana que había en el diván y se desprendió del último de sus abrigos, tras lo que pude observar que no llevaba nada debajo de ellos. ¡Eso sí que llegó a encender mi cámara, y no la irritante modelo que seguía diciendo sandeces para llamar mi atención!

No obstante, mientras yo esperaba impaciente a que Amanda me mostrase algo más y brindase a mi cámara la foto que buscaba, ella simplemente me dio la espalda y se dirigió hacia Cynthia.

—No es que no sepa hacer este tipo de trabajos, es que simplemente no quiero.

Luego miró al objetivo por encima del hombro y dejó caer ligeramente la sábana que cubría su desnudo cuerpo, mostrándome un hermoso y sensual primer plano de su atrayente espalda y parte de su trasero. Y, con una pícaro sonrisa que simplemente me cautivó, dijo dirigiéndose a Cynthia sin dejar de mirarme:

—Son todo tuyos. Tanto el trabajo como el fotógrafo.

Tras esa declaración de guerra con la que pretendía librarse de mí una vez más, acomodó nuevamente la sábana alrededor de su cuerpo y se alejó envuelta en ella, dejándome con otra modelo que nunca podría hacer ese trabajo porque, definitivamente, la única que sería siempre la más hermosa a mis ojos era la mujer de la que me había enamorado.

\* \* \*

Enfadada y furiosa, mientras analizaba en mi mente miles de maneras de castrar a ese bastardo, me dirigí hacia el vestuario. El muy cerdo había aceptado un trabajo que sabía que no me gustaría hacer. ¡Y encima había tenido la desfachatez de llamar a otra modelo con la que sustituirme, una con la que sin duda se había acostado, ya que ella no paraba de insinuarse frente a él!

—¡Fotógrafo pervertido! —grité airada mientras cerraba el vestuario de un portazo sin saber por qué motivo, de todo lo que me había ocurrido ese desgraciado día, lo que más me molestaba era que Chris se hubiera acostado con esa engreída y arrogante mujer.

Sin duda, la vida de Chris Jones era simple en ese aspecto: se acostaba con

todas las mujeres que se cruzaban en su camino, o al menos lo intentaba. Muestra de ello habían sido las insinuantes y falsas palabras que me había dedicado en nuestra última sesión, eso de que me deseaba.

Fastidiada con todo y sin ganas de salir del vestuario, ya que para dirigirme a la salida tenía que cruzar el estudio, en el que muy probablemente esos dos estarían retozando, me senté en una de las incómodas sillas que había junto a los dos pequeños tocadores repletos de productos de maquillaje, rodeada de unos grandes percheros atestados de caras prendas femeninas.

Un poco más tranquila, pensé que mi vida se había convertido en una locura desde que Chris Jones había hecho su aparición. Y, una vez más, intenté planear de qué manera deshacerme de él, no sin antes demostrar ante todos lo incompetente que podía llegar a ser como fotógrafo.

Pero en esos instantes la inspiración para la venganza parecía no llegar a mí, y solamente podía pensar en Chris tocando a esa mujer, susurrándole palabras sensuales al oído y mirándola con deseo. Momentos que Chris había creado conmigo y que habían hecho que, por una vez en mi vida, mi corazón latiera desbocado olvidando que él era el enemigo.

Mientras ocultaba la cara entre mis manos sin saber lo que estaba pasándome, pensé en que la loca de mi prima Evie siempre sabría cómo actuar. Ella simplemente se mantendría fría ante todas sus insinuaciones, le contestaría con sarcasmo, y lo más seguro es que, para fastidiarlo, irrumpiría en su estudio cuando estuviera con esa modelo y no se escondería como una cobarde como yo había decidido hacer en esos momentos.

Con esa idea en mente, y resuelta a importunar a ese hombre de alguna manera, me levanté de la silla y alcé la cabeza, determinada a hacer frente a la empalagosa pareja. Pero mientras me dirigía hacia la puerta, mis ojos se fijaron en una pequeña nevera que había en la estancia, a un lado de uno de los tocadores.

Al abrirla, pude observar que lo único que había en ella era una carísima botella de un champán exclusivo de rimbombante nombre francés. Así que, pensando que a ese tipo le molestaría sobremanera que yo me bebiera algo que seguramente guardaba para celebrar algún momento importante, la abrí y, sin ningún miramiento, bebí de ella sin preocuparme siquiera de buscar un vaso.

Cuando llevaba consumido un tercio del champán, decidí que tal vez el

alcohol me daría el valor que me faltaba para enfrentarme una vez más a ese hombre que tanto me frustraba. Pero poco después, cuando me quedaba media botella nada más, decidí que Amanda Black podía hacer cualquier trabajo que se le pusiera por delante sin ningún problema, y que iba a salir de ese estudio muy dispuesta a mostrarle a esa arpía y a ese fotógrafo idiota de lo que una profesional como yo era capaz.

Al contrario que esa vulgar modelo, yo no pensaba regalarle a Chris un estriptis gratuito, entre otras cosas, porque no tenía ni idea de cómo hacer esas poses sensuales que había hecho ella, aunque eso no tenía la menor importancia. De modo que, tal y como él tenía planeado desde un principio, me desnudé de nuevo y cubrí mi cuerpo con el cálido albornoz.

A medida que me acercaba al elaborado decorado donde Chris trabajaba con su nueva modelo, fui perdiendo valor. Y eso que la cara botella de champán todavía me acompañaba.

Pero, decidida como estaba a interrumpir a esos dos en el momento justo para incordiarlos, espíe desde un rincón la sesión fotográfica y presencié algo bastante más noble de lo que me esperaba por parte del fotógrafo, que, después de todo, no era tan perverso como yo pensaba.

\* \* \*

—Vale, muy bien. Déjalo ya, Cynthia. Será mejor que paremos. No creo que tu imagen sirva para este trabajo —opinó Chris, bastante irritado porque Amanda hubiera huido dejándolo con una sustituta con la que su cámara no se inspiraba.

—¿Insinúas que esa cría es mejor que yo? —inquirió ultrajada Cynthia mientras intentaba otra pose sensual encima del diván.

Chris reflexionó seriamente acerca de qué manera podía hacerle entender a la arrogante mujer que su imagen no era lo que necesitaba en esos momentos, y que, por mucho que ella quisiera tentarlo, él sólo buscaba una y otra vez a la modelo que siempre lo había fascinado. Por si fuera poco, debía tener tacto, delicadeza, medir sus palabras y mostrarse comedido para poder volver a trabajar con ella en un futuro si era necesario. O, al menos, eso era lo que le había aconsejado su agente que hiciera siempre que se hallara en este tipo de

situaciones para no cerrarse puertas.

—¡Vamos, Chris! ¡No me digas que esto no te tienta a probarme! —insistió la modelo, ejecutando una pose más propia de una revista para adultos que para unas fotos profesionales como las que él hacía, algo que, en vez de tentarlo, simplemente lo enfadó.

Después de ver que el fotógrafo no hacía uso de su cámara, Cynthia se levantó del diván y, totalmente desnuda, se acercó a Chris hasta quedar muy cerca de su cuerpo. Tras apoyar tentadoramente una mano sobre el pecho masculino, le susurró al oído:

—Dime lo que sientes por mí en estos instantes, en comparación con esa flacucha modelo que ha salido corriendo hacia el vestuario.

Después de cavilar durante unos segundos sobre cómo salir de ese aprieto con el tacto y la delicadeza que Davis le exigía en momentos como éste, Chris llegó a la conclusión de que éstas eran cualidades de las que él carecía, por lo que decidió ser cruelmente sincero con la modelo y decirle simplemente la verdad.

—Me dejas completamente frío —declaró, apartando despreocupadamente la mano de ella de su pecho.

Y, ¡cómo no!, recibió la respuesta a la que estaba habituado últimamente de parte de sus modelos: la altiva Cynthia le cruzó la cara de una bofetada. A continuación, tras vestirse tan rápidamente como se había desnudado, se marchó furiosa del lugar, no sin antes soltar alguna que otra airada palabra y exaltadas amenazas en contra de ese fotógrafo que se negaba a seguir su juego.

—¡No puedo creer que me hayas rechazado! ¡A mí! ¡A Cynthia Allen! ¡Y encima por una mocosa que ni siquiera sabe cómo hacer su trabajo! Créeme que te vas a arrepentir de esto...

Después de oír un sonoro portazo, a Chris le quedó claro que Cynthia nunca querría volver a trabajar con él.

Desesperado, y sin saber qué imagen mostrar para el nuevo trabajo, se derrumbó en una de las sillas plegables del estudio y, mientras revisaba una vez más las fotografías que había captado con su cámara, no se percató de que Amanda ocupaba su lugar en el decorado, esta vez más que dispuesta a hacer su trabajo.

—¡Dispara! —exclamó una achispada e inocente Amanda desde una posición nada incitante en el diván, donde había enrollado su cuerpo con una de

las blancas sábanas tras haber abandonado despreocupadamente el albornoz en el suelo.

Chris sonrió ante esa inocente pero sugerente imagen que una vez más lo tentaba, tanto a él como a su cámara. Pero, cuando se acercó para comenzar a tomar fotografías, se percató de que la modelo, que se había tumbado despreocupadamente sobre el diván tras anunciar que esa vez estaba dispuesta a realizar su trabajo, una vez más le complicaba su labor, ya que se había quedado completamente dormida.

La respuesta a ese absurdo comportamiento no tardó en aparecer cuando Chris vio que Amanda sostenía en una mano la botella de champán que su agente le había regalado para celebrar su triunfo, una celebración que él había pospuesto, pero que ahora que tenía a la chica frente a su cámara no podía postergar.

Así pues, quitándole delicadamente la botella, que, aun dormida, ella se negaba a soltar, bebió un largo trago y alzó su cámara muy dispuesto a hacer su trabajo y a mostrar a todo el mundo esa hermosa imagen de Amanda Black que solamente él podía llegar a ver.

Los sugerentes movimientos de la adormilada Amanda, sin llegar a mostrar la sensual desnudez de su cuerpo pero insinuando su espléndida belleza, lo llevaron a conseguir todas y cada una de las imágenes que quería de ella. Para su desgracia, eran unas imágenes que enseñaría a otros muy reticentemente. Así que, mientras revisaba su arduo trabajo de ese día y pensaba sobre cómo despertar a su modelo, la respuesta que dio a la llamada de su agente fue simple.

—Tendré que rechazar este trabajo, Davis —manifestó para después, sencillamente, colgarle el teléfono antes de que su amigo comenzara a gritarle por su insensatez y a pedir una explicación de lo que estaba ocurriendo con esa modelo, algo que en ocasiones ni él mismo podía llegar a comprender.

Tras arruinar uno de los mejores trabajos que le habían ofrecido y que posiblemente lo hubiera llevado a ser reconocido como uno de los mejores fotógrafos del momento, Chris simplemente sonrió como un insensato enamorado a las imágenes que le ofrecía su cámara. Y, dejando a un lado todos sus sueños de futuro, se concentró en el que tenía más cerca en esos instantes. Porque, en esos momentos, su mayor deseo era estar junto a la mujer de la que se había enamorado.

## CAPÍTULO 6

Medio adormilada, intenté moverme en mi cama, que en esta ocasión parecía más estrecha de lo habitual. Seguro que me había vuelto a quedar dormida en el sofá tras llegar terriblemente cansada de una de mis sesiones fotográficas. Pero, en el instante en que intenté cambiar de posición, unos fuertes brazos me impidieron moverme. Y fue entonces cuando recordé algo de lo ocurrido, no demasiado, ya que mi memoria estaba terriblemente borrosa, pero lo poco de lo que me acordaba era algo que, definitivamente, habría preferido olvidar.

Por unos segundos tuve miedo de lo que podía haber pasado con ese fotógrafo, de lo que mi irracional mente podía haberme llevado a hacer después de beberme media botella de aquel caro champán. Temía abrir los ojos, pero, para mi asombro, cuando lo hice, fui testigo de la escena más rara que podría haber llegado a imaginar.

Ese extraño hombre, cuyo ego podía llenar toda una habitación haciéndole creerse el mejor y cuyo ingenio no dejaba de torturarme para que hiciera un trabajo que sólo había aceptado de buen grado para mortificarlo; ese hombre que se había declarado ante todos como mi enemigo al denigrar a la persona que yo más adoraba; ese hombre al que le había declarado la guerra tan abierta y retadoramente como tan sólo yo sabía hacer..., ese hombre me abrazaba con tanta ternura como si yo fuese un tesoro muypreciado para él.

Con su inmenso cuerpo encogido en el pequeño diván, Chris me retenía junto a él para que no cayera al suelo, mientras tiritaba de frío por haberse despojado de su camisa para cubrir mis hombros desnudos y protegerlos de la baja temperatura del estudio.

Revolviéndome entre sus brazos, me giré hacia él y cubrí parcialmente su

helada piel con la camisa que tenía sobre mí. Me sorprendió que el hombre que tanto había insistido en verme desnuda antes ahora sólo quisiera tapar cada palmo de mi cuerpo. No pude evitar sonreír ante la contradicción que representaba ese individuo, como tampoco pude evitar acariciar su rostro. Aunque tan sólo era un desconocido para mí, con cada uno de sus gestos comenzaba a hacerse un hueco en mi vida y a hacer latir mi corazón como nadie lo había hecho nunca.

—Pervertida —bromeó Chris, recordándome la impertinente palabra con la que yo lo increpaba cada vez que él osaba acercarse más de lo aconsejable.

Al oírlo, retiré rápidamente la mano de su rostro justo antes de que él abriera los párpados y me mirara con esos intensos ojos azules brillando de diversión porque yo me hubiera atrevido a acercarme a él cuando siempre lo alejaba de mí a la menor oportunidad.

—Tenías una mota de polvo —intenté disimular al tiempo que fingía alejarme de él, algo que en esa posición me era imposible hasta que él se decidiera a dejarme—. ¿Podrías soltarme, por favor? Tengo que irme a casa y descansar adecuadamente para el próximo día que quedemos para hacer esas malditas fotografías con las que pretendes enseñar mi cuerpo desnudo a todo el mundo —suspiré resignada, escondiendo el rostro de mi inclemente fotógrafo, aunque sabiendo que más tarde o más temprano tendría que hacer ese tipo de instantáneas.

—Eso no será necesario. He tenido que rechazar el trabajo —declaró Chris molesto mientras, sin darse cuenta, me apretaba fuertemente contra él como si quisiera protegerme de algo.

Cuando alcé el rostro, lo vi hacer una mueca de disgusto que no sabía si iba dirigida a mí por habérselo puesto tan difícil ese día o hacia él mismo, por no haber logrado esas fotografías y un poco más de la fama que tanto deseaba.

—Entonces, si ya hemos terminado con este trabajo..., ¿puedes soltarme? —insistí, decidida a acabar con la íntima cercanía de nuestros cuerpos, que comenzaba a tentarme para arrimarme más a él, a pesar de ser mi enemigo en esa guerra que yo misma le había declarado.

Chris apartó con renuencia las manos de mi cintura y yo me levanté tan elegantemente como era habitual en mí. A continuación, enrollando mi cuerpo con la sábana blanca como si fuera una diosa griega, me dirigí hacia su cámara

fotográfica para confirmar la veracidad de sus palabras y que él, efectivamente, había rechazado por completo el encargo.

Tras comprobar que en la memoria de su cámara no había fotografía alguna de esa sesión que nos había llevado todo el día, me pregunté por qué motivo el hombre que siempre conseguía salirse con la suya me había dejado ganar con tanta facilidad esa vez.

—Creo que finalmente tú tenías razón, Amanda, y que ese tipo de fotografías no son las adecuadas para ti. No he logrado sacar ni una sola buena imagen tuya en esta sesión... —manifestó con indiferencia mientras se tumbaba con descuido en el diván poniendo las manos tras su cabeza, lo que me hizo sospechar que sus palabras ocultaban algo más.

Habituada a tratar con fotógrafos, y sabiendo que en ocasiones no podían evitar llevar consigo las imágenes más prometedoras, cogí su móvil. En la pantalla vi una foto donde yo aparecía dormida en el pequeño diván con una soñadora sonrisa. La imagen tan sólo mostraba mi cara, era precisa y perfecta, y sin duda la adecuada para esa campaña que Chris decía haber rechazado. Al parecer, había obtenido de mí la instantánea que tanto buscaba. La pregunta entonces era: ¿por qué se negaba a entregársela a los clientes?

—Pervertido —susurré en voz baja sin que Chris me oyera mientras él proseguía con su ensayado discurso lleno de quejas sobre todas las incidencias que le habían impedido sacar una buena imagen mía.

Y, decidida a que él no tuviera una fotografía para la que yo no había posado, la borré y me tomé la libertad de hacerme otra, una en la que le sacaba burlonamente la lengua y que coloqué como fondo de pantalla en sustitución de la otra.

—... Y por eso creo que deberíamos pactar una tregua y trabajar juntos por el bien de nuestras carreras... ¡Eh! ¿Qué estás haciendo con mi móvil? —exclamó al darse cuenta de que no estaba prestando atención a su charla—. Si quieres mi correo privado, mi número de teléfono o mi dirección, únicamente tienes que pedírmelos —dijo a la vez que me arrebatava el aparato.

—Solamente estaba haciendo algún que otro cambio en tu fondo de pantalla —respondí con una maliciosa sonrisa al haber conseguido ganarle por una vez, logrando que no quedara prueba alguna de la estúpida sesión fotográfica que habíamos llevado a cabo esa mañana.

—¡No me jodas, Amanda! —replicó él molesto, buscando la fotografía que yo había borrado de su teléfono móvil.

Tras ver la infantil imagen mía que tenía ahora como fondo, Chris me sorprendió con sus acciones una vez más, ya que, con una ladina sonrisa, dejó el teléfono lejos de mi alcance antes de comunicarme satisfecho:

—¡Pues ésta me la quedo!

—¡Pervertido! —repuse mientras me alejaba dignamente hacia el vestuario. No obstante, por una vez, no estaba tan furiosa con él como pretendía aparentar.

Algo que Chris no tardó en remediar con su gran boca cuando replicó entre risas:

—Pues ya somos dos.

Eso me recordó mi debilidad al acercarme un poco al hombre que desde el principio había jurado odiar y, mientras me adentraba en el vestuario para cubrir mi desnudez, expresé mi disgusto con un sonoro portazo tras el que decidí no bajar nunca la guardia ante ese fotógrafo al que cada vez estaba más resuelta a alejar de mi vida.

\* \* \*

—¿Ves? Te dije que lo mejor era asistir a esta fiesta y así despejarnos un poco del trabajo. Además, acabo de regresar de mi viaje y la verdad es que necesito algo que me distraiga de la dura responsabilidad que he tenido que asumir siendo la fotógrafa de ese principito —declaró irónicamente Evie mientras se adentraba despreocupadamente en el glamuroso ático en el que una afamada modelo celebraba una de esas escandalosas veladas que Amanda siempre trataba de evitar.

Una estridente música las recibió en cuanto salieron del ascensor privado que conducía directamente al amplio salón, donde unos incómodos y modernos sofás negros contrastaban con unas alfombras blancas y las níveas paredes. Ostentosos adornos de cristal se distribuían por una habitación sin personalidad, en la que lo más destacable era una amplia barra de mármol importado que daba cabida a un enorme bar donde unos ocupados camareros no paraban de servir bebidas. Desde el interior se podía observar a través de las puertas cristaleras que la fiesta no sólo transcurría en la abarrotada estancia, sino que también continuaba en la

terrazza, equipada con una gran piscina y un lujoso *jacuzzi*, donde algún que otro invitado ya había perdido parte de su ropa y de su vergüenza.

—No me vengas con ésas, Evie —replicó Amanda mientras miraba reprobadoramente el lujurioso ambiente que la rodeaba y que nunca sería de su agrado, así como la despreocupada vestimenta de su prima, consistente en unos simples pantalones vaqueros, una desaliñada camiseta holgada y una gorra encasquetada sobre sus cortos cabellos—. Si estamos aquí es solamente porque no tenías ganas de cocinar y porque, si salíamos nosotras solas, te tocaba pagar a ti esta vez.

—No te quejes, Amanda. Tenemos todo lo que podemos desear un sábado por la noche: bebida gratis... —apuntó Evie mientras se apoderaba de dos copas de una de las numerosas bandejas que paseaban los camareros—, comida... —continuó mientras le arrebatava la fuente de canapés a un sorprendido camarero—, y, por supuesto, dramas únicos de los que nunca podríamos haber disfrutado en nuestro hogar —finalizó al tiempo que se sentaba con descuido en uno de los modernos sofás y señalaba al modelo al que había decidido molestar con sus trastadas en los últimos meses.

Algo que, sin duda, no había dejado de hacer a la vuelta de su viaje, porque en esos momentos una mujer discutía acaloradamente con él mientras Evie no dejaba de observar la escena con suma satisfacción.

Amanda decidió sentarse junto a su prima para observar la escandalosa pelea, a la que, estaba totalmente convencida, Evie había aportado su granito de arena.

—Por lo visto, te ha ido de maravilla en tu alocado plan de fastidiar a ese modelo.

—Sí, me he divertido de lo lindo jodiendo al principito. Pero aún no estoy del todo satisfecha... —respondió Evie sin dejar de observar con malicia, como si esperase algo, a ese pobre muchacho que en cierta ocasión se había atrevido a provocarla con sus amargas palabras hacia su padre—. Espera, espera..., ¡ahora! —indicó maliciosamente mientras observaba cómo el rostro de ese hombre era abofeteado por su acompañante y luego ésta se alejaba airadamente de él sin que el modelo pudiera hacer nada para retenerla a su lado.

»¡Oh, esto es mejor de lo que me esperaba! —exclamó a continuación sin poder evitar proferir unas estruendosas carcajadas, lo que provocó que los

intensos ojos del hombre al que atosigaba se volvieron hacia ella con frialdad y la reconociera al instante por mucho que Evie intentara ocultarse bajo su desaliñado aspecto.

—¿Qué has hecho? —preguntó Amanda, temiendo la alocada respuesta que su prima podría llegar a darle.

—Nada que él no se dejara hacer... —contestó Evie enigmáticamente, bastante complacida y sin dejar de sonreír con malicia a su rival mientras se quitaba la gorra—. ¿Y a ti cómo te ha ido con ese fotógrafo? ¿Conseguiste fastidiarle la última sesión?

—Sí, más o menos... —suspiró Amanda, nada contenta con el resultado de esa supuesta venganza cuyos pasos solamente la estaban acercando cada vez más a un hombre al que, decididamente, quería evitar.

Pero cuando estaba segura de que su prima volvería a importunarla con decenas de sugerencias sobre cómo debía proceder en la ridícula *vendetta* en la que se habían embarcado, sin prestarle mucha atención, Evie simplemente dijo:

—Bueno, mientras te mantengas alejada de la cama de ese fotógrafo, todo irá bien. Ahora, si me disculpas, tengo que ir a regodearme en mi victoria.

Y, sin esperar respuesta alguna por parte de su prima, Evie depositó en manos de Amanda la fuente de canapés y se apresuró a seguir al modelo, que en esos instantes se perdía entre la multitud.

\* \* \*

Verdaderamente, yo odiaba ese tipo de fiestas, a las que en muy pocas ocasiones accedía a acudir, pero, ya que me había dejado convencer por Evie, no pensaba desentonar, por lo que me había puesto mi vestido de noche más elegante, uno negro y largo que se anudaba a la nuca dejando la espalda expuesta y cuyo único adorno era un leve reborde de pedrería cosido en la cintura. Completaban mi atuendo unos altos tacones, mi larga melena de rizos rubios y mi falsa sonrisa, que apenas dejaba entrever lo que sentía en medio de la multitud que me rodeaba.

Como la afamada modelo publicitaria que era, constantemente me invitaban a un sinfín de esas escandalosas reuniones y rara vez asistía a alguna de ellas, ya que todas eran iguales: lujos, falsas sonrisas y aún más falsas palabras y halagos

de parte de hombres que querían algo más que una sonrisa y mujeres que sólo miraban con envidia. Todo ese mundo estaba cargado de rivalidad, dinero, poder e hipocresía, cosas todas ellas de las que mi tío me había mantenido alejada y en las que yo me negaba a participar.

Tras dejar la fuente vacía en manos de un camarero, esperé sentada en el incómodo sofá a que Evie volviera, simulando que ése era mi lugar mientras daba pequeños sorbos a mi bebida cuando, sin ninguna duda, en esos momentos habría estado mucho más cómoda acurrucada en mi sofá viendo alguna de las viejas películas de amor de las que tanto me gustaba disfrutar.

Llegué a la conclusión de que Evie se había dejado arrastrar por alguna de sus locuras y se había olvidado totalmente de mí cuando, tras mirar mi reloj, vi que llevaba media hora desaparecida.

Resuelta a alejarme de allí, revisé mi teléfono móvil por si mi prima me había dejado algún mensaje y, tras recordar lo olvidadiza que podía llegar a ser Evie cuando se concentraba en uno de sus irreflexivos planes, le mandé un mensaje comunicándole que me marchaba de la fiesta antes de que volviera a por mí y me metiera de lleno en algún nuevo disparate.

Cuando intenté levantarme del sofá, un hombre bastante atractivo que rondaba mi edad, de un metro ochenta y cinco aproximadamente, bonitos ojos verdes y rubios cabellos, se sentó junto a mí y comenzó a alabar mi trabajo. No habría tardado en alejarme de él disculpándome con cualquier excusa si al alzar la vista no hubiera detectado la presencia de Chris en unos de los apartados rincones que siempre usaban las parejas. Y, ¡cómo no!, estaba acompañado de la sensual modelo que se le había insinuado en la última sesión, algo que me llevó a pensar que él no era tan reacio a estar con esa mujer y que en verdad era tan falso como el artificial mundo que me rodeaba.

Sin saber por qué, eso me molestó bastante, y mi genio se avivó aún más cuando Chris se volvió hacia mí. En el instante en que nuestras miradas se cruzaron, él me mostró un gesto de reproche por mi presencia en ese lugar y la de mi inesperado acompañante, que me ofrecía una nueva bebida, cosa que acepté únicamente porque estaba furiosa, aunque mi gélida sonrisa manifestara lo contrario.

El pesado que se había hecho un sitio junto a mí en el sofá parecía ser uno de los modelos con los que mi tío había trabajado. No dejó de aburrirme con sus

historias y sus anécdotas, una charla que habría cortado de raíz si no hubiera sido porque, con cada una de sus palabras, alababa el trabajo de Dominic, y también porque a medida que ese hombre se me acercaba un poco más, Chris mostraba su disgusto con una mirada de censura.

Sin poder evitar fastidiarlo, alcé la copa hacia esos fríos ojos azules que no se apartaban de mí ni un momento y, de un trago, acabé con mi bebida. Un tremendo error que mi tía Iris siempre me había advertido que no cometiera y que yo había procurado seguir siempre, pero que en ese momento de rabia desoí, cayendo ciegamente en la trampa del embaucador mundo que me rodeaba.

Tras escuchar más de la trivial palabrería del hombre que se sentaba junto a mí y de rechazar una nueva copa que me ofrecía tan diligentemente como la anterior, comencé a marearme y a verlo todo un poco borroso.

—¿Qué te ocurre, Amanda? ¿Te encuentras mal? —preguntó el que hasta ese momento había sido mi amable acompañante con una sonrisa un tanto cínica, cosa que me llevó a sospechar que él era el culpable de mi estado—. No te preocupes: te acompañaré a alguna de las habitaciones y allí podremos descansar —declaró audazmente en mi oído.

Acto seguido, se dispuso a ayudarme a levantarme del sofá acorralándome entre sus brazos, un gesto que para todos los presentes podría parecer un detalle de lo más amable, cuando en realidad solamente estaba intentando aprovecharse de mí.

Traté de alejar de mí a ese desconocido, pero mis manos estaban débiles y mi cuerpo sin fuerzas. Apenas podía oponer resistencia ante su fuerte agarre. En mitad de la multitud, en donde a nadie le importaba lo que me pasara, busqué con desesperación a alguien que me ayudase. Por unos momentos divisé a Evie, pero estaba demasiado lejos y distraída discutiendo acaloradamente con el modelo como para percatarse de lo que estaba ocurriendo.

¡Quién podía imaginar que el único que se daría cuenta de mi problema sería aquel de quien siempre intentaba alejarme! Cuando los fríos ojos de Chris me buscaron una vez más, lo miré pidiéndole la ayuda que necesitaba, y él, como siempre hacía su cámara, no tardó en darse cuenta de que la fría sonrisa que me acompañaba en esos instantes era más de lo que aparentaba.

\* \* \*

Desde que había localizado a Amanda en la fiesta estaba más que decidido a sacarla de allí. ¡¿Qué demonios hacía en ese lugar si ella nunca asistía a ese tipo de eventos?!

Para acabar de fastidiarme una nefasta noche en la que había salido de casa únicamente por las súplicas y los lloriqueos de mi agente, que me pedía que me relacionara más con ese mundillo, había tenido la desgracia de toparme con Cynthia, la empalagosa modelo a la que erróneamente había creído espantar con mis bruscas palabras y que, por lo visto, no se desalentaba fácilmente, ya que seguía pegándose a mí a la menor oportunidad y continuaba recitando escandalosas insinuaciones tratando de tentarme.

Sin embargo, yo hacía oídos sordos mientras espiaba a Amanda y veía cómo ese hombre que había ocupado un lugar junto a ella se le acercaba cada vez más peligrosamente y terminaba al fin con la poca paciencia que me quedaba.

Desde la distancia observé que Amanda alzaba burlonamente su copa hacia mí, haciéndome ver que se había percatado de mi presencia junto a la modelo que, para mi desgracia, ella creía mi amante.

De manera irracional, en esos instantes en que la veía coquetear con otro hombre estaba muerto de celos, y únicamente quería cargarla sobre mis hombros para alejarme con ella de esa molesta multitud. Sólo verla sonreír y hablar despreocupadamente con otros como nunca hacía conmigo mientras lucía ese atrayente vestido de noche hacía que me entraran ganas de golpear a alguien.

Pero, mientras observaba atentamente a mi modelo, vi que su sonrisa era falsa y que no lograba hacer que sus ojos brillaran como lo hacían cuando discutíamos acaloradamente en mi estudio. Fue entonces cuando supe que, aunque yo no hubiera conseguido todavía una sonrisa de ella, la conocía mejor que ningún otro.

Dispuesto a no permitir que nadie arrebatara a Amanda de mi lado cuando apenas había comenzado a conocerla, aguardé el momento oportuno para interrumpir su acaramelado encuentro. Me bebí mi copa de un solo trago cuando vi a ese hombre ayudando amablemente a Amanda a levantarse del lugar que ocupaba en el sofá, ofreciéndole sus brazos.

—¿No te parece que forman una bonita pareja? —preguntó la lapa humana que nuevamente se había pegado a mi brazo mientras señalaba a Amanda y al

niño bonito que la acompañaba.

Inspiré profundamente, esperando calmar mi irascible humor y no pagar con Cynthia mi mal genio. No porque me importara volver a ofenderla, sino más bien porque no quería aguantar un nuevo e interminable sermón de mi agente sobre todo lo que había hecho mal en esa ocasión.

Pero cuando oí sus venenosas palabras llenas de rencor, no pude evitar volver mi airada mirada hacia ella y desprender sus garras de mi brazo como si fueran venenosas.

—¿Sabes? Pensé que lo mejor para esa niña sería conocer un poco más de este mundillo, así que le señalé a Patrick lo solitaria y aburrida que se veía la pobrecita y él enseguida quiso hacerle compañía. Creo que así no se aburrirá y, ¿quién sabe?, tal vez después de estar con Patrick se le quite esa timidez que tantos inconvenientes ha traído últimamente a tu trabajo.

—De ahora en adelante, mantente alejada de mí, Cynthia, porque por nada del mundo pienso volver a fotografiarte —repliqué.

—¡Vamos, Chris, no seas así! Solamente era una broma... Además, no creo que ella sea tan inocente como aparenta. Eso tan sólo es un truco para atraerte — declaró despectivamente Cynthia, haciéndome dudar por un momento de si sus palabras podían llegar a ser ciertas.

No obstante, cuando la busqué, mis ojos se toparon con la mirada de una niña asustada.

Aunque para todos Amanda pudiera parecer una fría, hermosa y sofisticada mujer, la verdad es que tan sólo era una niña que había crecido demasiado rápido en un mundo en el que siempre había estado protegida. Y, ahora que estaba sola en él, era algo que no sabía manejar.

Decidido a defender a mi inocente Amanda, me desprendí una vez más del agarre de esa arpía y, acorralándola contra la pared, le susurré una verdad que, aunque Cynthia quisiera, nunca podría negar. Ni a mí ni a mi cámara.

Ella, por supuesto, se emocionó al malinterpretar mi cercanía y comenzó a hacerme ojitos, hasta que prestó atención a lo que yo susurraba maliciosamente en su oído, dejándole muy clara mi opinión sobre ella.

—No volveré a fotografiarte jamás, Cynthia, porque, aunque puedas ser enormemente hermosa por fuera, definitivamente por dentro eres fea, y eso es algo que puede dañar mi cámara. Por lo que lo siento, cielo, pero el material de

un fotógrafo es demasiado caro como para maltratarlo.

La bofetada en mi rostro no se hizo esperar, a lo que yo respondí con una radiante sonrisa porque, si ya no tenía a esa lapa pegada a mi trasero, sin duda podría ir en busca de Amanda sin más interrupciones.

Mientras caminaba con paso ligero entre la multitud, iba recordando una y otra vez los consejos que mi agente me había regalado antes de asistir a la fiesta. El primero de ellos era que no ofendiera a las modelos con las que podía llegar a trabajar en un futuro. Ése ya lo había desobedecido bastante, así que pasé a otra de las sabias recomendaciones de Davis, una que fui susurrando a lo largo de mi camino hacia Amanda, dispuesto a cumplirla para evitar arruinar mi carrera más de lo que ya lo había hecho esa noche: «No hagas nada escandaloso que pueda dar pie a la prensa a levantar calumnias».

Mi mantra empezó bien, y pensé que en esa ocasión Davis no se enfadaría conmigo. Hasta que vi cómo el tal Patrick dirigía a Amanda lejos de la fiesta, hacia el lugar donde se encontraban las estancias más privadas y los dormitorios. Y, aunque parecía que ella no se resistía, pude observar cómo arrastraba sus pies con renuencia.

—No hagas nada escandaloso... —comencé a mascullar, cada vez más enfadado, acelerando mi paso hacia la pareja.

—Y ahora, preciosa, vamos a divertirnos un poco, algo a lo que definitivamente no podrás negarte —sonreía maliciosamente el despreocupado sujeto creyéndose solo mientras apoyaba a Amanda contra la puerta de la habitación.

Fue entonces cuando pude comprobar que mis sospechas eran ciertas y algo le ocurría a ella, puesto que miraba al hombre con terror mientras su cuerpo se negaba a reaccionar.

—No hagas nada... ¡A la mierda! —exclamé finalmente.

Y, tocando el hombro del modelo, no esperé a recibir una respuesta que explicase lo que estaba sucediendo. De hecho, ni siquiera me molesté en preguntar nada. Simplemente esperé a que volviera su rostro hacia mí para propinarle un puñetazo con todas mis fuerzas que hizo que cayera al suelo inconsciente.

A continuación, pasé por encima de ese tiparraco y atraje a Amanda hacia mis brazos, donde la protegería de todo, incluso de ella misma y de su

insensatez.

—Gracias —susurró bastante confusa y un poco mareada.

Pero cuando la alejé de mí y la reprendí con la mirada con intención de sermonearla por cada una de las tonterías que había cometido esa noche, las palabras murieron en mis labios.

—Chris, no hagas nada escandaloso que...

Sin esperar a que ella terminara de pronunciar esas sabias palabras que salían de su temblorosa boca, me la cargué al hombro y bajé la escalera tan despreocupadamente como podía hacerlo un hombre con una reticente carga que no paraba de insultarlo.

—Sí, definitivamente, mañana saldremos en la prensa... —murmuré con indiferencia mientras observaba a la multitud que nos miraba boquiabierta mientras yo me dirigía a la salida con Amanda chillando improperios sobre mi hombro.

## CAPÍTULO 7

—¡Neandertal! ¡Hombre estúpido! ¡Gorila sin modales! ¿Quieres hacer el favor de bajarme de una maldita vez?

—Con lo calladita que venías en el coche y lo poco que has protestado...

—¡En tu coche estaba inconsciente a causa de la droga que ese tipejo dejó caer en mi copa, pedazo de idiota! ¡Deberías haberme llevado a casa en vez de traerme a tu estudio! ¿Se puede saber por qué narices hemos venido aquí?

—Para darle una lección a mi modelo acerca de lo que no debe hacer —replicó Chris furioso mientras dejaba caer bruscamente a Amanda sobre un decorado de almohadas que esa tarde había estado preparando para la siguiente sesión fotográfica.

—¡Lo que ha ocurrido en esa reunión no ha sido culpa mía! —se excusó ella evitando su airada mirada, que no paraba de reprenderla por su actuación en la fiesta—. Además, lo que yo haga y con quién lo haga nunca será de tu incumbencia —finalizó, recordando lo bien acompañado que había acudido él a la velada.

No obstante, esas palabras solamente consiguieron avivar aún más el genio de Chris, que se dirigió con paso decidido hacia esa mujer que en ocasiones lo sacaba de quicio al comportarse como una niña malcriada.

—¡No pensarás aprovecharte de mí, ¿verdad?! —gritó Amanda indignada mientras se alejaba de él—. ¡Te recuerdo que no puedes poner ni un dedo encima de tu modelo!

—¡Oh, en esta ocasión te los voy a poner todos! ¡La mano entera! —contestó él con decisión mientras se acercaba a ella luciendo una maliciosa sonrisa.

—No vayas a hacer nada de lo que puedas llegar a arrepentirte... —le

advirtió ella, cada vez más nerviosa ante las acciones de ese sujeto para aleccionarla.

Pero, mientras se ponía en pie y localizaba con la mirada la salida, dispuesta a llegar a ella con la mayor celeridad posible, él fue más rápido y, cogiéndola entre sus fuertes brazos, se sentó en los almohadones y colocó a Amanda boca abajo sobre sus rodillas.

—¡Chris, ¿qué estás haciendo?! —chilló ella muy alterada cuando notó cómo le levantaba el vestido y dejaba su trasero expuesto tras colocarla en esa humillante posición.

Ante los avances de Chris, su cuerpo se calentó y, por unos instantes, Amanda dejó de forcejear y todas sus protestas se acallaron cuando las manos de él acariciaron sus nalgas con suavidad y sus dedos bajaron lentamente su ropa interior sin poder evitar agasajar su piel.

Una vez que la hubo despojado de sus braguitas, las manos de Chris subieron poco a poco por sus piernas y, mientras que con ayuda de una de ellas la mantenía firmemente en esa vergonzosa posición, con la otra acarició su trasero hasta arrancarle un gemido. En el momento en que Amanda creía estar perdida ante el embrujo de ese hombre, Chris hizo que volviera a odiarlo nuevamente, ya que, sin la menor advertencia, dejó caer con fuerza la palma sobre el trasero de ella mientras la reprendía por su comportamiento.

—¡No se va a una fiesta de ese tipo sin la debida compañía! —exclamó dando una firme cachetada a las desnudas nalgas.

—¡Suéltame, bruto! —se quejó Amanda como una niña pequeña mientras intentaba zafarse en vano del agarre de ese hombre que estaba más que dispuesto a darle una lección.

—¡No se bebe cuando al día siguiente debes trabajar! —prosiguió Chris, dejando caer de nuevo la mano sobre ese revoltoso trasero.

»Y, lo principal: ¡no se acepta una copa de manos de un desconocido! —finalizó, acompañando su consejo de otra contundente cachetada—. ¿Se puede saber qué demonios te enseñó tu tío de este mundillo? —inquirió a continuación muy alterado mientras levantaba a Amanda y hacía que ésta se enfrentara a la furiosa mirada que prendía sus ojos cada vez que pensaba en lo que podría haberle ocurrido si él no hubiera estado allí.

—¡Te odio! —gritó ella encarándose con el fotógrafo y recordando todo lo

ocurrido mientras las lágrimas que no había dejado salir antes recorrían su rostro.

—Lo sé —contestó Chris.

Y, frustrado al saber que su comportamiento podría haberla alejado más de su lado, no pudo resistirse a besar sus labios para mostrarle los celos, el deseo y el miedo que lo habían embargado esa noche por unos instantes al verla lejos de su lado y en brazos de otro hombre.

Increíblemente, Amanda no lo rechazó y se abrazó a él como si fuera lo único que necesitara en esos instantes. Lo atrajo hacia sí tratando de imprimir en ese beso la ardiente contestación que su inocencia le impedía mostrar, pero Chris no tardó en enseñarle la apasionada respuesta que el anhelo de dos cuerpos podía ofrecer en la arrebatadora danza hacia la cúspide del placer.

Su boca tomó la de Amanda como si ese beso fuera el primero y el último que ella le permitiría darle: con desesperación, con ansia y con el deseo que había albergado durante tantos años. Deseo por una mujer que al principio tan sólo había sido un sueño idealizado para él, pero, tras conocer a la verdadera Amanda, la realidad había superado con creces aquel voluble recuerdo haciendo que quedara cautivado tanto por la imagen de segura y fría mujer que ella intentaba mostrar ante todos como por la niña insegura que se ocultaba en su interior y que muy pocos tenían la oportunidad de advertir.

Mientras los labios de Chris tentaban los de ella a dar una respuesta a sus besos con sensuales mordiscos, sus fuertes manos se deleitaban con la suavidad de su cuerpo, acariciando su piel a la vez que alzaba lentamente su vestido. Acogió las desnudas nalgas entre sus manos y la acercó más a su cuerpo, haciendo que ella se sentara tentadoramente en su regazo.

Cuando Amanda intentó responder a sus besos, la avasalladora lengua de ese hombre le exigió más adentrándose en su boca y buscando una ardiente contestación al reclamo de sus besos. Chris agarró con fuerza los cabellos de Amanda y la pegó más a él impidiéndole huir de sus avances, y ella no pudo evitar gemir ante el calor que invadía su cuerpo pidiéndole más de una pasión que desconocía pero que anhelaba descubrir en los brazos de ese hombre.

La lengua de Chris invadió su boca y le enseñó a dar réplica. Sólo cuando ella gimió entre sus brazos, él abandonó el sabor de sus labios para probar el del resto de su cuerpo. Lentamente, besó su cuello haciéndola temblar y, después de

cada beso, Chris no pudo evitar deleitarse con su dulce sabor probándolo con su lengua. Finalmente, hizo que la piel de Amanda se erizara cuando la torturó con leves mordiscos, hasta que concluyó su tormento al desabrochar con la boca el nudo del vestido que pendía de su nuca, permitiendo así que la tela se deslizara lentamente por su cuerpo, mostrando ante él la bella desnudez de sus pechos.

Sin esperar respuesta alguna por parte de ella, Chris fue dejando un reguero de besos desde su cuello hasta sus desnudos senos, los cuales agasajó con su lengua y con sus labios mientras que con una mano pellizcaba levemente uno de sus pezones y la hacía estremecer. La otra mano fue ascendiendo por una pierna de Amanda, acomodándola mejor en su regazo para que ella notara la dura evidencia de su deseo.

Las uñas de la modelo se clavaron en la espalda de su fotógrafo mientras gemía ante el deleite de lo desconocido y su cuerpo se revolvía en busca de ese placer que tanto ansiaba. La atrevida mano de Chris se introdujo con osadía entre sus muslos y acarició levemente su clítoris, haciéndole gritar su nombre. Luego, uno de sus dedos se adentró en su interior, y solamente cuando ella comenzó a moverse sobre su mano en busca de más, hundió otro dedo en ella.

Cada grito de placer que profería Amanda, cada movimiento de su cuerpo mientras se rozaba contra el suyo, hacían que Chris deseara enterrarse profundamente en su interior. Al fin, sin poder resistirse a apoderarse de lo que más deseaba haciendo a Amanda suya aunque sólo fuera por unos instantes, bajó la cremallera de sus pantalones, sacó su erecto miembro del encierro de sus ropas y, tras colocarse rápidamente un preservativo que llevaba en un bolsillo, agarró fuertemente las caderas de la modelo y se introdujo en ella de una profunda embestida.

Amanda gritó y clavó las uñas en la espalda de Chris haciéndolo sangrar, mezclando el dolor de la inocencia rota con el placer de lo que ese perverso hombre le mostraba. Y, mientras ella se negaba a moverse por miedo a lo desconocido, él acalló sus posibles protestas con un nuevo y avasallador beso que la hizo olvidarse de todo mientras era guiada lentamente por las manos de su amante hacia el placer.

Primero fue él quien marcó los lentos movimientos hacia el éxtasis, pero Amanda no tardó mucho en tomar las riendas y, cabalgando sobre el cuerpo de Chris, fue en busca del deleite que tanto anhelaba conocer.

Cuando las caricias se volvieron más atrevidas e incitaron nuevamente su goce, Amanda convulsionó sobre él y, en el momento en que las acometidas de Chris se tornaban más rápidas y su miembro se hundía más profundamente en ella, ambos llegaron al orgasmo gritando el nombre del otro.

La modelo se derrumbó en los brazos de su amante y, confusa por lo ocurrido, alzó los ojos perdida, sin saber qué hacer a continuación.

—Ahora, simplemente duerme... —dijo Chris mientras besaba cariñosamente su cabeza y la acogía entre sus brazos.

Y, como si fuera su bien máspreciado, la acomodó entre los almohadones y la cubrió con las sábanas de ese escenario en el que ambos habían cedido al deseo de sus pasiones. Que éstas fueran tan sólo un error era algo que aún estaba por ver, porque, mientras ella solamente podía pensar en Chris como en su enemigo, él nunca había dejado de pensar en ella como en la mujer que había cautivado su corazón para siempre al enamorarlo con una de sus sonrisas.

\* \* \*

—Evie, necesito tu ayuda... No sé qué hacer... —comentó una confusa Amanda a la única persona que podía aconsejarla en esos momentos mientras se alejaba silenciosamente del lugar, descalza, con sus zapatos de fiesta en una mano y el móvil en la otra intentando hallar una solución al problema que irremediablemente se había creado al acostarse con ese hombre.

—Mira, Amanda, yo también me encuentro en un aprieto en estos instantes, así que, si no has hecho nada irreparable, que no tenga solución... ¡Espera un momento!... Te has acostado con el fotógrafo, ¿verdad? —dedujo finalmente Evie, cayendo en la cuenta de la única razón por la que su prima podía llamarla ahora si durante su viaje había evitado cada una de sus llamadas con excusas banales.

—Sí... —confesó Amanda con un hilo de voz sin poder evitar dirigir la mirada por unos segundos hacia el hombre que dormía profundamente no muy lejos de ella.

—¡Perfecto! ¡Así es como se venga una, Amanda! ¿Qué? ¿Finalmente lo has matado a polvos o lo has dejado embarazado? —preguntó Evie, furiosa porque su prima no hubiera podido llevar a cabo algo tan simple como no dejarse

arrastrar hacia la cama de ese tipo que, con toda seguridad, solamente había jugado con ella.

—¡Evie! —se quejó Amanda.

Al ver cómo Chris se removía inquieto, aceleró su silenciosa huida hacia la salida sin poder enfrentarse aún a la locura a la que había cedido esa noche entre los brazos de su fotógrafo.

—Perdona, Amanda, pero en estos momentos yo también estoy algo perdida —declaró su prima mientras se alejaba de puntillas de la cama de la habitación donde el bello durmiente aún no había despertado. Y así esperaba que siguiera hasta que ella saliera por la puerta.

—¿Qué has hecho, Evie? —preguntó ella confusa mientras por fin conseguía salir del estudio y se ponía los zapatos para enfrentarse a la fría mañana.

—¡Por lo visto, nada que tú no hicieras anoche! —repuso furiosa Evie mientras cerraba con sigilo la puerta de la habitación. Acto seguido, colgó el cartel de «No molestar» y echó a andar apresuradamente por el pasillo del hotel.

—Creo que ya es hora de que abandonemos estas estúpidas venganzas que se nos están escapando de las manos, Evie —manifestó sabiamente Amanda, decidida a apartar de su lado a Chris, que por unos minutos había echado abajo cada una de sus barreras acercándose demasiado a ella.

—Sí, lo mejor será que a partir de ahora te mantengas alejada de tu fotógrafo. En cuanto a mí, mi venganza sólo acaba de comenzar... —apuntó Evie sin dejar de contemplar con una maliciosa sonrisa las fotos que contenía la pequeña cámara que siempre la acompañaba.

\* \* \*

Al despertar, me encontré terriblemente solo entre las sábanas de ese decorado que, aunque no había sido de utilidad en mi trabajo, sí me había ayudado en la seducción de mi modelo. Me molestó que Amanda no se hallara entre mis brazos, donde debería haberse quedado esa mañana.

Suspiré frustrado ante la huida de mi modelo, pero, al desviar los ojos hacia las sábanas revueltas del improvisado lecho, hallé la prueba de lo inocente que había sido ella hasta caer en mis brazos, y no pude evitar que asomara una sonrisa de satisfacción a mi rostro. Seguramente, la tímida Amanda que había

descubierto la noche anterior había huido esa mañana por no saber cómo enfrentarse a mí, y ahora debía de estar terriblemente avergonzada y escondida en su apartamento pensando cómo afrontar lo nuestro.

Como era una mujer racional, no tardaría en darse cuenta de que yo era el mejor candidato para ella y que nuestro encuentro estaba destinado a ocurrir desde el principio. Sin duda, muy pronto se acordaría de la primera vez que nos vimos, y entonces volvería a posar para mí como lo hizo entonces, recordándome por qué motivo, aun después de tantos años, yo seguía persiguiéndola a ella y a su sonrisa.

Tal vez debía confesarme ya y comenzar a planear nuestro futuro juntos y...

No obstante, mis precipitados pensamientos acerca de un futuro a su lado no tardaron en ser interrumpidos por un impertinente mensaje de texto en el que el agente de Amanda me comunicaba que nuestro contrato quedaba rescindido.

Enfurecido porque la empecinada mujer de la que me había enamorado insistiera en alejarse de mí, le mandé a mi vez otro mensaje a Amanda con la idea de hacerla salir de su escondite y enfrentarse a la realidad de lo que ocurría entre nosotros, ya que, por mucho que ella intentara negarlo, cada vez que estábamos cerca las chispas saltaban entre nosotros y el deseo no tardaba en hacerse patente en medio de nuestras irracionales disputas, que yo solamente quería finalizar llevándomela a la cama. Ella todavía no comprendía que ese sentimiento que intentaba esquivar y que siempre surgía entre nosotros no era odio, sino atracción.

—«Entonces ¿finalmente admites que soy el mejor?» —pregunté con arrogancia leyendo en voz alta mi mensaje mientras lo enviaba.

Amanda no tardó mucho en responder:

Tú nunca serás el mejor fotógrafo: ése es mi tío.

Dispuesto a sacarle los colores a esa inocente mujer que de nuevo se comportaba como una niña malcriada, le contesté de inmediato:

Me refería al mejor amante.

Y, a continuación, leí su respuesta, enfurecido:

Eso aún tengo que comprobarlo. Cuando tenga más experiencia, te lo diré.

Decidido a que no escapara nuevamente de mi lado para comprobar en brazos de otros lo que sólo yo podía mostrarle, llamé al único hombre capaz de ayudarme, de comprenderme y de darme apoyo en momentos como ése, y que, indudablemente, siempre estaría ahí para mí... «Aunque en ocasiones lo disimule muy bien», pensé tras oír de nuevo cómo saltaba el contestador ante mis insistentes llamadas.

—Davis, será mejor que lo cojas. Sé que estás ahí. No querrás que envíe a alguien a tu casa como la otra vez, ¿verdad? —dije hablándole al contestador y amenazando sutilmente a mi amigo al recordarle la última vez que había tratado de ignorar alguna de mis llamadas, cuando le mandé un *stripper* muy masculino a su casa disfrazado de policía, algo que lo hizo salir rápidamente de su escondite y responder a mis llamadas aunque solamente fuera para insultarme.

»¡Así me gusta! —exclamé cuando se puso al teléfono mi agente, que en algunas ocasiones se cuestionaba por qué seguía siendo mi amigo—. Verás, esto es lo que quiero que hagas... —comencé, y a continuación le expliqué cada una de mis exigencias, sin dejar de recordarle que su trabajo siempre había sido hacerlas realidad.

\* \* \*

—¿Por qué estamos aquí? —preguntó Jeff mirando al joven agente de cuerpo atlético, fuertes cabellos castaños y decididos ojos verdes que le recordaba cómo había perdido su juventud y su cabello por culpa de una infantil modelo que, a pesar de los años transcurridos, todavía seguía torturándolo sin concederle ni un minuto de tranquilidad.

—Eso mismo me pregunto yo —respondió Davis Miles, el cansado agente de ese arrogante fotógrafo que lo había hecho levantarse a las cuatro de la mañana exigiéndole llevar a cabo una decena de tareas imposibles de realizar.

Las ojeras que mostraba Davis en ese cochambroso bar, el único local abierto a esas horas tan tempranas, hicieron que Jeff se percatara de que Chris Jones no

era mucho mejor que su representada a la hora de tratar con la gente.

—Al parecer, esos dos siguen empeñados en declararse la guerra. Aunque no sé si es lo único que hacen... —cotilleó Jeff, colocando sobre la mesa delante de Davis un ejemplar de una de esas revistas sensacionalistas en cuya portada se mostraba a Chris cargando con Amanda sobre un hombro en medio de una bulliciosa fiesta.

Bajo la escandalosa imagen se podía leer, en unas chillonas letras rojas, la pregunta que se hacían todos cuando veían juntos a esos dos: «¿Pelea de amantes?».

—¡Joder! ¡Y mira que le hice repetirme cien veces lo que no debía hacer en ese tipo de fiestas antes de dejarlo marchar! —manifestó Davis enfadado, pensando qué hacer para disipar el estúpido rumor.

—No te preocupes. Seguro que el carácter de Amanda lo ayudó mucho a la hora de actuar de esa manera.

—No te creas: Chris es un hombre bastante irracional e impulsivo. Lo que me lleva al motivo por el que estamos aquí. Por lo visto, ese obtuso sujeto no acepta que su contrato con Amanda Black haya terminado y, para no variar, quiere que yo haga algún milagro... —declaró Davis, mesando desesperadamente sus cabellos.

—Y Amanda quiere alejarse cuanto antes de ese hombre, que es el único fotógrafo al que ha aceptado después de su tío, con lo que me volverá loco hasta que encuentre otro de su gusto. Si es que lo encuentra.

—Entonces ¿qué propones que hagamos?

—¿Yo? Irme de vacaciones con mi esposa y desconectar mi teléfono móvil. Y te aconsejo que tú hagas lo mismo, a ser posible a un lugar lejano donde nadie pueda localizarte —respondió Jeff, levantándose de la mesa de negociaciones a la vez que cogía la maleta que tenía a su lado para disfrutar por fin de unas vacaciones planificadas desde hacía meses que habían sido postergadas una y otra vez por las pueriles exigencias de su modelo.

—Entonces ¿el contrato sigue o no sigue en vigor?

—Lo siento, pero yo ya estoy de vacaciones —finalizó Jeff, decidido a dejar ese problema en manos de Amanda.

Y, sin dar repuesta alguna a la importante cuestión que los había reunido esa mañana, simplemente dio media vuelta y se marchó.

—¡Mierda! ¿Y yo dónde demonios me escondo? —se preguntó Davis mientras trataba de imaginar un lugar lo bastante apartado donde las pesadas bromas de Chris no pudieran alcanzarlo.

—Perdón, ¿está por aquí un tal Davis Miles? —preguntó al camarero un hombre de aspecto fornido, vestido de insinuante cuero negro y que portaba un látigo.

—¡Joder, Chris! —se quejó Davis mientras intentaba contactar con su amigo a la vez que huía por la puerta trasera del establecimiento y llegaba a la conclusión de que, definitivamente, nadie podría huir nunca de sus maliciosas jugarretas.

\* \* \*

Dominic Norton, un despreocupado hombre de cuarenta y dos años cuyo cuerpo conservaba la fortaleza y la vitalidad de un joven de treinta gracias a su esforzado trabajo, con unos hermosos ojos azules y los rubios cabellos entre los que se notaba alguna que otra cana debida más a las preocupaciones causadas por las trastadas de sus niñas que por la edad, observaba con inquietud las páginas de dos revistas sensacionalistas que tenía entre las manos mientras intentaba desayunar en el pequeño paraíso que representaba para él ese aislado pueblo situado en una pequeña isla siciliana donde había decidido alejarse del mundo. Un objetivo difícilmente alcanzable si su amigo Jeff, el agente de su sobrina, le enviaba esa clase de material, con el que constataba sin el menor asomo de duda que Amanda y Evie habían desoído sus advertencias y se habían embarcado, una vez más, en alguna de sus irracionales aventuras.

Cada una de las escandalosas revistas mostraba imágenes bastante inquietantes. Y, mientras Dominic las contemplaba negando reprobadoramente con la cabeza, se preguntaba cuál de las dos habría sido en esa ocasión la instigadora de esa locura, si la impulsiva Evie o la irracional Amanda.

Mientras bebía su café a pequeños sorbos, deleitándose en su fuerte sabor, contempló con ojos censuradores unas fotografías nada favorecedoras del modelo que tanto había criticado su trabajo, fotos que un *paparazzi* anónimo había hecho llegar a una de las revistas. No obstante, Dominic sabía perfectamente quién era ese *paparazzi*, ya que la disposición de la luz, de las

sombras y el ángulo elegido constituían una firma característica del fotógrafo en cuestión.

—Evie... —gruñó con reproche.

Bastante enfadado, Dominic pasó a la siguiente revista. Con ella, su mal humor empeoró un poco más al ver que el fotógrafo que confiaba que cuidaría de Amanda se tomaba más confianzas de las que debería con su modelo.

Dejando de lado las ganas de eliminar a todo hombre inadecuado que se acercara a sus chicas, Dominic se tomó su tiempo para fijarse un poco más en cada detalle de la imagen. El joven de la fotografía no mostraba un semblante indiferente, sino más bien todo lo contrario: daba la sensación de estar muy preocupado y también algo molesto. Por otra parte, Amanda, aunque parecía protestar por su presencia, aparentemente se sentía segura junto a él, ya que sus manos, en vez de apartarlo, lo retenían firmemente a su lado.

Sin embargo, la vergonzosa posición en la que se hallaba preocupaba a Dominic y le hacía pensar que las cosas entre esos dos nunca serían tranquilas, ya que, a pesar de que ante todos mostraran de forma inconsciente que estaban irracionalmente enamorados, ellos aún no habían llegado a reconocerlo.

—¡Ay, Amanda..., Evie...! ¿Qué voy a hacer con vosotras? —suspiró Dominic mientras se terminaba su café y decidía salir de su escondite para arreglar ese caos, ya que él era el único que podía acabar con los berrinches de esas irracionales niñas cuando se ponían problemáticas.

»Espero sinceramente que no os metáis en más problemas hasta que yo llegue... —murmuró mientras pensaba que, a pesar de todo, esas dos liantas no podrían hacer muchas barbaridades de las suyas en tan sólo dos semanas...

\* \* \*

—¡Hazme un chupón! —le pidió Amanda a su prima mientras irrumpía en su desordenado y pequeño apartamento de Brooklyn sin molestarse siquiera en saludar.

—¡Joder, no creí que estuvieras tan falta de cariño! Si solamente han pasado dos semanas desde la última vez que viste a tu fotógrafo... —replicó despreocupadamente Evie desde el cómodo sofá en el que se hallaba sentada sin dejar de observar la entretenida revista que tenía en las manos.

—No, no lo comprendes: mi agente no me ha hecho caso y ha desaparecido. ¡Y el de ese obtuso sujeto también, como si ambos se hubieran puesto de acuerdo para fastidiarme! Así que ahora soy yo la que tiene que tratar personalmente con Chris, quien, a pesar de que le dije claramente que todo había terminado entre nosotros, ha tenido el descaro de informarme de que mañana tendré que ir a trabajar con él.

—Vale, hasta ahí te sigo, pero ¿para qué el chupón?

—Para dejarle claro que lo nuestro sólo fue un desliz que no se repetirá. Tal vez deje de insistir si cree que tengo a alguien. Además, con eso me aseguro de fastidiarle las fotografías de mañana.

—¿Y por qué no haces lo más racional y te buscas a un hombre con el que olvidarte de ese fotógrafo? —inquirió Evie sin mucho interés mientras seguía ojeando su revista con indiferencia.

Pero, ante el silencio que recibió por respuesta, no pudo evitar saltar cuando llegó a la conclusión más obvia sobre por qué su prima le pedía nuevamente ayuda.

—¡A ti te gusta el fotógrafo! —la acusó airadamente mientras se levantaba a toda prisa de su cómodo sofá y la señalaba con un dedo.

—¡No! —contestó Amanda rápidamente, tal vez más rápido de lo aconsejable para que su respuesta pareciese sincera—. Bueno, tal vez un poquito... —confesó finalmente al ver el ceño fruncido de Evie.

—¡Ven aquí! —ordenó su prima furiosa mientras veía cómo ella retrocedía ante su brusco avance.

—¿Qué narices vas a hacer?! —preguntó Amanda mientras huía del enfadado rostro de Evie al tiempo que empezaba a reconocer que tal vez no había sido buena idea pedirle ayuda en esa ocasión.

—¡Nada que tú no me hayas pedido! —contestó Evie mientras la perseguía por su apartamento.

\* \* \*

Decir que estaba furioso era poco. Más bien, la sangre me hervía llena de

unos irracionales celos al ver que la mujer que me había esquivado durante dos semanas se presentaba finalmente ante mí con la marca de otro en su cuerpo. La marca más exagerada que había visto en mi vida, por cierto, que me mostraba que el hombre que Amanda había elegido para sustituirme era un amante exigente que tal vez le habría enseñado todo aquello que yo quise dejar para más adelante.

Pensé que cuando volviera a verla la halagaría con dulces palabras, bromearía con ella sobre nuestros malentendidos y, finalmente, cuando no quedara ningún enredo entre nosotros, conseguiría hacerla caer de nuevo en mis brazos. Pero en esos momentos no me nacían las dulces palabras hacia esa mujer.

—¡Ponte allí! —le exigí.

Y, una vez más, mi mal genio salió a relucir mientras le indicaba a Amanda el lugar donde debía colocarse junto a ese guapo modelo que los organizadores de la campaña habían elegido para reflejar la imagen de una apasionada pareja, en la que ella debía llevar las riendas de una supuesta seducción.

Se trataba de un trabajo que en un principio no me había importado aceptar, pero que ahora me molestaba infinitamente: que en las fotos tuviera que salir con otro hombre me perturbaba. Que en ellas Amanda tuviera que adoptar poses seductoras frente a ese modelo me irritaba. Que estuviera tan cerca de otro hombre delante de mí me daba ganas de rechazar un encargo que no podía permitirme perder, y que ese hombre fuera un atractivo niño bonito de brillante sonrisa y agradables gestos que parecía gustar a todo el mundo me hacía enfurecer hasta el punto de querer golpearlo con mi cámara y alejar a Amanda de todos, declarándola insensatamente como de mi propiedad.

—Tal vez debería utilizar un poco de maquillaje —sugirió ella entonces, señalándome con una maliciosa sonrisa la marca de su cuello.

—No, déjalo: así las fotos parecerán más reales —declaré furioso mientras trataba de ignorar la sonrisa de satisfacción con la que me obsequiaba mi modelo.

Tras horas de ver poses insinuantes, acercamientos demasiado íntimos y cuerpos entrelazados en actitudes sugerentes, ya no pude más. Nada de lo que fotografiaba con mi cámara era adecuado, todo me parecía demasiado falso y falto de sentimiento. Y lo que era más cierto es que yo no quería hallar en esa

ocasión la imagen adecuada para esa campaña, ya que sólo me mostraría que Amanda podía desear a otro que no fuera yo.

Como no deseaba admitir mis celos ante ella para que su orgullosa sonrisa se ampliara aún más, simplemente acabé pagando mi mal genio con ella y con cada una de sus sugerentes poses, que, aunque no me decían nada, me molestaba sumamente que fueran dirigidas a otro.

—¡Esto no sirve! ¡Una mañana desperdiciada! ¿Es que todavía no has aprendido cómo seducir a un hombre? Aunque, por lo que puedo ver, has estado practicando... —declaré molesto al tiempo que señalaba la marca de su cuello.

—Ya que sabes tanto sobre seducción, ¿por qué no me enseñas cómo debería hacer este trabajo? —me retó Amanda con irritación mientras cruzaba los brazos delante de su cuerpo y me fulminaba con la mirada.

—Sí, creo que será lo mejor... —repliqué, colocando la cámara sobre el trípode y atrayendo hacia mí a la pobre becaria que Davis había contratado y que en ese instante pasaba por allí solamente para dar unos retoques al decorado.

Acto seguido, comencé con mi demostración.

—Para seducir, en ocasiones tan sólo necesitas usar los ojos... —musité con voz ronca mientras alzaba la barbilla de la mujer y la recorría con mi penetrante mirada.

—Yo creía que era mejor una sutil caricia para mostrar tu preferencia por alguien... —apuntó descaradamente Amanda mientras, para mi asombro, se atrevía a recorrer con la yema de los dedos el musculoso torso de ese modelo.

—Pero eso no es lo que yo quiero exponer en mis fotos: quiero mostrar la sutileza de una seducción que en ocasiones sólo significa un leve acercamiento —respondí aproximando mis labios a los de la ruborizada becaria.

—¿Algo así? —preguntó maliciosamente Amanda mientras acercaba su boca al lóbulo de la oreja del modelo a la vez que apoyaba sensualmente una mano sobre su pecho sin dejar de dirigirme una maliciosa mirada—. ¿Es esto lo que quieres ver? —insistió, haciéndome pensar que, con sus palabras, no sólo se refería a ese momento, sino al dudoso futuro que nos atañía mientras todo siguiera siendo motivo de rivalidad entre nosotros.

Molesto con cada una de sus insinuaciones, no dudé en acercarme a ella para susurrarle al oído:

—Aún no eres lo suficiente mujer como para seducir a otro que no sea yo.

—¿Qué te apuestas? —me retó ella, volviéndose hacia mí mientras me desafiaba con la mirada.

Y, a partir de ese momento, Amanda convirtió la sesión fotográfica en un infierno al mostrarle a mi cámara lo que yo nunca habría querido ver: lo bien que podía quedar ella junto a otro hombre que no fuera yo.

\* \* \*

—Al final no pudiste irte de viaje, ¿verdad? —observó Davis, viendo cómo el agente de Amanda también se encontraba en la sesión de fotos de esa mañana.

Davis había sido obligado a asistir a ese trabajo, según Chris, por si las cosas terminaban caldeándose demasiado entre la modelo y él, algo que, en opinión del fotógrafo, había ocurrido desde el mismo momento en que ella había entrado por la puerta.

—Sí, Amanda se enfadó muchísimo porque la ignoré, y de algún modo se las ingenió para hacer que mi nombre apareciera en la lista de los delincuentes más buscados... Ahora no puedo viajar a otros países y mi mujer se ha ido sola a celebrar nuestro aniversario.

—¡Menudo cabreo tendrá tu esposa!

—No creas: Amanda la ha enviado a un *spa* de lujo con todos los gastos pagados. Y, por si fuera poco, el instructor que ha contratado para sus clases de tenis tiene veinte años menos y mucho más pelo que yo. —Tras un sonoro suspiro, Jeff continuó—: En un instante, Amanda ha conseguido lo que no han hecho las protestas de Margareth a lo largo de todos nuestros años de matrimonio: que ahora llame a mi mujer a todas horas... Pero veo que tú tampoco lograste huir de este suplicio.

—No. Para mi desgracia, Chris conoce muy bien cada uno de mis escondrijos y puede ser bastante persuasivo cuando quiere que salga de ellos. ¿Crees que se dan cuenta de lo mucho que sus disputas afectan a los demás? —preguntó Davis mientras señalaba a la sonrojada becaria que Chris había seducido sólo con una mirada y al alterado modelo que observaba a Amanda deseoso de alguna más de sus caricias.

—Creo que solamente tienen ojos el uno para el otro y, mientras no se den cuenta de que están enamorados, fastidiarán con sus disputas a todo el que se

encuentre cerca de ellos.

—¿Cuánto crees que puede durar esto?

—No lo sé, pero si no se resuelve pronto estaré más que dispuesto a encerrar a esos dos en algún recóndito lugar para que se aclaren las ideas... Ahora, si me disculpas, tengo que llamar a mi esposa para asegurarme de que no ha decidido sustituirme por su guapo profesor de tenis —finalizó Jeff mientras pensaba en un sitio lo suficientemente alejado de él y de su matrimonio al que desterrar a la rencorosa modelo.

## CAPÍTULO 8

Finalmente, el plan que había trazado con mi prima había salido a pedir de boca y ese hombre se estaba alejando cada vez más de mí. Aunque tal vez Evie se había pasado un poco, me decía mientras tocaba de nuevo el molesto chupón de mi cuello y recibía, otra vez, una airada mirada de parte de Chris.

Desde que había llegado esa mañana al trabajo mostrando la marca de mi cuello, el indiferente fotógrafo que siempre me sonreía con gran despreocupación y confianza en sí mismo había dejado atrás las irritantes bromas con las que continuamente me molestaba o los sensuales comentarios con los que intentaba perturbarme para pasar a observar con enfado y reprobación cada uno de mis gestos.

Aunque era bastante molesto trabajar con alguien que seguía celosamente cada uno de mis movimientos para gruñirme a la menor oportunidad, especialmente cuando para la sesión de ese día tenía que acercarme mucho a otro hombre, estaba segura de que conseguiría mi objetivo: que Chris se diera cuenta de que trabajar conmigo era simplemente imposible. Tal vez después de eso se rendiría en su pretensión de ser el mejor fotógrafo y admitiría su derrota.

Para terminar de irritarlo y hundir un poco más el dedo en la llaga de ese insolente que se creía el mejor, posé junto al modelo tan escandalosamente como pude. No obstante, para mi desgracia, mis gestos no parecieron convencer ni a Chris ni a su cámara de que mis intentos de seducción iban en serio. Pero cuando me desafió orgullosamente a que sedujera al otro delante de él con una confiada sonrisa, convencido de que ese reto sería demasiado para mí, no pude evitar querer sacarlo de su error.

Así pues, intenté imaginarme que el atractivo modelo que estaba junto a mí

era el hombre al que deseaba. Pero eso no me funcionó, desafortunadamente, porque el único que lograba que quisiera usar mis dotes de seducción se encontraba detrás de la cámara en ese momento, riéndose de mí y de cada uno de mis torpes movimientos.

—Aún no me has seducido, Amanda, ¿a qué esperas? —preguntó Chris con malicia, contemplando mi fracaso con una sonrisa satisfecha—. ¿O es que tal vez no puedes? —añadió insolentemente, lo que provocó que mi genio saliera a relucir.

Así que, dispuesta a embelesar a ese insulso modelo aunque fuera lo último que hiciera, lo arrastré hacia el diván del decorado, lo senté en él y yo me arrodillé a su lado, colocándole provocativamente una pierna entre las suyas. A continuación, hice que sus brazos rodearan mi cintura y que me contemplara como si sintiera adoración por mí. No obstante, mi seductora mirada no iba destinada al hombre que me acompañaba en esa escena, sino hacia el fotógrafo que constantemente me repetía que faltaba algo en esas imágenes.

Cuando miré a Chris recordé la noche que pasamos juntos y en un instante se desmoronó toda mi falsa fachada de mujer indiferente. Miré al fotógrafo expresando mi anhelo, mi deseo de que fuera él el que estuviera a mi lado, mostrando con mi actitud que el hombre que se hallaba junto a mí no era el adecuado y que siempre lo necesitaría a él.

Ésa pareció ser la imagen correcta, ya que Chris comenzó a apretar el disparador como un poseso desde todos los ángulos posibles y, finalmente, tras revisar la memoria de su cámara, llegó a la conclusión de que nuestra tarea había finalizado.

Al acercarme a él para observar las fotos que había tomado, vi que en ellas tenía la apariencia de una frívola mujer que saltaba de un hombre a otro y que, no bastándole el que tenía a su lado, buscaba a su próximo amante con la mirada. Y, aunque eso era lo que había pretendido aparentar delante de mi fotógrafo, no me agradó ver esa imagen de mí.

Un rato más tarde, cuando salí del vestuario, vi que todos habían desaparecido del estudio, todos excepto Chris, así que me dirigí con paso decidido hacia la salida muy segura de que en esa ocasión había logrado ahuyentarlo para siempre de mi lado. Sin embargo, él me agarró de la mano e, impidiendo que me marchase, acarició acusadoramente la marca de mi cuello

mientras susurraba en mi oído.

—Has perdido la apuesta porque solamente querías seducirme a mí... — declaró orgullosamente, haciéndome temblar entre sus brazos por la cercanía de su cuerpo—. Eso me lleva a preguntarme si esa marca no estará ahí simple y llanamente para tratar de alejarme de ti.

—No sé de qué estás hablando —dije esquivando su mirada, que había descubierto tan rápido mi mentira.

Entonces, cogiendo mi rostro con una mano, hizo que me enfrentara a sus suspicaces ojos, que se reían de mí y de mi infantil juego.

—Dime quién es ese otro hombre con el que has pretendido olvidarte de mí —reclamó decidido a hacerme confesar.

—Ni siquiera recuerdo su nombre... —repliqué con frialdad mientras trataba de meterme en mi papel de mujer fatal.

Creí que Chris seguiría insistiendo hasta sonsacarme la verdad, pero me soltó y, apretando airadamente los puños a ambos lados de su cuerpo, me dejó marchar. O eso creía yo, hasta que alguien llamó insistentemente a mi móvil y no pude evitar la tentación de hacer más creíble mi mentira cuando, provocándolo con una sonrisa, le anuncié:

—Si me perdonas, ahora tengo que atender la llamada de mi amante.

Mis palabras parecieron ser el detonante para que la ira que estaba reteniendo en sus puños se liberase de repente, ya que se acercó de repente hasta mí, me arrebató el móvil cuando intentaba contestar la llamada y me cogió impetuosamente entre sus brazos para hacerme recordar con un beso por qué motivo no había podido aún olvidarme de él y de cada una de sus caricias.

Perdida entre sus fuertes brazos, me dejé llevar por el sabor de su boca y por su exigente lengua, que buscaba una respuesta a la pasión que él me demostraba. Descuidadamente, olvidé quién era la responsable de esa llamada, y cuando lo recordé fue demasiado tarde para mí, tal y como me mostró la severa mirada de Chris al oír gritar ansiosamente a Evie a través del teléfono:

—¿Cómo te ha ido, Amanda? ¿Cómo de molesto está tu fotógrafo por la marca que te dejé en el cuello?

Al oír eso, Chris se apartó de mi lado furioso y, colgándole a mi prima, me miró airadamente mientras respondía a la pregunta que Evie había formulado.

—Me ha molestado mucho, aunque eso tú ya lo sabías, ¿verdad? —declaró

con enfado mientras me cargaba sobre su hombro y me llevaba nuevamente hacia ese decorado con la intención de castigar mi comportamiento.

»Tú no aprendes, ¿eh? —musitó con malicia mientras sacudía bruscamente mi trasero.

Cuando me soltó a sus pies y me miró con una de sus ladinas sonrisas, supe que estaba perdida y que, una vez más, no podría resistirme a él.

\* \* \*

Estaba furioso con Amanda.

Me había pasado toda la mañana muerto de celos pensando en el tipo de hombre que habría elegido para sustituirme y cuántas veces se habría rendido al placer entre sus brazos. Me hervía la sangre mientras la veía posar junto a ese modelo e imaginaba, al tiempo que le tomaba fotografías, que esas sensuales miradas habían sido dirigidas a otro que no era yo.

Mi corazón se había encogido en mi pecho, lleno de dolor, al pensar que otro hombre había besado sus labios, tocado su piel y hallado el placer junto a ella, hasta que al fin me enteré de que esa tortuosa agonía solamente había sido un simple juego para esa niña mimada, un juego con el que, una vez más, pretendía ganarme la batalla, aunque fuera a costa de mi dolorido corazón.

Furioso con ella, la coloqué nuevamente sobre mi regazo como aquel día que no había podido olvidar. Pero yo no quería castigar su piel con la rudeza de mis manos, sino tan sólo quería recordarle con mis caricias por qué no debía alejarse de mi lado, así que le di la vuelta y la tumbé en el frío lecho de almohadas que había junto al diván. Colocándome sobre ella, retuve firmemente sus manos sobre su cabeza para que no me apartara de su lado y para que sus ojos se enfrentaran a mí.

Como un necio, le revelé cómo se había sentido mi corazón durante toda la mañana, sin importarme rendirme ante ella, porque Amanda era la única capaz de aplacarlo con un simple gesto que me demostrara que ella aún me deseaba.

—Captar a través de mi cámara cómo dedicabas a otro tus caricias ha sido un verdadero infierno —declaré mirando fijamente sus hermosos ojos azules. Luego, mientras colocaba una de sus delicadas manos sobre mi pecho, donde latía mi acelerado corazón, le exigí a esa irracional mujer que siempre me

torturaba—: Quiero que cada una de tus caricias sea sólo para mí.

Ella se quedó asombrada ante mi confesión, como si eso fuera imposible entre nosotros, y solamente cuando solté sus manos y cerré los ojos dispuesto a dejarla marchar, sentí cómo me rozaba el rostro concediéndome mi deseo al atraerme de nuevo junto ella para entregarse al placer de mis caricias.

Amanda me besó como yo había deseado que lo hiciera durante toda la mañana. Con una pasión ardiente buscó mi lengua con la suya y, como yo le había enseñado, me torturó con su boca, tentándome con sus besos para luego alejarse de mí.

—Sabes... que esto... no puede volver a pasar... entre nosotros..., ¿verdad? —me preguntó entrecortadamente mientras mis labios descendían por su cuello ignorando cada una de las palabras con las que pretendía disuadirme—. Tú eres mi fotógrafo y yo soy tu modelo. Esto está mal y... y... Chris, ¿me estás escuchando? —inquirió, reclamando mi atención en un momento en el que yo estaba demasiado entretenido tratando de desabrochar su sujetador con los dientes.

—Hace rato que terminó la sesión fotográfica, Amanda. Ahora yo no soy tu fotógrafo ni tú mi modelo: ahora mismo sólo somos un hombre y una mujer —declaré apasionadamente mirándola a los ojos con decisión, ya que nada de lo que me dijera me convencería para que me apartara de ella.

—Pero mañana volverás a ser mi fotógrafo y yo tu modelo... —dijo ella acariciando mi rostro con ternura. Tal vez demasiada ternura para tratarse de Amanda—. Quizá, si renunciaras a ser mi fotógrafo, lo nuestro podría funcionar y...

—No puedo —repliqué, simulando estar preocupado mientras escondía mi maliciosa sonrisa de ella, conocedor de cada uno de los trucos de los que era capaz esa mujer.

—¿Por qué? —preguntó ella inocentemente, cayendo en mi trampa.

—Porque, cariño, tú solamente te dejas fotografiar por el mejor. Y ése soy yo.

—¡Serás zoquete! —exclamó intentando golpear mi pecho con sus pequeños puños, irritada porque sus intentos de manipulación no hubieran funcionado conmigo.

—Además, también soy el mejor amante —añadí mientras atrapaba

rápidamente entre mis manos los puños con los que intentaba golpearme y la tumbaba de nuevo bajo mi cuerpo para acallar sus protestas con mis besos—. Por eso yo debo ser el único al que le permitas ver esta parte de ti —finalicé mientras acababa de desabrochar su blusa.

Cuando desprendí el cierre delantero de su sujetador, observé con satisfacción su sonrojado rostro.

—El único que se deleite con tu piel... —dije, dejando un camino de besos desde su ombligo hasta sus hermosos senos—. El único que oiga tus gemidos... —apunté, acariciando tentadoramente sus turgentes pechos con mis manos y con mi boca, haciendo que Amanda dejara escapar algún que otro gemido y que sus manos al fin me acercaran a ella en vez de apartarme.

Mientras me recreaba con el placer que le regalaba a su cuerpo con cada una de mis caricias, no pude evitar indagar bajo su ropa interior y, alzando lentamente su falda, no tardé en dar con unas sensuales braguitas de encaje. Mis dedos acariciaron lentamente su húmeda feminidad haciéndola gritar de impaciencia ante mis leves caricias.

Cuando su cuerpo me pedía más, mis tenues roces siguieron torturándola por encima de la ropa interior sin concederle el placer que ella ansiaba. Con mi boca les propiné algún que otro mordisquito a sus senos mientras mis impacientes manos se adentraban en sus braguitas. Amanda gritó mi nombre cuando acaricié incitadoramente su clítoris a la vez que uno de mis dedos se adentraba en su interior.

En el preciso instante en que ella buscaba mis caricias moviendo sus caderas contra mi impetuosa mano que marcaba el ritmo de su placer, descendí despacio por su cuerpo, besando y lamiendo su erizada piel hasta llegar al punto que más reclamaba mis atenciones. Decidido, la despojé lentamente de su ropa interior para luego abrir sus piernas ante mi intransigente lengua y reclamarla como mía concediéndole un placer que aún no había experimentado con ningún otro hombre.

—El único que pruebe tu sabor... —señalé con una maliciosa sonrisa, advirtiéndole lo que pretendía hacer con ella.

—¿Qué vas a...? ¡Aaahh...!

Sin darle tiempo a protestar, me dispuse a probar su sabor acariciando con mi lengua su punto más sensible, a la vez que hundía otro dedo en su húmedo

interior, haciéndola retorcerse buscando la cúspide del placer. Cuando comenzó a convulsionar hacia el éxtasis, mis manos sujetaron sus caderas para que no huyera del sobrecogedor placer que la esperaba, y solamente cuando gritó mi nombre la dejé ir.

Inocentemente, Amanda creyó que ya había terminado con ella, pero, tras dejar que se relajara durante unos segundos sobre los almohadones, le di la vuelta y la coloqué boca abajo sobre ellos. A continuación, me desprendí de mis ropas y continué acariciando la sedosa piel de su espalda y su lindo trasero, que tanto me tentaba, usando los labios, los dientes, la lengua..., hasta hacerla desear nuevamente algo más de ese placer que únicamente mi cuerpo podía darle.

Al igual que en mis sesiones, hice que ella se moviera hasta dar con la posición que yo deseaba: de rodillas y apoyada en los almohadones. Besé su insinuante trasero y le di un mordisco reprobador al recordar lo maliciosa que había sido al provocar mis celos. Luego, tras colocar un preservativo en mi erecto miembro, me adentré en ella de una potente embestida y marqué el ritmo de nuestro goce dejándome guiar por sus jadeos.

Sus enhiestos pezones rozaban las sábanas, haciéndola gemir de placer. Una de mis manos guiaba sus caderas mientras la otra acariciaba su clítoris, consiguiendo que ella comenzara a moverse buscando cada uno de mis embates. Cuando empezó a arrugar las sábanas entre las manos y a gritar, próxima al éxtasis, aumenté el ritmo de mis acometidas hasta que al fin los dos llegamos a la cumbre del placer poco antes de caer exhaustos en ese decorado que, una vez más, se había convertido en nuestro lecho de amor.

\* \* \*

—¿En serio? ¿Otra vez? —reprendió Evie a Amanda abriendo de repente la puerta del apartamento desde dentro antes de que su prima llegara a introducir la llave en la cerradura siquiera.

—No es lo que crees —murmuró ella tras entrar en su casa intentando evitar la reprobadora mirada de Evie, que no dejaba de perseguirla por toda la estancia.

—¡Sí, claro! —exclamó Evie con sorna mientras se cruzaba de brazos y alzaba una ceja observando con descaro el desarreglado aspecto que Amanda lucía en ese momento, con sus ropas arrugadas y el cabello despeinado.

—Yo..., eh..., no es lo que piensas —repitió Amanda, tratando de explicar a su prima cuál era el tipo de relación que mantenía con Chris, aunque ni ella misma sabía qué nombre darle a ese peligroso juego que se traían los dos y por el que se enfrentaban tanto en su trabajo como fuera de él.

Mientras Amanda se cambiaba de ropa e intentaba razonar sobre lo ocurrido, Evie no dejó de atosigarla persiguiéndola por todos lados hasta conseguir sonsacarle todo lo que había sucedido con el fastidioso fotógrafo hasta el momento y el estúpido plan de alejarlo de su lado. Sin embargo, Amanda no podía imaginar lo poco que tardaría Evie en averiguar que su plan había fallado, hasta que ya fue demasiado tarde para dar explicaciones de lo que había ocurrido ese día con Chris.

—Por lo que veo, tu idea del chupón no ha funcionado y sólo ha conseguido ponerlo bastante celoso, ¿verdad? —manifestó Evie con demasiada seguridad, como si algo, además del avergonzado rostro y el extraño comportamiento de Amanda, corroborara esa afirmación.

—Bueno, verás..., al principio se lo creyó, pero luego...

—Amanda, no intentes excusarte y confiesa que te has acostado nuevamente con ese tipo.

Tras el silencio que guardaba Amanda y su reticencia a contarle lo que había ocurrido esa mañana, Evie señaló con malicia:

—No hace falta que digas nada: el chupetón que luce tu trasero lo dice todo por ti.

—¿Qué?! ¿Cuándo?! ¿Cómo?! —exclamó ella mientras corría hacia el espejo de su habitación para intentar ver la escandalosa marca de su trasero.

—Si ahora añades «¿quién?», creo que comenzaré a preocuparme por ti —se burló Evie mientras se sentaba a los pies de la cama para observar detenidamente las ridículas posturas que adoptaba su prima para llegar a ver la marca que tenía en sus posaderas.

—¡Será hijo de...!

—Sin lugar a dudas, ha sido ese fotógrafo: únicamente él logra que saques a pasear ese vocabulario tan impropio de ti. Además, te acaba de mandar su declaración de guerra... —apuntó Evie, mostrándole a Amanda el nuevo mensaje que había llegado a su teléfono móvil, pues ésta lo había dejado al alcance de su prima tan despreocupadamente como siempre.

—«Tómate un descanso del trabajo hasta que las marcas de tu cuerpo desaparezcan. Y no te preocupes: el mejor fotógrafo siempre te esperará. Y el mejor amante también...» —leyó Amanda furiosa tras arrebatarle el teléfono—. ¡Tú no eres el mejor fotógrafo! —gritó mientras tecleaba su respuesta.

Él no tardó tampoco en contestar y, tras leer el mensaje, Amanda se enfureció aún más y arrojó el móvil sobre la cama mientras se dirigía hacia el baño dispuesta a frotar esa marca para que desapareciera cuanto antes. Si tan siquiera pudiera hacer lo mismo con ese maldito fotógrafo..., suspiró resignada a no poder librarse de él por más que lo intentara.

Mientras ella se alejaba, su teléfono móvil cayó en manos de la curiosa Evie, que no tardó mucho en cotillear el último mensaje recibido, que en un tono impertinente decía:

Estoy muy contento por tu mensaje, porque, aunque todavía te niegues a verme como el mejor fotógrafo, no has podido negar que sea el mejor amante.

—En eso tiene razón... —comentó Evie para sí, cada vez más preocupada por su prima, quien, al parecer, estaba empezando a enamorarse de ese fotógrafo aunque todavía no se hubiera percatado de ello.

\* \* \*

Finalmente Dominic había decidido volver a casa para sosegar la rebeldía de sus niñas. Y, como no podía ser de otro modo, para esa gran tarea pidió ayuda a su mejor amigo, Jeff, un hombre que se preguntaba si la confianza que el fotógrafo depositaba en él era un privilegio o, más bien, un inmerecido castigo.

—Creí que me estarías esperando en el aeropuerto con un gran cartel de bienvenida o el original «¡No vuelvas a irte nunca!» como haces siempre que me alejo de mi caprichosa sobrina más de lo aconsejable —bromeó Dominic al ver a su amigo, que lo esperaba en la salida de la terminal.

—Gracias a tu sobrina no puedo pisar un aeropuerto por ahora: me tienen en la lista de los delincuentes más buscados y prefiero evitar otro interrogatorio referente a cómo y dónde podría llevar escondida mercancía ilegal un tipo como yo.

—Se me olvidó advertirte de que no la enfadaras demasiado. Creo que uno

de los últimos amigos de Evie es un *hacker* informático y, ¡cómo no!, es fan de Amanda.

—Bueno, pero ahora que estás aquí para volver a ser el fotógrafo de tu sobrina, ya nada importa. Y, de paso, si no te marcharas de su lado jamás, me harías el hombre más feliz del mundo —declaró Jeff mientras abrazaba efusivamente a su amigo.

—No he vuelto para ser el fotógrafo de mi sobrina —anunció Dominic, dejando caer ante su amigo la inquietante noticia—. Únicamente he regresado porque quiero ver cómo les va a mis pequeñas y para poner fin a sus estúpidos e infantiles comportamientos.

—Algo que deberías haber hecho hace mucho, pero que, ahora que son adultas, ya no tiene remedio... —suspiró Jeff, negando ante el blando comportamiento que siempre había mostrado su amigo con las rebeldes niñas.

—No son unas chicas tan malas, sólo que en ocasiones se exaltan y...

—¿Sabes cuántas sesiones ha intentado arruinarle Amanda a ese fotógrafo, a quien, no sé cómo, todavía no ha espantado? Y no creo que deba mencionar que el comportamiento de Evie con ese modelo ha sido cualquier cosa menos profesional...

—Lo deduje por las revistas que me mandaste, acompañadas de aquella larga carta en la que me rogabas que volviera. Creo que la próxima vez que me vaya de viaje evitaré darte mi dirección a ti también.

—¡No lo digas ni en broma! Sabes que eres el único que puede calmar a esas fieras. Si tú no estuvieras, seguro que yo perdería todo mi pelo, mi mujer me abandonaría, perdería mis contratos por matar a mi modelo, mi dinero, mi casa, mi perro y...

—Jeff, ¡no seas dramático! Nada más son las trastadas de unas niñas que todavía no han terminado de crecer.

—¿En serio, Dominic? Recuérdame por qué me diste este trabajo.

—Porque eres mi amigo —declaró sonrientemente Dominic a la espera de las nuevas quejas de Jeff sobre esa cuestión acerca de la que siempre discutían.

—¿Realmente soy tu amigo? Porque, después de tratar con esas dos locas durante toda la vida, comienzo a pensar que solamente lo hiciste para vengarte de mí. ¡Seguro que fue porque envidiabas el pelo que ahora no tengo o las maravillosas notas que sacaba en la escuela, o tal vez aún me guardas rencor

porque no te dejé copiar en los exámenes finales o...!

—No, Jeff: eres la única persona a la que puedo confiarle lo más importante que tengo en mi vida —respondió Dominic, pasando un brazo por encima de los hombros de su amigo mientras caminaban hacia su coche.

—¿Sabes que en ocasiones eres tan tramposo como tus niñas? —refunfuñó Jeff, conmovido, dejándose manipular una vez más por él.

—¿De quién crees que aprendieron? —se jactó Dominic entre carcajadas, mostrándole a su amigo por qué razón él era el único que podía con las chicas y con cada una de sus jugarretas.

—Bueno, mientras te quedes aquí, yo estaré mucho más tranquilo y..., porque piensas quedarte, ¿verdad? —preguntó Jeff, bastante nervioso con el silencio de su amigo ante su afirmación.

—Bueno, verás... De eso quería hablar contigo. No quiero informar a Evie y a Amanda de que estoy en la ciudad.

—Tú quieres acabar conmigo, ¿no?

—Únicamente pretendo ver cómo se las apañan solas. Y, tan sólo si es estrictamente necesario, intervendré en sus vidas.

—Ya te digo yo cómo se las apañan esas dos: ¡volviendo locos a todos los que están a su alrededor! ¡Y en especial a mí! —se quejó Jeff, alejándose hacia su coche sin esperar a ver si su amigo lo acompañaba.

## CAPÍTULO 9

—¿Cuánto tiempo se supone que tarda en desaparecer una marca de este tipo?  
—preguntaba Amanda a su querida prima a través del teléfono mientras intentaba observar una vez más el cardenal que persistía en su trasero.

—Entre tres días y una semana, dependiendo de lo impetuoso que haya sido tu amante. Aunque, como creo que tu fotógrafo lo hizo únicamente para fastidiar, pues ¡quién sabe!

—¡Ya han pasado cuatro días y esto no se va! —se quejó Amanda mientras inclinaba un poco más el espejo de mano que tenía para ver mejor el chupetón de su trasero—. He leído en internet que, si metes una cuchara en el congelador durante unos minutos y luego la colocas sobre la marca, ésta desaparece. ¿Crees que servirá?

—Ni idea, pero tú aleja esa cuchara de mí cuando vaya a tu casa, ¿vale? Oye, no te he llamado para hablar de tu trasero precisamente, sino para comunicarte que hoy será el día en el que al fin podrás deshacerte de ese hombre. ¡Adivina quién está fotografiando los modelitos de una nueva diseñadora!

—Eso es imposible, Evie. Chris sabe que no puede trabajar con otra modelo que no sea yo por especificación expresa de nuestro contrato.

—Sí, pero mis fuentes me han revelado que, por lo visto, la diseñadora es una amiga suya a la que no ha podido negarle un favor.

—¿Qué clase de amiga? —preguntó Amanda con enfado mientras arrojaba el espejo encima de la cama.

—Pues, si no puede decirle que no, ya puedes imaginarte qué tipo de relación tiene esa mujer con tu amante.

—¡Chris no es mi amante! —gritó Amanda intentando hacer que su prima

comprendiera la clase de relación que mantenía con su fotógrafo, algo bastante difícil, ya que ni ella misma lo sabía.

—Vale, pues entonces lo llamaré «el tío al que te tiras en ocasiones»...

—¡Chris no es...! ¡Oh, mejor olvídalo! —concluyó Amanda dejando a Evie por imposible—. ¿Sabes dónde se está llevando a cabo esa sesión fotográfica?

—¡Por supuesto! Para eso te he llamado, para que tú y tu maltratado trasero vayáis a por ese tipo y le deis un escarmiento. Cuando cuelgue, te mandaré un mensaje con la dirección. ¡Ah, y una cosa, Amanda! Ahora que Chris ha incumplido el contrato y te ha entregado en bandeja de plata la posibilidad de tu venganza, no vayas a estropearlo todo como de costumbre. ¡Dale a ese sujeto una lección de una vez por todas!

—Evie, ya sé lo que tengo que hacer. No hace falta que me lo recuerdes —masculló ella entre dientes, molesta con las apremiantes órdenes de su prima—. ¿Algún consejo más antes de que me vaya a darle lo suyo a ese despreciable mentiroso? —inquirió, decidida a hacer que Chris se arrepintiera de haberla conocido, ya que, por lo visto, él parecía pensar que ella sólo era una idiota más que caía fácilmente ante sus encantos de embaucador.

—Sí, procura no aleccionarlo en la cama... Por si aún no lo has adivinado, eso para los hombres no es un castigo, sino más bien un placer —repuso su prima con sarcasmo antes de que Amanda colgara, cortando bruscamente sus consejos.

—Definitivamente, hoy aprenderás que nadie juega conmigo, Chris Jones... —declaró vengativamente Amanda tras abrir el mensaje que le había mandado Evie con la localización del lugar donde se escondía ese vil gusano al que estaba decidida a aplastar.

\* \* \*

—¿Seguro que este trabajo no te acarreará ningún problema? —preguntó la tímida diseñadora mientras ajustaba el vestido de una de las pocas modelos que había podido contratar con su bajo presupuesto.

—No, Carol. Sabes que nunca me ha gustado atarme a nadie, tanto en mi vida sentimental como en la laboral, así que por ahora estoy totalmente libre y me tienes a tu entera disposición —mintió Chris.

—Sí, pero estás trabajando con Amanda Black, y ella es famosa por su exaltado temperamento. No quiero que te metas en problemas por hacerme un favor a mí —declaró algo nerviosa Carol, la amiga de su infancia, mientras terminaba los arreglos del último de sus diseños.

—¡Ay! ¡Ten más cuidado, idiota! —le recriminó airadamente la intransigente modelo, que era consciente de que la mujer no podía permitirse el lujo de despedirla.

—¡Lo siento! —respondió apocadamente la diseñadora, algo que no le gustó a Chris, ya que, como siempre, su amiga se dejaba pisotear por otros sin mostrar una pizca de rebeldía para oponerse a lo que le disgustaba.

—No te preocupes por Amanda. Ella no es una mujer tan irracional como para no comprender que esto no es un trabajo. Después de todo, no cobraré nada y tus fotografías solamente son para un pequeño concurso en el que mi nombre no aparecerá siquiera —dijo Chris, intentando desviar la atención de la molesta modelo a la que su amiga vestía y también para calmar un poco los nervios de Carol con sus palabras, aunque éstas fueran totalmente falsas.

Por su parte, él se hallaba muy tranquilo, porque ¿cómo se iba a enterar Amanda de que esa sesión de fotos se estaba llevando a cabo? Y, más aún, ¿cómo iba ella a averiguar el lugar donde se realizaba, si solamente unas pocas personas sabían de ese insignificante trabajo?

—Bueno, eso me deja más tranquila. No quiero que tengas ningún problema con esa modelo por mi culpa.

—Ya te he dicho que Amanda es toda una profesional. Además, no es especialmente celosa en lo que a mi trabajo o a mí se refiere.

—¡Me has traicionado! —exclamó en ese momento una indignadísima Amanda mientras entraba airadamente en el pequeño estudio de la diseñadora, seguida muy de cerca por el portero del edificio, quien había sido vilmente engañado por los encantos de la modelo.

—¿Estás totalmente seguro de que esa mujer no es posesiva en lo que se refiere a tu trabajo o a ti, Chris? —preguntó Carol señalándola.

—¡Desde este momento se termina nuestro contrato y...! —comenzó a gritar Amanda mientras clavaba un dedo en el pecho de Chris.

—Lo que tú digas, cielo —replicó él, cortando sus enfadadas palabras como si no tuvieran la menor importancia a la vez que cogía su mano para dirigir ese

impertinente dedo hacia su boca y mordisquearlo delante de todos, acabando súbitamente con el discurso de Amanda mientras la hacía sonrojar—. Y, ahora, ¿por qué no te sientas allí y te quedas calladita mientras hago estas fotografías?

—¡Estás despedido por incumplimiento de contrato! —insistió ella, furiosa, mientras retiraba la mano.

—No estoy trabajando, Amanda, estoy haciéndole un favor a una amiga. No cobraré nada por ello y mi nombre no saldrá en ninguna publicación, por lo que esto no puede considerarse trabajo según las cláusulas de nuestro contrato. Podría decirse que son simplemente fotografías de placer..., aunque eso no es del todo cierto, ya que tú no estás en ellas... —respondió Chris mientras recorría el cuerpo de Amanda con una sugerente mirada.

—¡Pienso vigilarte muy de cerca, y como incumplas uno solo de los puntos del contrato, no tardaré en deshacerme de ti!

Tras esa amenaza, Amanda se dirigió con paso decidido hacia el lugar que Chris le había señalado y se sentó en una minúscula silla con toda la intención de seguir de cerca cada uno de los movimientos de ese traicionero individuo que solamente sabía coquetear con todas las mujeres que posaban para su cámara. O eso, al menos, era lo que Amanda pensaba hasta que lo vio trabajar con otras modelos distintas a ella.

Chris sonreía falsamente a las chicas mientras tomaba sus fotografías e incluso bromeaba con ellas, y, al contrario que con Amanda, en ningún momento llegó a insinuarse a ninguna de ellas por muy hermosas que fueran.

Había cinco mujeres, cada una de distinto carácter y personalidad, y el fotógrafo supo en cada instante cómo lograr que se desprendieran de su timidez o su incomodidad ante la cámara y se sintieran unas auténticas bellezas. Amanda observaba desde su rincón el trabajo de Chris, admirándolo en silencio y un poco enfadada porque su cámara no estuviera dirigida hacia ella en esa ocasión.

Cruzándose intransigentemente de brazos y luciendo en el rostro un gesto de desagrado por no poder criticar el trabajo de Chris, Amanda no se perdió ni una sola de las imágenes que captó su fotógrafo, quien, aunque nunca pudiera igualarse a su tío, se vio obligada a reconocer que era bastante bueno en lo que hacía.

—Hola, soy Carol Wilson. ¿Te gustan los diseños? —le preguntó a Amanda, con voz muy baja y tímida, una mujer de su misma edad que llevaba unas

gruesas gafas que ocultaban sus bonitos ojos marrones, unas ropas holgadas que no favorecían demasiado a su menudo cuerpo y un peinado un tanto desordenado que la descartaban de inmediato como una de las modelos de esa sesión mientras le tendía amablemente una botella de agua.

—Hola, soy Amanda Black. Y, sí, los diseños me gustan, son originales frente a todo lo que hay hoy día en el mercado. Pero lo que no me gusta son algunas de las modelos, especialmente ésa... —respondió ella mientras señalaba a una empalagosa mujer que se acercaba demasiado a su fotógrafo, a pesar de que éste la apartara amablemente de su lado indicándole la posición que debía ocupar.

—Son las únicas que he podido conseguir con el presupuesto que tenía... —murmuró Carol débilmente—. Tras acabar mis diseños ni siquiera me quedaba dinero para pagar a un fotógrafo profesional. Si Chris no se hubiera ofrecido a ayudarme, habría tenido que abandonar mi idea de presentarme a este concurso. Sé que no ganaré, pero no puedo dejar de intentar cumplir mi sueño de ser diseñadora. Por eso te pido humildemente que no te enfades con él, por favor... Chris sólo quería ayudarme.

—Él sabe perfectamente lo que dice nuestro contrato y no debería haber aceptado este trabajo. Pero como nunca sé lo que va a hacer ese tipo, no puedo realmente culpar a nadie por sus locuras. Y en cuanto a eso de que no ganarás ese concurso, puedo asegurarte que he lucido ropa de famosos diseñadores que tenían mucho menos talento que tú.

—¡Vaya! No eres como me imaginaba que sería Amanda Black.

—Seguramente pensaste que sería una fría y altiva modelo como ésa, ¿verdad? —dijo ella mientras señalaba a esa mujer que cada vez le desagradaba más, ella y, sobre todo, su comportamiento hacia Chris—. Tú tampoco eres como me imaginaba que sería una de las amistades de ese loco fotógrafo. De hecho, a causa de su desagradable temperamento, no creí que pudiera tener amigos —declaró Amanda en voz alta para que Chris la oyera.

El fotógrafo no tardó en contestar, volviéndose hacia ella y lanzándole un beso ante sus impertinentes palabras, mientras, claro está, Amanda le mostraba con un dedo lo que pensaba de esa muestra de cariño.

—Parece que te llevas muy bien con Chris, ¿puedo preguntarte qué tipo de relación tienes con él? —se interesó Carol.

—Eso es algo que hasta yo misma desconozco, pero que no voy a tardar mucho en averiguar —respondió Amanda mientras se levantaba de la incómoda silla.

Acto seguido, le entregó a la joven diseñadora su botellín de agua y se encaminó con decisión hacia el lugar donde se encontraba su fotógrafo para dejarles bien claro a todas esas mosconas que, mientras existiera ese contrato de exclusividad entre ellos, Chris seguiría siendo solamente suyo y de nadie más.

\* \* \*

Fotografiar a esas mujeres se me estaba haciendo de lo más aburrido, ya que ninguna de ellas era mi querida Amanda. Ninguna me tentaba con su sonrisa o me retaba como hacía ella, y, mientras tanto, yo tenía que mostrarme como el falso y amable individuo que tan poco me gustaba interpretar para evitar que esas fotos fueran un desastre.

Con las chicas tímidas bromeaba como un hermano para hacer que mostraran esa parte de ellas que sólo veían los más allegados; con las más nerviosas, conversaba sobre otros temas hasta hacer que confiaran en mí y me sonrieran como a un amigo; a las inseguras las alababa sacando a relucir los puntos fuertes en los que su belleza destacaba y mostrándoselos a mi cámara..., pero con las que definitivamente era un infierno trabajar era con las coquetas, que nunca daban su brazo a torcer a pesar de que les explicase mil veces que eso tan sólo era un trabajo.

En esos momentos intentaba no ser demasiado descortés con la muchacha que pretendía hacerse un hueco en mi cama esa noche metiendo una tarjeta con su número de teléfono en el bolsillo de mi pantalón, sobre todo porque mi amiga Carol necesitaba una quinta modelo y mis brascas negativas únicamente servirían para ofenderla y lograr que se marchase. De modo que, suspirando una vez más, traté de alejarla de mí hasta que mi diosa hizo su aparición levantándose súbitamente de su asiento y dirigiéndose hacia donde yo estaba mientras acribillaba con la mirada a la molesta mujer que se empecinaba en abrazarme, y a mí, por no resistirme a sus avances de un modo tajante.

Pensé en invitar a Amanda a que fuese mi modelo para esas fotografías, pero como ya imaginaba cuál sería su respuesta y la de su impertinente dedo corazón

a mi propuesta, desistí de mi idea y seguí deleitándome con la visión de unos celos que pocas veces podía llegar a contemplar en ella.

Cuando llegó hasta mí, apartó despectivamente a la modelo de mi lado y se enganchó de mi cuello delante de todas. A continuación, comenzó a susurrarme amenazas hacia mi persona, algo que todos malentenderían. Y más aún cuando yo no podía evitar mostrar una estúpida sonrisa llena de satisfacción porque en esa ocasión había sido ella la que se había acercado a mí, aunque solamente fuera para amenazarme.

—Eres un mentiroso con el que pienso acabar a la menor oportunidad, pero, hasta que eso ocurra, te recuerdo que eres sólo mío... —declaró Amanda sensualmente, haciéndome desear estrecharla entre mis brazos y llevarla a algún oscuro rincón para que convirtiera en realidad su incitante afirmación.

Mientras me provocaba con sus escandalosas palabras, no se olvidó de retirar de mi bolsillo la tarjeta con el número de la modelo y, volviéndose hacia ella con una de sus falsas sonrisas, declaró abiertamente ante todas:

—Lo siento, chicas, pero éste es mi fotógrafo.

Acto seguido, y para dejar más patente nuestra relación, me besó ardientemente delante de todas, y yo, por supuesto, como el estúpido enamorado que era, no pude evitar atraerla hacia mí con la esperanza de que olvidara nuestra rivalidad por unos instantes y se rindiera nuevamente a la pasión que siempre se desataba entre nosotros.

Sin embargo, cuando finalizó su beso, me apartó con brusquedad de su lado y, cogiéndome por la corbata, me acercó a ella para dejarme claro que aún éramos rivales.

—No olvides que hasta que termines tu contrato eres mío... —susurró retándome a que continuara con ese juego en el que nos adentrábamos cada vez más.

Ya se alejaba victoriosamente cuando no pude resistir la tentación de alterar con mis palabras su fría compostura una vez más. Así que, reteniéndola por un brazo, le susurré al oído:

—¿Ha desaparecido ya la marca de tu trasero que indica que tú me perteneces sólo a mí?

Ella se soltó enfurecida por mi atrevimiento y me fulminó con la mirada. Luego, simplemente se echó la melena por encima del hombro mientras se

alejaba de mí con sus sensuales andares para volver a sentarse en la incómoda silla, desde donde no dejó de intentar molestarme con su furiosa mirada durante todo mi arduo trabajo, durante el cual, aunque yo tuviera mis ojos fijos en otras mujeres, no pude dejar de pensar en ella.

\* \* \*

—Babosas... —musité mientras miraba con rencor a esas modelos y me sentaba nuevamente en mi lugar sin saber cómo había podido dejarme llevar por los celos.

—Veo que ya has contestado a mi pregunta —comentó Carol, la molesta amiga de Chris que intentaba sonsacarme detalles de nuestra relación, algo que ni yo misma sabía cómo definir. ¿Cómo narices pensaba ella que podría explicárselo?

—Nuestra relación es... difícil —declaré, dispuesta a no dejarme distraer mientras seguía acribillando a mi fotógrafo con la mirada, consiguiendo únicamente que éste se volviera de vez en cuando hacia mí para sonreírme.

—Creo que le gustas. Nunca lo había visto mezclar su trabajo con su vida privada. De hecho, ésa es una de sus reglas.

—¡Venga ya! ¡Pero si es un perverso que siempre se me insinúa a la menor oportunidad! —dije, restando importancia a las palabras de Carol.

—Puede que tú seas la excepción —apuntó ella, apenada, alejándose de mí cuando Chris la reclamó para que adaptara uno de sus diseños en la modelo.

Sentada en mi silla, reflexioné sobre las palabras de la diseñadora, sobre si podían ser ciertas. Si el comportamiento de Chris hacia mí era verdaderamente inusual o si simplemente coqueteaba con todas las mujeres que se le ponían por delante. Tras presenciar su duro día de trabajo, observé que con ninguna de las que lo rodeaban se comportaba como lo hacía conmigo, y que sus burlones ojos y sus miradas insinuantes solamente iban dirigidas a mí. Incluso en esos momentos en los que tendría que estar trabajando, de vez en cuando sus ojos se volvían hacia mí y nuestras miradas se encontraban.

Por unos momentos quise evitarlo y salí unos minutos al pasillo para tomar aire, para huir de él y de todos los que me decían que yo era especial para ese hombre al que apenas conocía y del que me resistía a saber más. Si Chris no se

hubiera metido con mi tío, quizá nos habríamos conocido de otra forma y nuestra relación no sería tan complicada como lo era en esos instantes, en los que ninguno de los dos quería ceder.

«¿A quién pretendo engañar? Si ese fotógrafo ególatra no hubiera insultado a mi tío, nuestras vidas nunca se habrían cruzado y yo ni siquiera me habría fijado en él», pensé, y suspiré resignada a volver junto a ese hombre al que añoraba y odiaba a partes iguales.

Poco a poco, con su impertinencia y su tenacidad, Chris se estaba haciendo un hueco en mi vida, provocando que de un modo u otro nunca pudiera alejarlo de mis pensamientos, y yo, sin darme cuenta, cada vez disminuía más la distancia que nos separaba, convirtiéndolo en el único hombre que realmente me conocía.

Cuando volví a entrar en el estudio, deambulé un poco por la estancia. El lugar que había alquilado Carol para terminar su trabajo y llevar a cabo esa sesión fotográfica era amplio y luminoso. Los suelos de parquet y las grandes ventanas lo hacían perfecto para captar la belleza de sus vestidos, y la habilidad del profesional que había elegido para ello conseguiría sin duda que sus creaciones brillaran.

Era un espacio abierto donde, en algunos rincones, se agrupaban percheros con diferentes ropas y enseres de costura, así como decorados y luces que Chris necesitaría para realizar su trabajo. Las únicas dos habitaciones que había posiblemente debían de ser el vestuario, donde Carol guardaba algún diseño más prometedor que los que había mostrado hasta ahora, y el baño, un lugar que estaba decidida a encontrar para refrescarme y ordenar mis confusos pensamientos sobre ese fotógrafo.

Tras abrir una de las puertas, la del vestuario, me topé con uno de los hermosos vestidos diseñados por Carol. Era de un blanco impoluto intercalado con bordados dorados de mariposas que parecían formar parte de él como si fuera algo mágico. El corpiño de seda estaba sutilmente adornado con pedrería, y, a partir de la cintura, las sensuales telas caían en una cascada de gasas que daban un poco de volumen y soltura a la prenda. Se trataba de un diseño digno de ganar cualquier concurso, de no ser por el pequeño detalle de que en esos instantes se encontraba hecho trizas.

Para mi desgracia, cuando me disponía a marcharme para informar a la

diseñadora de la lamentable situación, una de las modelos entró en la estancia y me halló en ella con la prenda desgarrada junto a mí.

—¿Qué has hecho?! ¿Cómo te has atrevido a hacer eso?! ¡Por muy famosa que seas, eso no te da derecho a destrozar estos vestidos! —gritó como una energúmena la modelo que desde el principio me había caído fatal.

Tras los primeros berridos de esa idiota, la pequeña habitación no tardó mucho en llenarse de gente que me miraba acusadoramente y, sin dejarme hablar siquiera, me declararon culpable.

Sonreí con ironía ante la absurda situación y ni siquiera me molesté en defenderme porque lo que opinaran esas personas apenas me importaba, hasta que Chris entró en el vestuario acompañado de la apocada Carol y se unió a todos los demás declarándome culpable de antemano.

—¡Amanda, no creí que fueras capaz de esto! —exclamó, haciendo que por unos instantes mi corazón se encogiera, dolido por las palabras de un hombre que pensaba que comenzaba a conocerme. Pero, una vez más, y como siempre, en lo relacionado con Chris yo me equivocaba.

No sabía quién habría perpetrado tal masacre sobre el hermoso vestido blanco, que estaba descosido y desgarrado por varias partes. Lo único que tenía claro era que alguien quería hacerme quedar como la malvada de la historia, por lo que simplemente me quedé callada porque aún no conocía el motivo para ello.

—¡Así no puedo posar para las fotografías! —dijo la impertinente modelo que se había quedado sin su vestido.

—Tal vez pueda hacer unos arreglos rápidos con algunos alfileres y... —propuso débilmente Carol.

—¿Y arriesgarme a que me pinches? ¡Ni loca! ¡No me has pagado lo suficiente como para que pose de esa manera! —replicó despectivamente la chica—. ¿Por qué no lo hace la culpable de este desaguisado? Así, si se pincha con una de tus agujas, recibirá su merecido.

—No hace falta. Tal vez yo pueda venir otro día, Carol. Después de todo, esto en parte es culpa mía —intervino Chris, mesándose los cabellos con frustración tras dirigirme una mirada desaprobadora.

—¡Todo el mundo fuera! —grité entonces a los presentes, echándolos de la habitación.

Y, encerrándome en ella a solas con la asombrada diseñadora y el arruinado

vestido, pasé a comportarme como la modelo profesional que todos querían tener en las portadas de sus revistas.

Cuando salí del cuarto, lo hice tan dignamente como solía hacer en cada una de mis sesiones, y poco me importó que todos los que me observaban me juzgaran duramente por algo que yo no había hecho y tan sólo buscaran el menor fallo en mí para burlarse. Yo me convertí una vez más en Amanda Black y, tras colocarme frente a la cámara, reté atrevidamente a ese hombre en el que había confiado por un tiempo y que no había tardado en demostrarme que tan sólo había sido un error.

—¿No dices siempre que eres el mejor? ¡Pues demuéstalo! —exclamé posando como Chris siempre había querido, mostrándole la mejor parte de mí excepto esa sonrisa que él nunca merecería ver.

Durante varias horas trabajamos en ese decorado, ocultando con mis profesionales poses los rotos del vestido e insinuando en mi rostro una falsa alegría cuando realmente los alfileres que sujetaban mi atuendo se clavaban en distintas partes de mi cuerpo provocando que sólo deseara gritar de dolor.

Mientras realizaba ese trabajo que de ningún modo debería haber aceptado, me fijé en cada una de las víboras que se alegraban de mi dolor, y entre todos esos rostros hallé el más taimado de todos, uno que hasta hacía poco me había engañado con su papel de niña buena.

Cuando terminé, me alejé dignamente hacia el vestuario. Y, mientras me cambiaba, hizo su aparición la dulce y tímida diseñadora, aparentando ser la chiquilla bondadosa que perdonaba cada una de mis supuestas malas acciones, algo que ambas sabíamos que no era cierto.

—Gracias por acceder a hacer esas fotografías. Sé que podrías haberte negado a ello, aunque era lo mínimo que podías hacer tras haber estropeado mi diseño y...

—Ahórrate ese cuento conmigo —la interrumpí antes de que su patética actuación terminara por molestarme más de lo que ya lo habían hecho sus alfileres—. Las personas que más detesto en esta vida son las típicas mosquitas muertas que pretenden ir de buenas cuando es evidente que son solamente unas zorras. Disfruta de esas fotografías, que te darán la victoria en el concurso, porque serán las únicas en las que posaré con tus vestidos.

—No sé de qué me estás hablando.

—¡Por favor, deja ese teatro! —grité, cada vez más molesta—. ¡Un vestido roto en lugares estratégicos que podían arreglarse con facilidad! ¡Las roturas, realizadas por unas hábiles tijeras a las que casi nadie tenía acceso y que no han cortado ni desgarrado, sino tan sólo descosido unas cuantas puntadas! Si pretendes que me crea que ha sido alguna de esas impertinentes modelos, te diré que ninguna se arriesgaría a dañar su reputación estropeando tu trabajo: no eres nadie. Te he venido de perlas, ¿verdad? —terminé bastante molesta por haber caído en su trampa desde el principio y haberme dado cuenta de todo cuando ya era demasiado tarde.

—Si dices algo, nadie te creerá... —replicó Carol simplemente mientras arreglaba el vestido que me había quitado a la vez que pasaba despreocupadamente por mi lado como si yo no tuviera la menor importancia—. Además, tu mal carácter es bien conocido por todos. Incluso tu nuevo fotógrafo es incapaz de confiar en ti, a pesar de que mantenéis una relación.

—No vales suficientemente la pena como para que me moleste siquiera en decirle algo de ti a nadie —respondí, llegando a la conclusión de que ni ella ni ninguno de los que estaban allí se merecían nada de mí. Ni siquiera mi enfado—. En cuanto a Chris, él sólo es un sustituto del mejor fotógrafo que hay en Nueva York, algo que hoy me ha demostrado con creces que nunca llegará a ser. Y, respecto de nuestra supuesta relación, definitivamente se termina en este preciso momento —anuncié, dándole vía libre a esa arpía para embaucar a ese estúpido que había desconfiado tan rápidamente de mí.

Mientras salía del vestuario, decidida a no gritar mi enfado ni a dejar salir mis lágrimas de ira y frustración porque mi corazón seguía doliendo estúpidamente debido a que ni siquiera Chris hubiera sido capaz de creerme, el hombre por el que mi corazón aún se aceleraba detuvo mis pasos. Como una necia, esperé algo de él, y, una vez más, volvió a decepcionarme demostrándome definitivamente por qué no debía enamorarme de alguien como él.

—Amanda, ¿has pedido perdón a Carol? —preguntó al verme salir de la habitación.

Y, por primera vez, las únicas palabras que acudieron a mis labios para expresar cómo me sentía fueron las que casi siempre dedicaba mi prima Evie a los idiotas que la molestaban:

—¡Vete a la mierda!

Tras ello, me deshice de su agarre y salí corriendo de ese lugar queriendo esconder mis lágrimas.

\* \* \*

No entendía por qué Amanda se comportaba así conmigo, cuando debería ser yo quien estuviera molesto con ella por sus acciones. La verdad es que nunca creí que fuera capaz de algo tan detestable, ya que ella siempre iba de frente al retar a cualquiera, pero la evidencia de su presencia junto al destrozado vestido y la airada mirada que nos dirigió a todos los que la observábamos la habían convertido en culpable antes de que abriera la boca.

Todavía me preguntaba por qué razón no se había defendido, por qué no había dicho ni una palabra declarándose inocente o culpable de ese acto, sino que simplemente nos había mirado a todos con sus aires de superioridad antes de tomar las riendas y solucionarlo todo.

Mientras negaba con la cabeza sin comprender su actitud, entré en el vestuario sin molestarme en llamar a la puerta para disculparme con Carol en su nombre. Y, para mi sorpresa, vi a mi amiga sonriendo con demasiada satisfacción para tratarse de alguien a quien habían estropeado uno de sus adorados vestidos, una expresión que no tardó en cambiar rápidamente cuando me vio junto a ella mientras hablaba despreocupadamente de mi modelo.

—¡Hola, Chris! No importa que Amanda no se haya disculpado, después de todo, me ha hecho un gran favor.

Fue entonces cuando comencé a entender lo estúpido que había sido al confiar en Carol por ser mi amiga de la infancia en vez de observarla con escepticismo, como hacía con todo el mundo, cuando se trataba de una relación laboral.

—Si no tiene importancia, ¿por qué lo mencionas? —pregunté tan impertinentemente como habría hecho mi modelo si hubiese oído su estúpido comentario.

—Para que sepas el tipo de mujer que es y comprendas que no te conviene en absoluto. Chris, tú te mereces algo mejor —dijo poniendo ojitos de cordero mientras se acercaba a mí.

Y, mientras mi supuesta amiga me demostraba lo falsa que era, yo no pude

evitar gritarme a mí mismo una vez más lo idiota que había sido por no confiar en la mujer que amaba por encima de todo lo demás.

—Lo siento, Carol, pero tengo una especie de relación con Amanda que no pienso estropear.

—Pues no creo que ella piense en ti de esa manera, Chris —declaró despectivamente, haciéndome ver lo ciertas que eran sus palabras en ese instante—. Incluso estaba hablando por teléfono con otro hombre antes de irse y comentó que sería divertido quedar con él y con sus amigos en algún lugar para montar una orgía —anunció absurdamente Carol.

No pude evitar reírme a carcajadas ante sus cada vez más insensatas mentiras.

—¿De qué te ríes? ¡Esa mujer solamente te está utilizando y no te quiere como...!

—¿Como podrías hacer tú? —terminé la pregunta por ella mientras la cogía entre mis brazos para susurrarle amenazadoramente al oído—: ¿Tú, que eres capaz de mentir, de engañar, de culpar a otros, incluso de destrozar tus propios vestidos para obtener lo que quieres...? —finalicé apartándome de ella como si fuera venenosa.

—¡Yo sólo quería que te fijaras en mí, Chris! Te conocí mucho antes que esa modelo y nunca me has mirado como haces con ella. ¡De hecho, nunca has mirado a nadie como miras a Amanda Black!

—Porque ella es el amor de mi vida..., y estás equivocada en una cosa, Carol: conocí a Amanda antes que a ti. Lo único es que, mientras ella pudo olvidarse de mí con facilidad, yo jamás pude hacer lo mismo con ella.

—¿Qué vas a hacer con las fotografías de mi proyecto? —preguntó finalmente Carol, conociendo perfectamente mi vengativo carácter.

—Te prometí unas fotografías y te las daré, todas las que hemos hecho hoy. A excepción de las de Amanda: éstas serán todas para mí.

—¡Pero éstas son las de mi vestido más prometedor, y debo presentar fotografías de todos los diseños o no podré participar en el concurso! Además, ahora está estropeado definitivamente... —dijo Carol señalando unas manchas de sangre que había en el costado y que me mostraron lo que había sufrido Amanda ese día a manos de mi antigua amiga.

—Ése es tu problema, no el mío —respondí intentando aparentar

tranquilidad cuando en verdad solamente quería darle una lección por lo que había hecho sufrir a Amanda—. Desde ahora mismo te prohíbo que utilices mi nombre o el de Amanda en ninguna ocasión. Si lo haces, atente a las consecuencias... —declaré amenazadoramente, dispuesto a que jamás se acercara a Amanda.

—¡Pero, Chris, tú y yo somos amigos...!

—Lo éramos hasta que te metiste con la mujer que amo, y eso es algo que no le perdono a nadie, ni siquiera a ti. Así que haznos un favor a ambos y olvida que existo. Yo, por mi parte, ya te he olvidado —repliqué brutalmente, alejándome de esa mujer que durante tanto tiempo me había engañado mientras me preguntaba cuánto debería arrastrarme para que Amanda me perdonara.

La respuesta no se hizo esperar mucho, ya que Davis me llamó para indicarme que el agente de Amanda quería citarse conmigo para hablar sobre algunas de las cláusulas de mi contrato con las que Amanda no estaba de acuerdo. Sin duda, una nueva excusa para alejarse de mí y romper ese estúpido trozo de papel que era lo único que por ahora la retenía a mi lado.

## CAPÍTULO 10

Si Dominic pretendía pasar desapercibido durante su estancia en la ciudad, no fue una elección muy afortunada volver a su apartamento de Brooklyn, ya que, por lo visto, ése era el lugar donde se refugiaban sus vengativas niñas para lamerse las heridas cuando salían escaldadas de alguna de sus jugarretas.

De modo que, en cuanto el fotógrafo llegó a casa cansado, encontró a su hija y a su sobrina ocupando las dos únicas habitaciones del apartamento. Y cuando lo normal habría sido que ambas salieran para recibirlo, lo único que dio la bienvenida a su regreso fue el llanto de cada una de ellas desde detrás de las puertas de sus respectivas habitaciones.

Para calmar a las dos alteradas muchachas que ocupaban su casa y no acabar durmiendo en el sofá, Dominic lo intentó todo, pero sabía por experiencia propia que tratar de hablar con una mujer llorosa no servía de nada. Y mucho menos si eran dos y los culpables de sus lamentos eran hombres.

—Vamos a ver, ¿me podéis explicar de una vez por qué estáis llorando y por qué habéis elegido mi apartamento para hacerlo en vez de vuestras respectivas casas?

—Él sabe dónde vivo —contestaron las dos almas en pena casi al unísono para después seguir llorando.

—De acuerdo, ¿y me podéis decir ahora por qué lloráis?

Tras escuchar cómo las dos mujeres intentaban relatar sus problemas a la vez, sin sacar nada en claro de todo ese lastimero ruido, Dominic suspiró e insistió pacientemente:

—Primero tú, Amanda, ¿por qué lloras?

—¡Porque él no confió en mí! —declaró la chica sin dar ninguna explicación

adicional a sus lágrimas, lo que hizo que Dominic se mesara los cabellos bastante confuso.

—Bueno. Ahora tú, Evie.

—¡Porque él es gilipollas!

Cómo no, su hija siempre lo expresaba todo en pocas palabras, aunque contundentes.

Finalmente, resignado a dormir en su enorme sofá, Dominic se derrumbó sobre él y, mientras oía el llanto desgarrador de sus pequeñas, como padre preocupado no pudo evitar pronunciar esas palabras mágicas que hicieron que ambas salieran de su encierro y acudieran a sus brazos.

—¿A quién tengo que romperle las piernas? —preguntó airadamente.

De inmediato, Evie y Amanda se acurrucaron a su lado en el gran sofá y pasaron a explicarle cada una de las razones por las que tenía que acabar con esos idiotas y cómo debía hacerlo, dicho sea de paso.

—Bueno, por lo menos ya no lloran... —murmuró Dominic en voz baja para sí mientras besaba a sus vengativas niñas sin saber cómo convencerlas de que la castración no era el castigo más adecuado para un hombre, por mucho que ellas creyeran que lo mereciera.

\* \* \*

—¿Cuánto crees que tiene que arrastrarse un hombre para que una mujer lo perdone? —preguntó preocupado Chris a Davis mientras ambos se dirigían a la lujosa cafetería donde los esperaba el agente de Amanda.

—Depende de la clase de mujer a la que hayas cabreado...

—Bueno, es una mujer muy temperamental.

—Del tipo de agravio que hayas cometido contra ella —añadió Davis, cada vez más angustiado ante la inesperada reunión que tendría lugar en unos minutos, y más aún después de oír las estúpidas preguntas de su amigo—. Y, sobre todo, depende del tiempo que pueda durar su enfado —finalizó mientras observaba a Chris reflexionar sobre lo que podía haber hecho mal, algo que muy pocas veces llegaba a ver.

—Creo que es evidente que aún sigue enfadada.

—¡No me jodas, Chris! ¡No me digas que has vuelto a hacer una de las tuyas

y has irritado otra vez a esa modelo!

—No —contestó él con seriedad, algo que por unos breves segundos hizo respirar aliviado a su agente. Hasta que Chris añadió en tono culpable—: Creo que en esta ocasión la hice llorar.

Al oír eso, Davis se golpeó con fuerza la frente con una mano, totalmente frustrado.

—¡Chris, ¿qué narices voy a hacer contigo?! —exclamó en voz alta mientras rebuscaba en su mente decenas de excusas que presentarle a esa modelo por el comportamiento de su estúpido fotógrafo.

Tal vez si le decía que Chris se había dado muchos golpes en la cabeza de niño, o si le relataba una lacrimógena historia sobre una vieja lesión deportiva en su dura mollera...

—Bueno, ¿crees que tardará mucho en perdonarme? —inquirió nuevamente Chris, haciendo que el agente llegara a la conclusión de que lo mejor era ser sincero con la mujer y aclararle que su amigo era tan sólo un idiota.

—¿Tú qué crees? —ironizó Davis mientras le señalaba a Jeff, el enfadado y serio agente de Amanda, que los esperaba con impaciencia acompañado por una montaña de papeles apilada sobre la mesa de ese pequeño local que últimamente estaba de moda.

—Creo que tendré que arrastrarme... Tal vez lo mejor sea llevarla de viaje a algún lugar paradisíaco —apuntó alegremente el fotógrafo, como si lograr eso fuera lo más fácil del mundo. Y, tras esa brillante idea, cómo no, miró a su agente para decir lo que éste ya se temía que diría: que ese milagro, indudablemente, tendría que llevarlo a cabo él—. Davis, ¡lo dejo todo en tus capaces manos! —anunció jovialmente mientras se sentaba delante del enfurecido hombre de negocios que los esperaba para reclamar sus cabezas y pensaba despreocupadamente qué desayunar.

Después de todo, el asunto estaba en manos de su agente y él se encargaría de arreglarlo todo. Una vez más.

\* \* \*

Dominic quería conocer al hombre que se había atrevido a hacer llorar a su sobrina, así que, después de dejar a sus amadas niñas dormidas en sus

habitaciones, habló detenidamente con su amigo Jeff sobre ese individuo. Tras no sacar nada en concreto de esa conversación, resolvió ver por sí mismo al despreciable sujeto y decidir si el bate de béisbol que Evie había hecho que llevara en su maletero sería necesario, o no, con él.

Una vez llegado a Colours, una pequeña y acogedora cafetería con mesas de madera, confortables sofás y paredes llenas de murales donde tendría lugar la reunión de Jeff con el fotógrafo y su agente, según había sonsacado a su viejo amigo, Dominic se dispuso a disfrutar de su desayuno ocupando un asiento a espaldas del agente de Amanda para no perderse ni una sola de las excusas que usaría ese canalla a la hora de justificar las lágrimas de su sobrina.

Para evitar que lo reconocieran, había decidido ocultar sus llamativos ojos azules tras unas gafas de sol y su imponente presencia debajo de un descuidado aspecto con una indumentaria bastante simple como eran unos vaqueros y una vieja camisa. De este modo pasaría desapercibido entre los artistas del lugar y podría mezclarse con ellos sin problemas.

Cuando Chris Jones llegó al local acompañado de su agente, Dominic no se volvió, a pesar de que deseaba levantarse de su silla solamente para vapulear a ese tipo con sus puños y aleccionarlo sobre los motivos por los que un hombre nunca debía hacer llorar a una mujer. No obstante, se contuvo y prestó atención al desarrollo del encuentro.

—Bueno, nuevamente nos encontramos reunidos porque alguien ha hecho enfadar a mi irascible y problemática representada, y eso me lleva a pensar que algunos hombres son más tontos de lo que parecen —declaró seriamente Jeff mientras taladraba a Chris con la mirada, ya que él tampoco podía soportar las lágrimas de una mujer.

—¿Qué has hecho? —preguntó Davis, bastante confuso ante el rudo recibimiento del, hasta ese momento, siempre amable agente de Amanda Black.

—Ya te lo he dicho: creo que la hice llorar —respondió Chris mientras se enfrentaba a los fríos ojos que lo juzgaban—. Y, no, no tengo excusa para ello —reconoció, declarándose culpable ante todos y muy dispuesto a enmendar sus acciones.

—Como veo que estamos de acuerdo, supongo que no te importará dar por zanjado tu contrato con Amanda y firmar tu renuncia —comentó Jeff mientras deslizaba un papel por encima de la mesa para que Chris pusiera fin al dolor de

cabeza que ese acuerdo representaba para todos.

—No, no pienso renunciar a este trabajo —respondió el fotógrafo, rechazando el documento.

—Mira, chaval, si lo que buscas es fama o reconocimiento, yo puedo conseguir que trabajes con otras modelos bastante famosas que son menos problemáticas que Amanda —dijo Jeff.

—No —repitió Chris—. Lo único que siempre he buscado desde que empecé a trabajar con mi cámara era volver a encontrarme con Amanda, así que, lo siento mucho, pero no estoy dispuesto a renunciar a ella.

—Sabes que ella solamente aceptó este trabajo para fastidiarte, ¿verdad? —repuso Jeff, confuso ante la negativa del hombre a terminar con esa situación.

—Sí. Amanda me dejó muy claro desde el principio que únicamente quería mostrarme cuán inepto era yo como fotógrafo.

—Entonces ¿se puede saber por qué sigues con esto?

—Porque es la única manera que tengo de estar junto a ella.

—Chaval, estás como una cabra... —señaló Jeff mientras guardaba los papeles nuevamente en su maletín.

—No, simplemente estoy enamorado —declaró felizmente Chris mientras se alejaba para pedir su desayuno en la barra de la pequeña cafetería, dejándolo todo en manos de su agente, un hombre que en ocasiones se preguntaba por qué seguían siendo amigos.

—¿Lo ves? Te dije que no aceptaría y que era demasiado estúpido para saber lo que le convenía —dijo Davis dirigiéndose a Jeff.

—¿Y qué se supone que debo decirle a Amanda cuando me pregunte por qué tiene que seguir trabajando con él?

—Dile simplemente la verdad: que ese hombre está enamorado de ella —contestó Davis mientras se levantaba para seguir a su amigo, seguro de que, si se despistaba, le pediría para desayunar todo lo que le disgustaba sólo para fastidiarlo.

—Bueno, Dom, ¿qué opinas de ese tipo? —le preguntó Jeff a Dominic, sin volver la cabeza para no descubrir a su amigo, cuando los dos jóvenes se hubieron alejado.

—Creo que tendré que seguir a ese fotógrafo más de cerca y asegurarme de que no vuelve a hacer llorar a Amanda, por muy enamorado que asegure estar de

ella.

—¿Y si la hace llorar? —preguntó Jeff, conociendo la debilidad que sentía su amigo hacia las niñas que tanto adoraba.

—Tendré que hacer uso de las contundentes recomendaciones de Evie... —dijo seriamente Dominic, recordando el bate de béisbol que descansaba en su maletero.

—Bueno, por lo menos ahora podré respirar tranquilo en lo que a Amanda respecta, ya que tú serás su guardián y no te apartarás de ella ni un segundo, mientras que yo al fin podré irme de vacaciones con mi esposa..., si es que ella vuelve algún día del viaje por nuestro aniversario que está disfrutando sin mí.

—A propósito de eso..., quería hablarte de una cosa... Dime, amigo mío, ¿cara o cruz? —pidió Dominic mientras lanzaba una moneda al aire.

—Pues cara... ¿Por qué me haces una pregunta tan extraña? —preguntó Jeff confuso, sin ver que Dominic había sacado una moneda de su bolsillo.

Cuando ésta cayó en la palma de su mano, el fotógrafo sonrió ante el resultado y, tras mostrársela a su amigo, pasó junto a él anunciándole:

—Te toca vigilar a Evie.

—¡No me jodas! —masculló Jeff sin saber qué era peor: si perseguir a la caprichosa Amanda para cumplir sus requerimientos o intentar detener a Evie en sus locuras.

\* \* \*

—Bueno, ¡ya estoy aquí con mi pasaporte! ¿Cuál es la emergencia, Jeff? ¿Le ha ocurrido algo a mi tío? —preguntó Amanda mientras trataba de recuperar el aliento después de haber corrido hacia el aeropuerto tras recibir una extraña llamada de su agente.

—Perfecto, ¿y tu equipaje?

—No me ha dado tiempo a hacerlo, traigo solamente mi bolso. ¿Me puedes decir cuál es la emergencia por la que me has hecho venir? Sabes algo de mi tío, ¿verdad? Ha vuelto a desaparecer y ni Evie ni yo podemos encontrarlo.

—Sí, sé dónde está Dominic. Y no te preocupes por él: en estos momentos está en perfectas condiciones y más cerca de lo que crees... —susurró Jeff mientras veía a su amigo disfrazado disponiéndose a embarcar junto al equipo de

trabajadores de Chris Jones para ese nuevo trabajo en el que, para colmo, él mismo había tenido que recomendarlo para que lo contrataran.

—Entonces ¿puedes explicarme qué hago aquí? —exigió impertinentemente Amanda.

—Muy fácil: tienes un nuevo trabajo —declaró Jeff mientras le arrebatava el pasaporte de la mano y se lo cedía al fastidioso fotógrafo, que acababa de llegar, lavándose así las manos respecto del gran problema que podía representar Amanda cuando se enfadaba.

—¡Traidor! —masculló ella entre dientes—. ¡Seguro que sólo lo haces para vengarte por haber estropeado el viaje de tu aniversario y ahora te irás con tu mujer a la menor oportunidad! —le recriminó ella mientras lo señalaba acusadoramente con un dedo.

—¡Qué más quisiera yo! —suspiró amargamente Jeff, alejándose de una mujer que en esos momentos dejaba de ser su problema para pasar a pensar cómo enfrentarse a otro mucho peor.

—¡Pues que sepas que pienso darle a Margareth el número de teléfono de ese profesor de tenis! —amenazó Amanda mientras veía alejarse a su agente y dejarla sola en compañía de un canalla al que no quería volver a ver—. ¿Y tú qué narices quieres de mí? —gritó airadamente enfrentándose a Chris, un hombre que era incapaz de confiar en ella.

—Tengo muy buenas noticias: ¡nos vamos a ir de viaje a una isla paradisíaca con todos los gastos pagados! —anunció jovialmente él, ignorando el enfado de su modelo.

—¡No pienso ir a ninguna parte contigo, y menos aún subir a ningún avión! —declaró contundentemente Amanda mientras se cruzaba de brazos.

—Sé que me porté como un idiota y que tal vez no tenga perdón, pero creo que ése no es motivo suficiente como para rechazar este importante encargo. Además, tú misma dijiste que no debíamos mezclar el trabajo con el placer. Así que no sé por qué razón no deberías subir a ese vuelo únicamente porque estás algo molesta con tu fotógrafo.

—¡Estoy totalmente de acuerdo en lo de que eres idiota y, además, bastante estúpido también si crees que voy a tomar ese avión!

—Sabes que todavía tenemos que trabajar juntos, ¿verdad?

—¿Se puede saber por qué no puedo deshacerme de ti? —inquirió Amanda,

furiosa, mientras intentaba recuperar su pasaporte de las manos de aquel sujeto.

—Muy fácil, cariño: porque aún soy el mejor en todo —declaró Chris con sensualidad en su oído cuando ella intentó alcanzar el pasaporte que él mantenía lo suficientemente alto como para impedirle cogerlo.

Con ese leve susurro, el fotógrafo trataba de recordarle que entre ellos había más que un simple trabajo, mientras que con una de sus manos agarraba fuertemente su cintura atrayéndola junto a su cuerpo a la vez que la retenía a su lado negándose a dejarla marchar.

—Puede que seas el mejor en algunos aspectos, Chris, pero no eres el mejor para mí. Un hombre que no cree en mí no merece la pena... —declaró Amanda, recordándole su traición mientras se apartaba de su lado todo cuanto su agarre le permitía.

—Eso es algo en lo que pienso enmendarme —repuso él decidido, enfrentándose a los fríos ojos de la modelo, que sólo pretendían alejarlo de ella —. Pero bueno, si no quieres venir conmigo a este viaje tendré que concentrarme en obtener otro de esos fabulosos premios que este mismo año organizará la exquisita galería Emelton. Y, por supuesto, no me olvidaré de hablar de mi antecesor, y como ya no es el mejor...

—¡Iré contigo, pero deja en paz a mi tío! —exclamó Amanda, furiosa, a la vez que se deshacía de sus manos y accedía finalmente al chantaje de ese gusano.

A continuación, mientras lo seguía, la modelo sonrió maliciosamente recordando todas las cosas que podía llegar a hacer para no tomar ese vuelo. No obstante, para su desgracia, Chris ya la conocía demasiado bien al parecer, puesto que, cuando éste agarró fuertemente su mano entre las suyas, le advirtió burlonamente al oído:

—Si no llegamos a coger este vuelo, no te preocupes: tengo un amigo que puede prestarme una avioneta y yo la pilotaría: tengo la licencia de piloto desde hace poco, ¡y tengo ganas de estrenarla!

—¡Tomaremos este vuelo! —decidió Amanda, aterrada al pensar en lo que podía ocurrir si alguna vez un hombre tan loco como Chris se ponía a los mandos de un avión.

\* \* \*

Todo estaba preparado para una disculpa perfecta: viaje a unas islas paradisíacas con todos los gastos pagados, habitaciones de primera categoría en un lujoso hotel, un trabajo lo suficientemente fácil como para que tuvieran tiempo para divertirse y pasajes de primera clase en ese vuelo donde las azafatas no pararían de agasajarlos con champán, canapés y otras succulentas delicias para sus sentidos.

Cualquier mujer se habría sentido tremendamente halagada ante ese despliegue de lujo y posiblemente habría perdonado cualquier pequeño agravio que un estúpido como él pudiera haber cometido. Entonces... ¿por qué demonios Amanda no lo miraba a los ojos siquiera? Tal vez ése era el momento preciso en el que, como le había recomendado su agente, debía arrastrarse y pedirle perdón.

Chris carraspeó para llamar su atención y, sin esperar a que ella lo mirara, comenzó con su memorizado discurso, uno que le había escrito Davis para saber cómo debía disculparse sin meter mucho la pata.

—Oye, Amanda, creo..., bueno..., sé que me equivoqué contigo y tal vez te deba..., bueno, te debo una disculpa. Carol era una amiga de la infancia. Yo nunca me di cuenta de que podía llegar a mentir de esa manera y me dejé llevar por lo que otros dicen siempre de ti, a pesar de que yo te conozco mejor que ninguno de ellos. Por unos instantes olvidé quién eras. ¿Sabes? Para mí eres la persona más importante, porque yo te...

La confesión de Chris hacia la mujer que amaba y con la que quería finalizar de una vez por todas ese inmaduro juego en el que se hallaban inmersos desde el principio quedó acallada por la súbita réplica de Amanda, que apretaba fuertemente los reposabrazos de su asiento dejando la marca de sus uñas en ellos.

—¡Tú eres idiota! —susurró furiosamente entre dientes mientras dirigía al fin su rostro hacia el de su despreocupado acompañante—. ¡Por Dios! ¡No me digas que me has obligado a subir a este avión solamente para pedirme disculpas, algo que podrías haber hecho a la perfección en tierra firme!

—Bueno, ten en cuenta que de aquí dentro no podrás huir de mí ni negarte a escuchar mis palabras, por muy estúpidas que éstas puedan parecer —respondió burlesco Chris, fijándose por primera vez en que el extraño comportamiento de Amanda no se debía únicamente al hecho de compartir el

mismo espacio que él—. Además, ¿qué hay mejor que un viaje a una isla paradisíaca llena de recónditos lugares para las parejas para disculparme con mi amante? Te aseguro que ni siquiera una persona tan exigente como tú podrá poner ni una pega al viaje que he organizado —declaró satisfecho mientras se recostaba plácidamente en su asiento.

—Tú y yo no somos amantes.

—Entonces ¿cómo describirías la relación que tenemos? —preguntó Chris, ofendido, mientras miraba fijamente el empecinado rostro de la mujer que renegaba de él a pesar de ser el único hombre que tenía cabida en su vida y en su cama.

—En estos instantes, como una relación muy poco profesional, ya que, sin importarte mucho lo que yo piense, me arrastras a donde quieres solamente por tu capricho, con la excusa de hacer un trabajo cuando lo que de verdad pretendes es llevarme a tu cama. Algo que, por cierto, te advierto desde ya que no va a volver a pasar.

—¡Vamos, Amanda! Si solamente he pensado en ti a la hora de programar este trabajo... —manifestó Chris mientras a su rostro asomaba una ladina sonrisa.

—Sí, pero ¿de qué manera? —inquirió ella cada vez más enojada, imaginando qué órgano de su cuerpo había utilizado Chris a la hora de organizar ese viaje. Y, sin duda, no se trataba de su cerebro.

—Lo he organizado todo a las mil maravillas: viaje de primera clase, hoteles de lujo y un trabajo fácil de hacer con una firma muy prestigiosa que indudablemente nos hará subir unos cuantos peldaños. ¿Qué se me ha podido olvidar? —finalizó él, bastante satisfecho consigo mismo a causa de su perfecto plan de disculpa.

—¡El pequeño detalle de que tengo pánico a los aviones, idiota! —exclamó Amanda mientras las azafatas comenzaban a explicar las normas de seguridad antes del vuelo.

—¡Joder! ¡Eso deberías habérmelo dicho antes! —replicó él mientras golpeaba su frente, dándose cuenta de que lo que su agente decía en ocasiones podía ser cierto, ya que en esos momentos, ante los temerosos ojos de esa mujer, él era el mayor idiota del mundo.

—Y, según tú, ¿en qué momento debería habértelo dicho: mientras me

arrastrabas por el aeropuerto o cuando hacías oídos sordos a mis innumerables protestas en contra de este viaje?

—Bueno, ahora ya no tiene remedio. Así que puedes contarme cualquier miedo irracional que tengas sobre los aviones. Como soy un piloto titulado, puedo tranquilizarte y responder a todas las preguntas que tengas sobre la seguridad de los vuelos —argumentó Chris, decidido a tranquilizar los asustados ojos que lo observaban mientras cogía entre sus manos las de Amanda para calmar su temor.

—No quiero montarme en ningún avión porque mis padres fallecieron en un accidente cuando yo era pequeña tras coger uno de estos aparatos, y no sólo me aterra la posibilidad de que pueda pasarme a mí, sino que en mi mente no dejo de recordar cada una de las imágenes que la prensa mostró de la tragedia...

—Soy un jodido idiota —se lamentó Chris, con lo que logró obtener una sonrisa sincera de los labios de Amanda por primera vez.

—Eso ya te lo había dicho yo —le recordó ella sin saber adónde mirar para huir de sus miedos.

—Pues ahora lo confirmo —declaró el fotógrafo, volviendo el rostro de Amanda hacia él para que solamente pudiera fijarse en la intensa mirada de sus cálidos ojos azules—. Pero no te preocupes, sé cómo remediarlo —anunció jovialmente a continuación, llamando a la azafata más cercana con un simple gesto—. ¡Emborrachémonos para olvidar! —propuso mientras pedía una cara botella del más exquisito champán.

Y, sin esperar respuesta alguna, se dedicó a llenar una y otra vez las copas que la azafata les había llevado hasta que Amanda prácticamente acabó con toda la botella ella sola.

Finalmente, cuando despegaron, Amanda dormía sobre su hombro con una hermosa sonrisa. Chris no pudo evitar abrazarla junto a su pecho, y únicamente cuando el avión alzó el vuelo, ella clavó sus uñas con desasosiego en su brazo.

—Tranquila. Yo estoy aquí —susurró Chris en su oído poco antes de besarle con cariño la cabeza, encontrando en la imagen que tenía entre sus brazos a la niña escondida que Amanda siempre ocultaba tan bien y que sólo él sabía que existía.

La modelo se relajó junto a él, y Chris pensó en el largo camino que le esperaba hasta que pudiera comprender un poco mejor a la mujer a la que su

corazón había decidido amar tan sólo por el capricho de una sonrisa.

—Decididamente, un día voy a tomarte una fotografía en la que sólo sonrías para mí —susurró con decisión antes de relajarse en su butaca para dormir junto a Amanda sin dejar de soñar con el día en el que volviera a ver esa hermosa expresión.

\* \* \*

Finalmente, mi plan había salido mejor de lo esperado y mi querida modelo se había distraído lo suficiente con la bebida como para olvidar temporalmente sus miedos. No obstante, para mi desgracia, se había convertido en la bella durmiente en el proceso y, por más que lo intentaba, no conseguía que Amanda saliera de su estupor y bajara por sí misma la escalerilla del avión.

Todos los pasajeros habían abandonado ya el avión y en ese momento tenía ante mí a unas azafatas molestas que me miraban como si fuera un perverso por haberme dedicado a emborrachar a esa mujer desde el mismo instante en que embarcó en el avión.

Ante las reprobadoras miradas de las azafatas, lo intenté de nuevo.

—Amanda, ¡despierta! ¡Ya hemos llegado a nuestro destino! ¡Mira lo hermosas que son estas islas, pienso hacerte decenas de fantásticas fotografías aquí! —dije animadamente intentando ganarme la simpatía de las mujeres que me rodeaban, cosa que conseguí más o menos hasta que Amanda se movió en sueños solamente para cambiar de posición e informar inconscientemente a todos los presentes acerca de lo que pensaba de mí.

—No pienso volver a desnudarme para ti, perverso...

—¡No es lo que piensan: soy su fotógrafo! —me apresuré a excusarme volviéndome hacia las azafatas, que me acibillaban con la mirada pensando qué clase de fotógrafo podía llegar a ser mientras alguna de ellas intentaba contactar con el piloto—. Nuestra relación es meramente profesional —declaré mintiendo como un bellaco.

Pero allí estaba mi querida y ebria Amanda para desmentir mis palabras.

—Y por nada del mundo pienso dejar que me vuelvas a hacer un chupón en el culo...

—Vale, puede que nuestra relación vaya un poco más allá de lo

profesional... —confesé a las ariscas cotillas que me rodeaban mientras cogía a Amanda entre mis brazos, decidido a bajar del avión antes de provocar uno de esos escándalos que tanto alteraban a Davis—. Pero ¿qué hombre podría resistirse alguna vez a estar cerca de la mujer a la que ama? —finalicé sin poder evitar depositar un dulce beso en los labios de mi adorada carga.

Finalmente, no fueron mis palabras ni mis gestos los que calmaron a esas irracionales mujeres, que estaban más que dispuestas a no dejarme salir del avión para probablemente denunciarme ante la policía, sino el leve suspiro de Amanda ante ese beso justo antes de acurrucarse de nuevo entre mis brazos para continuar sumida en su plácido sueño.

Para seguir con la cadena de desgracias, cuando bajaba del avión tuvimos la mala suerte de coincidir en el aeropuerto con un afamado grupo de música que hacía su aparición en ese instante. Y, por supuesto, el lugar estaba repleto de periodistas. Tal vez si yo hubiera ido solo habría sido fácil pasar desapercibido, e incluso podría haberme escondido de la prensa con algún que otro improvisado disfraz. Pero, claro, un hombre que cargaba en brazos a una mujer adormilada no era algo fácil de esconder. Y más aún cuando la mujer en cuestión resultaba tan llamativa como Amanda.

Antes de atravesar la marabunta de periodistas que bloqueaban la salida, mi querido agente, que parecía poseer un sexto sentido para saber cuándo estaba haciendo algo que no debía, me llamó por teléfono. Con dificultad, conseguí contestar al móvil sin dejar ni un instante de acoger entre mis brazos a mi preciada carga.

—Chris, no estarás haciendo nada escandaloso, ¿verdad? —preguntó alarmado Davis, que me conocía demasiado bien para mi gusto.

—No, aún no me ha dado tiempo a hacer nada escandaloso. Solamente estoy caminando por el aeropuerto en dirección a la salida.

En cuanto estas palabras salieron de mi boca, la prensa pareció reconocernos a Amanda y a mí e iniciaron su interminable acoso, repleto de flashes y estúpidas preguntas sobre nuestra relación, que yo simplemente ignoré.

—Entonces ¿puedes explicarme por qué te estoy viendo en estos instantes en la televisión caminando por el aeropuerto cargando con Amanda entre tus brazos?

—Es simple, Davis: porque se quedó dormida.

—¡Pues despiértala! —gritó airado mi agente, haciéndose cada vez más molesto.

—No puedo —dije despreocupadamente, sin aclarar nada más tan sólo para fastidiarlo.

—¡Vaya! ¿Y por qué no? ¿Puedes aclararme por qué motivo no puedes despertar a Amanda para evitar una escena escandalosa como la que estáis protagonizando en estos instantes delante de la prensa? ¡Y te juro que, como me respondas con alguna de tus estupideces, como que está demasiado bonita cuando duerme o algo así, voy para allá y te pateo el trasero!

—Pues si quieres saber la verdad, la emborraché a bordo del avión y ahora está demasiado trompa como para despertarse —respondí tranquilamente, sin preocuparme por unas amenazas que ambos sabíamos que no eran ciertas.

—¡¿Qué?! ¿Por qué demonios la emborrachaste? ¡Déjalo! Mejor no me lo cuentes... —finalizó Davis, cediendo ante lo inevitable, ya que mis locuras muy pocas veces tenían una explicación lógica—. Bueno, tú intenta esquivar rápidamente a la prensa, y por nada del mundo contestes a ninguna de sus preguntas. A ver si por una vez podemos salir del aprieto sin llamar mucho la atención —aconsejó mi eficiente agente, sacándome de mis casillas al insinuar que todo era culpa mía.

Tal vez por eso, y porque uno de mis pasatiempos favoritos era molestar a Davis, le comenté maliciosamente:

—No te preocupes: ¡tú déjalo todo en mis manos!

De inmediato, él se dedicó a gritarme unas cuantas amenazas con las cuales acabé de la forma más fácil: simplemente le colgué el teléfono.

Y, mientras pasaba a través de la multitud de periodistas que no cesaban de acosarnos a Amanda y a mí con sus preguntas, me dejé llevar por la tentación de fastidiar un poco más a mi agente al dirigirle jovialmente un saludo a través de una de las cámaras:

—¡Hola, Davis! Amanda y yo hemos llegado bien y ahora nos vamos al hotel a celebrar nuestra reconciliación.

Con esto conseguí tres cosas: por un lado, que la prensa obtuviera la jugosa noticia que quería y nos dejara un ratito en paz mientras trataban de averiguar el nombre del hotel en donde estábamos alojados. Por otro lado, fastidiaba a Davis, algo que estaba seguro de haber conseguido después de ver que mi teléfono no

dejaba de sonar. Y la más importante de todas: logré que todos los hombres del mundo se enteraran de una vez por todas que Amanda Black, la hermosa modelo a la que todos deseaban, sólo podía pertenecer al mejor, y ése, sin lugar a dudas, siempre sería yo.

## CAPÍTULO 11

Como Chris no quería dejar sola a la ebria y desvalida modelo en una desconocida habitación de hotel en la que seguramente se sentiría bastante desorientada al despertarse, simplemente decidió llevarla a la suya. Era bastante difícil pasar desapercibidos, pero, al parecer, cuando Amanda se emborrachaba se ponía muy cariñosa, por lo que no tuvieron muchos problemas para aparentar que eran esa romántica pareja que realmente estaban muy lejos de llegar a ser.

Lo más complicado de la situación no fue abrir la puerta de la habitación con Amanda en brazos, ni intentar darle una propina al eficiente empleado que había llevado sus maletas sin desprenderse de su amorosa carga, ni siquiera esquivar a la prensa que rondaba por el hall del hotel tras las necias palabras que Chris había pronunciado en el aeropuerto revelando sus intenciones... Lo más difícil de todo fue tratar de comportarse como el caballero que no era cuando Amanda no dejaba de acariciarlo y de acercarse insinuantemente a su cuerpo como un gatito mimoso mientras él realizaba cada una de esas acciones.

En cuanto se quedaron a solas, Chris dejó a Amanda en la cama de su habitación y pensó que su tortura había finalizado al verla acurrucarse entre los mullidos almohadones. A continuación, negándose a mirar a la mujer que siempre representaría una tentación para él, le dio la espalda y se desprendió de la camiseta, que el sudor comenzaba a pegar a su piel. Tras ello se aseguró de que su habitación era como él había requerido: un amplio espacio con grandes ventanas que dejaran pasar la luz y que dieran a un hermoso paisaje; una cama amplia y confortable repleta de blandos almohadones donde pudiera retozar con Amanda; unos grandes armarios donde guardar su equipo, una elaborada mesa de madera con dos sillas donde revisaría su trabajo, y un cómodo sofá frente a

una lujosa televisión que serviría de entretenimiento.

El lujoso baño, al igual que el resto de la estancia, también lo impresionó con su bañera de hidromasaje, en la que cabían al menos cuatro personas, su elegante ducha, sus grifos dorados, sus paredes negras y sus mamparas de cristal con elaborados grabados dorados.

La habitación de Amanda sin duda debía de ser igual que la suya, por lo que Chris se despreocupó de ello y se concentró en la difícil tarea que tendría que realizar al día siguiente con su siempre reticente modelo, y comenzó a preparar su material, hasta que, de improviso, notó que unas sugerentes manos le recorrían la espalda y una sensual voz susurraba a su oído una pecaminosa propuesta:

—Quiero hacerte una fotografía. Desnudo...

—Yo soy el fotógrafo, querida, nunca el modelo —respondió, negándose a volverse y enfrentarse a su embaucadora modelo, porque, si lo hacía, lo más probable era que acabara cediendo a todas y cada una de sus perversas peticiones.

—¡Me lo debes! Después de todo, yo acabé posando desnuda para ti... — insistió seductoramente Amanda mientras sus manos recorrían lentamente hacia abajo su duro torso.

—Si no recuerdo mal, rechacé aquel trabajo y esas fotos nunca vieron la luz.

—Sí, pero tú me viste desnuda —replicó ella comenzando a desabrochar los botones de sus vaqueros.

—Cariño, tú también me has visto desnudo en más de una ocasión —le recordó Chris mientras gemía de placer al notar cómo las delicadas manos de su amante acariciaban su endurecido miembro.

—Sí, pero no tengo ninguna fotografía tuya.

—¿Y tiene que ser precisamente desnudo? —preguntó él mientras detenía los avances de Amanda, que lo estaban llevando a la locura.

Sacando las delicadas manos de la modelo de sus pantalones, Chris las sujetó entre las suyas y se dio la vuelta para enfrentarse a esos tentadores ojos azules que tanto lo atraían.

—Así no podrás ocultarme nada —señaló ella, aún resentida por todas las ocasiones en las que él la había manipulado para que llevara a cabo su trabajo.

—Amanda, te aconsejo que no pongas en práctica estos juegos de seducción

en los que solamente puedes perder —sonrió Chris, presuntuoso, a la vez que soltaba las manos de ella.

—¿Acaso tienes miedo de lo que esas fotografías puedan mostrar de ti?

—Cariño, si me las haces desnudo, no habrá ni una parte de mí que no te muestre.

—Bueno, haré algo para que no te sientas tan incómodo al posar para mí —decidió Amanda, tras lo que se desprendió rápidamente de su vestido arrojándolo con despreocupación al suelo.

—Definitivamente, cariño, sabes cómo convencer a un hombre —cedió finalmente Chris, poniendo entre las manos de ella el instrumento más importante de un fotógrafo: su cámara.

Tras ver cómo Amanda la cogía, no con mucha fuerza pero sí con la suficiente como para manipularla sin problemas, Chris dejó atrás su preocupación por su cara cámara y se colocó detrás de su cálido cuerpo, ataviado únicamente con unas minúsculas braguitas y un exiguo sujetador. Y, pegando su torso a la espalda de ella, la acogió entre sus fuertes brazos mientras le mostraba cómo debía manejar esa herramienta.

—Éste es el objetivo... —comenzó a explicar mientras colocaba una de las manos de Amanda sobre él para que lo sujetara con precisión—. Y, no es por presumir, pero el mío es de los más grandes que puedas haber visto... —susurró maliciosamente en su oído.

—No sé qué decirte —se rio Amanda mientras acercaba su cuerpo a otra parte de la anatomía del fotógrafo, que también tenía un buen tamaño—. Pero ¿funciona bien? —preguntó a continuación con picardía, rozando su trasero contra la erección de Chris.

—A la perfección. Siempre está a punto para ser utilizado —murmuró él con voz ronca—. Como eres novata, voy a seleccionar el tipo de enfoque y a programarla en modo automático para que no te sea difícil manejar... mi gran herramienta —bromeó mientras se mofaba de Amanda, hasta que vio asombrado cómo ella misma programaba la cámara tal y como él había anunciado que haría.

—No me infravalores, Chris: he vivido prácticamente toda mi vida entre fotógrafos y, lo quiera o no, una acaba aprendiendo de ellos. Veamos ahora qué es lo que has aprendido tú de tus modelos... —lo retó ella con una traviesa sonrisa mientras le señalaba su lugar.

—¿Qué es lo que quieres fotografiar de mí, Amanda? —preguntó Chris ladinamente mientras daba la espalda a la cámara y mostraba esa pícara sonrisa que nunca podía despegarse de su rostro cuando observaba a la mujer que amaba.

—Todo —declaró firmemente ella, enfocando con el visor una parte que Chris nunca llegaba a mostrarle.

Él sonrió maliciosamente a la cámara mientras se quitaba los zapatos. A continuación, se bajó los pantalones muy lentamente y luego hizo lo mismo con su ropa interior hasta deshacerse de todo lo que llevaba puesto.

Mientras él se despojaba de su ropa, Amanda no dejaba de observarlo con tanta intensidad como él hacía cada vez que la tenía a ella delante de su objetivo, y accionaba el disparador continuamente para obtener decenas de fotografías del hombre que por primera vez se desnudaba ante ella desde varias perspectivas distintas.

—Y dime, Chris, ¿por qué quieres ser el mejor fotógrafo? —preguntó, deseando saber más de ese hombre que no desistía nunca en su empeño.

—Para poder estar junto a ti —respondió él, resignado a que Amanda no comprendiera todavía por qué quería fotografiarla.

—¿Por qué yo? —quiso saber ella confusa, bajando la cámara que sostenía entre las manos.

—Aún no me recuerdas, ¿verdad? —preguntó Chris, confirmando finalmente que él era el único que nunca podría olvidar su primer encuentro.

—¿Se supone que nos habíamos visto en alguna ocasión anteriormente? —interrogó Amanda, interesada por primera vez en conocer esa parte de la historia que ella había olvidado.

—¿Recuerdas la fotografía que te envié cuando comenzamos todo este juego? La hice yo cuando apenas tenía trece años. Ése fue el día en el que nos vimos por primera vez.

—Seguramente aquel día te informé de que yo nunca me dejaba fotografiar por otro que no fuera mi tío.

—Sí, y aquel día también posaste para mí con una bella y juguetona sonrisa que no he vuelto a ver, una sonrisa que solamente se guardó en mi recuerdo porque en mi cámara únicamente quedó grabado un gesto de burla hacia mí —confesó seriamente Chris—. Era tan iluso que incluso creí en esa promesa que

me hiciste cuando éramos pequeños, según la cual te comprometiste a posar para mí siempre y cuando yo fuera el mejor —continuó mientras se levantaba de su posición en el improvisado escenario y cogía por unos instantes su cámara de manos de Amanda—. Y aquí estoy, todavía intentando ser el mejor mientras desnudo mi cuerpo y mi alma ante una mujer que ni siquiera me recuerda —finalizó Chris aparentando indiferencia mientras ocultaba lo que realmente sentía, fingiendo revisar las imágenes de su cámara.

A pesar de que su corazón se encogió un poco al comprobar que un momento tan importante para él no significaba nada para la mujer que amaba, sonrió esperanzado al ver las imágenes. Amanda no había fotografiado su desnudez en ninguna ocasión, pero sí su rostro, en el que no podía evitar mostrar lo que sentía por ella.

—Ésta es buena —declaró señalando una foto en la que se apreciaba su sonrisa dirigida a ella y al recuerdo de aquella niña que tan astutamente se burló de él.

—Siento no recordarte —se disculpó Amanda mientras miraba apenada la imagen.

—No me importa mucho que no te acuerdes de mí, porque lo importante es que no puedas olvidarme a partir de ahora —afirmó él dejando la cámara a un lado y tomando los labios de ella dispuesto a cumplir su promesa y a conseguir que nunca pudiera olvidarse de él.

\* \* \*

Cuando Chris me besó, olvidé por completo que me había prometido a mí misma no volver a acostarme con él porque no era el hombre adecuado, ya que siempre intentaba salirse con la suya sin importarle lo que yo pensara.

Mi enfado por sus mentiras, por no creer en mí, por emborracharme e incluso por la grave falta que había cometido al meterse con mi tío, quedó relegado a un oculto rincón de mi mente. Yo me preguntaba qué tenía Chris para hacer que siempre me olvidara de que era un hombre con el que nunca debería volver a cometer el error de intimar.

Sus besos me embriagaron, exigiéndome una pasión que yo apenas había comenzado a aprender entre sus brazos y una respuesta que tímidamente le

ofrecí a su exigente boca. Me acercó a su desnudo cuerpo, con lo que pude notar la evidencia de su deseo. Con su cercanía, no pude evitar recordar el placer que encontraba junto a él cuando nuestros cuerpos se unían en la búsqueda de la locura del éxtasis.

Sus manos acariciaron delicadamente mis hombros, concediéndome leves roces con las yemas de los dedos que me hacían temblar. Bajó lentamente por mi espalda, siguiendo un pausado recorrido hasta llegar a mi trasero. En ese momento su boca se separó de la mía por unos instantes para cautivarme con los dulces besos que me regaló a lo largo de mi cuello hasta llegar a mi oído, donde aprovechó para recordarme lo egoísta y canalla que en ocasiones podía llegar a ser, pero únicamente cuando trataba conmigo.

—Definitivamente, no soy un hombre lo suficientemente cortés y caballeroso como para apartarte de mí en estos momentos, así que espero que estés lo bastante sobria como para no olvidarte de lo que va a ocurrir en esta habitación a partir de ahora —declaró, decidido a acallar mis posibles protestas con sus besos.

»¡Pero ¿a quién quiero engañar?! —añadió mientras me agarraba el trasero con sus fuertes manos a la vez que alzaba mis piernas para que las enroscara alrededor de su cintura y echaba a andar hacia la cama—. Si por cualquier razón mañana te olvidases de esta noche, yo estaré encantado de recordártela repitiendo cada una de mis caricias...

A continuación, me depositó en la amplia cama decidido a grabar sus caricias en mi cuerpo. Me sedujo con la ternura de sus labios mientras besaba cada parte de mí, con el excitante roce de sus manos al tocar mi piel y con su atrevida lengua cuando me rendía al placer.

Primero acarició mis piernas con lentitud, subiendo hacia las caderas. Mientras lo hacía, sus besos quemaban mi piel haciéndome arder de pasión, y yo sujetaba las blancas sábanas entre las manos cediendo a la locura a la que él era capaz de llevarme.

Cuando sus dedos alcanzaron mi escueta ropa interior, gemí ante el leve contacto de sus caricias y me retorcí pidiéndole más de ese placer que me negaba. Sonriendo maliciosamente, él ignoró mis protestas y continuó ascendiendo por mi cintura, por mi ombligo, por mis pechos..., sin dejar de recorrer con sus ardientes labios y sus cautivadores roces cada parte de mi

cuerpo.

Mis senos fueron pronto liberados del sujetador de encaje cuando, juguetonamente, Chris abrió el cierre delantero con los dientes. Por unos instantes, miró mis desnudos pechos sin hacer nada, y solamente cuando yo oculté el rostro detrás de mis brazos, avergonzada ante su intensa mirada, él acarició con suavidad mis enhiestos pezones, haciéndome gemir su nombre.

Sus caricias eran tan excitantes que mi cuerpo se arqueó pidiendo más de ese placer que él prometía darme. Y Chris no tardó en darme satisfacción acogiéndolos entre sus manos mientras los agasajaba con la lengua, con sus besos, e incluso con pequeños mordisquitos que me hicieron gritar.

Sin dejar de torturarme, bajó una mano por mi cuerpo hasta llegar a mi diminuto tanga, a través del cual se introdujo atrevidamente acariciando mi húmeda feminidad. Sus instigadores dedos no tardaron en penetrarme una y otra vez, marcando un ritmo delirante que yo seguía con las caderas. Y, cuando otro de sus dedos se introdujo en mí sin que su pulgar dejara de acariciar mi clítoris, no pude evitar convulsionar llegando al éxtasis entre sus brazos.

Cuando abrí los ojos, Chris me contemplaba con una orgullosa sonrisa. En el momento en que intenté ocultarme nuevamente de él, me cogió las muñecas con una de sus fuertes manos y, con la otra, simplemente desgarró la ínfima barrera que suponía mi delicado tanga en medio de la desnudez de nuestros cuerpos.

A continuación, colocando mis piernas alrededor de su cintura, se adentró en mí de una poderosa embestida, estableciendo un ritmo que no tardé en seguir con el movimiento de mis caderas. Sin dejar de mirar mi rostro ni un solo instante, Chris aumentó la velocidad de sus embates, dándome todo el placer que mi cuerpo necesitaba, y solamente cuando grité su nombre dejándome llevar por un arrollador orgasmo, él me siguió gritando el mío.

Somnolienta por el cansancio acumulado por todas las aventuras de ese día, dejé que me alzara sobre su cuerpo y me acurruqué entre los cálidos brazos que me acogían prometiéndome que nadie me haría daño mientras estuviera entre ellos. Aunque esa promesa pudiera ser falsa el día de mañana, en esos momentos me gustó creer que algún día podía llegar a ser cierta. Finalmente cedí al sueño, jurándome a mí misma que al día siguiente odiaría un poco menos a ese hombre del que siempre pretendía vengarme, aunque nunca sabía cómo hacerlo.

\* \* \*

Esa mañana Amanda se encontraba más furiosa que nunca, y su enfadado rostro lo mostraba con claridad a cuantos se acercaban a ella en la sesión fotográfica que estaban llevando a cabo en una aislada cala de la solitaria y paradisíaca playa.

Que su vestimenta fuese un minúsculo bikini, cuando lo que tenía que anunciar era un simple acondicionador para el cabello, no tenía nada que ver con ello; que el fotógrafo hubiera despedido a casi todo el equipo que los responsables de la campaña exigían, quedándose solamente con los de su entera confianza antes de hacerla posar entre las heladas aguas esa mañana, tampoco era el motivo de su disgusto. Ni siquiera que el sol comenzara a quemarle la piel, o que la arena que se pegaba a su cuerpo empezara a picar como mil demonios.

No.

El motivo principal de su irritación no era otro más que el impertinente fotógrafo que sonreía detrás de su cámara y su escandaloso comportamiento de esa mañana.

Amanda normalmente se levantaba dos horas antes de lo necesario para prepararse a conciencia, pero ese día solamente había tenido unos pocos minutos para disfrutar de una ducha rápida y marcharse a toda prisa de una habitación que no era la suya. Y desde el mismo instante en que salió del baño se arrepintió de haberse dado esa ducha, ya que, mientras ella se arreglaba, Chris se había dedicado a airear su relación irresponsablemente, algo que ella descubrió cuando vio cómo el energúmeno con el que se había acostado abría despreocupadamente la puerta de su habitación ante los persistentes golpes que alguien daba en ella ataviado únicamente con una sábana.

Al ver la escena, Amanda se escondió en el cuarto de baño para no ser descubierta en tan comprometida situación y, mientras lo hacía, rogaba porque nadie se percatara de que había llegado a ser una modelo tan poco profesional como para acostarse con su fotógrafo una vez más.

Desde allí, oyó a uno de los preocupados patrocinadores de la campaña publicitaria que le comunicaba alarmado a Chris que ella había desaparecido.

Cualquier otro hombre podría haberse inventado en ese instante una simple mentira para explicar que había hablado con ella y que no tardaría en aparecer o

algo parecido, pero Chris Jones no. Ese energúmeno descerebrado se había limitado a decir:

—Está en el baño.

Y, tras eso, había cerrado la puerta en las narices del patrocinador, una acción que sólo había servido para poner fin a las buenas intenciones que Amanda tenía para ese día, haciendo que se preguntara por qué había llegado a pensar bien de ese hombre en alguna ocasión.

Sobre todo ahora, que él le pedía cosas imposibles...

—¡Cariño, sonríe! —pidió burlonamente Chris desde detrás de su cámara, sabiendo que por nada del mundo conseguiría esa imagen de Amanda.

La modelo, manifestando su enfado sin pronunciar palabra, le mostró con su insultante dedo corazón lo que pensaba de sus indicaciones a la vez que sonreía más falsamente que nunca.

—Eso es muy poco profesional por tu parte, Amanda —declaró Chris sonriendo burlón detrás de su cámara mientras intentaba aparentar delante de todos que era el capacitado fotógrafo que ambos sabían que jamás sería.

—¡No me digas! —contestó la modelo con ironía, recordando lo poco profesional que Chris era siempre con ella.

—Nos encontramos en un paraíso tropical, rodeados de cristalinas y cálidas aguas del azul más hermoso que se pueda desear. Además, tenemos todos los gastos pagados durante una semana, de modo que, ¿qué más se puede pedir? Además de la sonrisa de mi modelo, por supuesto...

—¿Quizá disfrutar esta semana de una compañía más agradable? —replicó ella, alzando impertinentemente una ceja.

—¡Chist, cariño! Sé que preferirías que estuviéramos solos, pero es mejor que no airees nuestra relación ante todo el mundo. Eso es muy poco profesional —declaró burlonamente Chris, dejando a Amanda con la boca abierta ante su descaro, ya que eso era precisamente lo que él acababa de hacer.

Ella le lanzó entonces la pelota de playa con la que debía aparentar que jugaba en la orilla, impacto que él evitó con gran habilidad en medio de unas estruendosas carcajadas, y el equipo decidió que ya era hora de tomarse un descanso, tanto para ellos como para la irritada modelo, que no cesaba de dedicarle miradas amenazadoras a su fotógrafo advirtiéndole que por nada del mundo debía acercarse a ella, y mucho menos dirigir hacia su persona la cámara

que en esos instantes tanto la molestaba.

Mientras los miembros del equipo se agrupaban bajo unas grandes sombrillas para disfrutar de un merecido descanso a la vez que tomaban un tentempié, no podían dejar de observar con atención la escena que tenían frente a sí, en la que un impertinente fotógrafo no dejaba de molestar a una quisquillosa modelo con cada una de sus palabras.

—Me apuesto lo que queráis a que la tira al agua —declaró Leonard, el encargado de la iluminación, mientras señalaba cómo la furiosa Amanda se negaba a escuchar las palabras de Chris dándole la espalda.

—Eso es más que evidente. Y, tal y como van las cosas, no tardará en ocurrir —apuntó Nelson, otro integrante del equipo de Chris, señalando cómo el fotógrafo cargaba a Amanda sobre sus hombros y se dirigía con ella hacia el agua a pesar de las protestas y los gritos de la modelo.

—¿No deberíamos hacer algo? —preguntó alarmado Doc, el desaliñado novato de mediana edad que, con una descuidada barba, ocultaba gran parte de su rostro salvo sus amables ojos azules. Se trataba de una incorporación que había hecho Davis a última hora en el equipo de Chris y que indudablemente desconocía la historia que se traían esos dos.

—Será mejor que no te metas, hombre. ¿No ves que es su modelo? —retuvo Leonard al nuevo integrante del equipo, insinuando que esas palabras significaban algo más que un simple contrato entre esos dos.

—Y, por supuesto, él es su fotógrafo... —suspiró soñadoramente Marian, la mujer de mediana edad que había maquillado a Amanda esa mañana mientras observaba cómo ésta se agarraba a los fuertes brazos de Chris con demasiada familiaridad como para estar tan molesta como quería aparentar.

—¿Qué hay entre ellos? —se interesó Doc, aún confuso por su comportamiento, ya que, mientras se peleaban, sus miradas no podían dejar de cruzarse.

—¡Yo creo que están enamorados! —apuntó emocionada Marian cuando Chris comenzó a dar vueltas con Amanda en brazos.

—Para mí que son amantes —supuso Nelson tras ver cómo se sonrojaba la modelo ante uno de los comentarios que Chris había susurrado en su oído.

—Pues para mí que solamente quiere fastidiarla —señaló finalmente Leonard cuando Amanda acabó en el agua tal y como él había predicho desde un

principio.

—Puede que sea un poco de todo —aportó el novato mientras observaba que el fotógrafo no tardaba en lanzarse de cabeza para hacer compañía a su modelo y, entre bromas, acabar obteniendo esa sonrisa que tanto le había reclamado ese día desde detrás de su cámara—. Y eso es algo que tengo que averiguar... —murmuró con resolución cuando los demás no le prestaban atención, sin poder apartar la mirada ni un instante del juego que se traía la pareja, que, aunque ni ellos mismos sabían qué nombre darle, él no había tardado mucho en reconocerlo como un loco amor igual que el que él disfrutó en su momento.

\* \* \*

Puede que Amanda estuviera en lo cierto y no fuera demasiado profesional por mi parte haber aireado ante todo el mundo la relación que manteníamos. Pero es que estaba harto de ver a todos los hombres babear e intentar acercarse a ella y, por muy distante que mi modelo quisiera mostrarse frente al sexo masculino, esto sólo parecía alentarlos más a ir tras ella.

Así que ese día, soñoliento y algo molesto porque ella se hubiera negado a tener ese sexo mañanero que tan beneficioso era para todos con la excusa de que llegaríamos tarde, no había prestado mucha atención a la hora de atender al individuo que había comenzado a aporrear la puerta de mi habitación.

Después de abrir, ataviado únicamente con una sábana, no pude evitar señalar que esa mujer era mía cuando uno de esos insulsos patrocinadores, y sin duda un ferviente admirador de Amanda, vino a mi habitación muy preocupado porque no era capaz de localizarla para invitarla a desayunar y charlar con ella a solas sobre futuros proyectos sin contar conmigo. Como eso me tocó mucho las narices y yo no estaba de humor, le revelé directamente dónde estaba la modelo en esos instantes: en mi baño, dejando muy claro con mi contestación que el único hombre con el que ella mantenía una relación era yo.

Eso había tenido como consecuencia que Amanda se enfadara un poquito conmigo..., bueno, que se enfadara mucho en realidad, y que posara ante mí con un perpetuo ceño fruncido y una mirada asesina que no servía de nada a la hora de hacer unas fotografías que pretendían mostrar la alegría de un cabello siempre vivo o alguna chorrada por el estilo.

La solución que encontré para calmar su enojo fue un refrescante chapuzón en esas cristalinas aguas, a las que yo, por supuesto, la había acompañado hasta hacerla reír nuevamente con mis tonterías. Pero, como siempre, los inocentes juegos que comenzaba con esa mujer me conducían a otros más peligrosos. Y, cuando tropezamos en la orilla y nuestros cuerpos cayeron entrelazados en la arena, no pude evitar acercarme a sus tentadores labios atraído por ella, algo a lo que puso fin Doc cuando me comunicó que nuestro descanso había finalizado y me arrojó una toalla a la cara con algo de brusquedad.

Mientras secaba mi rostro sin dejar de observar el ceño fruncido y la mirada reprobadora de ese hombre que ayudaba a mi modelo a ponerse en pie y a alejarse de mí con la excusa del trabajo, me pregunté qué narices pasaba ese día, que parecía que todo el mundo se enfadaba conmigo.

Al fin, de vuelta al trabajo y con la cámara entre las manos, comencé a intentar obtener esa imagen de Amanda que tanto necesitábamos. Pero, aunque unos minutos antes ella hubiera dejado atrás su enfado y hubiera olvidado que éramos enemigos como cada vez que caía entre mis brazos, parecía que siempre que volvía a posar delante de la cámara recordaba todo lo que tenía en mi contra y volvía a adoptar un comportamiento infantil, mostrándome otra más de sus rabietas con las que solamente pretendía alejarme.

Durante toda la mañana, y hasta bien entrada la tarde, intenté fotografiar a Amanda. A pesar de los descansos que nos tomábamos debajo de las sombrillas y de que bebiésemos refrescos para evitar deshidratarnos, nada podíamos hacer ante el cansancio que nos embargaba. Así que, al final de la tarde, cuando me di por vencido y ya había informado a todos de que continuaríamos al día siguiente, la imagen por la que tanto había esperado apareció frente a mí: el sol comenzó a desaparecer tras las olas de ese hermoso mar y Amanda lo contempló extasiada, ofreciéndonos a todos una sutil sonrisa que nos embriagó.

Comencé a disparar como un loco con mi cámara sin que ella me prestara atención. Y, de repente, Amanda miró hacia un lado como si viera algo ante lo que no pudiera evitar sonreír, y al fin capté esa bonita sonrisa que necesitaba para la campaña publicitaria, aunque no fuera la que yo deseaba para mí.

Sintiéndome orgulloso, bajé la cámara con la imagen que ella finalmente me había regalado, pero de pronto me di cuenta de que esa sonrisa no iba dirigida a mi cámara cuando vi a Amanda correr hacia los brazos de otro hombre que no

era yo.

Podría haber guardado la imagen y haber dado por finalizado el trabajo, pero como no era para mí, neciamente la borré. Y, decidido, me encaminé hacia mi modelo muy dispuesto a averiguar la relación que tenía con ese desconocido y a recordarle que, por mucho que pretendiera alejarme de ella, yo siempre estaría allí esperando esa sonrisa que mi cámara tanto anhelaba desde la primera vez que me la ofreció.

## CAPÍTULO 12

Mientras Amanda observaba satisfecha cómo toda una mañana de trabajo había sido echada a perder por su enfado, no pudo evitar sentir una pizca de remordimiento al contemplar el hermoso paisaje que se mostraba ante ella en ese atardecer, algo que posiblemente nunca habría llegado a disfrutar si ese alocado hombre no la hubiera obligado a alejarse de su hogar y salir del protegido mundo en el que intentaba resguardarse de todo.

Tratando de evitar una vez más darle a Chris la imagen que tanto buscaba, miró de un lado a otro de la hermosa playa en vez de a la cámara que la apuntaba y, sin pretenderlo, sus ojos se toparon con un hombre de unos veinticinco años con unos despeinados cabellos rubios, unos hermosos ojos azules y una atractiva sonrisa. Sin duda, era tan atractivo ahora como lo había sido en el pasado.

A pesar de su aspecto desarreglado, Amanda no tuvo dificultad en reconocer que se trataba de Ian Baker, un hombre al que siempre había admirado. Desde lejos observó detenidamente al que había sido el primer amor, platónico, tanto de Evie como de ella misma.

Hacía ya cinco años que Ian había trabajado como ayudante de su tío, cosechando grandes halagos por parte de Dominic, de Evie y también suyos gracias a sus magníficas fotografías, así como algún que otro alocado y soñador suspiro de las dos primas cuando éstas tan sólo eran dos adolescentes de dieciséis años y se hallaban en esa época en la que buscaban el primer amor.

Que Ian fuera el único hombre digno de admirar que se había cruzado en su camino sólo fue un aliciente más para que ambas no cesaran de perseguirlo en su trabajo cuando se encontraban en plena adolescencia, algo que él siempre toleró con muy buen humor. Las peleas entre Evie y Amanda por llamar la atención de

Ian fueron continuas e interminables, como también los incesantes lloros que compartieron cuando él se marchó.

Dudando sobre si Ian la reconocería o no, Amanda sonrió al recordar las infantiles travesuras que su prima y ella habían cometido en el pasado, como rellenar sus sujetadores con almohadillas, probarse unos tacones de vértigo para intentar parecer más altas o maquillarse en exceso sólo para aparentar más edad de la que realmente tenían.

En uno de sus distraídos tropiezos por la arena, Ian miró al fin hacia el lugar donde ella se encontraba y, a pesar de la distancia, la reconoció y le dedicó una encantadora sonrisa. Así pues, cuando abrió los brazos desde lejos invitándola a acudir a ellos para rememorar los viejos tiempos, Amanda corrió hacia él con alegría dejando a un lado su trabajo no finalizado, a los empleados y los organizadores de la campaña que estaban esperándola y, sobre todo, al individuo que la había estado fastidiando durante toda la mañana con sus juegos y que ahora mostraba en su fruncido ceño que ya no tenía más ganas de jugar.

\* \* \*

—¿Quién narices es ese tío y qué cojones está haciendo aquí? —murmuré para mis adentros, bastante enfadado, mientras me dirigía hacia el lugar donde se desarrollaba la hermosa escena para ponerle fin en ese preciso instante y dejarle muy claro a ese rubito de bonita sonrisa que Amanda era mía y de nadie más.

Cuando llegué hasta ellos poco después de soltar mi cámara sobre una inestable mesa plegable, me ignoraron por completo mientras no paraban de sonreírse como idiotas sin importarles que yo estuviera allí.

—¡No me puedo creer que seas tú, Amanda! ¡Si apenas reconozco en ti a esa alocada niña que me seguía a todas partes! ¿Qué te ha pasado? —preguntó con entusiasmo el sujeto, que solamente tenía ojos para ella.

—Pues que crecí —declaró tímidamente Amanda mientras jugueteaba con sus cabellos, avergonzada y ruborizada, haciéndome desear fastidiarla únicamente para que volviera a ser ella misma y dejara de aparentar ser la dulce y tímida niña buena que nunca había sido ni sería.

—Ahora puedo ver que te has convertido en toda una mujer, como un día me dijiste que serías —manifestó el molesto individuo mientras recorría con la

mirada el cuerpo de Amanda, haciéndome desear no haber elegido ese diminuto bañador que yo le había ordenado a mi modelo que se pusiera con el pretexto del trabajo pero que en realidad era para mi exclusivo deleite.

Me importaba muy poco que ese hombre formara parte del pasado de Amanda; lo principal en esos instantes es que le quedara muy claro que el único hombre en su vida ahora mismo era yo. Cuando ambos comenzaron a reírse recordando un tiempo en el que yo no estaba y ese individuo dirigió de nuevo alguna que otra mirada lasciva a Amanda sin que ella se percatara, puse fin a todo y los interrumpí groseramente imitando su risa de idiotas.

Por supuesto, los tortolitos no tardaron mucho en guardar silencio y volverse hacia mí para prestarme la atención que yo reclamaba, aunque sólo fuera para que Amanda me fulminara con una de sus miradas mientras el rubito alzaba impertinentemente una ceja y se hacía la misma pregunta que me había hecho yo un par de minutos antes sobre su persona.

—¿Y tú quién eres?

—¿Y tú? —repliqué con insolencia mientras colocaba mi camisa sobre los hombros de Amanda para ocultar su cuerpo de ese hombre que, aunque al parecer no le había prestado mucha atención a mi modelo en el pasado, ahora parecía bastante decidido a corregir ese estúpido error.

—Ian Baker —se presentó tendiéndome la mano en un amable y educado gesto que yo ignoré con malsano placer.

—Yo soy Chris Jones, su fotógrafo —anuncié con orgullo, señalando a Amanda mientras intentaba alejarla de ese sujeto.

—¡Vaya! Entonces debes de ser bueno —comentó burlonamente el tal Ian riéndose de mi infantil comportamiento.

—¿No es evidente? Si Amanda es mi modelo, no sólo tengo que ser bueno: tengo que ser el mejor —declaré con arrogancia, borrando la burlona sonrisa de su rostro al mostrarle que, de un modo u otro, ella ya me había elegido a mí antes que a él.

Tras mi victoria, alejé a Amanda del lugar y puse fin a sus protestas cuando le recordé una verdad que siempre existiría entre nosotros por más que ella pretendiera ocultarla.

—¡Déjame, Chris! Tengo que explicarle a Ian por qué eres mi fotógrafo —reclamó tratando de volver con él.

—¿Prefieres que me presente ante él como tu amante? —susurré en su oído mientras la cogía posesivamente de los hombros—. Sé que en eso también soy el mejor, pero la verdad es que no me gusta alardear de ello delante de otra persona que no seas tú...

Con mis impertinentes palabras logré alejar a Amanda de Ian, aunque también conseguí una fuerte bofetada que me aseguraba que, si esa noche llamaba a su puerta, no me recibiría con los brazos abiertos.

Mientras la veía alejarse, sonreí ante el hecho de que había dejado de aparentar ser ese tímido corderito que nunca sería y de que su difícil temperamento y su irascible genio habían vuelto a hacer acto de presencia. Para mi desgracia, Ian parecía sentirse más tentado por esa Amanda que por la de su pasado, y, acercándose con despreocupación hacia donde yo estaba, se colocó a mi lado sin apartar los ojos de ella mientras se alejaba de mí y me declaró abiertamente la guerra para conseguir a esa mujer.

—Si de verdad eres el mejor, me pregunto hasta cuándo podrás seguir siéndolo —dijo justo antes de marcharse, ignorando que no era el primero que me había dirigido esa insultante cuestión.

—Hasta que ella me sonría de verdad —susurré en voz baja, recordándome a mí mismo que aún estaba lejos de alcanzar la meta que me había propuesto en una ocasión.

\* \* \*

Dominic guardaba los aparejos en la furgoneta bastante confuso y un tanto preocupado por no haber podido averiguar aún la relación que su sobrina mantenía con ese impertinente fotógrafo. Debía admitir que cualquiera que pudiera ver la pasión que estallaba entre ellos con cada una de sus peleas no albergaría dudas de que se habían acostado, pero que hubiera habido sexo entre ellos no significaba que hubiera amor, y él quería averiguar si esos dos se habían rendido ante ese loco sentimiento antes de decidirse a sacar algunas herramientas de la furgoneta y romperle las piernas al fotógrafo por jugar con una de sus niñas.

Después de observar el comportamiento de Chris Jones, Dominic comprendió que las duras críticas que le había dedicado a través de la prensa se

debían simplemente a que quería quitarlo de en medio para conseguir ser el fotógrafo de Amanda. Como ella siempre había dicho públicamente que sólo se dejaría fotografiar por el mejor, la estrategia de Chris ahora resultaba transparente a sus ojos, y entendía que no era nada personal contra él. Pero, para su desgracia, ese idiota ignoraba lo mucho que sus irascibles niñas se molestaban cuando alguien se metía con él. O, si se lo habían advertido, simplemente no había hecho caso.

En ocasiones, el comportamiento de ese hombre hacia Amanda lo irritaba. Chris era celoso y posesivo, pero también lo desconcertaba, pues en las miradas que le dirigía a ella siempre mostraba cariño y el anhelo de algo más. Asimismo, se había dado cuenta de que, cuando ella estaba lejos de él, Chris siempre la buscaba y sonreía aliviado en el momento en que descubría que nada le pasaba. Era como si supiera de alguna manera que Amanda seguía siendo esa desolada niña que se negaba a ser feliz y quisiera protegerla tanto como él mismo había hecho hasta entonces.

Durante la sesión fotográfica de esa mañana, Dominic había sentido deseos de golpear a ese tipo por su rudo comportamiento con su sobrina, pero en otros momentos lo alabó en silencio por su manera de hacerla reír e introducirla en esos infantiles juegos de los que apenas había disfrutado de niña.

Por eso, en el instante en que vio aparecer a Ian, un rival que, si se lo proponía, volvería indudablemente a llamar la atención de Amanda como había hecho en el pasado, se compadeció un poco de Chris. Así que en esos momentos Dominic se encontraba en una encrucijada. No sabía si lo mejor para la pareja era que él interviniera de algún modo o que simplemente se quedara quieto observando desde lejos como un mero espectador.

Cuando se hallaba plegando las mesas, Dominic no pudo evitar la tentación de coger la cámara de ese fotógrafo, recordando la que siempre había sido su pasión, una que por momentos había olvidado tras la tragedia que había asolado su mundo con la pérdida de su esposa.

Mientras manipulaba distraídamente la cámara de Chris, una voz lo sacó de sus ensimismados pensamientos.

—Por unos instantes dudé si eras tú; luego te vi coger esa cámara y ya no tuve duda alguna. ¿Me puedes explicar qué haces aquí escondido y con esas pintas, Dominic? —preguntó con curiosidad y una sonrisa burlona el que una

vez había sido su aprendiz y ante el cual no podía ocultarse.

—¡Chist! ¡Ian, baja la voz, que vas a descubrir mi disfraz! —murmuró él.

—Deduzco por tus palabras y tu desarreglado aspecto, bastante inusual en ti, por cierto, que Amanda no sabe que estás aquí. Y que, como hacías en su adolescencia, estás espiándola —murmuró Ian sonriente, recordándole las veces que Dominic se había escondido detrás de estúpidos disfraces para seguir a su hija y a su sobrina en muchas de sus salidas.

—En esta ocasión tengo una buena razón para hacerlo —musitó él señalando a Chris, que continuaba persiguiendo a Amanda mientras le reclamaba un poco de su atención.

—A mí tampoco me gusta mucho ese sujeto —respondió Ian, reprobando el comportamiento del alocado fotógrafo con la mirada.

—Yo no he dicho que no me guste —repuso Dominic mientras alzaba interrogativamente una ceja ante la extraña contestación del que había sido su ayudante.

—¿Es que a él no lo vas a amenazar como hacías con todos los que trabajaban para ti cuando se fijaban en Evie o en Amanda más de lo aconsejable?

—Por eso estoy aquí: para vigilarlo. No obstante, él no trabaja para mí y no sé si mis amenazas serían lo suficientemente convincentes para un hombre como él —replicó Dominic mientras negaba con la cabeza al ver el despreocupado comportamiento que mostraba Chris ante todos, cargando a Amanda sobre sus hombros cuando ella se negó a subir a su vehículo.

—No te preocupes: las mías sí las escuchará —afirmó Ian mientras hacía crujir los nudillos.

—No creo que debas meterte entre esos dos, puesto que parece que ni ellos mismos saben lo que quieren —aconsejó Dominic mientras detenía con una mano los airados pasos del que una vez había sido un hombre que escuchaba y seguía todos sus consejos.

—¿Sabes? Yo tampoco trabajo para ti, por lo que esta vez no puedes ordenarme nada —dijo bruscamente Ian.

A continuación, se soltó de su agarre y Dominic observó que las cosas se ponían más difíciles para ese fotógrafo que en una ocasión le había declarado la guerra sin saber lo vengativas que sus niñas podían llegar a ser. Estuvieran enamoradas o no.

\* \* \*

Estaba terriblemente cabreada.

Y que el energúmeno de mi fotógrafo me cargara sobre sus hombros como un aparejo más de su equipo no hacía mucho por mejorar mi humor. No entendía qué demonios le ocurría a Chris para que se comportara de esa manera delante de todos. Era como si, desde que habíamos llegado a ese lugar, únicamente quisiera gritar a los cuatro vientos que teníamos una relación, cuando ni siquiera nosotros mismos habíamos definido aún lo que sentíamos.

Yo me negaba a verlo como algo más que el hombre que había calumniado a mi tío y, a pesar de no poder resistirme a sus encantos, siempre intentaba dejarle claro que entre nosotros no habría nada más que esos momentos. Algo en lo que fallaba continuamente, al parecer, ya que Chris siempre sonreía ladinamente ante mis palabras poco antes de volver a convencerme para que cayera de nuevo en sus brazos.

—¿Quieres soltarme de una maldita vez? ¿A qué viene este comportamiento tan infantil? —le grité cuando me soltó en el asiento del pasajero del llamativo descapotable que había alquilado esa mañana.

—Estaba dejándole claro a ese amigo tuyo, con el que parece que compartes un pasado, que nosotros también tenemos una relación, pues creo que eso es algo que se te olvida con mucha facilidad.

—Nosotros tenemos una relación profesional y nada más —repliqué indignada, negándome en redondo a mirarlo a los ojos para que no me hiciera cambiar de parecer nuevamente.

—¿En serio? —preguntó él, burlón, alzando una ceja para luego dejar caer sobre mí la verdad que había entre nosotros con sus impertinentes palabras—: Cariño, me preocuparía por lo que has dicho si no fuera tu primer amante, porque, si hubieras hecho con todos tus compañeros de trabajo lo que has hecho conmigo, sin duda habría unos cuantos hombres bastante felices en este momento. Dime, Amanda, ¿piensas ser igual de profesional con ese amigo con el que has vuelto a encontrarte como lo eres conmigo o eso sólo lo reservas para mí y nuestras placenteras sesiones fotográficas?

Acto seguido, lo miré con furia mientras mis ojos se inundaban de lágrimas

por el dolor que me habían causado sus palabras, unas lágrimas que no pensaba derramar delante de él y que aguanté mientras alzaba la mano para contestar con una contundente bofetada a su estúpida pregunta.

Sin embargo, no llegué a alcanzar su rostro, ya que, para mi sorpresa, Ian alejó de mí a ese fastidioso fotógrafo tumbándolo en el suelo de un puñetazo.

Al contrario de lo que mi corazón me gritaba que hiciera, que era correr al lado de ese alocado hombre que siempre me fastidiaba para ver si se encontraba bien, me obligué a permanecer sentada con frialdad en el asiento del descapotable.

Como sabía que si salía del coche tendría que elegir entre ir junto a Ian, un preocupado amigo que apenas se había fijado en mí en el pasado, o acudir junto a mi provocador fotógrafo, por el que, a pesar de negarlo, comenzaba a sentir algo, decidí no elegir a ninguno. Así pues, ante la mirada atónita de los dos hombres, simplemente me cambié de asiento, giré las llaves que Chris había dejado en el contacto para arrancar el motor y me dirigí al hotel contestando a sus estúpidos gestos con la estela de polvo que dejé en mi camino.

Para mi sorpresa, cuando miré por el retrovisor esperando ver decepción o un sentimiento de traición en la mirada de Chris, lo que realmente observé fue una ladina sonrisa dirigida hacia mí mientras se levantaba del suelo, como si estuviera satisfecho con mi decisión simplemente porque no había elegido a otro, aunque todavía me negara a escogerlo a él.

\* \* \*

—¿Que hiciste qué?! —exclamó asombrada Evie sin poder creerse que su prima Amanda estuviera tan enamorada de ese estúpido fotógrafo como para rechazar al que había sido su primer amor de la adolescencia.

—Bueno, tampoco es para que te pongas así... Solamente cogí el coche y me fui —contestó despreocupadamente Amanda desde la cama de su habitación, donde intentaba descansar del ajetreado día mientras conversaba por teléfono con su prima. Algo completamente imposible si la interlocutora era la irascible Evie.

—Que te volvieras a encontrar con Ian fue sin duda todo un milagro que deberías haber aprovechado para arrojarte a sus brazos. ¡Que rechazaras al

heroico hombre que te había salvado de las garras de otro que te cargaba al hombro como un neandertal cualquiera me demuestra lo perdida que estás en tu vida amorosa en estos momentos! Así que dime dónde estás ahora mismo, que ya voy yo a aprovecharme de tu reencuentro con Ian. Tú puedes quedarte con tu fotógrafo...

—¡No pienso revelarte el lugar en el que estoy trabajando para que corras como una loca a la cama de Ian! Además, tampoco me quedé con Chris. Solamente le cogí *prestado* su coche —declaró Amanda.

—Cariño, al marcharte tú sola en ese vehículo cometiste un delito, aunque no pedirle a Ian que te acompañara fue otro todavía peor. Anda, dime dónde estás. Mis consejos son más efectivos en persona...

—No, Evie, te conozco y sé que solamente conseguirías meterme en más líos convenciéndome para llevar a cabo alguna de tus locas ideas, y Chris se basta y se sobra él solito para eso. Por cierto, ¿cómo va tu viaje con el modelo? ¿Aún sigues con tu venganza?

—En efecto, quiero hacerle sudar un poco más antes de despedirme para siempre de él. Lo malo es que ahora tengo un parásito pegado a mí del que no puedo deshacerme, ya que me conoce demasiado bien.

—¿Y eso? —preguntó Amanda confusa, ya que eran pocas las personas a las que la irritante Evie no podía espantar cuando se decidía a ello.

—Jeff, tu querido agente, ha decidido encontrarse casualmente conmigo a cada paso que doy en este nuevo trabajo, lo que me lleva a preguntarme por qué no está persiguiendo tu culo en vez del mío.

—Sólo se me ocurre una persona capaz de hacer que Jeff corra detrás de otra cosa que no sea una chocolatina: tu padre. Estoy segura de que no se ha vuelto a ir y está escondiéndose de nosotras.

—Puede ser..., pero, si yo tengo al lacayo siguiéndome, seguramente tú tendrás al maestro.

—No creo haberlo visto en esta isla desde que llegué.

—Puede que esté disfrazado de alguna forma estúpida, como hacía en nuestra adolescencia. Tú presta atención. Yo, por lo pronto, voy a divertirme de lo lindo...

—Evie, ¿qué piensas hacer? —preguntó Amanda preocupada porque su prima pudiera hacer alguna tontería.

—Ser una chica tan mala que a mi padre no le quede más remedio que salir de su escondite...

—Evie... —la reprendió la modelo, consciente de lo escandalosa que podía ser cuando se lo proponía.

—Cambiando de tema..., has dicho que estás en una isla, ¿no?

—Lo siento, Evie, tengo que colgar. El trabajo me reclama —cortó Amanda, evitando las preguntas de su prima mientras se dirigía a recibir a quien llamaba tan insistentemente a su puerta.

—Finalmente he llegado, cariño, a pesar de que me hayas dejado abandonado en esa lejana y aislada playa y haya tenido que volver en la furgoneta del equipo. Pero, en fin... ¡Ya estoy aquí! —anunció despreocupadamente Chris mientras se adentraba en la habitación de Amanda sin darle tiempo a protestar por su intromisión.

A continuación, se tumbó con placidez en la cama colocando las manos relajadamente detrás de la cabeza a la espera de la reacción de una vacilante Amanda, que ni en los momentos clave era capaz de decidirse a reconocer que entre ellos había algo más que trabajo.

—Te recuerdo que ésta no es tu habitación y que, de hecho, tú tienes una muy lujosa y confortable al otro lado del pasillo —dijo ella, negándose a cerrar la puerta mientras le señalaba la salida bastante molesta con su súbita intromisión, tanto en su habitación como en su vida.

—Sí, pero sin ti esa habitación es muy fría y solitaria —contestó con malicia Chris, recordándole con sus palabras las locuras que habían llevado a cabo en su estancia allí la noche anterior.

—Me parece que tendrás que acostumbrarte a ello, ya que en estos momentos yo... yo... ¡tengo una cita! —improvisó Amanda, rememorando la conversación que había mantenido minutos antes con su prima, quien le había aconsejado que saltara alocadamente a los brazos de otro hombre.

Al oír eso, Chris borró la sonrisa que siempre mostraban sus labios y, abandonando su despreocupada postura, se dirigió hacia la puerta abierta, que lo invitaba a salir. Amanda pensó que simplemente pasaría junto a ella para ir a su habitación, pero ese hombre nunca hacía lo que ella esperaba, así que, sorprendiéndola una vez más, puso una de sus fuertes manos sobre la suya y la obligó a cerrar la puerta para luego hacer que se apoyara de frente en ella

mientras la aprisionaba entre sus brazos.

—¿Por qué te encanta torturarme con la idea de que otro hombre se arrime a ti tanto como yo lo hago? —le susurró Chris al oído mientras acercaba más la calidez de su cuerpo a su rígida espalda.

»¿Por qué disfrutas viendo cómo enloquezco cada vez que pienso que otro hombre puede llegar a tocarte... —añadió al tiempo que acariciaba lentamente la piel de sus hombros haciendo que su cuerpo temblara—, a besarte... —continuó mientras besaba su piel desnuda a la vez que bajaba los tirantes del ligero vestido que cubría su cuerpo—, a hacerte suya... —finalizó con voz ronca mientras deslizaba lentamente la prenda por su cuerpo, rozando su piel hasta que el vestido cayó al suelo.

Amanda se negó a volverse y enfrentarse al irracional hombre ante el que siempre se rendía, a ver cómo sus ojos le exigían que pusiera un nombre a la relación que ambos mantenían...

Pero, una vez más, al final se dejó arrastrar por el irracional frenesí al que siempre la conducía Chris y cayó ante sus embaucadoras palabras, rindiéndose entre sus brazos a sus caricias y a sus besos, que la conducían al pecado otra vez.

—Sé que no quieres volverte para no mostrarme lo que tus ojos expresan cada vez que te hago el amor —susurró él indecentemente mientras le acariciaba la cintura dirigiendo la mano despacio hacia abajo—, así que simplemente dejaré que hable tu cuerpo y que tus labios guarden silencio ante lo que te niegas a admitir —concluyó, al tiempo que introducía una mano en sus braguitas de encaje, haciéndola gemir ante el placer del leve roce que sus dedos le concedían.

La otra mano subió hacia sus senos y, retirando bruscamente el sujetador, Chris liberó sus pechos haciendo que el frescor del ambiente le erizara los pezones y que la sutil promesa de sus caricias los hiciera estremecer. La traviesa mano del fotógrafo acarició una y otra vez los erguidos pezones mientras los dedos de la otra tocaban cada vez con más ímpetu el húmedo interior de esa mujer que se negaba a gritar su nombre, haciendo que moviera las caderas contra la pecaminosa mano que la guiaba hasta el placer.

Amanda trataba de mantener los brazos inmóviles sobre la puerta, pero ante el goce que estaba recibiendo, apenas fue capaz de evitar arañar la lujosa madera contra la que se apoyaba temblorosamente.

Chris acarició una y otra vez sus senos con sutiles caricias que la llevaron a

pedir más, y sólo cuando sus dedos jugaron hábilmente con ellos torturándolos con leves pellizcos, ella gimió de placer. Al oír sus jadeos, Chris no pudo resistirse a acercar más su cuerpo al trasero de esa irracional mujer que lo volvía loco para que notara la evidencia de su deseo. Sus dedos se adentraron bruscamente en ella, haciéndola gritar mientras no dejaba de agasajar su clítoris.

Cuando Amanda comenzó a rozar su trasero contra su erguido miembro, Chris marcó un ritmo en sus caricias, entrando y saliendo de su cuerpo cada vez con más celeridad, haciendo que ella convulsionara sobre su mano y alcanzara un pequeño orgasmo mientras gritaba su nombre.

Chris no dejó descansar el tembloroso cuerpo de la modelo y, con impaciencia, desgarró su delicada ropa interior con brusquedad. Luego, liberando su miembro, simplemente la penetró de una fuerte embestida.

Amanda gimió sorprendida por la invasión, pero él no tardó en guiar su pelvis marcando un nuevo ritmo hacia el éxtasis. Ella apoyaba las manos fuertemente sobre la puerta, que era lo único que impedía que cayera al suelo. Cuando sus caderas buscaron el placer que Chris le ofrecía moviéndose junto a él en el camino hacia la cúspide del placer, sus piernas apenas aguantaron el ímpetu.

De repente, él salió de su interior y, tras besarle cariñosamente los hombros, le dio la vuelta para enfrentar su mirada. La cogió entre sus brazos, apoyó su espalda contra la puerta y, sin poder evitarlo, entró nuevamente en su voluptuoso cuerpo, pero esta vez marcando un ritmo más lento y pausado que la hiciera delirar.

Ante los gemidos que salían de los labios de ella, Chris simplemente sonrió mientras colocaba sus brazos alrededor de su cuello y entrelazaba sus hermosas piernas en su cintura.

—Así está mucho mejor —declaró sin dejar de moverse a la vez que se enfrentaba a esos atrayentes ojos azules que siempre le confesaban lo mismo cuando cedían al placer.

—¿Qué es lo que dicen mis ojos? —preguntó Amanda confusa tras percatarse de la profunda mirada de su amante.

—Que, por más que tú quieras negarlo... —comenzó él, cogiendo una mano de Amanda y entrelazándola con la suya hasta apoyarla en la puerta para que ella pudiera observar lo unidos que realmente estaban—, nos pertenecemos el uno al

otro —finalizó.

Y, acallando las posibles protestas de Amanda con un beso, aumentó el ritmo de sus embestidas conduciéndola hacia un nuevo y arrollador orgasmo en el que ambos cedieron a la pasión de sus cuerpos.

Tras dejarla lánguidamente satisfecha en su cálida cama cubierta con las sábanas de la rendición, Chris se subió la cremallera de los pantalones y dijo arrogantemente a la mujer que le sonreía desde allí:

—Ahora me voy para que puedas tener esa cita que tanto ansías. Y recuerda esto cuando intentes negarme en los brazos de otro...

Tras esas palabras, el fotógrafo se alejó de la mujer que amaba y a la que no podía convencer para que olvidara que alguna vez habían sido enemigos con el objetivo de firmar una tregua en la que al fin pudiera confesarle su amor.

## CAPÍTULO 13

Desnuda entre las sábanas de mi cama, me preguntaba cómo era posible que hubiera caído una vez más en las redes de ese hombre que siempre me seducía con sus palabras.

En mi frío lecho, eché de menos los cálidos y protectores brazos que me resguardaban después de hacer el amor, y me pregunté si lo que sentía por ese hombre era algo más aparte de una simple atracción. Meditaba sobre el loco palpar de mi corazón cada vez que Chris estaba a mi lado, sobre esos irracionales celos al verlo junto a otra mujer, sobre ese deseo de que solamente me mirase a mí, o mi continua rendición ante sus avances... ¿Sería todo eso algo más a lo que simplemente me negaba a darle un nombre porque tenía miedo?

Después de la muerte de mis padres había permitido que muy pocos se acercaran a mí. Solamente la insistente Evie, mi tozudo tío Dominic y mi tenaz tía Iris habían conseguido hacerse un hueco en mi corazón, algo a lo que yo me había resistido durante mucho tiempo porque tenía miedo. Miedo de querer nuevamente a alguien para luego perderlo. Cuando de nuevo confié en que las personas que amaba nunca me abandonarían, mi tía me dejó tras un largo año de lucha contra el cáncer, y todos mis temores del pasado volvieron a mí.

No quería amar a nadie más, y me preocupaba constantemente por las personas que ya formaban parte de mi vida, como mi loca prima y mi excéntrico tío. Tener a Evie a miles de kilómetros de mí y a mi tío Dominic perdido por algún recóndito lugar era algo que me inquietaba enormemente, aunque ante todos mostrase la fría fachada de una altiva modelo a la que nada le importaba.

Chris había sido alguien inesperado en mi vida, alguien que se había hecho un hueco detrás de mi sólida barrera emocional a base de pura cabezonería. Él

me distraía de mi objetivo, me confundía y me hacía olvidar la apariencia fría, impasible e inalcanzable que yo pretendía mostrar.

Ese hombre parecía ser el único que me conocía de verdad, y eso me asustaba. Él sabía cuándo temía algo, cuándo estaba triste, cuándo alegre o enojada... y, sobre todo, cuánto lo deseaba y que no podía resistirme a él. Y, a pesar de todo, yo me negaba a expresar que lo que sentía por él podía ser amor, y él, necia e incansablemente, continuaba empeñado en permanecer a mi lado para conseguir hacer aparecer en mi rostro esa sonrisa verdadera que muy pocos habían llegado a contemplar de cerca.

Tal vez si sonreía para Chris él se alejaría al fin de mi lado y yo podría dejar de preocuparme por la idea de estar enamorada. Pero ese hombre siempre intuía lo que mi sonrisa ocultaba, y si dejaba entrever mis sentimientos en ella, estaba segura de que jamás se separaría de mí. Y la verdad es que yo no me sentía todavía preparada para amar a nadie.

Mientras mi confusa mente cavilaba sobre qué sentía mi corazón hacia ese hombre, algo a lo que mi cuerpo se apresuraba a contestar cuando me rendía ante su seducción, alguien tocó a la puerta de mi habitación y, por unos instantes, mi corazón latió como loco.

Decidida a hacerlo esperar, antes de abrir me puse con mucha tranquilidad uno de esos esponjosos albornos blancos que los hoteles de lujo ofrecían a sus clientes. Pero, cuando lo hice, comprobé que no era Chris quien se hallaba frente a mi habitación, sino Ian, que, mostrándome una de sus hermosas sonrisas, me invitó amablemente a cenar con él. Estuve a punto de rechazarlo, hasta que vi que Chris se dirigía hacia mi habitación con paso decidido y se quedaba paralizado al ver la escena que se desarrollaba delante de él.

—Claro que sí, Ian, iré a cenar contigo con mucho gusto. No tengo ningún compromiso y me encantará rememorar los viejos tiempos —respondí, insinuándole a Chris que entre Ian y yo había habido una historia.

—¡Genial! No sabía si aceptarías mi invitación, ya que pareces muy cercana a ese fotógrafo tuyo —repuso él sin percatarse de que Chris estaba a su espalda.

—Ah, no te preocupes: esa relación es sólo de trabajo —apunté, rechazando la inquisitiva mirada con la que Chris reprendía mi comportamiento.

Por supuesto, él no podía quedarse sin responder a mis provocaciones ni dejar las cosas como estaban, de modo que, apartando a Ian de su camino, me

cogió impetuosamente entre sus brazos y me besó, lo que hizo que mi cuerpo ardiera como solamente él podía conseguir. Sonrojada, me abandonó como minutos antes había hecho en esa desolada cama, no sin antes expresar su opinión:

—Cariño, a lo que hemos compartido antes en esta habitación se le llama «sexo», no «trabajo». Te lo recuerdo por si, en un futuro, no sabes qué nombre darles a los momentos que pasamos juntos.

Tras la vergonzosa escena, me encerré de nuevo en mi habitación y me apoyé aturrida contra la puerta, más decidida que nunca a demostrarle a Chris que los instantes que pasaba entre sus brazos no me importaban nada, aunque no me lo creyese ni yo.

\* \* \*

Iba ya por mi tercer whisky en la lujosa barra del bar de ese elegante hotel que yo mismo había elegido, con gran desacierto por mi parte, todo hay que decirlo..., pero ¿quién demonios iba a decirme a mí que un tipo que formaba parte del pasado de Amanda se cruzaría en su camino precisamente allí?

Sabía que no se había acostado con él, ya que yo era su primer y, por ahora, único amante, pero nada me aseguraba que no lo haría en el futuro, y más aún cuando ella negaba constantemente que entre nosotros hubiera una relación más allá del sexo.

Torturado por ese pensamiento, no paraba de especular acerca de la cita que Amanda tenía esa noche con el tal Ian, así que, cuando el camarero se acercó a llenarme nuevamente el vaso, lo invité amablemente a que dejara la botella junto a mí.

—Chaval, ¡estás hecho un asco! —dijo alegremente Doc de pronto, dándome una fuerte palmada en un hombro.

Después de esa nada sutil afirmación, se apoderó de mi botella y, sentándose junto a mí, se tomó la libertad de pedir un vaso al camarero antes de añadir:

—Y, normalmente, cuando eso ocurre suele ser por culpa de una mujer...

—No me digas... —repliqué con ironía vaciando de nuevo mi vaso, tras lo que lo golpeé con fuerza sobre la barra para reclamar más de ese mejunje que me haría olvidar que posiblemente en esos instantes la mujer que amaba debía de

estar entre los brazos de otro.

—¿A que adivino quién es ella? —dijo Doc burlón, sabiendo perfectamente que la locura de mi enamoramiento era evidente para todos, excepto, claro estaba, para mi modelo.

—No creo que haya que ser muy listo para saber quién es la mujer que me vuelve loco.

—¡Pero, amigo mío, ¿a qué hombre con sangre en las venas no lo vuelve loco Amanda Black?! —preguntó retóricamente ese energúmeno, aumentando con ello mi preocupación al recordar la multitud de tipos que no dudarían en acercarse a ella en cuanto volviéramos a Nueva York—. Creo que has ido a enamorarte de una mujer muy caprichosa. Tal vez deberías olvidarla antes de que te rompa el corazón —aconsejó Doc mientras me señalaba a la culpable de mis males, que en esos momentos pasaba despreocupadamente junto a la barra en la que me hallaba en dirección al restaurante del hotel. Y, por supuesto, y como no podía ser de otro modo, iba acompañada del hombre que se había declarado mi rival.

—No es caprichosa. Amanda es indecisa, dulce, cariñosa y, en ocasiones, también algo infantil. Una mujer muy difícil de olvidar cuando ya te ha robado el corazón.

—¡Vaya! Al parecer, la conoces muy bien —comentó Doc algo confuso.

—La conozco mejor que ella misma. Con mi cámara saco a relucir una faceta suya que ella nunca creyó tener y que en verdad le asusta mostrar a otros. Cuando estoy cerca de ella, la pongo nerviosa hasta el punto de que se enfrenta a mí sólo para alejarme, y, aunque se niegue a reconocer nuestra relación, yo sé lo que siente por mí, porque sus ojos revelan lo que sus labios niegan.

—Creo que deberías gritarle bien alto cuánto la quieres. Tanto, que no pueda negarse a escucharte —aconsejó Doc neciamente, ya que ignoraba el verdadero problema de mi situación.

—Créeme que lo haría si no fuera porque seguramente se alejaría de mí en cuanto oyera salir de mi boca esas palabras.

—Entonces ¿qué piensas hacer para conseguir enamorar a esa mujer?

—Seguir mostrándole esa parte de ella que ignora, y recordarle que solamente yo puedo hacer que salga a relucir.

—No creo que ese plan funcione demasiado bien —opinó Doc, señalándome

de nuevo a Amanda, que se alejaba con Ian.

—No te preocupes: soy bastante persistente, no desisto con facilidad.

—Tal vez en esta ocasión deberías hacerlo —dijo Doc. Y por unos instantes su tono sonó un tanto amenazador mientras retenía mi brazo cuando yo intentaba seguir a la pareja hacia el restaurante.

—No lo haré —repuse—, porque quiero ver de nuevo la hermosa sonrisa que una vez me conquistó.

—¿Y qué harás si contemplas esa sonrisa que tanto anhelas dirigida a otro?

—Creo que ése sería el momento en que renunciaría a ella. Pero, mientras tanto, no dejaré a mi querida modelo entre las garras de otro, y, ya que soy su fotógrafo, creo que debo protegerla de las indecencias de cualquier otro hombre que no sea yo. Así que, si me permites... —repliqué, deshaciéndome del agarre de ese individuo que me miraba reprobadoramente a pesar de no tener motivos para ello—, creo que tengo que ir a estropear una cita —indicé, alejándome alegremente para poner fin a una idílica velada que desde el principio no tendría que haber tenido lugar.

\* \* \*

El ambiente del elegante y sofisticado restaurante del hotel era ideal para las parejas: luces tenues, armoniosa música procedente de un piano y eficientes y silenciosos camareros, a lo que había que sumar un exquisito menú elaborado por los chefs más prestigiosos del mundo. Todo ello hacía de éste un lugar perfecto para la íntima charla de un reencuentro, un delicioso entorno del que habían disfrutado Amanda e Ian hasta el momento.

Mientras hablaban de lo que había sucedido en sus vidas a lo largo de los años hasta haber vuelto a encontrarse, Ian le preguntó a ella acerca del molesto desconocido que aseguraba ser su fotógrafo, algo muy llamativo en su caso, puesto que siempre se había negado a ser la modelo de otro que no fuera su adorado tío.

—Por lo que veo, al fin has cambiado de opinión y comienzas a trabajar con otros fotógrafos, aunque déjame decirte que no me gusta mucho tu elección —

comentó intentando averiguar por qué, de entre todos los profesionales, Amanda había acabado eligiendo a ese arrogante individuo.

—La relación entre Chris y yo es algo complicada. Él es algo así como...

—Un incordio —finalizó Ian por ella cuando vio al objeto de su charla dirigiéndose hacia ellos con una impertinente sonrisa, sin duda muy dispuesto a fastidiarles la agradable velada.

—¿Interrumpo algo? —preguntó Chris con sarcasmo mientras se sentaba entre ellos, haciendo evidente lo poco que le importaba perturbar el armonioso ambiente—. Como veo que aún estáis con la comida y no habéis llegado a los postres, es obvio que no.

—Creo que lo que es obvio es que sobras —manifestó con enfado Ian, dedicándole una amenazadora mirada al intruso.

—Siento discrepar —respondió Chris sonriendo imperturbable mientras pedía al camarero con una sutil seña que se dirigiera hacia la mesa—. Yo siempre voy a donde va mi modelo. Si no lo hiciera, ¿quién sabe lo que podría pasar? Tal vez algún perverso podría intentar aprovecharse de ella.

—¡Sé cuidar muy bien de mí misma! —intervino Amanda, ofendida.

—¿Estás totalmente segura de que ningún sinvergüenza es capaz de embaucarte? —insinuó Chris, refiriéndose a todas las ocasiones en las que ella se había rendido a él.

—Estoy del todo segura de que eso no volverá a pasar —declaró la modelo, enfrentándose con furia a su ladina sonrisa a la vez que se levantaba de la mesa para tomarse un respiro en el baño de señoras, un lugar adonde su persistente fotógrafo no podría seguirla.

Mientras se disponía a ello, tuvo la oportunidad de vengarse de Chris y de sus impertinencias cuando, como era habitual, un admirador se le acercó para pedirle un autógrafo y le preguntó por su compañía.

—¿Quiénes son tus acompañantes, Amanda?

—¿Que quiénes son? ¿No es obvio? Mi amante, por supuesto —respondió ella, melosa, señalando a Ian.

—¿Y él? —insistió el admirador, algo confuso ante la atrevida respuesta de la modelo, apuntando al otro hombre de la mesa.

—¡Ah! Él es simplemente mi fotógrafo... —concluyó ella, concediéndole a Chris el título que tanto le había reclamado desde el principio.

Sin embargo, al parecer, los hombres nunca estaban contentos cuando alcanzaban sus deseos, ya que Chris gruñó molesto mientras fulminaba con la mirada al curioso admirador hasta lograr espantarlo.

—Tú y yo sabemos que eso es mentira —susurró al oído de Amanda, reteniéndola por unos instantes a su lado.

—Sí, pero todavía estoy a tiempo de hacer que sea una realidad, ¿no crees? —replicó ella con altivez antes de alejarse de su lado.

Y, mientras Amanda caminaba orgullosamente hacia los servicios, Chris no pudo evitar volver su rostro airado hacia su rival para recordarle que la insinuante afirmación de su modelo nunca llegaría a ser cierta mientras él estuviera cerca.

—Por lo visto, no la conoces tan bien como creías —musitó burlescamente Ian, mostrando una maliciosa sonrisa hacia el gesto de enfado de Chris. Y, sin prestarle mucha atención, prosiguió con su comida—. Amanda solía bromear con eso para espantar a los curiosos cuando se le acercaban para hacerle preguntas impertinentes sobre su vida privada. Por lo que parece, no se ha deshecho de esa mala costumbre, y con el paso de los años ha adquirido otras... —declaró Ian, mirando fijamente a Chris por si éste no se daba por aludido.

—La conozco mejor que nadie, por eso te digo desde ya que ella nunca será tu amante.

—¿Y si lo que quiero no es sólo su cuerpo, sino también su corazón? —preguntó Ian revelando sus sentimientos.

—Pues lo siento por ti, porque yo quiero los dos y no estoy dispuesto a entregárselos a nadie —sentenció Chris, negándose en redondo a alejarse de su modelo.

—Entonces que el mejor se quede con ella —propuso altivamente Ian.

—Creo que en eso estás en desventaja, ya que yo soy el mejor —manifestó Chris con arrogancia.

—Sí, pero, según Amanda, tan sólo eres el mejor fotógrafo. Y creo que hasta en eso tiene sus dudas —señaló Ian con una maliciosa sonrisa poco antes de guardar silencio ante la llegada de la modelo, lo que dio inicio a una fuerte rivalidad entre esos hombres por conquistar su distante corazón.

\* \* \*

Cuando regresé a la mesa para terminar de deleitarme con mi deliciosa cena, me sentía totalmente dispuesta a ignorar a ese molesto idiota que se había acomodado a mi lado. El amable Ian se incorporó como el caballero que era y retiró mi silla con delicadeza. Chris intentó imitar de inmediato sus amables modales, de los que, por otra parte, carecía, y, levantándose también de su asiento, cogió el otro extremo de mi silla mientras fulminaba a Ian con la mirada.

No sabía acerca de qué habrían estado hablando esos dos mientras me encontraba en el lavabo, y lo último que pensé es que eso se convertiría en una competencia por ver cuál de ellos me agasajaba más con sus palabras, sus comportamientos o sus regalos.

Me quedé de pie como una idiota hasta que me volví hacia ellos, los fulminé con la mirada y finalmente les arrebaté la silla para tomar asiento de una vez y poder terminar mi cena.

A partir de ahí, Ian intentó mostrarme sus mejores modales, mientras Chris... Chris solamente me sacaba de quicio exagerando cada una de las amables palabras y los gestos de mi acompañante, como si tuviera que demostrarme que todo lo que Ian pudiera ofrecerme él podía duplicarlo.

Mientras el piano tocaba una conmovedora melodía de fondo, Ian llamó con un chasquido de dedos a una bonita chica que se encargaba de vender rosas a las parejas y, ofreciéndome una de las más hermosas, me dedicó unas dulces palabras que me hicieron sonrojar:

—Sin duda, esta rosa nunca podrá hacer sombra a la hermosa mujer en la que te has convertido al florecer.

Sin poder evitarlo, sonreí ante ese bonito detalle mientras acercaba la rosa para deleitarme con su aroma. En ese momento Chris se levantó bruscamente de la mesa y, cuando creí que al fin había captado la indirecta de que sobraba en ese lugar, comprobé con sorpresa que sólo se había marchado para comprar el canasto de rosas entero. A continuación, tras depositarlo a mis pies, susurró maliciosamente en mi oído una deshonesto proposición ante la que no pude evitar ruborizarme:

—Siempre he querido hacerte el amor entre pétalos de rosas para que tu cuerpo quedara enterrado en ellos y yo pudiera descubrirlo poco a poco deshojando tu desnuda belleza.

Turbada por esas atrevidas palabras, que me recordaban sus ardientes caricias, apenas pude concentrarme en mi comida, de modo que, tras dejarla a un lado, pedí el postre para poner fin de una vez a esa velada y huir a mi habitación.

Cuando me trajeron la *mousse* de chocolate, una tentación en la que caía muy pocas veces pero que en esos instantes necesitaba, Ian se acercó a mí y, sorprendiéndome, limpió amablemente con su servilleta un resto de chocolate que se me había quedado en los labios mientras me decía mirándome a los ojos:

—No podemos dejar que un dulce tan especial se desperdicie...

Debo reconocer que sus hermosas palabras me cautivaron, hasta que una insolente voz susurró tentadoramente en mi oído:

—Déjame probar tu postre...

Y, sin esperar a mi respuesta, Chris guio uno de mis dedos hacia la *mousse* para luego lamerlo detenidamente mientras se deleitaba con su sabor, recordándome cómo unas horas antes había hecho lo mismo por todo mi cuerpo.

Asombrada por su descaró, retiré con brusquedad la mano escondiéndola lejos de él y de su pecaminosa boca, a lo que Chris contestó dirigiéndome una maliciosa sonrisa mientras se apoderaba de mi postre y lo acababa por mí.

Percatándose de lo avasallador que podía ser Chris, Ian llamó al camarero y se hizo con la cuenta. Acto seguido, tras pagar nuestra cena y la del individuo que se nos había acoplado, como todo un caballero, Ian decidió acompañarme hasta la habitación. Por su parte, Chris se negaba a dejarme sola con la excusa de protegerme de los indeseables que pudiéramos encontrarnos por el camino.

Finalmente, una vez frente a la puerta de mi habitación, me encontré con dos hombres que pretendían que eligiera con quién terminar la velada. Pero, sin saber aún por qué mi cuerpo solamente podía excitarse con el más sinvergüenza de ellos y que tal vez también fuera el menos indicado para mí, los rechacé a ambos, alejándome de un hombre bastante adecuado al que en verdad no quería engañar cayendo en sus brazos únicamente para olvidar a otro inapropiado que yo siempre quería alejar de mí.

—Buenas noches y muchas gracias por la maravillosa cena —dije amablemente dirigiéndome a Ian.

—De nada, y recuerda que mañana tienes que madrugar —contestó Chris, interrumpiendo mi despedida mientras fulminaba a Ian con la mirada y se cruzaba de brazos muy dispuesto a no marcharse de allí hasta que mi cita hubiera

concluido.

—Ha sido una maravillosa reunión que espero repetir mientras estés aquí —respondió Ian para después besar caballerosamente el dorso de mi mano.

Me sentí de nuevo abrumada por sus exquisitos modales, hasta que me percaté de que mi impulsivo fotógrafo daba un paso hacia mí y, conociendo sus locuras, me apresuré a adentrarme lo más rápidamente posible en mi habitación para alejarme de él, porque, tal vez si Chris volvía a besarme como siempre hacía, yo me rendiría a él y al final no me importaría ninguna otra cosa que no fuera repetir la insensatez de ese apasionado éxtasis que siempre nos embargaba cuando sucumbíamos a la atracción de nuestros cuerpos.

\* \* \*

—Y así es como se conquista a una mujer... ¡Bravo! —se vanaglorió Ian, riéndose de mí cuando mis avances hacia Amanda fueron detenidos por un brusco portazo con el que ella se despidió de mí.

—No creo necesitar lecciones de nadie para conseguir algo de ella —declaré bastante molesto dirigiéndome a mi rival.

—No, ya veo que tú solo te bastas y te sobras —se burló, señalando con sorna la puerta que se había cerrado ante la efusiva despedida que pretendía darle a Amanda y que finalmente se había quedado en nada por su rechazo.

—Lo admita ella o no, yo soy su amante. Así que, ¿por qué no nos haces un favor a los dos y te alejas de ella para no confundirla más de lo que ya lo está?

—Lo importante no es que ahora mismo seas su amante, sino por cuánto tiempo vas a seguir siéndolo... Y, para tu información, te diré que es muy fácil borrar el recuerdo del primer amante de una mujer: simplemente tienes que ser el último.

—Yo seré su primer y último amante —afirmé con contundencia.

—Eso tendrá que decidirlo ella —replicó ese tipo con una sarcástica sonrisa mientras me señalaba la puerta que permanecía cerrada delante de nosotros—. Será mejor que nos comportemos como unos caballeros y la dejemos descansar —finalizó, retirándose hacia un lado del pasillo mientras yo me dirigía con furiosas pisadas en sentido contrario.

Cuando llegué frente a la puerta de mi habitación, recordé una cosa que me

hizo recapacitar sobre todas las estupideces que había llevado a cabo para demostrarle a Amanda que yo era la mejor elección.

—¿A quién quiero engañar?! ¡Yo no soy un caballero! —exclamé en voz alta volviendo sobre mis pasos y dispuesto a comportarme como el sinvergüenza que había conquistado el cuerpo de Amanda, aunque ella aún se negara a entregarme su corazón.

\* \* \*

Hacía tan sólo un minuto que Amanda había cerrado la puerta de su habitación, apenas le había dado tiempo a despojarse de su vestido y a arrojar despreocupadamente sus tacones por el suelo cuando alguien comenzó a llamar tan impulsivamente como solamente Chris era capaz de hacer.

La modelo se negaba a abrir para dejarlo entrar nuevamente en su vida como hacía cada vez que se rendía a sus encantos, pero, como siempre, las palabras de un sinvergüenza que posiblemente la conociera mejor que nadie la tentaron a que abriera esa puerta que ella había interpuesto entre ellos únicamente para alejar a Chris tanto de su vida como de su reticente corazón.

—Amanda, sé que estás ahí. Déjame entrar.

—No —negó decididamente ella mientras retenía las manos junto a ella para no caer en la tentación de abrir.

—Si me dejas entrar, estoy dispuesto a comportarme como un caballero. Sólo quiero que hablemos sobre lo de esta noche.

—¡Eso no te lo crees ni tú! Te conozco demasiado bien como para caer en una mentira tan obvia.

—¡Mierda, ¿por qué tienes que conocerme tan bien?! —se quejó él mientras apoyaba la frente en la puerta, revelando así sus verdaderas intenciones.

—¿Acaso no presumes tú también de conocerme mejor que nadie?

—Y así es: conozco esa parte de ti que no le muestras a nadie y eso me reconforta y me confunde por igual, porque hace que quiera más de ti, más de esa persona que únicamente yo puedo ver y que se esconde tan bien de todos, incluso hasta de ti misma.

—Es un contrasentido que digas que una modelo se esconde del mundo, cuando creo que son la clase de personas que más exponen de sí mismas al

público —apuntó ella mientras apoyaba su cuerpo en la puerta que los separaba, sonriendo irónicamente ante las palabras de Chris. Tal vez porque se acercaban demasiado a la verdad.

—En ocasiones lo hacen. Y tú lo haces cada vez que posas ante una cámara, cada vez que posas ante mí...

—¿Y se puede saber cómo consigo ese milagro, según tú?

—Con una sonrisa.

—¿Acaso no es eso lo que siempre buscas de mí?

—No, no quiero esa falsa sonrisa con la que distraes a las masas para que sólo se fijan en tu cuerpo o en tu hermoso rostro. Quiero hacer asomar a tus labios una sonrisa verdadera que muestre que realmente has obtenido esa felicidad que tanto mereces.

—Yo soy feliz, tremendamente feliz, y lo demuestro todos los días, aunque todavía no te hayas dado cuenta de ello —respondió Amanda dolida mientras, sin saber por qué, alguna que otra lágrima recorría su orgulloso rostro.

—Déjame convertir en verdad esas palabras y deshazte de esta inútil barrera que interpones entre nosotros cuando sabes que me necesitas.

—Yo no necesito a nadie.

—Pues entonces abre la puerta y mírame a los ojos mientras me rechazas, ¿o acaso eres una cobarde? —la provocó Chris, sabiendo que ella nunca podría ignorar su reto.

Acto seguido, la puerta, que solamente representaba una de las barreras que Amanda levantaba en su camino, se abrió.

Chris miró con una sonrisa cómo su orgullosa modelo trataba de esconder sus confusas lágrimas de él, pero, sin que pudiera evitarlo, una de ellas rodó por su mejilla.

Las manos del fotógrafo, tan impetuosas como siempre, acogieron el rostro de la mujer que amaba y limpiaron el rastro de tristeza que ella intentaba esconder de todos.

—Déjame borrar esas lágrimas aunque sólo sea por esta noche —susurró suplicante Chris, decidido a perderse una vez más en el cuerpo de la mujer amada.

—Esa propuesta nunca la haría un caballero —murmuró ella, sonriendo levemente ante el recuerdo de las mentiras que Chris era capaz de gritar frente a

su puerta con tal de que ésta se abriera ante él.

—Creí que me conocías mejor: yo nunca seré un caballero, porque entonces tal vez te permitiría marcharte de mi lado. Prefiero ser un sinvergüenza y quedarme contigo —confesó él justo antes de apoderarse de los labios de Amanda y besarlos tan apasionadamente como había tenido intención de hacer antes de que ella huyera de nuevo.

Y, mientras sus ardientes caricias la llevaban de nuevo a gozar de lo prohibido, Amanda se dejó guiar hacia la cama de su habitación, donde ese hombre la haría olvidar cada uno de sus miedos y de sus penas tal y como le había prometido, porque, en medio de la desbordante pasión que siempre los embargaba, no había espacio para nada más que no fuera el placer y el deseo.

## CAPÍTULO 14

Cuando desperté desnuda junto a Chris, no me podía creer que hubiera caído, ¡de nuevo!, en el error de acostarme con él. Por unos minutos me negué a abrir los ojos y simulé estar dormida para ver si él se comportaba por una vez como ese profesional que tanto aseguraba ser y se marchaba de la habitación para preparar su trabajo y darme el espacio que necesitaba en esos momentos.

Aparentando que todavía dormía profundamente, me moví haciéndome con un espacio mayor en la cama y, cuando noté que él se acercaba a mí, le propiné una impetuosa patada con la que lo arrojé al suelo, a juzgar por el estruendoso golpe que se oyó. Sonriendo ante la imagen que representaba ese orgulloso sujeto caído desnudo a mis pies, me estiré ocupando todo el colchón para que Chris captara la indirecta de que ya no había lugar allí para él. Y, sin dejar de apretar fuertemente los párpados, seguí disimulando y fingiendo que estaba dormida.

No obstante, para mi desgracia, él siempre sabía cómo contestar a mis jugarretas, y finalmente me vi obligada a abrir los ojos al sentir el frío procedente del aire acondicionado azotando mi cuerpo cuando él me arrebató las sábanas que ocultaban mi desnudez y justo después de oír el característico clic de una cámara fotográfica. Asombrada, me di cuenta de que ese perverso estaba tomándose fotografías desnuda.

—¿Se puede saber qué crees que estás haciendo? ¿Y qué hace esa cámara en mi habitación? —interrogué airadamente mientras ocultaba mi cuerpo detrás de una gran almohada, lo único que quedaba en la cama para ocultar mi desnudez.

—La he traído de mi habitación mientras dormías. Pensaba pedirte permiso para sacarte unas cuantas fotografías esta mañana, pero como tenías un sueño tan

profundo, me he tomado la libertad de plasmar esa hermosa imagen con mi cámara —respondió Chris socarronamente, mostrándome una ladina sonrisa que indicaba que sabía desde el principio que yo fingía estar dormida, sin dejar en ningún momento de tomar decenas de fotografías de mí.

—¡Tienes totalmente prohibido fotografiarme fuera del horario de trabajo, y más aún tomar imágenes mías desnuda!

—¿Por qué? Si tú me has fotografiado a mí en todo mi esplendor... —me recordó mientras señalaba burlonamente su desnudez, haciendo que la única parte de su cuerpo que quedara oculta fuera su erecto miembro detrás de la gran cámara que colgaba de su cuello—. Si quieres, cuando termine, te dejo coger mi aparato de nuevo y hacer lo que quieras con él —añadió con descaro, dejándome claro que su propuesta no carecía de un doble sentido.

—¡Dame eso ahora mismo! —le ordené, extendiendo una mano para que ese insensato depositara en ella su cámara y yo pudiera borrar las pervertidas fotografías que me había hecho.

Pero, cuando vi lo que ese energúmeno ponía en mi mano, la retiré ofendida y pasé a golpearlo una y otra vez con el gran almohadón con el que cubría mi cuerpo, sin importarme en absoluto volver a mostrarle mi desnudez.

—¡No me refería a esa herramienta en concreto, sino a tu cámara, idiota! —le grité mientras lo golpeaba con más fuerza para que no le cupieran dudas.

—No especificaste qué querías, y esta herramienta siempre está dispuesta para ti —se defendió él, burlón.

Al oírlo, decidí pegarle con más contundencia, esta vez en la cabeza, a ver si así le entraba algo de lucidez y dejaba de comportarse como un idiota, cosa que tampoco funcionó, ya que mis golpes únicamente lo hacían reír.

Continué descargando mi rabia sobre él hasta que no pude evitar sonreír por lo estúpido de la situación, lo que Chris aprovechó para arrebatarme la almohada y aprisionarme debajo de su cuerpo, mostrándome que en ninguna de las fotos que almacenaba en la cámara aparecía desnuda.

Cuando las hube visto, disculpé un poco su loco comportamiento, hasta que después de abandonarme entre sus brazos a uno más de sus abrasadores besos me percaté de que el condenado había apagado el despertador, con lo que llegaríamos tarde a la sesión.

Corrí al baño dispuesta a arreglarme en el menor tiempo posible, pero Chris

se interpuso en mi camino y, cargándose sobre su hombro, se dirigió a la ducha.

—¡Pero ¿qué haces?! —pregunté desde mi precaria posición un tanto inquieta, recordándole que no teníamos tiempo para nada.

—No te preocupes: las dos son a prueba de agua —contestó el muy perverso, señalándome que su cámara aún seguía colgada de su cuello y que su erección había aumentado de tamaño con los juegos a los que nos habíamos abandonado esa mañana.

\* \* \*

Después de verme expulsado airadamente de la ducha cuando lo único que pretendía era alegrar un poco la mañana con alguna de las perversiones que Amanda siempre me atribuía, observé, tumbado en la cama, cómo ella corría a arreglar su siempre impecable aspecto para acudir al trabajo.

—No hace falta que corras tanto: puedo asegurarte que hasta que el fotógrafo llegue no empezará la sesión que estaba programada para... ¿las ocho? —comenté despreocupadamente viendo que el reloj de la habitación marcaba las diez de la mañana y que indudablemente llegaríamos con algo de retraso.

—Y entonces ¿por qué no estás vistiéndote ya? —preguntó ella mientras me dirigía una reprobadora mirada, algo que no sirvió de mucho, ya que, mientras lo hacía, se colocaba un insinuante tanga que me hizo preguntarme qué pasaría si volvía a atraerla una vez más a la cama.

—Estoy esperando a que cambies de opinión y decidas hacerme el hombre más feliz del mundo también esta mañana —insinué a la vez que fotografiaba de nuevo su precioso rostro enfadado.

—¡Baja esa cámara, deja de hacer el tonto, vístete y sal de mi habitación! —ordenó Amanda mientras se cubría con un bonito vestido, acabando así con toda mi diversión.

—Creí que te gustaba verme desnudo... —dije sugerentemente mientras me incorporaba para después acercarme a ella decidido a convencerla de que, por un día, olvidáramos nuestro trabajo en pos del placer.

Amanda echó a andar entonces de espaldas, alejándose de mí y de mis convincentes brazos, que siempre conseguían que se rindiera a una abrasadora pasión.

—¡Te lo advierto, Chris! Esta vez no pienso dejarme convencer —afirmó reprobadoramente, aleccionándome con un dedo que no pude resistirme a morder sensualmente para derribar cada una de sus defensas.

Y, tras oír un gemido proveniente de los labios de Amanda, me acerqué a ella con una satisfecha sonrisa, muy dispuesto a conducirla nuevamente al goce que tan sólo podíamos encontrar el uno en brazos del otro. Sin embargo, para mi sorpresa, esa exasperante mujer que siempre me hacía frente y se me resistía, abrió la puerta de su habitación con celeridad y me expulsó de ella hacia el pasillo, sin importarle nada que mi indumentaria consistiera en una pequeña toalla que apenas tapaba lo necesario y mi cámara.

Ante la estupefacta señora de la limpieza, que pasaba con su carrito justo en ese momento, me dirigí a mi reticente enamorada, que seguía empeñada en alejarme de su lado:

—¡Vamos, cariño! ¡¿Qué va a pensar de esto la gente que pase por el pasillo?! Total, sólo porque he intentado sacarte una fotografía desnuda... — manifesté.

Ante la curiosa mirada de la empleada del hotel, intenté explicar un poco más mi situación para que no llamara a recepción exigiendo que me expulsaran del establecimiento por exhibicionismo.

—Es que soy fotógrafo, ¿sabe? —dije mostrándole mi cámara a la limpiadora para luego volverme hacia la puerta e intentar razonar de nuevo con Amanda—: ¡Venga, cariño! La desnudez es algo totalmente natural y... — continué, con lo que conseguí que la puerta se entreabriera un poco, aunque sólo lo suficiente como para que mi vengativa modelo sacara una mano y se apoderara de mi toalla con gran rapidez, dejándome así totalmente expuesto.

»¡¿En serio?! —grité a la puerta, que se negaba a abrirse.

Finalmente, aunque la empleada que se alejaba de mí parecía estar curada de espantos, creo que alguna de las clientas del hotel que andaban cerca comenzaron a escandalizarse. Así pues, decidí hacer lo más razonable y, ocultando un poco mi miembro con la cámara, me marché hacia mi habitación para coger algo de ropa y disponerme a hacer el trabajo que mi convincente modelo me había persuadido para realizar esa mañana.

\* \* \*

—Le garantizo que Chris Jones es un fotógrafo de lo más serio y profesional y que las habladurías acerca de sus locuras con esa modelo son sólo un rumor sin fundamento alguno —aseguraba Davis mientras cruzaba los dedos para que Chris no cometiera alguna estupidez delante del director de ese proyecto que tanto dinero y prestigio les acarrearía una vez finalizado el trabajo.

—No sé qué decirle. Por lo que he oído, sus sesiones fotográficas son algo inusuales. Creo que, en la última, su fotógrafo se peleó con otro hombre y espantó a la modelo. Y el hecho de que usted haya volado hasta aquí para vigilar a su representado no me inspira mucha confianza, señor Miles.

—¡Oh, no! No he venido para eso, estoy absolutamente seguro de que Chris está haciendo su trabajo tan profesionalmente como siempre —afirmó Davis mientras rogaba que sus palabras fueran ciertas y que, por una vez en su vida, Chris trabajara con algo de seriedad—. Tan sólo he venido para hablar con Chris de otro proyecto en el que estaríamos interesados en participar. Después de todo, ahora es un prestigioso fotógrafo cuya modelo no es otra que la famosa Amanda Black —comentó Davis, usando el cebo de la presencia de Amanda, que atraía a todos los anunciantes.

—Si contraté a ese fotógrafo fue especialmente porque Amanda Black era su modelo en exclusiva y yo la quería para esta campaña. Por eso me preocupa que el señor Jones la espante con sus excentricidades y finalmente me quede sin la imagen que deseo.

—¡No se preocupe por eso! Chris es un hombre con un encanto especial y por nada del mundo espantaría a ninguna mujer.

La seria conversación de los dos individuos fue bruscamente interrumpida por el grito indignado de una mujer que pasaba corriendo junto a ellos buscando a los encargados de seguridad del hotel. Apenas extrañados por las extravagancias de algunos de los clientes del lugar, los dos hombres de negocios prosiguieron su camino y su charla y, justo cuando doblaban la esquina en dirección a sus habitaciones, se dieron de bruces con el instigador de los airados gritos de la mujer.

El sublime fotógrafo al que Davis tanto alababa se hallaba frente a ellos, paseándose desnudo despreocupadamente por los pasillos del hotel con su cámara colgando del cuello como única vestimenta que tapaba mínimamente sus

vergüenzas.

—Ya veo el «encanto especial» al que se refiere, señor Miles, pero ¿podría intentar convencer a su fotógrafo de que lo mantenga dentro de sus pantalones por lo menos hasta que acabe con el trabajo? —demandó el empresario, cuestionando cada una de las alabanzas que Davis había dedicado al afamado fotógrafo.

Y, como si Chris hubiera nacido únicamente para fastidiar al agente, en cuanto lo vio sonrió con ligereza hacia el lugar donde él se encontraba y, sin importarle lo más mínimo quién era el individuo con el que estaba conversando, alzó su cámara dirigiéndola hacia él e, igual de bromista que siempre, exclamó:

—¡Davis, sonríe al pajarito!

\* \* \*

Dominic observaba con atención a los culpables de que la sesión fotográfica de esa mañana hubiera comenzado con casi tres horas de retraso, que, para no variar, discutían delante de todos una vez más, convirtiendo la jornada de trabajo en una auténtica batalla. En verdad, a pesar de haber hablado con Chris, Dominic todavía no era capaz de catalogar a ese hombre y de discernir si era o no una buena elección para su sobrina.

Se trataba de un personaje bastante irritante, alguien que sacaba fácilmente de sus casillas a todo el mundo, y más aún ese día, en el que tanto su agente como el organizador de la campaña lo fulminaban con la mirada mientras su modelo no dejaba de discutir con él. Sin embargo, en su irracional forma de ser, Chris tan sólo parecía tener ojos para Amanda.

En esos momentos en los que la empecinada joven insistía en continuar con el trabajo a pesar de que el sol podía dañar su piel por la larga exposición, el fotógrafo se negaba a sacar imagen alguna de ella si no le obedecía y le señalaba inflexiblemente la silla que se hallaba bajo una gran sombrilla y la crema protectora que debía aplicarse de inmediato.

Sin duda, si Dominic hubiera estado en el lugar de Chris, habría hecho lo mismo e insistido una y otra vez a su sobrina en que se tomara ese merecido descanso que únicamente era por su bien.

Desde lejos, observó la discusión que el fotógrafo mantenía con la modelo y

esperó a oír las pertinentes frases con las que Chris debía explicarle amablemente a la chica que esos descansos eran para su seguridad. Ciertamente, como el profesional que era, argumentaría punto por punto con ella hasta hacerla entrar al fin en razón y evitar que su piel fuera maltratada por las inclemencias del sol.

Pero la discusión que había comenzado con una seca orden por parte de ese hombre seguía y seguía y parecía no tener fin.

Dominic dio un paso al frente decidido a hacer entrar en razón a Amanda sin saber si podría conservar o no su disfraz cuando se enfrentara a ella. Pero sus acciones y sus sabias palabras resultaron innecesarias cuando el impetuoso fotógrafo cogió en volandas a la modelo y la llevó al lugar que le había indicado decenas de veces.

—¡Y no te muevas de aquí hasta que yo te lo diga o...! —exclamó Chris amenazadoramente.

—¿O qué? —replicó ella tan retadoramente como siempre, mostrando una satisfecha sonrisa sabiendo que delante de tanta gente Chris no podía hacer otra cosa que no fuera reprenderla.

—¡O más tarde revisaré cada una de las marcas que ha dejado el sol en tu piel! —amenazó él sin importarle airear frente a todos la relación que mantenía con Amanda.

Con ello, consiguió dos cosas: que Amanda se sonrojara profundamente y que, por una vez, obedeciera las indicaciones del fotógrafo, aunque luego no dejara de perseguirlo con su furiosa mirada.

Cuando Chris se acercó a la mesa de las bebidas, junto a la que se encontraba Dominic, cogió dos botellas de agua: una la vació al instante y la otra la sostuvo en las manos mientras observaba desde lejos a su enfurruñada modelo.

—¿No le vas a llevar esa botella? —preguntó Dominic al ver que Chris se resistía a ir hacia ella.

—Sí, sólo voy a esperar unos momentos a que se calme un poco su enfado para que no me la tire a la cabeza —declaró él mientras agitaba la botella en el aire mostrándosela a Amanda, gesto al que ella le respondió volviéndole la espalda.

»¡Mira que es cabezota! —añadió luego entre suspiros, decidido a esperar un poco más antes de acercarse a la arisca modelo.

—Creo que aún es un poco infantil —declaró Dominic, recordando con cariño algunos de los enfados que Amanda había tenido a lo largo de los años en su trabajo.

—Sí. Por lo visto, su tío la ha mimado demasiado y la ha sobreprotegido en exceso —se quejó él, ganándose una mirada enfadada de la única persona a la que no había conseguido molestar esa mañana hasta ese instante.

—Creo que cuando una persona quiere a alguien siempre lo hace —gruñó Dominic excusándose.

—Y hace bien. Hasta ahora, su tío la ha protegido a la perfección, pero cuando la dejó sola se olvidó de un detalle muy importante.

—¿Ah, sí? ¿De qué? —quiso saber Dominic, confuso por sus palabras.

—De que, por muy irritante y altiva que pueda parecer y por mucho genio que demuestre, Amanda sólo es un corderito en un mundo repleto de lobos —manifestó Chris a la vez que señalaba con un gesto de la cabeza a uno de los altivos empresarios que patrocinaban ese proyecto, que se había acercado a Amanda con la excusa de ponerle crema protectora en los hombros, ante lo cual ella se encogía levemente, recelosa de que la tocara otro hombre que no fuera él.

Dominic apretó los puños airadamente a ambos lados de su cuerpo y sus pies avanzaron solos hacia ese tipo que se atrevía a tocar a su sobrina. Sin embargo, una vez más, Chris fue más rápido y se dirigió hacia ellos con una maliciosa sonrisa.

—¿Qué piensas hacer, chaval? —preguntó Dominic con cautela, sabiendo que una palabra más alta que otra podía acabar con ese proyecto.

—Mostrarles a todos que soy el lobo más peligroso y que ella solamente puede ser para mí —anunció Chris con arrogancia mientras se alejaba, lo que hizo que aumentaran las dudas de Dominic acerca de si era digno o no de su sobrina, aunque ahora no albergaba ninguna sobre lo peligroso que podía llegar a ser.

\* \* \*

Traté de no encogerme demasiado mientras el trajeado individuo aplicaba crema solar en mi espalda. Un amable ofrecimiento que no rechacé porque mi torpeza me había hecho llegar tarde esa mañana y no quería que tuviera más

excusas para poner fin a ese trabajo, pues, aunque lo había rechazado en un principio, lo cierto era que podría darle un gran empujón a mi carrera.

Como siempre, mantuve mi postura fría y altiva ante todos mientras sonreía falsamente, pero en mi interior rogaba porque alguien alejara a ese tipo de mí. No me gustaba que nadie se me acercara demasiado, mucho menos que me tocaran, y al único al que le había consentido aproximarse más de lo aconsejable era a ese irrespetuoso fotógrafo que me había abandonado después de una más de nuestras disputas.

Cuando me dispuse a levantarme de la silla con el pretexto de volver al trabajo, el hombre me retuvo y le ordenó a Davis que fuera en busca de una botella de agua para mí, alejando así de ese modo a la única persona que me daba algo de seguridad mientras sus manos volvían a tocarme.

—Señorita Black, creo que deberíamos hablar seriamente sobre su trabajo. No me parece que Chris Jones sea el fotógrafo más adecuado para esta campaña. Quizá, si aceptara cambiarlo por algún otro profesional más cualificado, podríamos colaborar en un futuro en algún otro proyecto. Si usted quiere, podríamos hablar de negocios esta noche durante una agradable cena...

Tal vez habría estado totalmente de acuerdo con él sobre lo inadecuado que era mi fotógrafo si no hubiera sido porque las insinuantes palabras que el rico empresario susurraba en mi oído mientras me sobaba me asquearon. Y también estaba el pequeño detalle de que Chris era mi fotógrafo y yo era la única que podía meterme con él y con su incompetencia.

—¿Señor...? —pregunté mientras me volvía para dirigirle una altiva mirada y dejarle muy claro lo insignificante que era para mí, ya que ni siquiera me había molestado en recordar su nombre.

—Jason Hall, querida.

—Señor Hall, yo sólo me dejo fotografiar por el mejor. E, indiscutiblemente, a pesar de mi reticencia a admitirlo, en estos momentos el mejor fotógrafo de Nueva York es Chris Jones. Así que, lamentándolo mucho, debo rechazar su petición. Continuaré con mi fotógrafo —afirmé levantándome de la silla muy dispuesta a alejarme cuanto antes de ese hombre para no ofenderlo más con mis palabras y que pusiera fin a ese importante trabajo.

—Claro, pero me pregunto si su preferencia no tendrá nada que ver con el hecho de que se acuesta usted con él... —dejó caer insultantemente ese sujeto

mientras retenía mi brazo.

Unas palabras a las que no pude responder porque, en cierto modo, eran verdad.

—Tal vez si trabajáramos usted y yo de una forma más... cercana, sus preferencias podrían llegar a cambiar —continuó insinuantemente el empresario mientras recorría mi cuerpo con una mirada lasciva.

Y, por primera vez, quise esconderme de todos aquellos que me admiraban desde lejos al pensar que alguno podría ser como ese individuo que se hallaba frente a mí.

—¿Qué me dice, señorita Black? ¿Hablamos sobre algún futuro proyecto o le digo a su amante que éste simplemente ha finalizado? —inquirió el señor Hall dejándome fría ante su abierto chantaje.

Me volví hacia ese despreciable sujeto dispuesta a contestarle como se merecía sin importarme nada que Chris me reprendiera por la cancelación del trabajo o que yo perdiera fama y dinero por un proyecto publicitario que no estaba dispuesta a hacer. Pero las palabras que iba a dedicarle a ese idiota no llegaron a salir de mi boca, pues vi con asombro cómo una botella de agua volaba disparada hacia el rostro del señor Hall, lo golpeaba de lleno y acababa con su infame conversación. Enseguida cayó al suelo aturdido por el violento proyectil mientras se oía la guasona advertencia de: «¡Agua va!».

Por si alguien tenía dudas de la procedencia de la botella, Chris se lo dejó claro al señor Hall cuando lo ayudaba a incorporarse mientras le comentaba con tono amenazante y para nada de disculpa:

—Lo siento, pero se encontraba usted en mi camino.

El resultado del atrevimiento de Chris no fue otro más que la suspensión de la campaña.

Su equipo, acostumbrado a que esto pasara a veces, simplemente comenzó a recoger sus cosas mientras Davis, su agente, no dejaba de perseguir a Chris y de reprenderlo a cada instante por su irresponsable conducta, especialmente cuando lo único que quedó de nuestro patrocinador fue la estela de polvo que dejó su coche en el camino.

Tal vez debería haberme ofendido con Chris igual que hacía su pobre agente, o quizá sentirme algo molesta por su comportamiento. Pero, mientras veía cómo intentaba evitar a Davis, sonreí ante alguna de sus palabras.

—¿Se puede saber qué locura te ha dado para que golpearas a ese hombre con una botella de agua en pleno rostro? ¡De verdad que no te entiendo, Chris!

—Ha tocado a mi modelo.

—¡¿Y con eso lo explicas todo?! —preguntó el agente, exasperado, mientras alzaba las manos al cielo en espera de que alguien le concediera la paciencia que necesitaba para tratar con Chris.

Y, dirigiéndole una escrutadora mirada a su amigo, esperó una respuesta racional de su parte, algo que simplemente no ocurrió.

—Sí —confirmó Chris, poniendo punto final a la conversación.

Eso hizo que Davis se alejara maldiciendo a su representado, y solamente cuando Chris se acercó a mí y me envolvió entre sus brazos pude realmente calmarme de mi desagradable encuentro con el señor Hall.

—Dime qué te ha dicho ese imbécil para alterarte tanto —susurró Chris en mi oído, demostrándome que sus ojos veían en mí más de lo que yo pretendía mostrarle.

Por primera vez, simplemente me dejé llevar y me apoyé en esos brazos que tanto deseaban protegerme.

—Te advierto que tengo toda una nevera llena de esos botellines de agua y que soy un as lanzándolos, así que, si te ha ofendido de alguna manera... —bromeó Chris mientras dejaba caer unas cuantas imaginativas amenazas que, sin duda, sería capaz de cumplir.

Decidida a olvidar cuanto antes a ese despreciable y trajeado sujeto, me volví hacia mi loco fotógrafo y declaré tan altivamente como siempre:

—Sólo me ha ofrecido despedir a mi fotógrafo, lo que me ha molestado mucho porque únicamente yo puedo deshacerme de ti.

Acto seguido, eché a un lado mi larga melena y me alejé de él para dirigirme a la habitación del hotel, un lugar al que él estaría más que dispuesto a seguirme para hacerme olvidar las caricias de otro.

\* \* \*

Mientras Amanda se marchaba, sonreí como un estúpido enamorado a la vez que observaba con hipnótica atención el vaivén de sus caderas. No obstante, muy pronto fui despertado de mi ensoñación cuando Doc puso una mano sobre mi

hombro y me comentó con una inusual sonrisa:

—Y dime, chaval, si ese tipo pagaba todos nuestros gastos, ¿ahora dónde nos alojaremos y cómo volveremos a Nueva York?

—¡Mierda! —exclamé, recordando que si había contratado a mi mejor amigo para que me representara tan sólo era para que cuidara de que yo no cometiera estupideces como la que acababa de hacer.

Pero es que cuando Amanda estaba de por medio no había nadie que consiguiera frenar las locuras que era capaz de cometer por esa mujer.

—No os preocupéis. Conseguiré otro trabajo que nos pague el billete de vuelta —aseguré a mi equipo mientras recogían los aparejos de la sesión, con lo que recibí miradas de incredulidad por parte de todos ellos—. ¡Venga, chicos! ¿Acaso os he fallado alguna vez? —pregunté jovialmente intentando levantar los ánimos de mis trabajadores.

Pero, por desgracia, la memoria de algunos de ellos era mucho mejor que la mía, y comenzaron a recordarme los trabajos fallidos que habíamos tenido a lo largo de mi carrera en los que ellos me habían acompañado.

—La mansión de la señora Douloir, donde te negaste a hacer una fotografía de su hija porque, según tú, era muy fea, a pesar de ser una auténtica belleza... —rememoró Leonard mientras terminaba de desmontar los focos.

—Era una chica muy desagradable... —repuse—, ¡y le pegó una patada a su gato tan sólo porque le manchó el vestido!

—Aquel anuncio de cereales donde hiciste llorar a la modelo infantil cuando le revelaste que Papá Noel no existía... —apuntó Marian mientras me reprendía con la mirada.

—¡Eh! ¡Que la mocosa no dejaba de fastidiarme y de meterse conmigo!

—Cuando empachaste al pobre animal de aquella campaña de comida para perros...

—¡Joder! Es que cada dos por tres se acercaba a mí poniendo cara de pena y no pude evitar darle algo de comida y... ¡pero os aseguro que en esta ocasión no os fallaré! —prometí sin saber muy bien cómo me las iba a arreglar para que mis empleados no me lincharan y mi modelo no me abandonara.

Por suerte, el nuevo miembro de mi equipo se mostró un poco más comprensivo. Tal vez porque todavía no me conocía mucho.

—No te preocupes, chaval: yo te ayudaré —comentó Doc, golpeando

jovialmente mi espalda como si se riera de mí.

Y, como esa noche estaría muy lejos de pasarla entre los brazos de mi modelo cuando Amanda se enterara de que con nuestro actual presupuesto no nos llegaba ni para pagarnos los billetes de avión, suspiré y me resigné a recorrer toda la maldita isla en busca de alguien que necesitara de los servicios de un insolente e impulsivo fotógrafo que, una vez más, se había quedado sin trabajo.

## CAPÍTULO 15

Dominic sonrió al ver cómo el impertinente fotógrafo que iba detrás de su sobrina finalmente bajaba sus humos y aceptaba el único trabajo que había conseguido tras recorrer durante horas ese paradisíaco lugar. Chris se había resistido con toda su alma a realizar ese proyecto, y no porque estuviera mal pagado ni porque fuera algo deshonesto, sino porque la mano que le ofrecía ese jugoso contrato no era otra que la de Ian, su rival.

El antiguo aprendiz de Dominic había sido en el pasado el primer amor de su sobrina. Ahora, inesperadamente, volvía a cruzarse en su camino, y mientras que antes apenas le había prestado atención a Amanda, en la actualidad sus ojos no dejaban de perseguir a la hermosa mujer en la que se había convertido.

—Estaré encantado de aceptar este trabajo —masculló Chris entre dientes mientras apretaba con fuerza la mano que su rival le tendía para cerrar el trato.

—Creí que no te hacía ninguna falta mi ayuda, o al menos eso era lo que gritabas hace unas horas mientras te alejabas de aquí —se regocijó Ian, intentando provocar a ese molesto hombre que siempre se cruzaba en su camino.

—He cambiado de opinión —repuso Chris jovialmente soltándole la mano. Y, sonriendo con falsedad, se dispuso a no dejar que las pullas de ese sujeto lo molestaran ni un segundo más—. Bueno, ¿qué es lo que tengo que fotografiar para hacer más popular este lugar?

—A una pareja de novios jurándose amor eterno en la Piedra de los Enamorados. Es una zona que quieren dar a conocer los lugareños para que las parejas lleven a cabo sus enlaces en la pequeña capilla que hay junto a ese monumento natural. Me lo ofrecieron a mí, pero como estoy demasiado ocupado con el proyecto que estoy realizando en estos momentos, tuve que rechazarlo.

Cuando me preguntaron por otro fotógrafo ni siquiera pensé en ti, hasta que recordé que, si eres el fotógrafo que Amanda ha elegido, tal vez sepas hacer algo con esa cámara que cuelga de tu cuello, además de lucirla como un adorno.

—Bueno, pues pongo mi cámara a tu disposición —declaró burlescamente Chris, dispuesto a no permitir que Ian se percatase de lo mucho que le molestaban sus palabras—. ¿Quiénes serán los modelos? —preguntó Chris mientras le daba la espalda a Ian sin poder resistirse a fotografiar el hermoso paisaje que los rodeaba.

Desde la terraza del modesto hotel que había elegido ocupar con su equipo después de que los fondos para su viaje se vieran severamente recortados, se podía ver el mar con sus cristalinas aguas y el atardecer de fondo. Sobre una empinada colina se encontraba la vieja capilla y una inusual formación rocosa, la Piedra de los Enamorados, que se asemejaba a una pareja entrelazada frente a la que todos los novios se juraban amor eterno, decididos a no separarse jamás como aquellos dos que la naturaleza había grabado en la roca.

—A la modelo que hará de novia ya la tienes y, como sabía que te faltaba alguien para representar el papel del novio, me he ofrecido voluntario para solucionar ese problema y yo posaré junto a Amanda. Todos han estado de acuerdo, así que lo haremos dentro de un par de días. Mientras tanto, disfruta de tu estancia en este lugar —dijo Ian, y, tras un momento de pausa, logró borrar la falsa sonrisa que Chris había intentado mantener todo el tiempo añadiendo—: Estoy impaciente por ver a Amanda luciendo un vestido de novia y por demostrarle la buena pareja que podríamos llegar a hacer...

—¡Por encima de mi cadáver! —gritó Chris, alterado ante la idea de retratar a la mujer que amaba como la novia de otro, así que, volviéndose indignado hacia el individuo que intentaba ocupar un lugar que solamente debía ser suyo, se sintió muy dispuesto a rechazar la tarea.

Por desgracia, Ian ya se hallaba demasiado lejos como para que pudiera oír sus quejas, por lo que el fotógrafo marchó con paso decidido hacia su rival para que le quedara bien claro que él nunca sería la pareja de Amanda, ni delante ni detrás de una cámara. Y también que, si alguien tenía que posar junto a ella vestido como su novio, ése únicamente podía ser él.

Cuando pasó junto a Dominic, Chris le cedió su preciada cámara sin dudarle. Algo confuso y sin saber por qué ese alocado personaje le había entregado el

bien máspreciado de un fotógrafo, Dominic le preguntó mientras ya se alejaba:

—¿Por qué me das esto?

—Porque si me peleo podría dañarla.

—¿Es que piensas golpear al hombre que nos ha conseguido este trabajo?

—No..., pero eso suele ocurrir cuando intento dejar clara mi opinión sobre mi modelo —contestó irreflexivamente Chris, dejando a Dominic a solas con su herramienta de trabajo.

\* \* \*

Dominic sopesó la cámara entre las manos, una pasión que había dejado de lado durante un tiempo, una pasión que ya no era tal porque cada vez que miraba a través de ella recordaba las veces que su mujer le había sonreído delante del objetivo, recordaba los momentos felices que ya no tenía, los que no volvería a vivir porque el tiempo y una enfermedad se los habían robado.

Desde entonces, cada vez que cogía una cámara, sus manos temblaban y sus ojos se anegaban en lágrimas que trataba de ocultar detrás de su objetivo, haciendo que las escenas que pretendía captar, y que tan hermosas le habían parecido en un principio, al final perdieran su belleza y obtuviera resultados tristes y sin alma, porque la pasión por su labor se había esfumado.

Su hija y su sobrina se negaban a ver lo que ojos más expertos ya habían comenzado a advertir en su trabajo: que Dominic ya no era el mismo que en una ocasión fue alabado por todos, y que sus fotografías carecían de la esencia que siempre habían tenido.

Escapar después de que aquellos que siempre lo habían alabado comenzaran a reprobar su obra y huir de sus revoltosas niñas, que nunca veían defectos en él, había sido una excusa para tratar de recuperar lo que había perdido. En su viaje se había alejado de todos y se había ocultado en un recóndito lugar intentando sin descanso recobrar su interés por la fotografía utilizando los bellos paisajes que observaba en su camino, pero todo había sido en vano, hasta que el mismo fotógrafo que lo había calumniado, sin saberlo, ponía una y otra vez esa cámara al alcance de su mano y con sus locuras le recordaba al atolondrado joven que él mismo había sido en una ocasión.

Desde la terraza, Dominic contempló el hermoso paisaje que Chris había

estado observando e inmortalizando con esa misma cámara momentos antes. Quiso reproducir la pasión y la fuerza que el joven fotógrafo había imprimido en esas imágenes, demostrarse a sí mismo que no todo estaba perdido, y, mientras buscaba, la imagen perfecta se cruzó en su camino: Amanda subía por la escalera de piedra que llevaba hacia ese lugar cuando de repente tropezó en los abruptos peldaños. Chris, que discutía acaloradamente con Ian en esos instantes, lo dejó todo para acudir junto a ella con rapidez. Después de reprenderla, seguramente por lo inadecuado del calzado que llevaba, no le dio oportunidad a que lo contradijera y simplemente la cargó sobre su espalda a caballito.

Llevándola de esa manera, Chris subió toda la escalera sin tambalearse ni un momento. Y, mientras él sonreía como un idiota cada vez que ella lo abrazaba, Amanda se apoyaba sobre su fotógrafo luciendo una linda sonrisa que muy pocos habían tenido el privilegio de contemplar, mostrando con ello que, aunque Chris tal vez no fuese el hombre más adecuado para su sobrina, desde luego sí era con el que ella quería estar.

Finalmente, Dominic no tomó fotografías de un hermoso atardecer o de un cálido y transparente mar turquesa. Sus instintos de fotógrafo insistieron en dirigir la cámara hacia la pareja que tanto mostraba a otros sin apenas percatarse de ello. Y sus ganas por plasmar esa encantadora imagen le hicieron recobrar la pasión por la fotografía, recordando que, aunque su esposa Iris ya no pudiera ver las fotos que tomase, a él aún le quedaban muchas instantáneas que captar.

Tal vez, cuando volvieran a encontrarse algún día, Dominic podría mostrarle a su querida Iris todas esas fotografías que atesoraría en forma de recuerdos desde ese instante.

Tras esa revelación, y después de reencontrarse consigo mismo, caminó hacia el vestíbulo en busca de Chris para devolverle su bien más preciado.

—Gracias por cuidar de mi cámara —dijo el joven mientras se la colgaba al cuello sin desprenderse de la preciada carga que llevaba sobre su espalda.

Y, como estaban habituados a hacer todos los fotógrafos, no pudo evitar echar un rápido vistazo en la memoria de la cámara.

—La has usado, ¿verdad? —preguntó con el ceño fruncido, algo molesto, para luego cambiar de expresión al contemplar la obra de Dominic—. ¡Vaya! Eres bueno..., pero no el mejor —opinó orgullosamente para recibir a continuación una reprimenda de una de las eternas defensoras de Dominic.

—¡Ni tú tampoco! ¡El mejor siempre será mi tío! —apuntó exaltadamente Amanda, bajándose de la espalda de Chris y alejándose enfadada de ese hombre y de su gran ego.

—Entre tú y yo, Doc, no se lo digas nunca, pero estoy de acuerdo con ella —susurró el fotógrafo cuando Amanda se encontraba demasiado lejos para oír sus palabras—. Dominic Norton siempre ha sido un ejemplo para mí, y el causante de que yo deseara coger por primera vez una cámara.

—¿En serio? Jamás lo habría imaginado —contestó él, tratando de ocultar las emociones que sus palabras habían hecho aflorar en su interior—. Si es así, ¿por qué te metiste con él en aquella entrevista en televisión?

—Bueno, lo cierto es que lo hice porque yo nunca podría superarle y, como un canalla, aproveché una mala racha suya para hacerme con el reconocimiento de «mejor fotógrafo de Nueva York». Sin duda fue algo deshonesto pero necesario, porque, aunque Dominic sea alguien a quien admiro profundamente, Amanda siempre será mi inspiración para llevar esta cámara y, para mi desgracia, para poder alcanzarla tengo que ser el mejor —confesó Chris, mesándose los cabellos con frustración—. Creo que cometí un error al tratar a ese hombre de esa manera, y ahora ella me lo está haciendo pagar de mil formas distintas. Sin embargo, volvería a hacerlo una y otra vez por estar junto a Amanda —finalizó, pidiéndole inconscientemente disculpas por el gran error que había cometido, para después simplemente salir corriendo detrás de la mujer a la que aún intentaba alcanzar.

\* \* \*

Habían pasado dos días desde que nos trasladamos a ese pequeño y acogedor hotel de dos estrellas, que, aunque no fuese ni lujoso ni sofisticado como el anterior, sí era acogedor y entrañable, un lugar en el que me sentía a gusto, ya que casi nadie me reconocía como la afamada modelo publicitaria que era en Nueva York y no me hostigaban con constantes preguntas sobre mi vida privada.

Podía permitirme el pequeño placer de pasear tranquilamente junto a la pequeña piscina del establecimiento sin verme molestanda por hombres que intentaban obtener con disimulo una fotografía mía, o incluso podía almorzar sin ser interrumpida por algún extraño que me pidiera un autógrafo para luego

entablar conversación con la intención de que le revelase algo sobre mi vida, como, por ejemplo, qué significaba para mí el hombre que me acompañaba en esos momentos en la mesa del desayuno. Esa situación era una novedad muy agradable, para variar.

Pero la vida no es perfecta y, definitivamente, Chris Jones estaba loco y era capaz de acabar con la paciencia de un santo. Mi persistente fotógrafo, al serle negada de nuevo la entrada a mi habitación por mi parte, había decidido acosarme sobornando a todos los empleados del pequeño hotel para que, cuando él estuviera cerca de mí, ellos se acercaran a formular la impertinente y entrometida pregunta que tanto me molestaba:

—Señorita Black, ¿quién es su acompañante?

Suspirando, y muy cansada del juego que Chris había comenzado después de oír mi habitual respuesta a los curiosos ante esa pregunta en concreto, me negué a dar la contestación que él deseaba y que yo evitaba admitir empecinadamente. En esta ocasión no podía decir que fuera mentira, pues, en efecto, Chris era mi amante, pero no me daba la gana de concederle esa satisfacción para que se lo tuviera más creído aún.

—En serio, no pienso caer en este estúpido juego —expuse con hastío, mirando al verdadero instigador de la pregunta e ignorando al pobre camarero que había fallado en su intento una vez más.

—Lo siento, señor Jones —se disculpó el amable empleado, retirándose de nuestro lado para seguir con su labor.

—No importa, ¡otra vez será! —repuso Chris jovial, despidiéndose de él mientras le daba una jugosa propina.

—No voy a pronunciar esas palabras, por más que hagas que los empleados del hotel me acosen con la pregunta —afirmé, intentando hacer que desistiera en su empeño.

—¿Por qué no, si en esta ocasión esas palabras son ciertas? ¿O tal vez es precisamente por eso por lo que no puedes contestar a esa pregunta con tu habitual respuesta? —inquirió maliciosamente Chris con una sonrisa satisfecha a la vez que se cruzaba de brazos y me retaba con una mirada a negar la verdad de sus palabras.

—Simplemente se trata de una mala costumbre de la que quiero deshacerme y...

—Y una vez más te niegas a admitir que mantenemos una relación...

—No tenemos ninguna relación, aparte de la laboral.

—Cariño, me encanta trabajar contigo en el lugar que tú me digas: en mi cama, en la tuya, en mi estudio, desnudos o con ropa... ¡Soy tu hombre! —manifestó alegremente él, recordándome todos los lugares donde habíamos hecho el amor hasta entonces.

—De verdad, no entiendo el porqué de ese empeño tuyo en oír esas palabras de mis labios porque, a pesar de lo que haya habido entre nosotros, todo se terminará en cuanto finalice nuestro trabajo —señalé con cansancio intentando alejarme de esa mesa lo más rápido posible cuando vi a Ian entrando en la sala y saludándome desde lejos con su habitual familiaridad.

—Amanda, quieras admitirlo o no, somos amantes. Y sólo aceptaré dar nuestro contrato por finalizado cuando consiga esa sonrisa verdadera de ti —susurró Chris en mi oído mientras impedía mi huida cogiéndome fuertemente de la mano.

—¿Por qué te esfuerzas tanto en conseguir esa sonrisa de mí? No lo entiendo... —pregunté sin comprender todavía por qué seguía insistiendo en hacerme sonreír.

—Porque sé que entonces no podrás olvidarme tan fácilmente como pretendes hacer ahora —respondió Chris seriamente, obligándome a reconocer que un hombre como él nunca sería fácil de olvidar.

Tras esas palabras, soltó mi mano y me dispuse a alejarme de él, aunque no con tantas ganas como al principio. Sin embargo, de repente, cuando Ian se aproximaba ya a nuestra mesa, Chris cogió con rapidez mis manos y me estrechó bruscamente entre sus brazos para demostrarme que la pasión que yo negaba que existiera entre nosotros estaba allí.

Confusa y aturdida con sus excitantes besos, me dejé llevar como siempre por sus avances, y sólo cuando me soltó y le dirigió una ladina sonrisa a Ian comprendí por qué me besaba así antes de despedirse de mí.

—¡Y no olvides quién soy! —exclamó mientras se alejaba, dejándome bastante avergonzada frente a un hombre que pretendía conquistarme con educación y buenas maneras.

No obstante, por lo visto, mi inexperto corazón únicamente se aceleraba con un sinvergüenza.

—¡Tú sólo eres mi fotógrafo! —grité en respuesta, exaltada, tratando de convencer a todos los presentes, incluida a mí misma, de que esas palabras eran ciertas.

\* \* \*

¡Mira que era cabezota!

Amanda y yo nos habíamos acostado varias veces, y siempre que nos quedábamos a solas volvían a saltar esas chispas entre nosotros que nos atraían sin remedio a una irreflexiva pasión que nos arrastraba en busca del placer.

Yo sabía que era su primer y único amante, aunque ella hubiera tratado de engañarme en más de una ocasión al respecto, pero siempre que Amanda se rendía a mí me confirmaba la realidad que sus labios negaban: que yo era el único hombre que podía llegar a tocar tanto su cuerpo como su corazón.

Me daba rabia que intentara rechazar nuestra atracción y nuestros sentimientos escondiéndose detrás de ese maldito contrato o de esa ilusoria venganza que hacía tiempo habíamos dejado atrás a lo largo de ese viaje, y no podía evitar comportarme como un necio celoso cuando otro hombre se acercaba a ella, sobre todo porque Amanda aún no había admitido lo que había entre nosotros y le sería mucho más fácil negarlo si se entregaba a otro tan sólo para alejarse de mí.

No obstante, yo no estaba dispuesto a dejarle cometer ese error, y solamente podría separarme de ella cuando la viera sonreír tal y como la contemplé en aquella ocasión cuando éramos niños. En el momento en que la viera disfrutar de su vida con una sonrisa, si ésta iba dirigida a mí, nunca me apartaría de su lado. Si, por el contrario, Amanda se la dedicaba a otro hombre, no me quedaría más remedio que dejarla marchar atesorando en mi corazón todos los momentos que habíamos compartido, porque mi amor era así, algo tan estúpido, irracional y absurdo que me bastaba con verla feliz a ella, ya fuera junto a mí o con otro. Sin embargo, yo era muy persistente y tozudo y no tan noble como para apartarme sin luchar por Amanda con todas mis sucias artimañas.

Tal vez por eso, y porque me moría de celos cada vez que pensaba que tendría que retratar a Amanda vestida de novia mirando soñadoramente al hombre que había adorado durante su adolescencia, no pude evitar llevar a cabo

una de esas irresponsables acciones que mi agente me aconsejaba no cometer sin reflexionar seriamente sobre las consecuencias.

Lo intenté, de verdad que lo intenté..., pero lo mío no era pensar mucho en lo que podía ocurrir. De modo que, dejándome llevar por una de esas locuras que todo hombre hace por amor, soborné una vez más al personal del hotel para librarme por unas horas de ese inoportuno problema que en ocasiones se interponía entre lo que más deseaba conseguir y yo.

\* \* \*

Ataviada con un hermoso vestido de novia que se amoldaba a su figura a la perfección y le confería un aspecto angelical, Amanda esperaba la aparición del novio, que llevaba bastante retraso, junto a las puertas de la capilla. Llevaba el cabello peinado con primor, una cascada de rizos con decenas de pequeñas flores intercaladas delicadamente, junto con un pequeño velo en la cabeza que comenzaba a resultarle incómodo, igual que el discreto maquillaje, que en ese caluroso día tuvo que ser retocado un par de veces más mientras esperaban la llegada de Ian, de cuyo retraso nadie sabía qué pensar.

Si los allí reunidos no hubieran sabido de antemano que en realidad se trataba de la representación de una boda para una modesta campaña publicitaria, más de uno habría jurado que a la novia la habían plantado frente al altar, pero cuando el fotógrafo se quejó amargamente intentando parecer indignado ante el retraso en su trabajo, a ninguno de los integrantes de su equipo le cupo la menor duda de que él tenía algo que ver con la situación.

—¡Qué poca profesionalidad la de ese tipo! —exclamó Chris mientras enfocaba una vez más la hermosa imagen de Amanda con su vestido de novia.

Tal vez alguno de los presentes podría haberse creído que las indignadas palabras del fotógrafo eran reales, de no haber sido porque a su rostro asomaba una maliciosa sonrisa llena de satisfacción, ante lo cual aquellos que lo conocían comenzaron a especular acerca de qué insensatez habría concebido el impetuoso sujeto en esa ocasión.

—Tú no tendrás nada que ver con la tardanza de Ian, ¿verdad, Chris? —preguntó Amanda mientras contemplaba desconfiada su satisfecha sonrisa.

—¿Yo? ¿Cómo me crees capaz de algo así? —preguntó él a su vez con

socarronería, declarándose inocente de cualquier delito sin mostrar mucha sinceridad en sus palabras o en su esquiva y sonriente mirada—. Me decepcionas... Creía que me conocías, Amanda...

—Precisamente porque te conozco te lo pregunto.

—Cielo, yo nunca estropearía un duro día de trabajo por un capricho, soy demasiado profesional para hacer algo así —declaró Chris delante de todos los integrantes de su equipo, quienes comenzaron a toser con incomodidad e incluso algunos llegaron a atragantarse con sus bebidas al oír esas palabras.

—Bueno, pienso que debería intentar contactar con Ian por si se ha perdido de camino aquí. Además, no creo que podamos hacer el trabajo hoy, pues pronto se pondrá el sol y no podremos posar frente al hermoso atardecer que habías elegido para adornar esta romántica escena.

—Qué se le va a hacer..., tendré que sustituir a Ian y hacer de novio —suspiró él con fingida resignación mientras colocaba sobre su camisa blanca una pajarita negra que guardaba en un bolsillo.

A continuación, cogió un impoluto esmoquin del maletero de su coche y en unos segundos se convirtió en el novio ideal para esas fotografías.

Al presenciar la transformación, todo el mundo confirmó sus sospechas de que Chris estaba detrás de la ausencia del novio, y más aún cuando se encaminó hacia la novia con una sonrisa llena de complacencia.

—¡Tú sólo eres el fotógrafo! —le recordó con impertinencia Amanda intentando ponerlo en su lugar.

Pero Chris simplemente la ignoró y, dejando despreocupadamente su querida cámara en manos de Doc, se dirigió hacia ella decidido a demostrarle lo equivocada que estaba.

—Ahora soy el novio —replicó ocupando su lugar junto a la modelo mientras arreglaba la pajarita de su cuello—. Y también tu amante, por tanto, el más idóneo para aparecer en esas fotografías contigo... —susurró atrevidamente en su oído sin que ella pudiera negar lo acertado de sus palabras.

\* \* \*

Posar junto a Chris me turbaba. Cada vez que lo contemplaba con ese elegante esmoquin que realzaba su fuerte porte, la pícaro sonrisa que asomaba a

sus labios cuando se volvía hacia mí o la llamativa rosa roja que descansaba en el ojal de su solapa declarándolo como el novio de esa falsa ceremonia, me perdía en la fantasía que nos rodeaba y me preguntaba si sería tan terrible hacer con él una promesa de amor junto a esa Piedra de los Enamorados para permanecer siempre junto a ese hombre que continuamente intentaba ser algo más en mi vida.

En los momentos en los que me observaba con su ardiente mirada o me retenía junto a él más de lo necesario mientras posábamos como una pareja de novios para las fotografías, mi piel se erizaba y, finalmente, nerviosa por la posibilidad de mostrar ante todos más de lo que estaba dispuesta a admitir, mi cuerpo se encogió en el último instante, haciéndome adoptar una postura rígida en los brazos del que debía ser mi enamorado en ese escenario.

—¿Por qué estás tan tensa delante la cámara, Amanda? ¿Tal vez porque yo no estoy detrás de ella o quizá porque me encuentro demasiado cerca de ti? — me preguntó cogiendo mi rostro entre las manos mientras retiraba el pequeño velo que cubría mi cara, haciendo que sólo pudiera mirarlo a él.

—No me gusta que una persona que no he elegido me fotografíe —confesé, perdiéndome en esos intensos ojos azules que siempre serían mi perdición—. Además, no creo que ese hombre al que le has prestado tu cámara sea muy profesional.

—¿Doc? No te preocupes por él, a pesar de su aspecto, no parece ser un aficionado. He visto alguna de sus fotografías y realmente es bastante bueno. ¡Quién sabe! Quizá algún día pueda llegar a estar a mi nivel...

—De verdad, Chris, no comprendo por qué no podemos esperar a Ian o posponer la sesión para otro día —dije intentando escapar de su lado.

Pero él, una vez más, no lo consintió.

—Es sencillo, Amanda: porque si ya me mata verte posando con un modelo cualquiera, un extraño más para ti, como si fuera tu pareja, imagínate cómo me siento cada vez que pienso que un hombre que un día formó parte de tu pasado tiene que colocarse delante de mi cámara representando el papel de aquel con el que supuestamente quieres pasar el resto de tu vida... —confesó, mostrándome así cuál era el límite de lo que podía aguantar detrás de su cámara.

—Tus motivos para ser mi compañero en estas fotografías no son nada racionales, Chris. Es sólo trabajo.

—¿Acaso soy un hombre racional cuando estoy a tu lado, Amanda? —  
inquirió él en susurros, demasiado cerca de mi oído, tentándome con la  
proximidad de su cuerpo.

—Tampoco eres nada profesional... —añadí intentando reprenderlo, pero  
mis palabras fueron un simple susurro ante la cercanía de sus labios.

—Cierto, nada profesional... —confirmó antes de adueñarse de mi boca y  
acabar con mis protestas mediante sus perversos besos.

Mientras me perdía entre los brazos de Chris olvidando todo lo que nos  
rodeaba, oí el característico y repetitivo clic de una cámara fotográfica, lo que  
me sirvió de aliciente para separarme de mi impulsivo fotógrafo, dispuesta a  
reprender al sujeto que se atrevía a capturar nuestra imagen cuando ni siquiera  
estábamos posando para él.

No obstante, mis palabras no llegaron a salir de mis labios, ya que, al  
prestarle atención al individuo que estaba fotografiándonos hacía unos segundos,  
me quedé paralizada por la sorpresa. Cuando comenzó a ordenarme con su  
profunda voz una decena de movimientos a los que yo ya estaba acostumbrada,  
reconocí en la persona de Doc, uno de los empleados del equipo, a ese hombre  
que había intentado ocultarse de mí. Y con gran éxito, por cierto.

Para asombro de Chris, no monté ninguna escena, sino que comencé a actuar  
como la profesional que era y sonreí con alegría al darme cuenta de que mi tío se  
había escondido tan cerca de mí que ni siquiera me había percatado hasta ese  
momento. Tan sólo sus viejas costumbres de fotógrafo y su pasión por su trabajo  
lo habían delatado como aquel que para mí siempre sería el mejor. Aunque, al  
parecer, mis gustos comenzaban a cambiar, pensé mientras sonreía aún con  
mayor alegría al hombre que me cogía en brazos para hacerme parecer una  
novia, pese a que estaba segura de que eso solamente era para retenerme más  
cerca de él.

—Ya te dije que era bueno —murmuró Chris en mi oído, señalándome los  
movimientos de mi tío tras la cámara.

—Sí, y no sabes cuánto... —repliqué en un susurro burlón mientras me reía  
del hombre que, sin saberlo, se había retractado de las necias palabras que en su  
día me habían ofendido.

—Pero no es tan bueno como yo... —apuntó mi alocado fotógrafo con  
arrogancia, demostrando que realmente no tenía remedio.

## CAPÍTULO 16

Al final logré salirme con la mía y nadie me sustituyó junto a Amanda, nadie ocupó el lugar que me correspondía a mí: el del papel de novio junto a mi modelo en esa pequeña capilla. Las únicas personas que efectuarían su promesa de amor delante de la Piedra de los Enamorados seríamos nosotros.

Tal vez para ella esa promesa fuese una mentira, una curiosidad, una obligación con la que cumplir para rematar un trabajo, pero para mí era del todo real. Me quedé prendado de Amanda de niño, cuando fui testigo de esa hermosa y angelical sonrisa que le negó a mi cámara, sustituyéndola por una mueca burlona, y, tal vez por ello, me había dedicado en cuerpo y alma a intentar ser el hombre que ella necesitaba y había seguido su carrera durante años y desde la distancia, siempre preguntándome cuándo sería lo suficientemente bueno como para estar a su lado.

El día que conseguí llegar hasta Amanda, la dulce niña que me había enamorado hacía tiempo que había desaparecido y no podía compararse con la mujer adulta que me miraba con enorme desprecio. Pero, cuanto más tiempo permanecía a su lado, más me iba dando cuenta de que nada en ella era lo que parecía ser, y que, muy en el fondo, aquella niña seguía estando allí queriendo salir a jugar. Pero sólo conmigo.

A pesar de lo que todos pensarán de la altiva imagen de Amanda, no era una mujer tan fuerte como aparentaba, y en ese insensible, superficial y decadente mundo todavía seguía siendo demasiado inocente para su bien, lo que ocultaba a todos con su fría y falsa sonrisa, que sólo yo sabía reconocer.

Cuando volvimos a encontrarnos me deprimió un poco comprobar que para ella yo no había significado nada, mientras que aquel lejano momento lo había

sido todo para mí. Pero, si había llegado hasta donde estaba únicamente para permanecer a su lado, decidí que el pequeño contratiempo de que no me recordase no se interpondría en mi camino. Poco a poco, me introduje en su vida, tan desvergonzadamente como sólo yo sabía hacer, para que llegara un momento en que ella no pudiera olvidarme con tanta facilidad como hizo en el pasado.

Ahora, la promesa de amor que pronunciaríamos junto a ese altar sería una razón más para que Amanda no pudiera desterrarme de su vida como pretendía hacer siempre que me acercaba más de la cuenta. E incluso tal vez serviría para que se percatara de lo que yo siempre intentaba mostrarle con mi alocado comportamiento mientras la perseguía continuamente. Tal vez en esa ocasión se diera cuenta de cuán estúpida y perdidamente me había enamorado de ella, y que mis ojos, estuvieran o no detrás de una cámara, sólo podían fijarse en la mujer que me había robado el corazón.

Sonreí satisfecho cuando Doc, el nuevo fotógrafo que no era tan malo como yo esperaba, nos indicó que simuláramos hacer una promesa junto a la Piedra de los Enamorados. Yo, de rodillas, en una posición en la que Amanda, sin duda, había querido tenerme, besé con atrevimiento la mano que algún día llevaría mi anillo y alcé el rostro hacia ella, encontrándome con una ruborizada novia que pretendía ocultarse de nuevo de mí.

Nos hallábamos algo alejados de los demás, lo suficiente como para que nadie pudiera oír nuestras palabras o para que entendieran nuestros susurros, y, en la lejanía, todos los que nos observaban seguramente pensarían que simplemente estábamos haciendo nuestro trabajo, por lo que éramos libres de hablar de lo que quisiéramos.

—Se supone que tengo que susurrarte vanas promesas de amor mientras tú simulas ser la tímida novia que nunca serás y te sonrojas encantadoramente ante cada una de ellas —dije sin volverme hacia la cámara, que sacaba decenas de fotografías de la idílica pareja que representábamos.

—Por mí, como si me recitas el abecedario. Yo seguiré posando para ese fotógrafo como nunca lo he hecho para ti. ¡Quién sabe! Después de todo, tal vez haya encontrado un profesional adecuado con el que trabajar en ese hombre al que has cedido tu cámara —replicó Amanda, hurgando en la herida que siempre me causaba su resentimiento mientras me hacía ver que realmente era cierto que

a la labor de Doc no le ponía las pegas con las que siempre me torturaba a mí.

—No creo que puedas trabajar con otro que no sea yo —manifesté tan seguro como siempre.

Y, mientras me levantaba de mi sumisa posición a sus pies, pensé en comprobar si la estúpida leyenda de esa roca era verdad o tan sólo un falso rumor que rondaba la isla. Así pues, cogiendo sus manos entre las mías, impedí que huyera de nuevo de mí y la obligué a enfrentarse a mi mirada, decidido a confesarle el amor que había albergado durante tantos años dentro de mi corazón para gritarlo tan sólo cuando ella estuviera dispuesta a escucharme. ¡Y qué mejor momento que ése para convertir en cierta una falsa promesa de amor!

—Chris, ¿qué haces? —preguntó Amanda, confusa, cuando tomé su rostro entre las manos y acerqué los labios a los suyos con la promesa de un beso.

—Mostrarles a todos lo que tú te niegas a reconocer: que yo te am...

—¡Tú, maldito bastardo! —interrumpió en ese momento Ian, absolutamente furioso, cortando súbitamente mi romántica confesión mientras se dirigía hacia mí con los puños apretados en busca de pelea y exhibiendo un aspecto bastante desaliñado, con las ropas arrugadas y el rostro marcado por varios besos de un escandaloso pintalabios rojo.

¡Qué mala suerte que ese gran estorbo del que me había deshecho por la mañana apareciese precisamente en ese instante, estropeándolo todo! Y, a juzgar por sus airados pasos, no pensaba marcharse sin más...

—¡Fuiste tú quien escribió esa nota!

—No sé de qué me hablas —intenté disimular mientras evitaba su furibunda mirada para pasar a recibir la de mi irritada modelo, que me conocía bastante bien.

—¡Chris Jones! ¿Qué has hecho ahora? —interrogó con enfado mientras su pie repiqueteaba nerviosamente en el suelo, mostrándome lo enojada que estaba en ese momento.

Luego se dirigió hacia el intruso y le preguntó dulcemente:

—Ian, ¿qué te ha ocurrido?

—El personal del hotel me entregó una nota esta mañana. Supuestamente, era tuya. En ella se me indicaba que querías que quedáramos en un bar junto a la playa para hablar de tus dudas sobre este trabajo. Ni el bar estaba tan cerca como yo me imaginaba, ni tú estabas allí esperándome. Y, por lo visto, además de eso,

parece que alguien le había prometido a un grupo de... de..., bueno, a un grupo de personas un trabajo fotográfico totalmente gratis y no me dejaban marchar.

Sonreí con malicia al oír el relato de Ian, y en especial al notar las lagunas que dejaba de contar deliberadamente. Mi sonrisa se ensanchó ante sus mentiras y sus omisiones, porque ni lo que yo le había prometido en la nota haciéndome pasar por Amanda era tan inocente como una simple charla, ni lo que les había ofrecido al «grupo de personas» que lo esperaba, como tan delicadamente lo había descrito él, era un trabajo fotográfico, sino que más bien les había obsequiado al fotógrafo. Por eso, el carmín marcaba su cuerpo. Además, estaba totalmente seguro, por la clase de local a la que lo había llevado mi nota, de que ninguno de esos besos procedía de una mujer...

—Soy del todo inocente —declaré levantando las manos en un gesto con el que intentaba aparentar inocencia, cosa que simplemente no funcionó, pues esas personas ya me conocían demasiado.

—Entonces no te importará cederle tu traje a Ian y retomar tu lugar detrás de la cámara, ¿verdad? —me retó Amanda, sonriéndome ladinamente mientras me señalaba mi sitio.

—No, claro que no. Pero, cariño, puedo asegurarte que no encontrarás un novio más adecuado que yo —apunté fastidiado, desprendiéndome de mi chaqueta para tendérsela a mi lamentable sustituto.

Mientras pasaba por el lado de mi rival, éste no pudo evitar regocijarse en su victoria intentando provocarme:

—Ahora que el novio ha llegado, ya no hace falta el suplente. No te preocupes: representaré el papel de amante a la perfección junto a ella.

—Espero que hayas disfrutado de las cariñosas caricias de ese «grupo de personas», porque no voy a permitir que te acerques a Amanda —repliqué a mi vez, haciendo especial hincapié en el eufemismo que Ian había usado para describir a una horda de exóticos y cariñosos individuos.

—No creo que puedas hacer nada: después de todo, yo soy el novio —dijo él mientras se colocaba la chaqueta del esmoquin, declarándose victorioso en la batalla demasiado pronto.

—Y yo soy el fotógrafo —repose dispuesto a utilizar todas mis artimañas para deshacerme de ese incómodo sujeto que insistía en perseguir a la mujer a la que yo amaba.

\* \* \*

—Sí, ¡ahí estás perfecta, Amanda! —exclamó Chris dirigiéndose a la modelo ante el asombro de todos, ya que, mientras ella posaba frente a la puerta de la capilla, el novio se encontraba alejado unos diez metros.

—¿No crees que deberías hacer alguna fotografía de Ian y yo juntos? —preguntó ella, algo escéptica ante la escasa profesionalidad que ese individuo podía llegar a mostrar.

—¡No hace falta! ¡Luego crearé una composición en la que salgáis los dos y ya está! —contestó alegremente Chris.

—Deberías ser un poco más serio en tu trabajo —lo reprendió Amanda, suspirando con resignación al sospechar que no terminarían el trabajo ese mismo día.

—¡Y lo soy, Amanda! Ese tío no es nada fotogénico y estropea mi obra —manifestó Chris abiertamente señalando a Ian—. Por otro lado, me suenan raras esas palabras que dices, especialmente cuando proceden de una mujer que se ha resistido a hacer su trabajo con seriedad y responsabilidad en más de una ocasión.

—Siempre he posado para ti —replicó ella alzando los hombros con desdén—. Que tú no fueras capaz de obtener las imágenes que deseabas es otra historia.

—¡Oh, cariño, pero he conseguido muchas otras que nunca olvidaré! —dijo Chris, sonriendo impudicamente a su modelo mientras recordaba cada una de ellas.

—Todas ellas robadas, sin duda.

—No, tú siempre me las ofrecías libremente..., sólo que no te dabas cuenta de ello hasta que te las enseñaba.

—Sacas una parte de mí que nunca he querido mostrarle a nadie... —confesó Amanda con seriedad, apartando el rostro por unos instantes de la cámara que la apuntaba, aunque ésta no desistió de perseguirla.

—Lo sé, sólo quieres mostrármela a mí. Por eso no puedo evitar fotografiarte —declaró Chris, retratando a la tímida novia avergonzada que solamente él era capaz de percibir.

\* \* \*

—No me gusta ese fotógrafo. Juega tan sucio como puede para salirse con la suya —se quejó Ian, todavía molesto por sus jugarretas mientras observaba desde lejos cómo la atención de Chris se centraba única y exclusivamente en la esplendorosa novia que tenía frente a sí.

—En mi opinión, es un hombre complicado que únicamente hace lo imposible para estar junto a Amanda. No creo que se detenga mucho a pensar si lo que hace está bien o mal cuando se marca como objetivo conseguir a mi sobrina —replicó Dominic ante las lamentaciones de Ian respecto del insultante fotógrafo que lo había desterrado lo más lejos posible de Amanda.

—¿Estás defendiendo al tipo que te humilló? —se indignó Ian, sin poder creer que el hombre que había sido su mecenas y maestro también hubiera sido conquistado por los encantos de ese irritante fotógrafo.

—No. Sólo intento comprender un poco mejor al hombre del cual mi sobrina ha escogido enamorarse.

—¡Eso aún está por ver! —exclamó orgullosamente Ian, dispuesto a no ser descartado tan deprisa como posible pareja de la hermosa modelo.

—Ríndete de una vez, Ian. Para ti Amanda solamente es un capricho que te negué en una ocasión. Nunca estarás tan enamorado de mi pequeña como Chris.

—¿Me estás diciendo que ese loco impetuoso es mejor que yo?!

—No: te estoy diciendo que ese loco impetuoso es el mejor para Amanda.

—Pero, Dominic, ¿es que estás ciego? ¿Cómo puedes pensar eso?

—No, eres tú el que se niega a ver.

Y, sacando su equipo, que hacía muy poco tiempo había vuelto a llevar consigo a todos lados, como antaño, Dominic le mostró a ese obtuso hombre lo que todos veían cuando observaban juntos a la pareja: imágenes de ellos dos mirándose soñadoramente sin ser vistos, sonriendo ante las locuras del otro, o, simplemente, momentos robados en los que los dos mostraban una felicidad que muchos podían llegar a envidiar.

Por si Ian albergaba todavía alguna duda acerca del hecho de que Amanda definitivamente nunca sería para él, Dominic le mostró fotografías en las que ella sólo tenía ojos para Chris, aunque Ian estuviera a su lado en ese momento.

—Lo que siempre he detestado de esa cámara tuya, Dominic, es ver cómo

sacas a relucir la verdad de las personas, queramos verla o no —murmuró Ian con voz derrotada, dándose por vencido en sus intenciones—. ¿Crees que él la amaré como se merece? —preguntó a continuación, sintiéndose protector de la que una vez fue una enamoradiza adolescente que en una ocasión lo había perseguido suspirando por su amor.

De repente, la conversación que mantenían algo apartados de los demás fue interrumpida por un súbito grito de advertencia. Mientras los integrantes del equipo se habían dado cuenta de que un trozo de la fachada se estaba desprendiendo, la modelo seguía posando debajo de ella, ajena al inesperado peligro. Todo ocurrió demasiado rápido como para que alguno de los empleados de Chris pudiera hacer algo más aparte de mirar horrorizados desde lejos cómo sucedía el accidente.

Ninguno creyó que la modelo pudiese evitar ser golpeada por el trozo de roca que se desgajaba de la vieja capilla hasta que vieron al impertinente fotógrafo apartándola de la trayectoria del proyectil a la vez que se tumbaba sobre ella para recibir el duro golpe en su lugar.

—¿Responde eso a tu pregunta? —le espetó Dominic a Ian tras ver lo que ese hombre podía llegar hacer por amor antes de salir corriendo para ayudar en lo que pudiera.

\* \* \*

Cuando sentí que Chris caía sobre mí, tumbándome sobre el rugoso suelo, que estropeó por completo mi caro vestido, intenté incorporarme dispuesta a reprenderlo una vez más por su estúpido e infantil comportamiento. No sabía qué se había apoderado de él para tirarme al suelo así de repente, aunque seguramente cuando protestara por encontrarme en esa situación él sonreiría tan ladinamente como siempre para darme alguna de sus excusas sin pies ni cabeza pero que me harían reír.

—¡Chris, sal de encima de mí! ¡Pesas mucho! —protesté mientras intentaba incorporarme. Inútilmente, ya que él persistía en su broma y seguía tumbado sobre mí en el suelo.

Por más que lo empujé, no pude moverlo ni un milímetro. Y fue entonces cuando me di cuenta de que ocurría algo. Chris estaba inmóvil y su cuerpo

seguía sobre mí, protegiéndome, como si algo pudiera sucederme.

—¡Chris! ¡Chris! —grité histérica en su oído, logrando al fin que se apoyara en los brazos y me sonriera despreocupadamente como si nada ocurriera, cosa que tal vez me habría tranquilizado de no haber sido porque su cabeza sangraba alarmantemente.

—¡Chist! No grites, mi amor, me duele un poco la cabeza... —pidió mientras intentaba incorporarse, lo que sólo consiguió con mi ayuda.

—Chris, ¿qué has hecho? —dije mientras tocaba temblorosamente la sangre de su cabeza y veía en un lado una brecha bastante fea, y en el suelo, junto a nosotros, el trozo de roca que lo había golpeado.

—Una de las muchas locuras de amor de las que soy capaz únicamente cuando estoy a tu lado —me respondió, besando dulcemente mis labios mientras limpiaba las lágrimas que rodaban por mis mejillas—. No te preocupes, la ayuda ya viene de camino —intentó tranquilizarme señalándome a los integrantes de su equipo, que corrían hacia nosotros—. Tan sólo necesito reposar un rato... —añadió mientras se tumbaba en el suelo y descansaba su cabeza sobre mi regazo.

»No llores, Amanda. Yo no me iré a ningún lado —dijo besando mis temblorosas manos, que estaban temerosas de tocarlo por si lo dañaban más mientras trataba de apaciguar uno de los mayores miedos que albergaba mi corazón—. Mañana me pondré en pie, como todos los días, para perseguirte con mi cámara, te reclamaré una vez más esa sonrisa que tú de nuevo te negarás a mostrarme y huirás de mí de nuevo cuando yo te demuestre cuánto te amo aunque tú no estés preparada para escucharme. Quiero revelarte un secreto: ¿sabes por qué mi cámara siempre capta lo mejor de ti? Eso es simplemente porque te amo.

—¡Oh, Chris...! —murmuré pensando cómo explicarle lo mucho que él significaba en mi vida y lo tarde que me había percatado de que lo que sentía por él era amor.

—¡Chist! Mañana me dirás «te quiero», que hoy me siento demasiado cansado y dolorido para oírlo y quiero estar en plena forma para no olvidar ese momento por culpa de la conmoción —dijo, silenciando mis labios con un dedo.

Cuando los demás llegaron hasta nosotros, Chris, tan insensato como siempre, se negó a abandonar mi regazo. Se limitó a alzar la cabeza y preguntó mientras cerraba los ojos:

—¿Ha llegado ya la ayuda?

—Sí —contesté con voz temblorosa al tiempo que acariciaba sus cabellos y presionaba con mi blanco vestido de novia la herida que sangraba en su cabeza.

—Entonces ya puedo desmayarme tranquilo... —susurró débilmente justo antes de caer sin sentido entre mis brazos.

Mi corazón se encogió ante la visión de Chris inconsciente sobre mi regazo, y lo abracé histérica mientras gritaba su nombre presa de un pánico irracional a perder a la persona a la que me había resistido a amar, precisamente por miedo.

—Tranquila, Amanda, tu tío está aquí —dijo Dominic mientras me apartaba de él para que los paramédicos pudieran atenderlo.

Luego mi tío me acogió protectoramente entre sus brazos, revelando ante todos su nefasto disfraz.

—No te preocupes: es demasiado cabezota como para quedarse inconsciente mucho rato —me consoló señalándome con una sonrisa a Chris, que había recuperado parcialmente la conciencia y no paraba de preguntar dónde estaba su modelo.

Aliviada, no pude evitar correr hacia él tan alocadamente como él lo había hecho detrás de mí durante tanto tiempo.

\* \* \*

—¡Que no! Te lo digo por enésima vez, Chris: no puedes moverte de esa cama... ¡Y no, tampoco pienso meterme en ella contigo por más que insistas!

—¡Venga ya! ¡Estoy malherido! Podrías apiadarte de mí y cumplir la última voluntad de un buen hombre...

—Tienes doce puntos de sutura en la cabeza y, a pesar de que el golpe te dejó inconsciente por unos instantes, los médicos han dicho que sólo se trata de una leve conmoción. ¡Así que está muy lejos de ser tu último deseo!

—Sí, pero si te relato los demás deseos que tengo sin duda volverás a golpearme en la cabeza.

—Solamente has pasado un día en el hospital, Chris, y mañana te darán el alta. ¡Así que deja de comportante como siempre y descansa!

—Vale, pero túmbate a mi lado.

—No —negó seriamente Amanda mientras reprendía el infantil

comportamiento del fotógrafo con una mirada.

—¿Por qué no? —volvió a quejarse él, intentando aparentar ser el inofensivo hombre que él nunca sería.

—Porque entonces no descansarás como tienes que hacerlo —explicó ella, adelantándose a la lasciva mirada con la que él recorrió su cuerpo.

—¡Mierda, cómo me conoces! —exclamó Chris al ser sorprendido en su mentira.

Y, tirando repentinamente de la mano de la mujer que se negaba a cumplir sus pecaminosos deseos, la acercó a él para besar esos labios que tanto lo tentaban y buscando con la pasión de su indagadora lengua la respuesta que siempre le daba su modelo.

Tras comprobar cómo ella se rendía una vez más entre sus brazos, Chris pospuso su apasionado encuentro al oír los estruendosos pasos de la enfermera, que se dirigía hacia su habitación.

La mujer menos atractiva que había tenido la oportunidad de ver en su vida entró ruidosamente en la estancia y, tras censurar con una furibunda mirada lo que estaban haciendo, anunció con voz ronca:

—¡La hora de visita ha terminado!

Esas palabras y la mirada de la enfermera hicieron que Amanda, avergonzada por su comportamiento, se apartara con rapidez del enfermo. Todavía alterada por el turbador beso, quiso huir una vez más de ese hombre que la volvía loca con su mera presencia, algo que él impidió cogiendo firmemente una de sus manos entre las suyas y recordándole que entre ellos había aún mucho que decir.

—Quiero oír esas palabras de tu boca, aunque sé que ahora no es el momento adecuado. Y también quiero ver esa sonrisa en tus labios que me confirmará si son ciertas o no —dijo Chris, dejándola ir con un simple beso en su mano que representaba el principio de una promesa de amor.

El romántico momento de la pareja fue nuevamente interrumpido por la impertinente y áspera tos falsa de la enfermera, que se negaba a marcharse de la habitación.

—¿Quiere un caramelito para la tos, señora? —gruñó Chris con enfado al pitbull vestido de enfermera que lo miraba con reprobación.

—¡La hora de visita ha terminado! —repitió ella, insistente.

Finalmente, Amanda volvió a huir sin dejarle muy claro a Chris si estaba dispuesta a admitir lo que sentía por él, y, como era habitual, dejó dudas en la mente del fotógrafo, que ahora no sabía si habría perdido para siempre la oportunidad de oír la promesa de amor que tanto había añorado cuando había silenciado esas palabras en boca de Amanda por miedo a que ella no estuviera preparada.

\* \* \*

Aún me aterraba decirle a alguien que lo quería por temor a que luego el destino me lo arrebatara causándome de nuevo un daño abrumador. Cuando vi a Chris herido me quedé paralizada, y el corazón me dolió tanto o más que cuando perdí a mis padres o a mi tía Iris, y eso que nunca le había dicho a Chris que lo quería, y ni siquiera me había atrevido a definir nuestra relación como algo más que trabajo.

Ese hombre, prácticamente sin que me diera cuenta, se había hecho un hueco en mi corazón. Y, aunque yo estaba decidida a odiarlo desde el principio, poco a poco había hecho que acabara enamorándome de él.

A pesar de que me había prometido a mí misma confesarle todo lo que sentía por él en cuanto volviera a abrir los ojos, aún tenía miedo de pronunciar esas palabras. Por eso me paralizaba cada vez que mis labios querían gritarle «¡te quiero!» o cada vez que él me reclamaba oír algo que horas antes estaba dispuesta a decir.

Desde fuera de la habitación, detrás de la puerta entreabierta, lo observé pelearse con la enfermera mientras ésta limpiaba sus heridas con escasa delicadeza, y sonreí ante el fruncido ceño de la mujer sabiendo que el impertinente de Chris seguramente había conseguido fastidiarla tanto como ella había hecho con nosotros con su anterior interrupción.

—¿Qué miras tan sonriente? —preguntó mi tío mientras pasaba un brazo protector sobre mis hombros y observaba junto a mí cómo la enfermera se acercaba al paciente con una maliciosa sonrisa con la intención de ponerle una inyección—. En serio, nena, esa mujer da miedo. Su cara de satisfacción mientras sujeta esa aguja no es muy normal.

—Seguramente Chris la habrá alterado con alguno de sus comentarios.

Después de todo, cuando salí del cuarto, no estaba muy contento por la irrupción de la enfermera.

—¿Acaso interrumpió algo? —quiso saber tío Dominic, bastante molesto al imaginar lo que Chris podría haber hecho conmigo detrás la puerta cerrada de una habitación.

—Chris me estaba reclamando unas palabras que todavía no sé si estoy dispuesta a pronunciar... —declaré, intentando huir de los sabios pero molestos sermones que mi tío siempre tenía listos para mí.

—¿Sabes una cosa, Amanda? —comenzó a decir él con un atisbo de tristeza—. Por más que nos empeñemos, no podemos proteger a nuestros seres queridos para siempre. Y, al negarnos a amar a esas personas que pasan por nuestras vidas haciéndose un hueco en nuestro corazón, nos perdemos muchos momentos importantes que posiblemente no se repetirán. Deberías disfrutar de cada segundo que estés junto a él, cariño, porque la vida es efímera. Y, si te niegas a amar a alguien por miedo, de una manera u otra, finalmente lo perderás. Sonríe al amor, Amanda, puedo asegurarte que, aunque en ocasiones duela, nunca te arrepentirás de haber amado —terminó mi tío.

Y, volviéndose hacia mí, limpió las silenciosas lágrimas que se deslizaban por mi rostro hasta que yo, como en aquella primera ocasión que posé para él, sonreí de verdad.

—Quiero mostrarle a Chris mi sonrisa... ¿Me ayudarás? —pregunté dispuesta a permitir que ese alocado hombre entrase en mi corazón, un lugar del que, sin que yo apenas me diera cuenta, poco a poco se había apropiado.

—¡Pues claro que sí! ¿Acaso no soy tu fotógrafo? —replicó él, haciéndome sonreír de nuevo ante la idea de que toda la relación que mantenía con Chris había comenzado por la disputa de ese puesto que él siempre reclamaba para estar a mi lado.

—Ahora no, por eso te lo pregunto, tío Dominic.

—Ahora y siempre estaré a tu lado, Amanda, aunque a tus ojos ya no sea el mejor... —manifestó con una sonrisa, sabiendo que, aunque mis labios lo negaran, para mí Chris era el mejor. Aunque sólo fuera en mi corazón.

\* \* \*

Amanda esperaba a su tío en una aislada playa, lugar que había elegido para ofrecerle a Chris esa sonrisa que siempre le reclamaba. Y, mientras permanecía en ese paradisíaco lugar, no podía dejar de pensar en su alocado fotógrafo y en lo que diría cuando al fin viera cumplido su mayor deseo. En el instante en que oyó que alguien se acercaba, la modelo se volvió mostrando una de sus mejores poses, pero el recién llegado no era el fotógrafo que ella esperaba.

—¡Hola! ¿Qué haces aquí? Se suponía que tenía que venir mi tío a tomar estas fotografías... —le preguntó a Ian, algo confusa ante la ausencia de la única persona, además de Chris, a la que permitía captar su imagen.

—Hola, Amanda. Al parecer, Dominic tenía que resolver algo relacionado con Evie, con no sé qué príncipe y unos viñedos... La verdad, no me quedó muy claro de qué se trataba el asunto antes de que tu tío me cediera su cámara y me enviara para acá. Bueno, ¿vas a dejarme que te fotografíe? —interrogó Ian, sabiendo lo especial que siempre había sido Amanda con ese tema, a la vez que le mostraba ya su cámara preparada para el trabajo.

—No lo sé... —respondió ella, sentándose en una gran roca mientras miraba la solitaria y aislada playa en la que había decidido grabar la imagen de su sonrisa para la persona que amaba—. Aparte de mi tío y de Chris, nadie más me ha fotografiado nunca...

—Tu padre lo hizo también —apuntó él mientras tomaba asiento a su lado en la fría roca, haciéndole recordar una parte de su pasado que ella había enterrado en su memoria mucho tiempo atrás—. Lo hacía constantemente, aunque tan sólo era un aficionado. O eso al menos es lo que me contó tu tío cuando le pregunté por tu extraño comportamiento cada vez que dirigía mi cámara hacia ti.

—Sí, es cierto. Mi padre me perseguía continuamente pidiéndome una sonrisa. A él nunca se la negué.

—Y dime, Amanda, ¿quién es el afortunado que la admirará a partir de ahora?

—Mi fotógrafo —anunció ella sin dudarle mientras recordaba al alocado hombre del que se había enamorado.

—Y supongo que ése no soy yo, ¿verdad? —preguntó Ian, sin esperanza alguna de que las palabras de Amanda lo señalaran a él como el afortunado.

—No, Ian, lo siento —respondió Amanda suavemente, revelando su elección.

—Entonces hazme un favor: cuando le entregues estas fotografías a ese idiota, no olvides mencionarle quién las tomó —pidió Ian, levantándose animadamente de la roca dispuesto a fastidiar a ese hombre de la única manera que podía.

—No creo que puedas hacerme esas fotos. Me siento realmente incómoda ante otras personas que no sean mi tío o Chris —confesó desanimada la modelo, resignada a posponer su confesión de amor un poco más.

—No te preocupes, estaré a tu lado el tiempo que haga falta —se ofreció él, tendiéndole la mano decidido a ayudarla—. El secreto está en imaginarte que yo soy él. Y enseñarle a mi cámara lo que deseas mostrarle.

—Tú nunca podrás ser Chris —dijo Amanda mientras lucía una sonrisa que permitía adivinar que estaba pensando en el inconsciente individuo en esos momentos.

—¡Y doy gracias a Dios por ello! —bromeó Ian mientras la animaba a adentrarse en el paradisíaco paisaje que ella había elegido para mostrar su amor—. Aunque hay ocasiones en las que no me importaría ser ese condenado sinvergüenza —musitó, contemplando por primera vez la hermosa sonrisa que había enamorado al loco fotógrafo.

\* \* \*

Salí espantado del hospital al ver a mi robusta y maliciosa enfermera amenazándome de nuevo con administrarme el medicamento por un orificio distinto de la boca. Pedí el alta voluntaria un día antes de lo aconsejado y me alejé lo más rápidamente posible de sus cuidados hacia los brazos de la mujer que amaba.

Cuando encontrara a Amanda, no la dejaría salir de la pequeña habitación del hotel durante mucho, mucho tiempo. Y, sin duda, después de los cuidados ofrecidos por parte de ese bulldog con faldas del hospital, me sentiría más que encantado de verme atendido por las dulces manos de mi modelo.

Quería hallarla lo más rápidamente posible para continuar con esa conversación en la que todavía faltaba mucho por decir entre nosotros y en la que ella tendría que admitir por fin muchos de los sentimientos que se negaba a aceptar en voz alta. Aunque Amanda no me hubiera dicho aún lo que sentía,

negándose a expresarlo tan locamente como yo, sus caricias, sus besos y su cuerpo me habían dado lo que me negaban sus labios, concediéndome el privilegio de su amor.

Tras buscarla tan desesperadamente como siempre, corriendo de un lugar a otro sin descanso, el personal de recepción se apiadó de mí, y, cansados de presenciar mis idas y venidas con ese horrible vendaje en la cabeza, me informaron de que mi modelo había salido. Por supuesto, no tardaron mucho en rendirse a mis encantos indicándome la dirección que Amanda había dejado en la recepción del hotel por si surgía algún problema. Y ese problema, sin duda, era yo.

Como se suponía que no debía conducir, permití que mi amigo y agente cogiera las llaves del descapotable que había alquilado y lo obligué a que me llevara hacia el lugar donde se encontraba mi modelo. Bueno, lo dejé por eso y porque Davis me pilló in fraganti justo antes de que me pusiera al volante.

—¿Hemos llegado ya? —pregunté una vez más en ese interminable viaje en el que me aburría como una ostra al no conducir yo.

—¡Por enésima vez, Chris: no, no hemos llegado!

Y, dado que no quería darles más vueltas a todos los asuntos que me quedaban por resolver con Amanda hasta que ella estuviera frente a mí, me distraje de la única forma que sabía: fastidiando un poco a mi amigo, que, aunque era un espléndido conductor, también era un caracol sobre el asfalto.

—¿Hemos llegado ya? ¿Hemos llegado ya? ¿Hemos llegado...?

—¡Te juro que voy a parar el coche y a dejarte abandonado en la cuneta como me preguntes eso una sola vez más, Chris! ¡Y nadie podrá culparme por ello, porque, conociéndote, sabrán que lo hice en defensa propia! —me amenazó Davis.

—Me aburro... —volví a incordiar a mi amigo únicamente para fastidiarlo, consiguiendo que detuviese el coche a un lado del camino y se volviera hacia mí con una amenaza que me hizo desistir de mi comportamiento.

—Como sigas comportándote de esa manera, regresaremos al hospital y te dejaré en manos de esa «cariñosa» enfermera, ¡tú verás! —me amenazó de nuevo, recalcando irónicamente lo de «cariñosa», ya que estaba al tanto de todo—. Además, ¡ya hemos llegado! —anunció finalmente, compadeciéndose de mí al ver mi cara de espanto.

Tras bajarme del coche, me estiré un poco y me dirigí con sigilo hacia el lugar donde se encontraba mi amor, decidido a sorprenderla gratamente para que me dedicara ese «te quiero» que tanto deseaba oír. Después de todo, ella no esperaba que me presentara allí.

—¿Te espero o me marchó? —preguntó Davis, que me conocía perfectamente. Y, después de ver la estúpida sonrisa que mostré mientras se me pasaban por la mente todas las pecaminosas acciones que Amanda y yo podríamos llevar a cabo en la recogida y solitaria cala, Davis miró despreocupadamente su reloj y añadió—: Te esperaré quince minutos, por si te dan calabazas.

Sonreí ante la remota posibilidad, ya que, aunque faltara mucho todavía para que ambos dejáramos claros nuestros sentimientos, Amanda nunca podría resistirse a mí. Sin embargo, cuando me acercaba al lugar señalado, vislumbré desde lejos su imagen y la sonrisa no tardó en borrarse de mi cara.

Con el mar de fondo, como si de una hermosa sirena se tratase, Amanda posaba ante la cámara de alguien que no era yo. Su cuerpo, como siempre, atraía a todos los hombres hacia la perdición, y a mí el primero. Me sentí traicionado al verla posar para otro como nunca había hecho conmigo, pero únicamente cuando observé con detenimiento su rostro y vi en él esa sonrisa que había echado tanto de menos, esa sonrisa resplandeciente y llena de felicidad y de amor, mi corazón se rompió en mil pedazos.

Quise gritar lleno de furia. ¡¿Por que había sido a él y no a mí a quien Amanda había elegido?! Pero, como le prometí, decidí dejarla marchar con el hombre que le proporcionaba semejante felicidad. Por mucho que me doliera, permanecí unos instantes admirando esa imagen que tanto había añorado, y, ya que mi cámara nunca captaría esa sonrisa, resolví que simplemente la guardaría en mi corazón junto al recuerdo de la mujer que siempre había amado.

Tras oír un nuevo clic de la cámara, me di media vuelta y me alejé de ellos antes de que se percataran de mi presencia y antes de que yo hiciera el ridículo más aún de lo que ya lo estaba haciendo al correr alocadamente en busca de Amanda esperando un «te quiero» que nunca llegaría. Resignado a no poder ser nunca el mejor para ella, finalmente me alejé de la modelo y de su sonrisa.

—¡Vaya! Ni cinco minutos... ¡Tú sí que eres rápido! —bromeó Davis mientras miraba su reloj cuando me vio regresar—. ¿Qué? ¿Ya has vuelto a

enfadar a tu modelo? —me recriminó, habituado a nuestras disputas, mientras, sin saberlo, con sus palabras ahondaba más en la herida abierta de mi corazón.

—Amanda nunca ha sido mía... —murmuré tristemente reconociendo la verdad que nunca había querido ver por más que ella me lo gritara repetidas veces.

—Pero ella es tu modelo y... —intentó animarme Davis al darse cuenta de que no tenía ganas de bromear y de que algo grave había ocurrido.

—De eso precisamente quiero hablar contigo... —repuse a la vez que subía al coche para hacer caso, por primera vez en mi vida, de uno de los sabios consejos que Davis siempre me regalaba y que yo no dudaba en desoír para correr detrás de lo que más deseaba conseguir...

¡Qué pena que, cuando al fin había logrado mi propósito, la sonrisa de Amanda no estuviese dirigida a mí, sino a otro!

## CAPÍTULO 17

Cuando regresé esa tarde al hotel con la prueba de mi amor para Chris, me sentía impaciente por entregársela junto con un apasionado «te quiero». Al llegar, me enteré de que había salido esa mañana del hospital y me había estado buscando durante todo el día. Me sorprendió que mi persistente fotógrafo no hubiera dado conmigo, ya que siempre lograba encontrarme allá donde yo estuviera, pero dejé de pensar en ello cuando observé la hermosa fotografía que me había hecho Ian, una que había logrado captar por la sencilla razón de que estaba pensando en Chris, el único hombre que había llegado a conocerme mejor que yo misma y que poco a poco había deshecho cada uno de los miedos que envolvían mi corazón.

Ansiosa por ver lo que Chris pensaría de esa sonrisa que siempre me había reclamado y que estaba dedicada a él, me dirigí a su habitación y toqué a la puerta. Como nadie me contestó, supuse que habría salido, así que lo llamé por teléfono para averiguar dónde se hallaba y correr a sus brazos lo más rápidamente posible. El buzón de voz de su teléfono me informó de que no quería ser molestado, y, nerviosa, me pregunté si no le habría ocurrido algo que le impidiera esta vez estar a mi lado.

Cuando llamé a su agente, me tranquilicé un poco al saber que Chris solamente estaba dando una vuelta por los alrededores y, ya más calmada, me cambié de ropa y guardé en lugar seguro mi fotografía, que constituía para mí un regalo muy preciado destinado al hombre que amaba.

Luego, para variar, fui yo quien corrió en su busca. Caminé durante un buen rato por los alrededores del hotel hasta que al fin di con él en una pequeña y solitaria playa, alejado de todo, cuando ya estaba anocheciendo.

Chris caminaba distraídamente por la orilla, descalzo, con unos pantalones cortos y su camisa negra desabotonada. Era una tentación para cualquier mujer, pensé mientras veía unas traviesas gotas de agua salada rodando por su musculoso torso. Al parecer, comenzaba a contagiarme de alguna de sus perversas ideas cuando deseé hacer el amor con él en esa playa mientras las olas bañaban nuestros cuerpos desnudos.

—¡Chris! —lo llamé alegremente mientras corría hacia él.

Cuando llegué a su lado me percaté de que esa noche no era el despreocupado hombre de siempre.

—¿Qué haces aquí? —preguntó confuso mientras mesaba nerviosamente sus cabellos y parecía buscar a alguien más con la mirada.

—Te estaba buscando. He venido a buscarte para decirte... para decirte que... —comencé mi confesión mientras miraba mis manos porque no era capaz de enfrentarme a sus ojos.

—No quiero oírlo —me silenció él, colocando una mano sobre mi boca.

Cuando alcé el rostro, totalmente confundida, observé que su intensa mirada no se apartaba de mí. Sentí como si Chris pensara que en el instante en que dejara de mirarme yo desaparecería de su lado.

—¿Por qué has tenido que venir aquí? —preguntó negando con la cabeza como si yo hubiera cometido algún acto imperdonable—. ¿Por qué vienes a tentarme en el último momento cuando sabes que nunca podré resistirme a ti?

Acto seguido, sin darme ninguna explicación sobre sus extrañas palabras, se apoderó de mis labios. Y yo, sin poder evitarlo, sucumbí una vez más a sus apasionados besos, que esa noche se mostraban más anhelantes, más dulces, más tiernos y más ardientes que nunca. Era como si Chris quisiera grabar sus caricias, además de en mi cuerpo, en mi alma, para que no lo olvidara jamás.

\* \* \*

¿Por qué había aparecido junto a mí en el último instante? ¿Por qué, cuando ya había renunciado a ella, Amanda me buscaba más seductora que nunca? ¿Por qué volvía a caer entre mis brazos cuando sabía que nunca podría ser mía? ¿Y por qué era yo tan canalla al no rechazarla a pesar de saber que su corazón pertenecía a otro?

Cuando la vi dirigirse hacia mí ya sabía lo que iba a decirme: me anunciaría que nuestro tiempo juntos había finalizado y que ya no podría estar a mi lado porque amaba a otro. Estuve preparándome durante horas para oír esas terribles palabras, pero cuando tuve a Amanda frente a mí, no quise oírlas y acallé sus labios de la única manera que sabía.

Me apoderé de ellos con el ardor que siempre me embargaba cuando la tocaba, y la acerqué a mi cuerpo acogiéndola con fuerza entre mis brazos mientras me resistía a dejarla marchar. Mis besos exigieron a los suyos la pasión con la que siempre me contestaba, y decidí grabar a fuego mi nombre en su piel para que nunca pudiera olvidarme. Al día siguiente me alejaría de ella, pero hoy la amaría deleitándome hasta el último instante en que Amanda me permitiera volver a hacerla mía.

Mi lengua se introdujo impulsivamente en su boca, buscando la suya, y mis manos descendieron por su cuerpo recorriendo sus curvas por encima del ligero vestido que se pegaba a su piel. Cuando la oí gemir, no pude resistirme a subir la vaporosa falda de su vestido y profundicé mi beso a la vez que mis manos la aproximaban sugerentemente a mi cuerpo para que ella notara mi deseo.

Cogiendo su trasero entre las manos, la alcé para que sus piernas se enlazaran alrededor de mi cintura y el roce de nuestros cuerpos tuviera más intimidad. Luego metí las manos por debajo de su minúscula ropa interior y, tirando del pequeño hilo de su tanga, rocé su húmeda feminidad con la liviana barrera que separaba nuestros sexos.

Totalmente inmerso en el deseo, apenas oí los pasos de alguien que se acercaba caminando sobre la ruidosa pasarela de madera que llegaba hasta la orilla de la pequeña playa, que no había resultado ser tan íntima como pensaba. Amanda, nerviosa por la posibilidad de verse descubierta, intentó apartarse de mí, pero yo no estaba dispuesto a perder el último momento que podría disfrutar junto a ella. Así que, sin importarme nada estar completamente vestido o que los puntos de sutura de mi cabeza pudieran llegar a mojarse, me introduje en el mar cargando con ella, donde podríamos ocultarnos de los curiosos aprovechando la oscuridad de la noche.

Amanda profirió un pequeño grito a causa de la impresión cuando el agua fría tocó su piel repentinamente, grito que yo silencié con un beso hasta que nos introdujimos mar adentro lo suficiente como para no ser vistos. En el instante en

que el ruido de la pasarela se oyó más lejano y débil, me acerqué a la orilla para que el agua nos llegara hasta la cintura y las olas nos mecieran suavemente, aproximándonos el uno al otro.

Entonces mis ojos se toparon con una imagen terriblemente excitante: el empapado vestido blanco de Amanda se pegaba por completo a su piel, transparentando a la perfección su sugerente cuerpo. No pude resistirme a lamer sus pechos a través de la tela mientras por debajo del agua desgarraba el sutil tanga, que ya no representaba barrera alguna para mi deseo.

Con una mano, acaricié uno de sus tentadores senos, jugueteando con sus enhiestos pezones hasta hacerla gritar. Mi boca lamió con lentitud las pequeñas gotas de agua salada que pendían de su cuello mientras la acercaba más a mí para que montara sobre mi erección.

Ella, tan sumida como yo en la arrebatadora pasión que nos embargaba, se agarró a mi hombro con una mano mientras con la otra me recorría el torso. Sabiendo lo que quería en esos instantes, dirigí la traviesa mano de mi libidinosa sirena hacia mi palpitante y erecto miembro y, en el momento en que ella lo liberó de su encierro, bajé con brusquedad la tela que ocultaba sus jugosos senos, apoderándome finalmente de la fruta prohibida que se exponía ante mí para mi exclusivo disfrute.

Cuando Amanda se alzó más sobre mi cuerpo y me guio hacia su interior no dudé en ayudarla y, cogiendo entre las manos su firme trasero, me introduje en ella de una embestida que la hizo gritar de placer. Marqué un ritmo suave pero firme, acunado por las olas del mar, y no dejé que sus ojos se apartaran de mí en ningún momento, para que supiera que quien estaba haciéndole el amor en esos instantes era el hombre al que había decidido dejar atrás. Cuando sus uñas se clavaron en la piel de mi espalda, apreté fuertemente su trasero entre las manos, y aumentando la celeridad de mis embestidas, la hice gritar hasta llegar al éxtasis.

Sin poder resistirme a ver una vez más su hermoso cuerpo desnudo, que solamente yo había llegado a contemplar, salí del agua todavía firmemente hundido en su interior y, tras depositarla sobre la arena, me aparté de ella para desprenderme de mi ropa y desnudarla lentamente para poder lamer cada gota de agua que había quedado en su suave piel.

Amanda tembló mientras mis labios recorrían su cuerpo e intentó acallar sus

dulces gemidos con las manos. Aunque, al alzar los brazos para hacerlo, lo único que consiguió fue aumentar tentadoramente mis ansias por degustar el pecaminoso bocado que ella siempre representaría para mí.

Mis labios saborearon, una vez más y con gran deleite, sus succulentos senos para luego bajar lentamente hacia su cintura, su pequeño ombligo y, por último, su húmedo sexo, que me esperaba impaciente.

Abriendo sus muslos ante mi hambre, la devoré con glotonería y me alimenté con cada uno de los gemidos que su boca emitió hasta que las manos ya no le bastaron para silenciar sus gritos de placer y me atrajo hacia sus labios para que acallara su pasión con mis besos mientras me exigía, alzando las caderas, que le diera a su cuerpo el placer que reclamaba. Sin poder resistirme más a ella, me adentré de nuevo en su húmedo y ardiente interior con firmeza y esta vez me perdí en su cuerpo sin dejar de gritar su nombre cuando ella gritó el mío, haciéndonos llegar juntos a la cumbre del placer.

Exhaustos después de hacer el amor, nos abrazamos en esa playa mientras contemplábamos extasiados cómo se reflejaba la luna sobre las aguas que tocaban nuestros desnudos cuerpos a su antojo con el vaivén de las olas.

—¿Qué harías si obtuvieras al fin lo que tanto has buscado de mí? —quiso saber Amanda, volviendo mi rostro hacia ella con una de sus delicadas manos.

Y, mientras mi modelo me tentaba con algo imposible de conseguir, ya que esa parte de ella ya se la había ofrecido a otro, cerré los ojos para responder lo más honestamente posible a su pregunta mientras disfrutaba por última vez de ella y de sus caricias.

—Supongo que podría dejar de ser el mejor, porque ya no tendría que perseguirte para que estuvieras a mi lado.

—¿Crees que me harás algún día esa fotografía? —preguntó Amanda juguetonamente, rompiéndome el corazón.

—Claro que sí, por algo soy tu fotógrafo —respondí con la misma falsedad que ella.

Luego simplemente la retuve con fuerza entre mis brazos una última vez mientras una solitaria lágrima que ella nunca vería se mezclaba con las gotas de agua que mojaban mi rostro, recordándome que a la mañana siguiente todo habría acabado entre nosotros.

\* \* \*

Buscando olvidar por unos instantes la exaltada llamada que su amigo Jeff le había hecho para reclamar su presencia junto a su escandalosa hija, Dominic recorría esa mañana bien temprano las pequeñas y solitarias calas de la isla, una hermosa imagen que se abría ante sus ojos y que, con el amanecer y las cristalinas aguas turquesas de fondo, representaba una auténtica tentación para cualquier fotógrafo que quisiera inmortalizar ese espléndido paraíso.

Con la cámara de nuevo entre las manos, Dominic recuperaba las ganas de retratar la belleza que lo rodeaba... ¡Quién le habría dicho a él que quien conseguiría que regresara su pasión por la fotografía no sería otro que el impertinente joven que lo insultó en su día!

Atrás quedaban todos esos meses en los que había intentado lamer sus heridas y volver a recuperar esa pasión por el trabajo que una vez amó, apartado de todo el mundo en un recóndito escondite. Un lugar en el que sus niñas no le habían permitido permanecer durante mucho tiempo, ya que con sus trastadas y sus revoltosas acciones lo habían forzado a volver junto a ellas antes de lo que pretendía.

Su impulsiva Evie había decidido volver loco a un pobre modelo cuyo único pecado había sido hacer público que no le habían gustado las fotografías que Dominic le había hecho en una ocasión. Las irreflexivas palabras de ese hombre lo habían puesto en el punto de mira de su rencorosa hija, cuya venganza estaba llevando a cabo en esos momentos al convertir su vida en un infierno, algo que, por lo visto, no había terminado todavía. O eso al menos era lo que su amigo Jeff le había dicho en su última llamada.

Por su parte, su arrogante Amanda, la niña que no permitía que nadie lo separara de ella, había intentado ser tan retorcida como Evie y dejarse guiar por sus desvaríos en esa irracional misión de venganza. Pero, al contrario que Evie, Amanda había dado con un hombre enamorado que había visto esa revancha que ella se tomaba en su contra como una oportunidad para permanecer a su lado.

Tal vez Dominic habría detenido antes toda esa locura si hubiera visto que el hombre que perseguía a Amanda era uno más de esos individuos que solamente querían aprovecharse de ella. Pero cuando vio al insensato de Chris, siempre corriendo detrás de Amanda, intentando en todo momento que a su rostro

asomara una sonrisa, no albergó dudas de que ésa era la pareja idónea para la niña que siempre se había negado a sonreír.

Sin duda alguna, ese persistente loco conseguiría algún día lo que tanto anhelaba de su pequeña. Por eso, y por muchas otras ocasiones en las que ese hombre le había mostrado cuánto amaba a su sobrina, Dominic no había intervenido en esa relación y había permitido que esos dos transitaran libremente por el arduo camino hacia el amor.

Suspirando al pensar que tal vez dentro de muy poco tiempo tendría a un fotógrafo igual de irreflexivo y alocado que él formando parte de su familia, enfocó una vez más la blanca arena de la playa con su cámara y se sorprendió cuando se topó con Chris, que paseaba tristemente por el lugar.

Aparentando ser uno más de los trabajadores de su equipo y, decidido a no descubrir todavía su disfraz al egocéntrico fotógrafo, Dominic bajó el empinado camino hacia la playa hasta reunirse con él.

—¡Hola, Chris! ¿Qué haces aquí tan solo? —preguntó Dominic, extrañado por su inusual comportamiento—. Y sin tu cámara... —añadió sorprendido, percatándose de que la importante herramienta que siempre colgaba de su cuello no ocupaba su lugar.

—Estoy guardando un último recuerdo antes de marcharme. Y, respecto de mi cámara..., creo que por ahora ya he tomado todas las fotografías que necesitaba... —respondió él pensativo, sin prestar atención al majestuoso amanecer que tenía ante sí.

—¡Vaya! —exclamó Dominic, sorprendido por la actitud tan distante del siempre jovial Chris. A continuación, le preguntó por sus planes, interesado en saber en qué nuevos proyectos se embarcaría el prometedor fotógrafo—. ¿Qué harás cuando vuelvas a Nueva York?

—Dejar de perseguir lo que nunca alcanzaré —confesó Chris con tristeza, mostrando una resignada sonrisa mientras se alejaba por la playa.

Dominic se quedó algo más de tiempo admirando el pequeño paraíso que se extendía frente a él mientras reflexionaba sobre el motivo del extraño comportamiento del joven, preguntándose si no sería mejor intervenir en esa ocasión y mostrarles a esos dos lo que sus ojos no terminaban de ver.

Con nerviosismo, golpeó repetidamente con los dedos la invitación que había recibido esa mañana de su amigo Jeff para que participara en el nuevo concurso

fotográfico de la galería Emelton. En esa convocatoria en concreto, el tema era muy especial, uno en el que seguramente no se habría atrevido a participar hasta un par de días antes, de no ser por esa pareja que tanto lo había inspirado para volver a ponerse tras una cámara. Una pareja que se resistía a mostrar sus sentimientos y que tal vez necesitara el pequeño empujón de la verdad que en ocasiones exponía su cámara.

\* \* \*

Amanda se despertó desnuda en la cama de su habitación, recordando con una sonrisa los apasionados momentos de la noche anterior. Se estiró intentando tantear el cálido y fuerte cuerpo de su amante, que debería estar junto a ella..., y abrió los ojos sorprendida al no hallarlo a su lado.

Pensando que tal vez Chris había salido en busca de un temprano desayuno para celebrar en la cama el fin de su trabajo, no se inquietó por su ausencia y rememoró lo ocurrido después de su ardiente encuentro en la playa.

Él se había vestido despreocupadamente con sus húmedos pantalones y había cubierto el mojado vestido de ella con su empapada camisa negra, ocultando su desnudez de los ojos curiosos que pudieran toparse con ellos, unos ojos curiosos que se cruzaron una y otra vez en su camino cuando Chris la llevó en brazos hasta su habitación.

En cuanto llegaron allí, la depositó sobre la cama y, sin darle tiempo a que pronunciara esas palabras de amor que Amanda se moría por gritar, la sumergió durante toda la noche en la arrolladora pasión que siempre se apropiaba de sus cuerpos.

Impaciente por decirle lo mucho que lo amaba cuando volviera a entrar por la puerta, Amanda abrió el cajón de la mesilla de noche. Pero en su interior no halló la fotografía que ella había guardado ahí para entregársela a Chris junto con su corazón, sino la cámara de la que él nunca se desprendía, y, debajo de ella, la ridícula renuncia que la modelo le había exigido en más de una ocasión.

Desesperada y sin saber lo que eso significaba, buscó en la cámara todas las fotografías que Chris siempre guardaba de ella desde que habían comenzado a trabajar juntos, pero la memoria de la cámara, al igual que su corazón en esos instantes, estaba vacía.

Resistiéndose a creer que él era como los demás individuos que la perseguían y que había sido engañada por los encantos de un hombre que solamente había jugado con ella, Amanda leyó la fría renuncia que tenía entre las manos, redactada impersonalmente por el agente de Chris.

Sólo al final de ese frío formulario el propio Chris había añadido unas palabras que hicieron que su corazón se partiera en mil pedazos: «Porque sé que nunca llegaré a ser el mejor, ahora que he conseguido lo que quería, me alejo de ti...».

—Pero ¿qué significa esto...? —murmuró compungida, sintiéndose dolorosamente traicionada por el hombre al que había aprendido a amar y que solamente había jugado con ella durante todo ese tiempo.

Cuando esa mañana lo buscó por todo el hotel para pedirle explicaciones sin hallar rastro alguno de él, empezó a convencerse de que sus temores sobre sus acciones eran ciertos. Y más aún cuando el personal del hotel le comunicó que Chris Jones ya había tomado un vuelo de regreso a Nueva York.

Sola y abandonada, Amanda volvió a levantar su fría y dura coraza sobre su dolorido corazón, sabiendo que el hombre al que había perseguido para gritarle su amor era igual de mentiroso que todos los que la acechaban, pero únicamente un poco más hábil a la hora de exponer sus mentiras. Sobre todo, desde detrás de su cámara.

## CAPÍTULO 18

—¿Se puede saber por qué demonios insistes en torturarte?! —gritó Davis, quien, harto del depresivo comportamiento de Chris, le arrebató la fotografía que no había podido dejar de contemplar desde que habían vuelto de su viaje.

—¿Por qué no pudo ser para mí? —se quejó él, sumido en sus pensamientos mientras ignoraba a su agente y se daba la vuelta en su cómodo sofá.

—Y, ya de paso, ¿puedes explicarme por qué tuviste que entregarle tu cámara a esa mujer? —lo increpó Davis indignado, tratando de que el apático fotógrafo se levantara del sofá, del que se negaba a moverse desde hacía unas semanas, por más propuestas de trabajo que pusiera delante de él.

—Porque, si no puedo fotografiarla a ella, ya no tiene ningún sentido que yo sea fotógrafo, Davis... —respondió Chris, cambiando de postura en el sofá para mirar a su amigo.

—¿Me estás diciendo que le diste tu cámara a Amanda porque piensas renunciar a tu carrera?

—Sí. Tal vez de ahora en adelante me dedique al bricolaje o a la repostería..., qué sé yo... —musitó Chris mientras se ocultaba detrás de un mullido cojín.

—Chris, no querría desalentarte, pero eres nefasto en la cocina y un chapuzas en el bricolaje —replicó Davis, arrancándole el cojín tras el que Chris había decidido esconderse de la conversación—. Para lo único que sirves es para la fotografía, ¡así que levanta tu culo de ese sofá y acepta alguno de estos trabajos! O, por lo menos, ve a este evento para que tu nombre siga oyéndose —pidió, tirándole con enfado la invitación que había enviado la galería Emelton para que Chris asistiera como invitado de honor ese año, en el que, como ganador de la

edición anterior, le correspondía a él entregar el premio a su sucesor.

—¡Esto es perfecto para hundir aún más el dedo en la llaga! —exclamó él airadamente tras leer el nombre del vencedor de ese año.

—Por lo menos deberías ir y disculparte con ese hombre al que tanto injuriaste en el pasado. Un baño de humildad no viene mal de vez en cuando y, ¡quién sabe!, tal vez Amanda esté allí y puedas pedirle que te devuelva la cámara que estúpidamente dejaste en su habitación antes de marcharte —finalizó Davis.

—Darle esa parte de mí era mi gran muestra de amor hacia ella, y se lo dejé todo bien claro en una nota que coloqué junto a la cámara cuando renuncié a ella.

—¿Ah, sí? —se interesó Davis, que a continuación quiso saber más de ese asunto—: Por curiosidad, ¿qué pusiste en esa nota?

—No me acuerdo exactamente, pero más o menos era algo así como que, dado que ya había conseguido lo que quería, me alejaba de ella y...

—¡Hum! Espero que ese mensajito no se lo escribieras poco después de haberte acostado con ella...

—Bueno, ya sabes cómo eran siempre las cosas con Amanda: nunca pude resistirme a ella, fuera mía o no... —interrumpió Chris mientras se incorporaba atendiendo por una vez a las palabras de su agente.

—... Y, por supuesto, después de que le dejaras bien claros tus sentimientos antes de escribir esa nota tan imprecisa y marcharte, ya que eso es algo que sólo haría un cobarde... —continuó Davis.

—¡No quería oír cómo me decía que estaba con otro, ¿vale?! Sí, hui antes de que me lo dijera... —confirmó Chris, huyendo nuevamente, pero esta vez de su amigo.

—Pues, gracias a tus prisas por escapar de ella, has dejado en manos de una confusa mujer una nota en la que parece decir que la utilizaste para tus propios fines egoístas durante un tiempo hasta que te cansaste de ella y la desechaste... ¿No te das cuenta?

—Pero... ¡pero le dejé mi cámara! ¡Mi bien máspreciado! ¡Y, además, le dije que no era el mejor y...!

—Y, por supuesto, también le dijiste que la querías y te aseguraste al cien por cien de que ella no sentía lo mismo por ti antes de decidirte a renunciar a ella y dejarla marchar, ¿verdad?

—Bueno, no... ¡Pero ella le sonrió a otro! Yo lo vi con mi cámara y...

—Chris, amigo, eres fotógrafo. Deberías saber que tu cámara nunca captará todas las perspectivas de una imagen —aleccionó Davis a su confundido amigo, tras lo que le dio un consejo a la vez que ponía en sus manos el sobre con la invitación del evento de la galería Emelton y una advertencia final—: Haznos un favor a los dos: ¡levanta tu culo de ese sofá y ve a esa maldita exposición! Si no lo haces, tal vez algún día te arrepientas de ello...

\* \* \*

—Sí, Evie, estoy intentando olvidar por todos los medios a ese fotógrafo, pero es algo que me resulta realmente difícil en ocasiones —le explicó Amanda a su prima a través del teléfono.

—Pues la verdad es que no sé por qué te cuesta tanto olvidar a ese tipo.

—Ni yo tampoco... —declaró irónicamente la modelo mientras abría una de las ventanas de su apartamento para contemplar el enorme anuncio que había en el edificio de enfrente, un anuncio de una isla paradisíaca en el que aparecían ella y el hombre al que trataba de olvidar—. No me resulta fácil borrar a Chris de mi mente... —se resignó al fin, cerrando de nuevo la ventana y prometiéndose a sí misma una vez más que no volvería a asomarse para contemplar esa imagen en la que los protagonistas parecían estar haciendo una promesa de amor.

—¡Por Dios, Amanda! ¡Reacciona! ¡Que ese maldito fotógrafo, después de una maratónica noche de sexo, te dejó sola en una habitación de hotel vacía con una nota en la que te confesaba que, tras conseguir lo que quería, se marchaba de tu lado! ¡Te dijo en tu cara que se había aprovechado de ti!

—Pero también me dejó su cámara, un gesto que me sorprendió muchísimo, ya que él nunca se separaba de ella. La verdad es que no entiendo nada... ¿Tú te desharías de tu cámara, Evie? —preguntó ella, confusa ante el comportamiento de Chris, pensando que tal vez su prima, una apasionada fotógrafa igual de temperamental que él, pudiera abrirle los ojos a la verdad que se escondía detrás de ese extraño gesto.

—¡Ni loca! Mi bebé va siempre conmigo y jamás la dejaría en manos de otra persona... A no ser...

—¿A no ser qué, Evie?

—¡Bah, es una tontería! Se trata de algo imposible viniendo de ese egocéntrico fotógrafo..., pero, bueno, creo que yo abandonaría mi cámara solamente si decidiera dejar de utilizarla y renunciase definitivamente al mundo de la fotografía.

—Pero ¿por qué me la entregaría a mí? —preguntó Amanda pensativa mientras acariciaba con cariño la cámara de la que aún se resistía a deshacerse.

—No tengo ni idea, Amanda. Quién sabe lo que pasaba por la cabeza de ese tiparraco... Por cierto, espero que me hicieras caso y tiraras esa cámara a la basura. Para olvidar al hombre que te ha hecho daño lo primero es mantener cualquier cosa que te recuerde a él lo más alejada posible de ti.

—Sí, Evie... —respondió ella como si fuera una niña buena que había aprendido una repetitiva lección.

No obstante, sus pasos la llevaron de nuevo delante de la tentadora ventana, tras la que podía observar la imagen del sinvergüenza que le había robado el corazón.

—Cambiando de tema, ¿a que no adivinas quién ha ganado el premio de este año en la galería Emelton...?

\* \* \*

Mezclándome entre la multitud con un elegante y caro vestido, paseaba junto a Evie por la sala de exposición. Mi tío estaba demasiado ocupado siendo agasajado por las mismas personas que hacía tan sólo un año lo habían tachado de perdedor, y me fue bastante difícil retener a Evie para que no saltara con alguna de sus pullas sobre la gente que se agrupaba en torno a su padre.

Tras tentarla con algún exquisito aperitivo o con una copa de un exclusivo champán, conseguí alejarla de todos y calmar un poco su genio, que comenzaba a avivarse al ver a esos hipócritas. Luego, como siempre hacía tras observar varias de las imágenes expuestas en la galería, Evie comenzó a perderse en su trabajo y a comentar con suficiencia los fallos y los aciertos de esas fotografías mientras seguía su camino hasta verlas todas.

Por mi parte, disfruté pausadamente de las hermosas imágenes que se mostraban ante mí mientras degustaba con placer el rico champán que ofrecían

en la galería Emelton. Los nervios que había sentido cuando recibí la invitación como familiar del ganador del concurso desaparecieron en el instante en que me aseguraron que Chris había rechazado acudir al evento. Aunque éstos fueron sustituidos por la desilusión por no volver a encontrarme con él. Entre nosotros habían quedado muchas cosas por decir, muchos momentos confusos que aclarar... Aún no sabía si debía olvidarlos, o, por el contrario, buscar una respuesta a cada uno de ellos.

Chris me había dicho en una ocasión que me amaba, pero también me había hecho callar cuando yo había tratado de decirle lo que sentía para dejarme después... Y ahora no sabía qué pensar de ese loco hombre que siempre me había perseguido con su cámara tras haber abandonado esa misma cámara en mis manos, asegurándome con ello que ya no me perseguiría nunca más.

Sumida en mis pensamientos, que irremediamente rondaban por los recuerdos del hombre del que me había enamorado, apenas presté atención a Evie hasta que ella, con paso decidido, se dirigió hacia mí.

—¡Tienes que ver la fotografía que ha ganado! —exclamó mientras me conducía impacientemente hacia otra sala.

—¿Es tan buena como dicen todos? —pregunté, desconcertada por el apremiante comportamiento de mi prima y su insistencia para que viera la foto.

—No es el mejor trabajo que ha hecho mi padre, pero es bastante buena: en ella aparecen dos idiotas bastante torpes a la hora de expresar sus sentimientos —anunció Evie, empujándome hacia la sala.

Y, desde lejos, en medio de la multitud, mis ojos se toparon con una de las impactantes fotografías que solamente mi tío sabía captar, mostrando la verdad de lo que sus ojos veían, una verdad de la que en ocasiones no llegábamos a percatarnos hasta que él la exponía frente a nosotros.

Mis confusos pensamientos sobre lo que Chris sentía hacia mí se aclararon tras echar un solo vistazo a la fotografía, y, apenas, busqué la presencia de ese hombre en un lugar que sabía que simplemente no volvería a pisar. Después de todo, él me había entregado su cámara y, con ello, sin yo saberlo, me había dado también su corazón.

\* \* \*

Mi persistente amigo había conseguido que me levantara de mi cómodo sofá.

Había estado viniendo a mi apartamento un día tras otro hasta hacerme imposible ignorarlo, y, tras su firme amenaza de arrojar el sofá por la ventana, conmigo encima, decidí obedecer por una vez sus órdenes y presentarme en ese evento por más que me desagradara acudir a él.

Era cierto que le debía una pequeña disculpa a Dominic Norton por las arrogantes palabras que un día dije de él, denigrando su trabajo y comparándolo con el de un niño de parvulario, y..., bueno, vale: tal vez le debía una gran disculpa... Pero creo que para mí ya era bastante castigo ver cómo la mujer a la que siempre había querido había elegido a otro y le regalaba a éste la hermosa sonrisa que yo siempre había perseguido con el anhelo de mi cámara.

Sin duda, Dominic se regodearía en su victoria señalándome que yo nunca había sido el mejor como tanto me gustaba alardear, pero no me importaba nada, ya que yo tan sólo había querido ser el mejor para Amanda.

Como en muchos de los eventos a los que estaba acostumbrado a acudir en los últimos años, paseé por el lugar con una copa de champán en la mano y una falsa sonrisa en el rostro para exponer ante todos que me encontraba muy bien, aunque en verdad estaba hecho una mierda y sujetaba con demasiada fuerza mi bebida cada vez que pensaba que podía encontrarme con Amanda en ese lugar. Pero esta vez acompañada.

Vagando entre las fotografías de los distintos participantes del concurso de la galería Emelton sin saber todavía cuál era la ganadora, ya que desde el principio me había negado a asistir para entregar el premio, di con un conocido: el desaliñado Doc, ese aficionado que había trabajado para mí y al que yo le había prestado mi cámara. Sin embargo, ya no parecía tan aficionado a mis ojos tras ver cómo se mezclaba con la multitud como si ése fuera su ambiente. Cuando lo oí hablar con otras personas sobre las fotografías, recordé muchas de las explicaciones, los comentarios y las observaciones que había asimilado mientras aprendía a usar mi cámara, y me acerqué un poco más a él. Tras verlo desprovisto de su típica barba descuidada y de esas desarregladas ropas, lo vi claro, no tuve dudas: ¡Doc era Dominic Norton! Y me sentí aún más humillado y avergonzado al haber sido engañado de esa manera...

En ese momento Dominic se volvió hacia mí y, sin recriminaciones o reproches de ningún tipo, me abrazó delante de todo el mundo como si fuéramos

viejos amigos para luego guiarme por la galería reclamando mi opinión sobre muchos de los trabajos que observábamos al pasar. Sus palabras hicieron que poco a poco admirara más a ese hombre, a la vez que me hacía sentir como el peor de los canallas.

—Quiero que veas la foto que ha ganado este año. Técnicamente no es una fotografía, sino una composición de dos imágenes tomadas con sólo unos segundos de diferencia y en el mismo lugar. Sin embargo, están realizadas desde dos perspectivas distintas, de tal manera que la convierten en una obra única que muestra a todos el tema principal del concurso de este año —explicó Dominic al tiempo que me guiaba hacia la pared donde se hallaba expuesta la fotografía ganadora.

Cuando la vi, me quedé sin habla, y todas las dudas que había albergado en mi corazón se disiparon de golpe con la visión de una imagen que mis necios ojos nunca habían llegado a percibir, aunque, al parecer, era algo en lo que sí habían reparado todos los demás.

—¿Cuál era el tema de este año? —musité sin poder dejar de admirar la composición.

—El amor —declaró Dominic, golpeando jovialmente mi espalda en un gesto cariñoso que no esperaba de su parte. Luego se marchó, dejándome solo con mis pensamientos.

En una de las dos imágenes expuestas ante mis ojos, Dominic había captado las imprudentes miradas llenas de amor que yo le dirigía a mi modelo siempre que ella miraba hacia otro lado, y en la otra fotografía que completaba la obra se apreciaba a Amanda mirándome a mí, exhibiendo esa hermosa sonrisa que tanto había deseado fotografiar. Al parecer, ella se había burlado de mí una vez más, revelando su linda sonrisa en varias ocasiones, sólo que cuando yo no la miraba.

Decidido a recuperarla a toda costa, aunque tuviera que robarla de los brazos de otro, me di la vuelta para ir en su busca y entonces la encontré junto a mí, contemplando con el mismo asombro que yo lo que ambos nunca habíamos visto del otro.

Como esas imágenes ya habían dicho por nosotros lo que nuestros labios nunca se habían atrevido, la cogí entre mis brazos y la besé delante de todo el mundo con el deseo que me había embargado todo el tiempo que habíamos estado separados. Amanda respondió a mi muestra de amor agarrándome con

fuerza, resistiéndose a dejarme marchar de su vida... Unos instantes después, tuve suficiente ánimo como para separar mis labios de ella y susurrarle en voz baja, como si fuera un secreto entre nosotros:

—No pienso apartarme de ti hasta demostrarte lo mucho que te amo y hacerme cada día merecedor de esa sonrisa que siempre me has ocultado. Así que sonrío, mi amor, porque siempre estaré a tu lado...

—Sólo tú puedes hacerme sonreír así, Chris, porque solamente tú eres el hombre al que amo —confesó ella mirándome a los ojos.

Y, tras dirigirme esas palabras que creí que nunca llegaría a oír de sus labios, Amanda me concedió esa sonrisa que tanto había anhelado ver en su rostro, confirmándome así sin duda que sus palabras eran ciertas.

## EPÍLOGO

—Sabes que yo fui el primero en fotografiar la sonrisa de Amanda, ¿verdad? — se vanagloriaba el molesto visitante que Dominic había recibido esa mañana en su estudio frente al marido de Amanda.

—Pero, si no recuerdo mal, esa sonrisa iba dirigida a mí, mientras que tú nada más fuiste, por un ratito, el sustituto del mejor fotógrafo que hay —declaró orgullosamente Chris, bajando los humos de Ian.

—¿El mejor de qué, si no has ganado ni un premio desde aquel día y si ahora eres famoso solamente es por ser el fotógrafo de tu mujer?

—¿Y para qué querría yo fotografiar a otra que no fuese ella? —preguntó despreocupadamente Chris—. A ti lo que te ocurre es que tienes envidia de mi talento, porque únicamente yo soy capaz de captar esa parte de Amanda que todos desean ver... ¡Pues te aguantas! Y que sepas que os enseño lo que quiero: las mejores fotografías las guardo para mí en exclusiva.

—¿Queréis callaros de una vez? —exclamó severamente Dominic, volviéndose furioso hacia los dos cargantes individuos que habían invadido su estudio mientras intentaba fotografiar a su inquieta modelo, algo casi imposible cuando Amanda se centraba en prestar atención a ese par—. ¡Y, para que os calléis de una maldita vez, yo fui el primero en tomar una fotografía de la sonrisa de Amanda, y vosotros dos tenéis mucho que aprender hasta llegar a mi altura! —añadió, haciendo callar así a esos molestos sujetos.

—¡Venga ya, Dominic! ¿Cuándo te vas a retirar y a dejar el camino libre para los más jóvenes? —bromeó Chris, sabiendo que el hombre todavía tenía muchas fotografías que hacer antes de abandonar su pasión.

—Quiero que sepáis que este año tengo la intención de ganaros a los dos. No

pienso quedar en tercer lugar como en la última ocasión —anunció retadoramente Ian, advirtiendo a sus rivales.

—Cuarto, en realidad. Mi Evie quedó por encima de ti... —le recordó Dominic, acabando con la orgullosa actitud de su antiguo aprendiz.

—¡Bah! ¡Mira que dejarse ganar por una mujer! Eso es patético y... — intentó burlarse Chris menospreciando a su rival.

Pero Amanda cortó sus aires de grandeza cuando intervino cortantemente:

—Si no recuerdo mal, Evie te ganó en una ocasión en un concurso de fotografía, ¿verdad, querido?

—Pero aquella vez no valía: hizo trampas, el sol me daba de frente, yo no estaba en mi mejor momento y... ¡Vale, vale! Evie es una excelente fotógrafa... —se rindió Chris resignado cuando ella se cruzó de brazos y comenzó a repiquetear con el pie contra el suelo.

Después de esa pequeña disputa, Dominic amenazó a ambos personajes con sacarlos a patadas de su estudio y, al fin consiguió el silencio que necesitaba. Sin embargo, su modelo aún se encontraba intranquila y mientras posaba no daba la imagen que él necesitaba, así que, tal y como había aprendido a hacer en más de una ocasión, Dominic le cedió su cámara a Chris, el único hombre que le había demostrado ser digno de ella.

Sonriendo tan orgullosamente como siempre, él la aceptó y la colgó de su cuello. Luego caminó hacia su inquieta esposa para arrodillarse a su lado, besó su incipiente barriguita, donde su nervioso hijo molestaba a Amanda con sus patadas, y, tras recordarles a los dos cuánto los quería, volvió a su lugar detrás de la cámara. Desde ahí, como siempre, Chris dirigió a la mujer que amaba las palabras que siempre lograrían obtener ese gesto que él guardaría eternamente en su corazón:

—Sonríe, mi amor...



SILVIA GARCÍA RUIZ

*Sonrie,  
mi amor,  
en Nueva  
York*

D.J.57 

## BIOGRAFÍA



Silvia García siempre ha creído en el amor, por eso es una ávida lectora de novelas románticas a la que le gusta escribir sus propias historias llenas de humor y pasión.

En la actualidad vive con su amor de la adolescencia, quien la anima a seguir escribiendo, y compagina el trabajo con su afición por la escritura. Reside en Málaga, cerca de la costa. Le encanta pasear por la orilla del mar, idear nuevos personajes y fabular tramas para cada uno de ellos.

Encontrarás más información sobre la autora y su obra en: <https://www.facebook.com/profile.php?id=100004625625675&fref=ts>.

*Sonríe, mi amor, en Nueva York*  
Silvia García Ruiz

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta  
© de la imagen de la cubierta: Shutterstock  
© fotografía de la autora: archivo de la autora

© Silvia García Ruiz, 2018  
© Editorial Planeta, S. A., 2018  
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
[www.edicioneszafiro.com](http://www.edicioneszafiro.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2018

ISBN: 978-84-08-18122-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.  
[www.eltalldellibre.com](http://www.eltalldellibre.com)

**¡Encuentra aquí tu próxima lectura!**

NOVELA  
**ROMÁNTICA**

---



**¡Síguenos en redes sociales!**

